

Aquelarre

REVISTA DEL CENTRO CULTURAL UNIVERSITARIO



Universidad del Tolima
Año 2008
Volumen 7 N° 14
ISSN 1657-9992

Aquelarre

Nº 14

Segundo semestre 2008

Revista de filosofía, política, arte y cultura del

Centro Cultural de la Universidad del Tolima

Aquelarre

Revista del Centro Cultural de la Universidad del Tolima.

Rector: Dr. Jesús Ramón Rivera Bulla

Editor: Julio César Carrión Castro

Consejo Editorial: José Hernán Castilla Martínez
Arlovich Correa Manchola
César Fonseca Áquez
Manuel León Cuartas
Fernando Ramírez Díaz
Gabriel Restrepo Forero
Marco Tulio Taborda Ocampo
Libardo Vargas Celemín

Diseño y Diagramación: Leonidas Rodríguez Fierro

Impresión: Gráficas León Ltda.

Dirección Postal: Centro Cultural Universidad del Tolima Barrio Santa Helena - Ibagué

Teléfono: (+)57-8-2669156 - Ibagué

Correo Electrónico: ccu@ut.edu.co - raquel@ut.edu.co

Tabla de contenido

Carta del editor.	
El pensamiento político latinoamericano.....	7
Carta de Jamaica	11
Simón Bolívar	
Nuestra América	29
José Martí.	
Interpretación del pasado	37
Alfonso Reyes.	
La utopía de América	43
Pedro Henríquez Ureña .	
La dictadura perpetua.....	49
Juan Montalvo.	
El pensamiento conservador latinoamericano en el siglo XIX	55
José Luis Romero	
Lo que intentó Bolívar	67
Eugenio María de Hostos.	
Ariel.....	71
José Enrique Rodó.	
La raza cósmica	75
José Vasconcelos.	
La creación de Panamá.....	81
Diego Montaña Cuellar.	
El fin de Nicaragua	87
Rubén Darío.	
La deslealtad del panamericanismo	91
José Ingenieros.	
¿Existe un pensamiento hispanoamericano?	97
José Carlos Mariátegui.	
Manifiesto Político	101
Augusto César Sandino.	
Ante los bárbaros (Los Estados Unidos y la guerra).....	105
José María Vargas Vila.	
Manifiesto de Córdoba.....	115
Argentina, 1918	
El año 1918 y América Latina.....	119
Aníbal Ponce.	
La obra continental de la reforma juvenil	123
Manuel Ugarte.	
La poesía no habrá cantado en vano	125
Pablo Neruda.	

América como conciencia.....	133
Leopoldo Zea.	
Calibán: Apuntes sobre la cultura de nuestra América	141
Roberto Fernández Retamar.	
Ni derechos ni humanos.....	145
Eduardo Galeano.	
Memoria e identidad: algunas notas histórico-culturales	149
Elena Poniatowska.	
Conciencia e identidad de América.....	153
Alejo Carpentier.	
Cartas de despedida.....	159
Ernesto “Che” Guevara.	
Me he entregado a la Revolución por amor al prójimo	163
Camilo Torres Restrepo.	
La soledad de América Latina.....	165
Gabriel García Márquez.	
El consumo no es un sustituto del paraíso	171
Ernesto Sábato.	
La Carta de Jamaica: ideología del Libertador.....	177
Francisco Pividal.	
Rescate histórico del general Simón Bolívar.....	181
Antonio García Nossa.	



Portada.

Bolívar en Carabobo de Arturo Michelena. Venezuela (1863 - 1898)

Los artículos son publicados bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores.

Aquelarre, revista no venal, editada por el Centro Cultural de la Universidad del Tolima.



El pensamiento político latinoamericano

Ante la precariedad teórica y conceptual que, con respecto a nuestra historia, se vive en el actual mundo universitario, subordinado al imperio de las modas, a la manipulación mediática y a los estragos del pensamiento único que promueven los organismos nacionales e internacionales de poder. Con profesores, académicos e intelectuales entregados a la cómoda indiferencia, a la pasividad y a la mansedumbre, cuando no al trepadorismo y a la estrategia oportunista de la renuncia acrítica a todo tipo de ideales; con la presencia de sectores populares envilecidos, que literalmente marchan conformes tras sus opresores; con una juventud comprometida solamente con el consumismo, la venta de sí misma y un oneroso presentismo que les impide ver hacia el futuro. En este decadente ambiente intelectual y político, queremos insistir en la validez de esa conciencia utópica e independentista que siempre caracterizó a nuestra América Mestiza.

Nuestro propósito es reestablecer entre las juventudes universitarias el proceso de construcción de una reflexión crítica y plural que, fundamentándose en los estatutos del pensamiento emancipatorio acumulado -por varios siglos de reflexión y de acción política y social-, pueda ayudar a contrarrestar las maniobras transculturizadoras que se imponen por sobre la identidad latinoamericana.

Aun conscientes de que toda selección es arbitraria, porque siempre los excluidos son más que los caprichosamente preferidos,

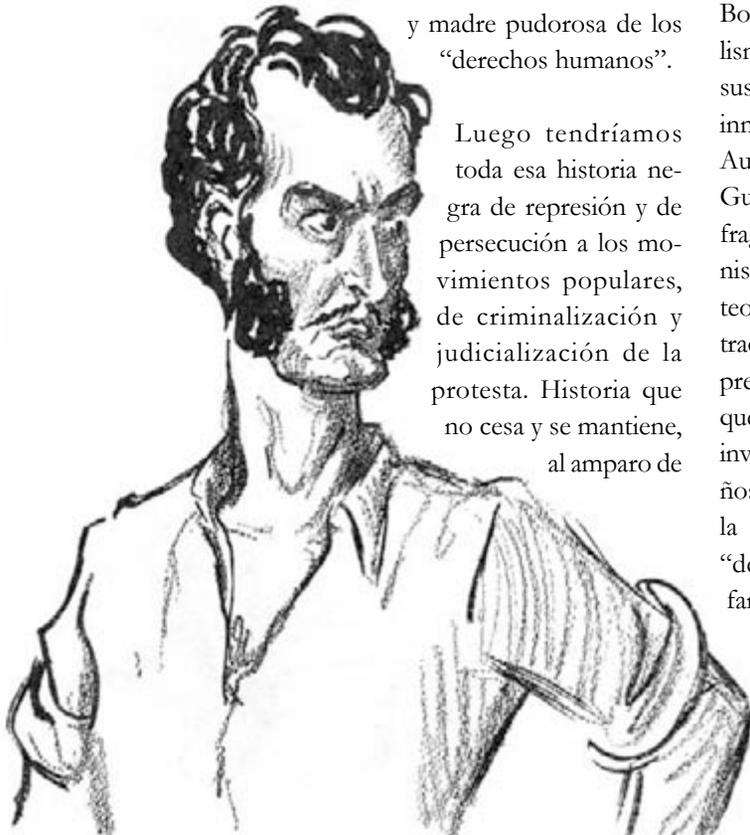
hemos decidido presentar esta muestra de expresiones rebeldes que, al abrigo de sueños y utopías, se han ido forjando cuidadosamente en la América Latina. Se trata de un mosaico de “intelectuales integrales”, consecuentes y comprometidos, quienes cobijados por la ferviente pasión del patriotismo -entendido no como esas lacrimosas emociones que incitan a fatuas lealtades grupales y al unanimismo de rebaño, sino como clara manifestación de los intereses libertarios de los pueblos-, han estado insistiendo permanentemente, con honestidad y clara conciencia anticipatoria, en la vindicación de nuestras naciones. Intelectuales insumisos, insurrectos, rebeldes y hasta desesperados, que han desbrozado con sus ideas y sus comportamientos, caminos de esperanza.

Esos postulados, contestatarios e incluso subversivos, se inauguran con la repulsa expresada ya por Fray Bartolomé de las Casas en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de 1552, donde se hace el recuento de las atrocidades cometidas en el nombre del Cristianismo y de la Corona Española, a lo largo y ancho de la geografía del Nuevo Mundo. Allí, como en la *Divina Comedia* del Dante, se nos muestran las razones del descontento y de la ira de estos pueblos conquistados y colonizados por “insignes carniceros y derramadores de sangre humana” que dieron a nuestros aborígenes un trato que ni siquiera estaba al nivel del que se da las bestias, pues los indígenas, a quienes se les negaba hasta el alma, eran considerados “como menos que el estiércol de las plazas”, y el único interés que

movía a los recién llegados, era la búsqueda del oro y las riquezas. Codicia y ambición luego heredada por otras metrópolis, y peor aun, por las propias oligarquías *vende patrias* de las nacientes repúblicas supuestamente independizadas.

Se vivió luego una dolorosa etapa -antecedente de la “independencia” y que la historiografía oficial retoca y edulcora-, de guerras y confrontaciones al poder, a ese poder establecido primero en el nombre de Dios y después encarnado en “el derecho y sus instituciones”. Insurrecciones que se inician con las protestas y levantamientos de las “gentes de color”, indígenas, esclavos y comuneros, como Tupac Amaru en las tierras del Inca, José Antonio Galán en la Nueva Granada y la de los negros esclavos de Haití que erigieron el primer país libre de América, en lucha contra Francia, la orgullosa cuna de las “libertades” y madre pudorosa de los “derechos humanos”.

Luego tendríamos toda esa historia negra de represión y de persecución a los movimientos populares, de criminalización y judicialización de la protesta. Historia que no cesa y se mantiene, al amparo de



José Antonio Galán



Tupac Amaru

vacuas ideologías y mentirosos conceptos, que siempre han estado al servicio del poder.

Pero la América Latina insurgente y revolucionaria, también ha persistido. Aquella América creada por la imaginación de Simón Bolívar, preclaro precursor del antimperialismo, hoy se yergue con sus guerreros, con sus intelectuales, sus masas populares y sus inmortales héroes -como Emiliano Zapata, Augusto César Sandino, Ernesto “Che” Guevara o Salvador Allende-, a pesar de la fragmentación territorial, económica y administrativa, superando vagas nociones y viejas teorías eurocéntricas -la ideología de la Ilustración entre otras- y las acechanzas, ultrajes y pretensiones imperiales del peligroso vecino, que en sus ansias de hegemonía, empleando inversiones e invasiones, y esgrimiendo engañosas tesis como las de la doctrina Monroe, la “política del gran garrote”, el llamado “destino manifiesto”, el “Big brother”, la farsa sangrienta de la “ayuda” que representó la “Alianza para el progreso” o fungiendo hoy como distribuidor imperial de los derechos humanos, muestra sus reales intenciones de constituirse en policía del planeta.

Todas estas nuevas expresiones y elaboraciones teóricas y discursivas que presenta-

mos, han sido defendidas durante los varios siglos de explotación, de colonialismo, de neocolonialismo y de indebida injerencia sobre nuestras frágiles e inciertas soberanías y nacionalidades, obedeciendo a las diversas lógicas epocales y generacionales, pero signadas siempre por la impronta de la angustia, por la euforia, por el amor patrio y los irreversibles anhelos integracionistas y unitarios, con la precisión bolivariana de que “para nosotros la patria es América”.

Estos propósitos de reorientación y reordenamiento cultural y político buscan, como lo hemos dicho, convencer a la juventud y a todos esos “hombres-ciudad” del naciente siglo XXI de que, como dice Alejo Carpentier, “tienen el deber ineludible de conocer a sus clásicos americanos, de releerlos, de meditarlos, para hallar sus raíces, sus árboles genealógicos de palmera, de apamate o de ceiba...”. Y, comprendiendo los profundos

imaginarios colectivos y el realismo mágico de lo latinoamericano, puedan desengañados ya de pretendidos universales ideológicos como el “progreso”, la “soberanía”, la “democracia” o los “derechos humanos para todos”, enfrentar con renovado idealismo la construcción de la utopía americana, que inventaron y soñaron los colosos de nuestra identidad.

Hoy, cuando languidece en los estertores del fracaso la farsa democrática inventada por las oligarquías y los imperialismos, esa democracia fascista ya mundializada, que honra a los victimarios -sicarios, paramilitares, genocidas o grandes capitalistas-, mientras degrada y humilla, aun más, a las clases populares, debemos entender como lo dijera José Martí, que “Bolívar tiene que hacer en América todavía”.

Julio César Carrión Castro

La publicación de este número especial de la Revista, es resultado del interés manifestado por el Doctor Héctor Villarraga Sarmiento, Vicerrector Académico de la Universidad del Tolima, quien obstinadamente nos señaló como un imperativo inexcusable, la publicación de unas lecturas universitarias que sirvieran de apertura e introducción a la naciente Facultad de Humanidades, Ciencias Sociales y Artes, con que la Universidad encara de nuevo la proyección cultural y el compromiso ético, político y estético que tiene con la ciudad y la región.

Aquelarre



Brevisima relación de la destrucción de Indias - 1552



Carta de Jamaica*

Simón Bolívar. Venezuela (1783-1830)



Kingston, septiembre 6 de 1815

Muy señor mío:

Me apresuro a contestar la carta del 29 del mes pasado que V. me hizo el honor de dirigirme, y yo recibí con la mayor satisfacción. Sensible, como debo, al interés que V. ha querido tomar por la suerte de mi patria, afligiéndose con ella por los tormentos que padece desde su descubrimiento hasta estos últimos períodos, por parte de sus destructores los españoles, no siento menos el comprometimiento en que me ponen las solícitas demandas que V. me

hace, sobre los objetos más importantes de la política americana. Así, me encuentro en un conflicto, entre el deseo de corresponder a la confianza con que V. me favorece, y el impedimento de satisfacerla, tanto por la falta de documentos y de libros, cuanto por los limitados conocimientos que poseo de un país tan inmenso, variado y desconocido como el Nuevo Mundo.

En mi opinión es imposible responder a las preguntas con que V. me ha honrado. El mismo barón de Humboldt, con su universalidad de conocimientos teóricos y prácticos, apenas lo haría con exactitud, porque aunque

* Contestación de un "Americano Meridional" a un caballero de esta isla (Henry Cullen)

una parte de la estadística y revolución de América es conocida, me atrevo a asegurar que la mayor está cubierta de tinieblas, y por consecuencia, sólo se pueden ofrecer conjeturas más o menos aproximadas, sobre todo en lo relativo a la suerte futura, y a los verdaderos proyectos de los americanos; pues cuantas combinaciones suministra la historia de las naciones, de otras tantas es susceptible la nuestra por sus posiciones físicas, por las vicisitudes de la guerra, y por los cálculos de la política.

Como me conceptúo obligado a prestar atención a la apreciable carta de V., no menos que a sus filantrópicas miras, me animo a dirigir estas líneas, en las cuales ciertamente

no hallará V. las ideas luminosas que desea, mas sí las ingenuas expresiones de mis pensamientos.

“Tres siglos ha, dice V., que empezaron las barbaridades que los españoles cometieron en el grande hemisferio de Colón”. Barbaridades que la presente edad ha rechazado como fabulosas, porque parecen superiores a la perversidad humana; y jamás serían creídas por los críticos modernos, si constantes y repetidos documentos no testificasen estas infaustas verdades. El filantrópico obispo de Chiapa, el apóstol de la América, Las Casas, ha dejado a la posteridad una breve relación de ellas, extractada de las sumarias que siguieron en Sevilla a los conquistadores, con el testimonio de cuantas personas respetables había entonces en el Nuevo Mundo, y con los procesos mismos que los tiranos se hicieron entre sí; como consta por los más sublimes historiadores de aquel tiempo. Todos los imparciales han hecho justicia al celo, verdad y virtudes de aquel amigo de la humanidad, que con tanto fervor y firmeza denunció ante su gobierno y contemporáneos los actos más horrorosos de un frenesí sanguinario.

¡Con cuánta emoción de gratitud leo el pasaje de la carta de V. en que me dice “que espera que los sucesos que siguieron entonces a las armas españolas, acompañen ahora a las de sus contrarios, los muy oprimidos americanos meridionales”! Yo tomo esta esperanza por una predicción, si la justicia decide las contiendas de los hombres. El suceso coronará nuestros esfuerzos; porque el destino de América se ha fijado irrevocablemente; el lazo que la unía a la España está cortado; la opinión era toda su fuerza; por ella se estrechaban mutuamente las partes de aquella inmensa monarquía; lo que antes las enlazaba ya las divide; más grande es el odio que nos ha inspirado la Península que el mar que nos separa de ella; menos difícil es unir los dos continentes, que reconciliar los espíritus de ambos países. El hábito a la obediencia; un



comercio de intereses, de jueces, de religión; una recíproca benevolencia; una tierna solicitud por la cuna y la gloria de nuestros padres; en fin, todo lo que formaba nuestra esperanza nos venía de España. De aquí nacía un principio de adhesión que parecía eterno; no obstante que la conducta de nuestros dominadores relajaba esta simpatía; o por mejor decir este apego forzado por el imperio de la dominación. Al presente sucede lo contrario; la muerte, el deshonor, cuanto es nocivo, nos amenaza y tememos; todo lo sufrimos de esa desnaturalizada madrastra. El velo se ha rasgado; ya hemos visto la luz y se nos quiere volver a las tinieblas; se han roto las cadenas; ya hemos sido libres, y nuestros enemigos pretenden de nuevo esclavizarnos. Por lo tanto, la América combate con despecho; y rara vez la desesperación no ha arrastrado tras sí la victoria.

Porque los sucesos hayan sido parciales y alternados, no debemos desconfiar de la fortuna.

En unas partes triunfan los independientes, mientras que los tiranos en lugares diferentes, obtienen sus ventajas, ¿cuál es el resultado final? ¿No está el Nuevo Mundo entero, conmovido y armado para su defensa? Echemos una ojeada y observaremos una lucha simultánea en la misma extensión de este hemisferio.

El belicoso Estado de las Provincias del Río de la Plata ha purgado su territorio y conducido sus armas vencedoras al Alto Perú, conmoviendo a Arequipa, e inquietando a los realistas de Lima. Cerca de un millón de habitantes disfruta allí de su libertad.

El reino de Chile, poblado de 800,000 almas, está lidiando contra sus enemigos que pretenden dominarlo; pero en vano, porque los que antes pusieron un término a sus conquistas, los indómitos y libres araucanos, son sus vecinos y compatriotas; y su ejemplo sublime



Humbolt

es suficiente para probarles que el pueblo que ama su independencia, por fin lo logra.

El virreinato del Perú, cuya población asciende a millón y medio de habitantes, es sin duda el más sumiso y al que más sacrificios se le han arrancado para la causa del rey; y bien que sean varias las relaciones concernientes a aquella porción de América, es indubitable que ni está tranquila, ni es capaz de oponerse al torrente que amenaza a las más de sus provincias.

La Nueva Granada, que es, por decirlo así, el corazón de la América, obedece a un gobierno general, exceptuando el reino de Quito que con la mayor dificultad contienen a sus enemigos, por ser fuertemente adicto a la causa de su patria, y las provincias de

Panamá y Santa Marta que sufren, no sin dolor, la tiranía de sus señores. Dos millones y medio de habitantes están esparcidos en aquel territorio que actualmente defienden contra el ejército español bajo el general Morillo, que es verosímil sucumba delante de la inexpugnable plaza de Cartagena. Mas si la tomare será a costa de grandes pérdidas, y desde luego carecerá de fuerzas bastantes para subyugar a los morigerados y bravos moradores del interior.

En cuanto a la heroica y desdichada Venezuela, sus acontecimientos han sido tan rápidos y sus devastaciones tales, que casi la han reducido a una absoluta indigencia y a una soledad espantosa, no obstante que era uno de los más bellos países de cuantos hacían el orgullo de la América. Sus tiranos gobiernan un desierto, y sólo oprimen a tristes restos que escapados de la muerte, alimentan una precaria existencia: algunas mujeres, niños y ancianos son los que quedan. Los más de los hombres han perecido por no ser esclavos, y los que viven combaten con furor en los campos y en los pueblos internos hasta expirar o arrojar al mar a los que, insaciables de sangre y de crímenes, rivalizan con los primeros monstruos que hicieron desaparecer de la América a su raza primitiva.

Cerca de un millón de habitantes de contaba en Venezuela; y sin exageración se puede asegurar que una cuarta parte ha sido sacrificada por la tierra, la espada, el hambre, la peste, las peregrinaciones; excepto el terremoto, todos resultados de la guerra.

En Nueva España había en 1808, según nos refiere el barón de Humboldt, 7,800,000 almas con inclusión de Guatemala. Desde aquella época, la insurrección que ha agitado a casi todas sus provincias, ha hecho disminuir sensiblemente aquel cómputo que parece exacto; pues más de un millón de hombres han perecido, como lo podrá V. ver en la exposición de Mr. Walton que describe con



fidelidad los sanguinarios crímenes cometidos en aquel opulento imperio. Allí la lucha se mantiene a fuerza de sacrificios humanos y de todas especies, pues nada ahorran los españoles con tal que logren someter a los que han tenido la desgracia de nacer en este suelo, que parece destinado a empaparse con la sangre de sus hijos. A pesar de todo, los mexicanos serán libres, porque han abrazado el partido de la patria, con la resolución de vengar a sus pasados, o seguirlos al sepulcro. Ya ellos dicen con Raynal: llegó el tiempo, en fin, de pagar a los españoles suplicios con suplicios y de ahogar a esa raza de exterminadores en su sangre o en el mar.

Las islas de Puerto Rico y Cuba, que entre ambas pueden formar una población de 700 a 800,000 almas, son las que más tranquila-

mente poseen los españoles, porque están fuera del contacto de los independientes. Mas ¿no son americanos estos insulares? ¿No son vejados? ¿No desearán su bienestar?

Este cuadro representa una escala militar de 2,000 leguas de longitud y 900 de latitud en su mayor extensión en que 16, 000,000 americanos defienden sus derechos, o están comprimidos por la nación española, que aunque fue en algún tiempo el más vasto imperio del mundo, sus restos son ahora impotentes para dominar el nuevo hemisferio y hasta para mantenerse en el antiguo. ¿Y la Europa civilizada, comerciante y amante de la libertad, permite que una vieja serpiente, por sólo satisfacer su saña envenenada, devore la más bella parte de nuestro globo? ¡Qué! ¿Está la Europa sorda al clamor de su propio interés? ¿No tiene ya ojos para ver la justicia? ¿Tanto se ha endurecido para ser de este modo insensible? Estas cuestiones, cuanto más las medito, más me confunden; llego a pensar que se aspira a que desaparezca la América; pero es imposible porque toda la Europa no es España. ¡Qué demencia la de nuestra enemiga, pretender reconquistar la América, sin marina, sin tesoros, y casi sin soldados! Pues los que tiene apenas son bastantes para retener a su propio pueblo en una violenta obediencia y defenderse de sus vecinos. Por otra parte, ¿podrá esta nación hacer comercio exclusivo de la mitad del mundo sin manufacturas, sin producciones territoriales, sin artes, sin ciencias, sin política? Lograda que fuese esta loca empresa, y

suponiendo más, aun lograda la pacificación, los hijos de los actuales americanos unidos con los de los europeos reconquistadores, ¿no volverían a formar dentro de veinte años los mismos patrióticos designios que ahora se están combatiendo?

La Europa haría un bien a la España en disuadirla de su obstinada temeridad, porque a lo menos le ahorraría los gastos que expende, y la sangre que derrama; a fin de que fijando su atención en sus propios recintos, fundase su prosperidad y poder sobre bases más sólidas que las de inciertas conquistas, un comercio precario y exacciones violentas en pueblos remotos, enemigos y poderosos. La Europa misma, por miras de sana política debería haber preparado y ejecutado el proyecto de la independencia americana, no sólo porque el equilibrio del mundo así lo exige, sino porque este es el medio legítimo y seguro de adquirirse establecimientos ultramarinos de comercio. La Europa, que no se halla agitada por las violentas pasiones de la venganza, ambición y codicia, como la España, parece que estaba autorizada por todas las leyes de la equidad a ilustrarla sobre sus bien entendidos intereses.

Cuantos escritores han tratado la materia se acordaban en esta parte. En consecuencia, nosotros esperábamos con razón que todas las naciones cultas se apresurarían a auxiliarnos, para que adquiésemos un bien cuyas ventajas son recíprocas a entrambos hemisferios. Sin embargo ¡cuán frustradas



CONQUISTA PRESO ATAGVALPAÏGA



esperanzas! No sólo los europeos, pero hasta nuestros hermanos del Norte, se han mantenido inmóviles espectadores de esta contienda, que por su esencia es la más justa, y por sus resultados la más bella e importante de cuantas se han suscitado en los siglos antiguos y modernos; porque ¿hasta dónde se puede calcular la trascendencia de la libertad del hemisferio de Colón?

“La felonía con que Bonaparte, dice V., prendió a Carlos IV y a Fernando VII, reyes de esta nación, que tres siglos ha, aprisionó con traición a dos monarcas de la América Meridional, es un acto muy manifiesto de la

retribución divina, y al mismo tiempo una prueba de que Dios sostiene la justa causa de los americanos, y les concederá su independencia”.

Parece que V. quiere aludir al monarca de México Moteuczoma, preso por Cortés y muerto, según Herrera, por el mismo, aunque Solís dice que por el pueblo; y a Atahualpa, Inca del Perú, destruido por Francisco Pizarro y Diego Almagro. Existe tal diferencia entre la suerte de los reyes españoles y los reyes americanos, que no admiten comparación; los primeros tratados con dignidad, conservados, y al fin recobran su libertad y trono; mientras que los últimos sufren tormentos inauditos y los vilipendios más vergonzosos. Si a Quauhtemotzin, sucesor de Moteuczoma, se le trata como emperador, y le ponen la corona, fue por irrisión y no por respeto, para que experimentase este escarnio antes que las torturas. Iguales a la suerte de este monarca fueron las del rey de Michoacán, Catzontzin; el Zipa de Bogotá, y cuantos Toquis, Incas, Zipas, Ulmenes, Caciques y demás dignidades indianas sucumbieron al poder español. El suceso de Fernando VII es más semejante al que tuvo lugar en Chile en 1535 con el Ulmén de Copiapó, entonces reinante en aquella comarca. El español Almagro pretextó, como Bonaparte, tomar partido por la causa del legítimo soberano, y en consecuencia llama al usurpador como Fernando lo era en España; aparenta restituir al legítimo a sus estados y termina por encadenar y echar a las llamas al infeliz Ulmén, sin querer ni aun oír su defensa. Este es el ejemplo de Fernando VII con su usurpador; los reyes europeos sólo padecen destierros, el Ulmén de Chile termina su vida de un modo atroz.

“Después de algunos meses, añade V., he hecho muchas reflexiones sobre la situación de los americanos y sus esperanzas futuras; tomo grande interés en sus sucesos; pero me faltan muchos informes relativo a sus estado actual y a lo que ellos aspiran: deseo infinitamente

saber la política de cada provincia como también su población; si desean repúblicas o monarquías, si formarán una gran república o una gran monarquía? Toda noticia de esta especie que V. pueda darme, o indicarme las fuentes a que debo ocurrir, la estimaré como un favor muy particular”.

Siempre las almas generosas se interesan en la suerte de un pueblo que se esmera por recobrar los derechos con que el Criador y la naturaleza le han dotado; y es necesario estar bien fascinado por el error o por las pasiones para no abrigar esta noble sensación; V. ha pensado en mi país, y se interesa por él; este acto de benevolencia me inspira el más vivo reconocimiento.

He dicho la población que se calcula por datos más o menos exactos, que mil circunstancias hacen fallidos, sin que sea fácil remediar esa inexactitud, porque los más de los moradores tienen habitaciones campestres, y muchas veces errantes; siendo labradores, pastores, nómadas, perdidos en medio de espesos e inmensos bosques, llanuras solitarias, y aislados entre lagos y ríos caudalosos. ¿Quién será capaz de formar una estadística completa de semejantes comarcas? Además, los tributos que pagan los indígenas; las penalidades de los esclavos; las primicias, diezmos y derechos que pesan sobre los labradores, y otros accidentes, alejan de sus hogares a los pobres americanos. Esto es sin hacer mención de la guerra de exterminio que ya ha segado cerca de un octavo de la población, y ha ahuyentado una gran parte; pues entonces las dificultades son insuperables y el empadronamiento vendrá a reducirse a la mitad del verdadero censo.

Todavía es más difícil presentir la suerte futura del Nuevo Mundo, establecer principios sobre su política, y casi profetizar la naturaleza del gobierno que llegará a adoptar. Toda idea relativa al porvenir de este país me parece aventurada. ¿Se pudo prever, cuando

el género humano se hallaba en su infancia rodeado de tanta incertidumbre, ignorancia y error, cuál sería el régimen que abrazaría para su conservación? ¿Quién se habría atrevido a decir tal nación será república o monarquía, esta será pequeña, aquella grande? En mi concepto, esta es la imagen de nuestra situación. Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares; nuevos en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo viejos en los usos de la sociedad civil. Yo considero el estado actual de la América, como cuando desplomado el imperio romano, cada desmembración formó un sistema político, conforme a sus intereses y situación, o siguiendo la ambición particular de algunos jefes, familias, o corporaciones; con esta notable diferencia que aquellos miembros dispersos volvían a restablecer sus antiguas naciones con las alteraciones que exigían las cosas o los sucesos; mas nosotros, que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue, y que por otra parte, no somos indios, ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país, y los usurpadores españoles; en suma, siendo nosotros americanos por nacimientos, y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar estos a los del país, y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores; así nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado. No obstante que es una especie de adivinación indicar cuál será el resultado de la línea de política que la América siga, me atrevo a aventurar algunas conjeturas que desde luego caracterizo de arbitrarias, dictadas por un deseo racional, y no por un raciocinio probable.

La posición de los moradores del hemisferio americano ha sido por siglos puramente pasiva; su existencia política era nula. Nosotros estábamos en un grado todavía más abajo de la servidumbre, y por lo mismo con más dificultad para elevarnos al goce de la libertad. Permítame V. estas consideracio-

nes para elevar la cuestión. Los estados son esclavos por la naturaleza de su constitución o por el abuso de ella; luego, un pueblo es esclavo cuando el gobierno, por su esencia o por sus vicios, holla y usurpa los derechos del ciudadano o súbdito. Aplicando estos principios, hallaremos que la América no solamente estaba privada de su libertad, sino también de la tiranía activa y dominante. Me explicaré. En las administraciones absolutas no se reconocen límites en el ejercicio de las facultades gubernativas: la voluntad del Gran Sultán, Kan, Dey y demás soberanos despóticos, es la ley suprema, y esta es casi arbitrariamente ejecutada por los bajaes, kanes y sátrapas subalternos de la Turquía y Persia, que tienen organizada una opresión de que participan los súbditos en razón de la autoridad que se les confía. A ellos está encargada la administración civil, militar, política, de rentas, y la religión. Pero al fin son persas los jefes de Hispahan, son turcos los visires del gran señor, son tártaros los sultanes de la Tartaria. La China no envía a buscar mandatarios militares y letrados al país de Gengis Kan que la conquistó, a pesar de que los actuales chinos son descendientes directos de los subyugados por los ascendientes de los presentes tártaros.

¡Cuán diferente era entre nosotros! Se nos vejaba con una conducta que, además de privarnos de los derechos que nos correspondían, nos dejaba en una especie de infancia permanente con respecto a las transacciones públicas. Si hubiésemos siquiera manejado nuestros asuntos domésticos en nuestra administración interior, conoceríamos el curso de los negocios públicos y su mecanismo. Gozaríamos también de la consideración personal que impone a los ojos del pueblo cierto respeto maquinal, que es tan necesario conservar en las revoluciones. He aquí por qué he dicho que estábamos privados hasta de la tiranía activa, pues que no nos está permitido ejercer sus funciones.

Los americanos, en el sistema español que está en vigor, y quizá con mayor fuerza que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo, y cuando más el de simples consumidores; y aun esta parte coartada con restricciones chocantes; tales son las prohibiciones del cultivo de frutos de Europa, el estanco de las producciones que el rey monopoliza, el impedimento de las fábricas que la misma península no posee, los privilegios exclusivos del comercio hasta de los objetos de primera necesidad; las trabas entre provincias y provincias americanas para que no se traten, entienden, ni negocien; en fin, ¿quiere V. saber cuál era nuestro destino? Los campos para cultivar el añil, la grana, el café, la caña, el cacao y el algodón; las llanuras solitarias para criar ganados; los desiertos para cazar las bestias feroces; las entrañas de la tierra para excavar el oro, que puede saciar a esa nación avarienta.

Tan negativo era nuestro estado que no encuentro semejante en ninguna otra asociación civilizada, por más que recorro la serie de las edades y la política de todas las naciones. Pretender que un país tan felizmente constituido, extenso, rico y populoso, sea meramente pasivo ¿no es un ultraje y una violación de los derechos de la humanidad?

Estábamos, como acabo de exponer, abstraídos y, digámoslo así, ausentes del universo cuanto es relativo a la ciencia del gobierno y administración del Estado. Jamás éramos vi-reyes ni gobernadores, sino por causas muy extraordinarias; arzobispos y obispos, pocas veces; diplomáticos, nunca; militares, sólo en calidad de subalternos; nobles, sin privilegios reales; no éramos, en fin, ni magistrados ni financistas, y casi ni aun comerciantes; todo en contraversión directa de nuestras instituciones.

El emperador Carlos V formó un pacto con los descubridores, conquistadores y pobla-

dores de América que, como dice Guerra, es nuestro contrato social. Los reyes de España convinieron solemnemente con ellos que lo ejecutasen por su cuenta y riesgo, prohibiéndoseles hacerlo a costa de la real hacienda, y por esta razón se les concedía que fuesen señores de la tierra, que organizaran la administración y ejerciesen la judicatura en apelación; con otras muchas exenciones y privilegios que sería prolijo detallar. El rey se comprometió a no enajenar jamás las provincias americanas, como que a él no tocaba otra jurisdicción que la del alto dominio, siendo una especie de propiedad feudal la que allí tenían los conquistadores para sí y sus descendientes. Al mismo tiempo existen leyes expresas que favorecen casi exclusivamente a los naturales del país, originarios de España, en cuanto a los empleos civiles, eclesiásticos y de rentas. Por manera que con una violación manifiesta de las leyes y de los pactos subsistentes, se han visto despojar aquellos naturales de la autoridad constitucional que les daba su código.

De cuanto he referido, será fácil colegir que la América no estaba preparada para desprenderse de la metrópoli, como súbitamente sucedió por el efecto de las ilegítimas cesiones de Bayona, y por la inicua guerra que la regencia nos declaró sin derecho alguno para ello, no sólo por la falta de justicia, sino también de legitimidad. Sobre la naturaleza de los gobiernos españoles, sus decretos conminatorios y hostiles, y el curso entero de su desesperada conducta, hay escritos del mayor mérito en el periódico *El Español*, cuyo autor es el Sr. Blanco; y estando allí esta parte de nuestra historia muy bien tratada, me limito a indicarlo.

Los americanos han subido de repente y sin los conocimientos previos, y, lo que es más sensible, sin la práctica de los negocios públicos, a representar en la escena del mundo las eminentes dignidades de legisladores, magistrados, administradores del erario, diplomáticos, generales, y cuantas autoridades



supremas y subalternas forman la jerarquía de un Estado organizado con regularidad.

Cuando las águilas francesas sólo respetaron los muros de la ciudad de Cádiz, y con su vuelo arrollaron a los frágiles gobiernos de la Península, entonces quedamos en la orfandad. Ya antes habíamos sido entregados a la merced de un usurpador extranjero. Después, lisonjeados con la justicia que se nos debía con esperanzas halagüeñas siempre burladas; por último, inciertos sobre nuestro destino futuro, y amenazados por la anarquía, a causa

de la falta de un gobierno legítimo, justo y liberal, nos precipitamos en el caos de la revolución. En el primer momento sólo se cuidó de proveer a la seguridad interior, contra los enemigos que encerraba nuestro seno. Luego se extendió a la seguridad exterior; se establecieron autoridades que sustituimos a las que acabábamos de deponer encargadas de dirigir el curso de nuestra revolución y de aprovechar la coyuntura feliz en que nos fuese posible fundar un gobierno constitucional digno del presente siglo y adecuado a nuestra situación.

Todos los nuevos gobiernos marcaron sus primeros pasos con el establecimiento de juntas populares. Estas formaron en seguidas reglamentos para la convocación de congresos que produjeron alteraciones importantes. Venezuela erigió un gobierno democrático federal, declarando previamente los derechos del hombre, manteniendo el equilibrio de los poderes y estatuyendo leyes generales en favor de la libertad civil, de imprenta y otras; finalmente, se constituyó un gobierno independiente. La Nueva Granada siguió con uniformidad los establecimientos políticos y cuantas reformas hizo Venezuela, poniendo por base fundamental de su Constitución el sistema federal más exagerado que jamás existió; recientemente se ha mejorado con respecto al poder ejecutivo general, que ha obtenido cuantas atribuciones le corresponden. Según entiendo, Buenos Aires y Chile han seguido esta misma línea de operaciones; pero como nos hallamos a tanta distancia, los documentos son tan raros, y las noticias tan inexactas, no me animaré ni aun a bosquejar el cuadro de sus transacciones.

Los sucesos en México han sido demasiado varios, complicados, rápidos y desgraciados, para que se puedan seguir en el curso de su revolución. Carecemos, además, de documentos bastante instructivos, que nos hagan capaces de juzgarlos. Los independientes de México, por lo que sabemos, dieron principio



a su insurrección en setiembre de 1810, y un año después, ya tenían centralizado su gobierno en Zitácuaro, instalado allí una Junta Nacional bajo los auspicios de Fernando VII, en cuyo nombre se ejercían las funciones gubernativas. Por los acontecimientos de la guerra, esta Junta se trasladó a diferentes lugares, y es verosímil que se haya conservado hasta estos últimos momentos, con las modificaciones que los sucesos hayan exigido. Se dice que ha creado un generalísimo o dictador que lo es el ilustre general Morelos; otros hablan del célebre general Rayón; lo cierto es que uno de estos dos grandes hombres o ambos separadamente ejercen la autoridad suprema en aquel país; y recientemente ha aparecido una Constitución para el régimen del Estado. En marzo de 1812 el gobierno residente de Zultepec presentó un plan de paz

y guerra al virrey de México concebido con la más profunda sabiduría. En él se reclamó el derecho de gentes estableciendo principios de una exactitud incontestable. Propuso la Junta que la guerra se hiciese como entre hermanos y conciudadanos, pues que no debía ser más cruel que entre naciones extranjeras; que los derechos de gentes de guerra, inviolables para los mismos infieles y bárbaros, debían serlo más para cristianos, sujetos a un soberano y a unas leyes; que los prisioneros no fuesen tratados como reos de lesa majestad, ni se degollasen los que rendían las armas, sino que se mantuviesen en rehenes para canjearlos; que no se entrase a sangre y fuego en las poblaciones pacíficas, no las diezmasen ni quintasen para sacrificarlas, y concluye que, en caso de no admitirse este plan, se observarían rigurosamente las represalias. Esta negociación se trató con el más alto desprecio; no se dio respuesta a la Junta Nacional; las comunicaciones originales se quemaron públicamente en la plaza de México, por mano del verdugo; y la guerra de exterminio continuó por parte de los españoles con su furor acostumbrado, mientras que los mexicanos y las otras naciones americanas no lo hacían, ni aun a muerte con los prisioneros de guerra que fuesen españoles. Aquí se observa que por causas de conveniencia se conservó la apariencia de sumisión al rey y aun a la Constitución de la monarquía. Parece que la Junta Nacional es absoluta en el ejercicio de las funciones legislativas, ejecutiva y judicial, y el número de sus miembros muy limitado.

Los acontecimientos de la Tierra Firme nos han probado que las instituciones perfectamente representativas no son adecuadas a nuestro carácter, costumbres y luces actuales. En Caracas el espíritu de partido tomó su origen en las sociedades, asambleas, y elecciones populares; y estos partidos nos tornaron a la esclavitud. Y así como Venezuela ha sido la república americana que más se ha adelantado en sus instituciones políticas, también ha sido el más claro ejemplo de la ineficacia de

la forma democrática y federal para nuestros nacientes Estados. En Nueva Granada las excesivas facultades de los gobiernos provinciales y la falta de centralización en el general, han conducido aquel precioso país al estado a que se ve reducido en el día. Por esta razón sus débiles enemigos se han conservado contra todas las probabilidades. En tanto que nuestros compatriotas no adquieran los talentos y las virtudes políticas que distinguen a nuestros hermanos del Norte, los sistemas enteramente populares, lejos de sernos favorables, temo mucho que vengan a ser nuestra ruina. Desgraciadamente, estas cualidades parecen estar muy distantes de nosotros en el grado que se requiere; y por el contrario, estamos dominados de los vicios que se contraen bajo la dirección de una nación como la española, que sólo ha sobresalido en fiereza, ambición, venganza y codicia.

Es más difícil, dice Montesquieu, sacar un pueblo de la servidumbre, que subyugar uno libre. Esta verdad está comprobada por los anales de todos los tiempos, que nos muestran las más de las naciones libres sometidas al yugo, y muy pocas de las esclavas recobrar su libertad. A pesar de este convencimiento, los meridionales de este continente han manifestado el conato de conseguir instituciones liberales, y aun perfectas; sin duda, por efecto del instinto que tienen todos los hombres de aspirar a su mejor felicidad posible, la que se alcanza infaliblemente en las sociedades civiles, cuando ellas están fundadas sobre las bases de la justicia, de la libertad, y de la igualdad. Pero ¿Se puede concebir que un pueblo recientemente desencadenado, se lance a la esfera de la libertad, sin que, como a Icaro, se le deshagan las alas y recaiga en el abismo? Tal prodigio es inconcebible, nunca visto. Por consiguiente, no hay un raciocinio verosímil que nos halague con esta esperanza.

Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por

su libertad y gloria. Aunque aspiro a la perfección del gobierno de mi patria, no puedo persuadirme que el Nuevo Mundo sea por el momento regido por una gran república; como es imposible, no me atrevo a desearlo; y menos deseo aún una monarquía universal de América, porque este proyecto, sin ser útil, es también imposible. Los abusos que actualmente existen no se reformarían, y nuestra regeneración sería infructuosa. Los Estados americanos han menester de los cuidados de gobiernos paternales que curen las llagas y las heridas del despotismo y la guerra. La metrópoli, por ejemplo, sería México, que es la única que puede serlo por su poder intrínseco, sin el cual no hay metrópoli. Supongamos que fuese el Istmo de Panamá, punto céntrico para todos los extremos de este vasto continente; ¿no continuarían estos en la languidez, y aun en el desorden actual? Para que un solo gobierno dé vida, anime, ponga en acción todos los resortes de la prosperidad pública, corrija, illustre y perfeccione al Nuevo Mundo, sería necesario que tuviese las facultades de un Dios, y cuando menos las luces y virtudes de todos los hombres.

El espíritu de partido que al presente agita a nuestros Estados, se encendería entonces con mayor encono, hallándose ausente la fuente del poder que únicamente puede reprimirlo. Además, los magnates de las capitales no sufrirían la preponderancia de los metropolitanos, a quienes considerarían como a otros tantos tiranos; sus celos llegarían hasta el punto de comparar a estos con los odiosos españoles. En fin, una monarquía semejante sería un coloso deforme, que su propio peso desplomaría a la menor convulsión.

Mr. de Pradt ha dividido sabiamente a la América en 15 a 17 Estados independientes entre sí, gobernados por otros tantos monarcas. Estoy de acuerdo en cuanto a lo primero, pues la América comporta la creación de 17 naciones; en cuanto a lo segundo, aunque es más fácil conseguirlo, es menos útil; y así, no

soy de la opinión de las monarquías americanas. He aquí mis razones. El interés bien entendido de una república se circunscribe en la esfera de su conservación, prosperidad y gloria. No ejerciendo la libertad imperio, porque es precisamente su opuesto, ningún estímulo excita a los republicanos a extender los términos de su nación, en detrimento de sus propios medios, con el único objeto de hacer participar a sus vecinos de una constitución liberal. Ningún derecho adquieren, ninguna ventaja sacan vencéndolos, a menos que los reduzcan a colonias, conquistas, o aliados, siguiendo el ejemplo de Roma. Máximas y ejemplos tales están en oposición directa con los principios de justicia de los sistemas republicanos; y aun diré más, en oposición manifiesta con los intereses de sus ciudadanos; porque un Estado demasiado extenso en sí mismo o por sus dependencias, al cabo viene en decadencia, y convierte su forma libre en otra tiránica; refleja los principios que deben conservarla, y ocurre por último al despotismo. El distintivo de las pequeñas repúblicas es la permanencia; el de las grandes, es vario, pero siempre se inclina al imperio. Casi todas las primeras han tenido una larga duración; de las segundas sólo Roma se mantuvo algunos siglos, pero fue porque era república la capital y no lo era el resto de sus dominios, que se gobernaban por leyes e instituciones diferentes.

Muy contraria es la política de un rey, cuya inclinación constante se dirige al aumento de sus posesiones, riquezas y facultades; con razón, porque se autoridad crece con estas adquisiciones, tanto con respecto a sus vecinos como a sus propios vasallos, que temen en él un poder tan formidable cuanto es su imperio, que se conserva por medio de la guerra y de las conquistas. Por estas razones pienso que los americanos, ansiosos de paz, ciencias, artes, comercio y agricultura, preferirían las repúblicas a los reinos, y me parece que estos deseos se conformarán con las miras de la Europa.

No convengo en el sistema federal entre los populares y representativos, por ser demasiado perfecto y exigir virtudes y talentos políticos muy superiores a los nuestros; por igual razón rehúso la monarquía mixta de aristocracia y democracia que tanta fortuna y esplendor ha procurado a Inglaterra. No siéndonos posible lograr entre las repúblicas y monarquías lo más perfecto y acabado, evitemos caer en anarquías demagógicas o en tiranías monócratas. Busquemos un medio entre extremos opuestos que nos conducirían a los mismos escollos, a la infelicidad y al deshonor. Voy a arriesgar el resultado de mis cavilaciones sobre la suerte futura de la América; no la mejor, sino la que sea más asequible.

Por la naturaleza de las localidades, riquezas, población y carácter de los mexicanos, ima-

gino que intentarían al principio establecer una república representativa en la cual tenga grandes atribuciones el poder ejecutivo, concentrándolo en un individuo que si desempeña sus funciones con acierto y justicia, casi naturalmente vendrá a conservar una autoridad vitalicia. Si su incapacidad o violenta administración excita una conmoción popular que triunfe, este mismo poder ejecutivo quizás se difundirá en una asamblea. Si el partido preponderante es militar o aristocrático, exigirá probablemente una monarquía, que al principio será limitada y constitucional y después inevitablemente declinará en absoluta; pues debemos convenir en que nada hay más difícil en el orden político que la conservación de una monarquía mixta; y también es preciso convenir en que sólo un pueblo tan patriota como el inglés es capaz de contener la autoridad de un rey y de sostener el espíritu de libertad bajo un cetro y una corona.

Los Estados del Istmo de Panamá hasta Guatemala formarán quizás una asociación. Esta magnífica posición entre los dos grandes mares podrá ser con el tiempo el emporio del universo. Sus canales acortarán las distancias del mundo; estrecharán los lazos comerciales de Europa, América y Asia; traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo. ¡Acaso sólo allí podrá fijarse algún día la capital de la tierra, como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio!

La Nueva Granada se unirá con Venezuela, si llegan a convenirse en formar una república central, cuya capital sea Maracaibo o una nueva ciudad que, con el nombre de Las Casas (en honor de este héroe de la filantropía), se funde entre los confines de ambos países, en el soberbio puerto de Bahía-honda. Esta posición, aunque desconocida, es más ventajosa por todos respectos. Su acceso es fácil, y su situación tan fuerte, que puede hacerse inexpugnable. Posee un clima puro y saludable,





cámara o senado legislativo hereditario, que en las tempestades políticas se interponga entre las olas populares y los rayos del gobierno, y un cuerpo legislativo de libre elección, sin otras restricciones que las de la Cámara Baja de Inglaterra. Esta constitución participará de todas formas, y yo deseo que no participe de todos los vicios. Como esta es mi patria, tengo un derecho incontestable para desearla lo que en mi opinión es mejor. Es muy posible que la Nueva Granada no convenga en el reconocimiento de un gobierno central, porque es en extremo adicta a la federación; entonces formará por sí sola un Estado que, si subsiste, podrá ser muy dichoso por sus grandes recursos de todo género.

Poco sabemos de las opiniones que prevalecen en Buenos Aires, Chile y Perú; juzgando por lo que se trasluce y por las apariencias, en Buenos Aires habrá un gobierno central en que los militares se lleven la primacía por consecuencia de sus divisiones intestinas y guerras externas. Esta constitución degenerará necesariamente en una oligarquía o una monocracia, con más o menos restricciones, y cuya denominación nadie puede adivinar. Sería doloroso que tal cosa sucediese, porque aquellos habitantes son acreedores a la más espléndida gloria.

El reino de Chile está llamado por la naturaleza de su situación, por las costumbres inocentes y virtuosas de sus moradores, por el ejemplo de sus vecinos, los fieros republicanos del Arauco, a gozar de las bendiciones que derraman las justas y dulces leyes de una república. Si alguna permanece largo tiempo en América, me inclino a pensar que será la chilena. Jamás se ha extinguido allí el espíritu de libertad; los vicios de la Europa y del Asia llegarán tarde o nunca a corromper las costumbres de aquel extremo del universo. Su territorio es limitado; estará siempre fuera del contacto inficionado del resto de los hombres; no alterará sus leyes, usos y prácticas; preservará su uniformidad

un territorio tan propio para la agricultura como para la cría de ganados, y una grande abundancia de maderas de construcción. Los salvajes que la habitan serían civilizados, y nuestras posesiones se aumentarían en la adquisición de la Goajira. Esta nación se llamaría Colombia como un tributo de justicia y gratitud al criador de nuestro hemisferio. Su gobierno podrá imitar al inglés; con la diferencia de que en lugar de un rey habrá un poder ejecutivo electivo, cuando más vitalicio, y jamás hereditario si se quiere república; una

en opiniones políticas y religiosas; en una palabra, Chile puede ser libre.

El Perú, por el contrario, encierra dos elementos enemigos de todo régimen justo y liberal: oro y esclavos. El primero lo corrompe todo; el segundo está corrompido por sí mismo. El alma de un siervo rara vez alcanza a apreciar la sana libertad; se enfurece en los tumultos, o se humilla en las cadenas.

Aunque estas reglas serían aplicables a toda la América, creo que con más justicia las merece Lima por los conceptos que he expuesto y por la cooperación que ha prestado a sus señores contra sus propios hermanos, los ilustres hijos de Quito, Chile y Buenos Aires. Es constante que el que aspira a obtener la libertad, a lo menos lo intenta. Supongo que en Lima no tolerarán los ricos la democracia, ni los esclavos y pardos libertos la aristocracia; los primeros preferirán la tiranía de uno solo, por no padecer las persecuciones tumultuarias y por establecer un orden siquiera pacífico. Mucho hará si concibe recordar su independencia.

De todo lo expuesto, podemos deducir estas consecuencias: las provincias americanas

se hallan lidiando por emanciparse; al fin obtendrán el suceso; algunas se constituirán de un modo regular en repúblicas federales y centrales; se fundarán monarquías casi inevitablemente en las grandes secciones, y algunas serán tan infelices que devorarán sus elementos, ya en la actual, ya en las futuras revoluciones; que una gran monarquía no será fácil consolidar; una gran república imposible.

Es una idea grandiosa pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería por consiguiente tener un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse; mas no es posible porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América. ¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios, a tratar de discutir sobre los altos intereses de la paz y de



Quetzalcoatl

la guerra con las naciones de las otras tres partes del mundo. Esta especie de corporación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra regeneración; otra esperanza es infundada; semejante a la del abate St. Pierre que concibió al laudable delirio de reunir un congreso europeo para decidir de la suerte de los intereses de aquellas naciones.

“Mutaciones importantes y felices, continúa, pueden ser frecuentemente producidas por efectos individuales. Los americanos meridionales tienen una tradición que dice que cuando Quetralcohuatl, el Hermes o Buhda de la América del Sur, resignó su administración y los abandonó, les prometió que volvería después que los siglos designados hubiesen pasado, y que él reestablecería su gobierno y renovaría su felicidad. Esta tradición, ¿no opera y excita una convicción de que muy pronto debe volver? ¿Concibe V. cuál será el efecto que producirá, si un individuo apareciendo entre ellos demostrase los caracteres de Quetralcohuatl, el Buhda del bosque, o Mercurio, del cual han hablado tanto las otras naciones? ¿No cree V. que esto inclinaría todas las partes? ¿No es la unión todo lo que se necesita para ponerlos en estado de expulsar a los españoles, sus tropas, y los partidarios de la corrompida España, para hacerlos capaces de establecer un imperio poderoso, con un gobierno libre, y leyes benévolas?”

Pienso como V. que causas individuales pueden producir resultados generales, sobre todo en las revoluciones. Pero no es el héroe, gran profeta, o Dios del Anahuac, Quetralcohuatl, el que es capaz de operar los prodigiosos beneficios que V. propone. Este personaje es apenas conocido del pueblo mexicano, y no ventajosamente; porque tal es la suerte de los vencidos aunque sean dioses. Sólo los historiadores y literatos se han ocupado cuidadosamente en investigar su origen, verdadera o falsa misión, sus profecías y el término de su carrera. Se disputa si fue un apóstol de Cristo o bien pagano. Unos

suponen que su nombre quiere decir Santo Tomás; otros que Culebra Emplumajada; y otros dicen que es el famoso profeta de Yucatán, Chilan-Cambal. En una palabra, los más de los autores mexicanos, polémicos e historiadores profanos, han tratado con más o menos extensión la cuestión sobre el verdadero carácter de Quetralcohuatl. El hecho es, según dice Acosta, que él estableció una religión, cuyos ritos, dogmas y misterios tenían una admirable afinidad con la de Jesús, y que quizás es la más semejante a ella. No obstante esto, muchos escritores católicos han procurado alejar la idea de que este profeta fuese verdadero, sin querer reconocer en él a un Santo Tomás como lo afirman otros célebres autores. La opinión general es que Quetralcohuatl es un legislador divino





entre los pueblos paganos de Anahuac, del cual era lugar-teniente el gran Motekzoma, derivando de él su autoridad. De aquí se infiere que nuestros mexicanos no seguirían el gentil Quetralcohualt aunque pareciese bajo las formas más idénticas y favorables, pues que profesan una religión la más intolerante y exclusiva de otras.

Felizmente, los directores de la independencia de México se han aprovechado del fanatismo con el mejor acierto, proclamando a la famosa virgen de Guadalupe por reina de los patriotas, invocándola en todos los casos arduos y llevándola en sus banderas. Con esto, el entusiasmo político ha formado una mezcla con la religión que ha producido un fervor vehemente por la sagrada causa de la libertad. La veneración de esta imagen en México es superior a la más exaltada que pudiera inspirar el más diestro profeta.

Seguramente la unión es la que nos falta para completar la obra de nuestra regeneración. Sin embargo, nuestra división no es extraña, porque tal es el distintivo de las guerras civiles formadas generalmente entre dos partidos: conservadores y reformadores. Los primeros son, por lo común, más numerosos, porque el imperio de la costumbre produce el efecto de la obediencia a las potestades establecidas; los últimos son siempre menos numerosos aunque más vehementes e ilustrados. De esto modo la masa física se equilibra con la fuerza moral, y la contienda se prolonga, siendo sus resultados muy inciertos. Por fortuna, entre nosotros la masa ha seguido a la inteligencia.

Yo diré a V. lo que puede ponernos en apti-

tud de expulsar a los españoles, y de fundar en gobierno libre. Es la unión, ciertamente; mas esta unión no nos vendrá por prodigios divinos, sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos. La América está encontrada entre sí, porque se halla abandonada de todas las naciones, aislada en medio del universo, sin relaciones diplomáticas ni auxilios militares y combatida por la España que posee más elementos para la guerra, que cuantos nosotros furtivamente podemos adquirir.

Cuando los sucesos no están asegurados, cuando el Estado es débil, y cuando las empresas son remotas, todos los hombres vacilan; las opiniones dividen, las pasiones las agitan, y los enemigos las animan para triunfar por este fácil medio. Luego que seamos fuertes, bajo los auspicios de una nación liberal que nos preste su protección, se nos verá de acuerdo cultivar las virtudes y los talentos que conducen a la gloria: entonces seguiremos la marcha majestuosa hacia las grandes prosperidades a que está destinada la América Meridional; entonces las ciencias y las artes que nacieron en el Oriente y han ilustrado la Europa, volarán a Colombia libre que las convidará con un asilo.

Tales son, señor, las observaciones y pensamientos que tengo el honor de someter a V. para que los rectifique o deseche según su mérito; suplicándole se persuada que me he atrevido a exponerlos, más por no ser descortés, que porque me crea capaz de ilustrar a V. en la materia.

Soy de V.

Bolívar



Nuestra América*

José Martí. Cuba (1853-1895)



Crece el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea, y con tal que él quede de alcalde, o le mortifique al rival que le quitó la novia, o le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden universal, sin saber de los gigantes que llevan siete leguas en las botas y le pueden poner la bota encima, ni de la pelea de los cometas en el Cielo, que van por el aire dormidos engullendo mundos. Lo que quede de aldea en América ha de despertar. Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas de almohada, como los varones de Juan de Castellanos: las armas del juicio, que vencen a las otras. Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra.

No hay proa que taje una nube de ideas. Una idea enérgica, flameada a tiempo ante

el mundo, para, como la bandera mística del juicio final, a un escuadrón de acorazados. Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos. Los que se enseñan los puños, como hermanos celosos, que quieren los dos la misma tierra, o el de casa chica, que le tiene envidia al de casa mejor, han de encajar, de modo que sean una, las dos manos. Los que, al amparo de una tradición criminal, cercenaron, con el sable tinto en la sangre de sus mismas venas, la tierra del hermano vencido, del hermano castigado más allá de sus culpas, si no quieren que les llame el pueblo ladrones, devuélvanle sus tierras al hermano. Las deudas del honor no las cobra el honrado en dinero, a tanto por la bofetada. Ya no podemos ser el pueblo de hojas, que vive en el aire, con la copa cargada de

* *El Partido Liberal*, México, 30 de enero de 1891.



flor, restallando o zumbando, según la acaricie el capricho de la luz, o la tundan y talen las tempestades; ¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.

A los sietemesinos sólo les faltará el valor. Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás. No les alcanza al árbol difícil el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, el brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol. Hay que cargar los barcos de esos insectos dañinos, que le roen el hueso a la patria que los nutre. Si son parisienses o madrileños, vayan al Prado, de faroles, o vayan a Tortoni, de sorbetes. ¡Estos hijos de carpinteros, que se avergüenzan de que su padre sea carpintero! ¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crió, y reniegan, ¡bribones!, de la madre enferma, y la

dejan sola en el lecho de las enfermedades! Pues, ¿quién es el hombre? ¿el que se queda con la madre, a curarle la enfermedad, o el que la pone a trabajar donde no la vean, y vive de su sustento en las tierras podridas, con el gusano de corbata, maldiciendo del seno que lo cargó, paseando el letrero de traidor en la espalda de la casaca de papel? ¡Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios, y va de menos a más; estos desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios, y va de más a menos! ¡Estos delicados, que son hombres y no quieren hacer el trabajo de hombres! Pues el Washington que les hizo esta tierra ¿se fue a vivir con los ingleses, a vivir con los ingleses en los años en que los veía venir contra su tierra propia? ¡Estos “increíbles” del honor, que lo arrastran por el suelo extranjero, como los increíbles de la Revolución francesa, danzando y relamiéndose, arrastraban las erres!

Ni ¿en qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas. Cree el soberbio que la tierra fue hecha para servirle de pedestal, porque tiene la pluma fácil o la palabra de colores, y acusa de incapaz e irremediable a su república nativa, porque no le dan sus selvas nuevas modo continuo de ir por el mundo de gamonal famoso, guiando jacas de Persia y derramando champaña. La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del

llanero. Con una frase de Sieyès no se desestanca la sangre cuajada de la raza india. A lo que es, allí donde se gobierna, hay que atender para gobernar bien; y el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la Naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país.

Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza. El hombre natural es bueno, y acata y premia la inteligencia superior, mientras ésta no se vale de su sumisión para dañarle, o le ofende prescindiendo de él, que es cosa que no perdona el hombre natural, dispuesto a recobrar por la fuerza el respeto de quien le hiere la susceptibilidad o le perjudica el interés. Por esta conformidad con los elementos naturales desdeñados han subido los tiranos de América al poder; y han caído en cuanto les hicieron traición. Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos. Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador.

En pueblos compuestos de elementos cultos e incultos, los incultos gobernarán, por su hábito de agredir y resolver las dudas con su mano, allí donde los cultos no aprendan el

arte del gobierno. La masa inculta es peregrina, y tímida en las cosas de la inteligencia, y quiere que la gobiernen bien; pero si el gobierno le lastima, se lo sacude y gobierna ella. ¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes, si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras yanquis o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen. En la carrera de la política habría de negarse la entrada a los que desconocen los rudimentos de la política. El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive. En el periódico, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país. Conocerlos basta, sin vendas ni ambages; porque el que pone de lado, por voluntad u olvido, una parte de la verdad, cae a la larga por la verdad que le faltó, que crece en la negligencia, y derriba lo que se levanta sin ella. Resolver el problema después de conocer sus elementos, es más fácil que resolver el problema sin conocerlos. Viene el hombre natural, indignado y fuerte, y derriba la justicia acumulada de los libros, porque no se la administra en acuerdo con las necesidades patentes del país. Conocer es resolver. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas.

Con los pies en el rosario, la cabeza blanca y el cuerpo pinto de indio y criollo, vinimos, denodados, al mundo de las naciones. Con el estandarte de la Virgen salimos a la conquista de la libertad. Un cura, unos cuantos tenientes y una mujer alzan en México la república, en hombros de los indios. Un canónigo español, a la sombra de su capa, instruye en la libertad francesa a unos cuantos bachilleres magníficos, que ponen de jefe de Centro América contra España al general de España. Con los hábitos monárquicos, y el Sol por pecho, se echaron a levantar pueblos los venezolanos por el Norte y los argentinos por el Sur. Cuando los dos héroes chocaron, y el continente iba a temblar, uno, que no fue el menos grande, volvió riendas. Y como el heroísmo en la paz es más escaso, porque es menos glorioso que el de la guerra; como al hombre le es más fácil morir con honra que pensar con orden; como gobernar con los sentimientos exaltados y unánimes es más hacedero que dirigir, después de la pelea, los pensamientos diversos, arrogantes, exóticos o ambiciosos: como los poderes arrollados en la arremetida épica zapaban, con la cautela felina de la especie y el peso de lo real, el edificio que había izado, en las comarcas burdas y singulares de nuestra América mestiza, en los pueblos de pierna desnuda y casaca de París, la bandera de los pueblos nutridos de savia gobernante en la práctica continua de la razón y de la libertad; como la constitución jerárquica de las colonias resistía la organización democrática de la República, o las capitales de corbatín dejaban en el zaguán al campo de bota de potro, o los redentores bibliógenos no entendieron que la revolución que triunfó con el alma de la tierra, desatada a la voz del salvador, con el alma de la tierra había de gobernar, y no contra ella ni sin ella, entró a padecer América, y padece, de la fatiga de acomodación entre los elementos discordantes y hostiles que heredó de un colonizador despótico y avieso, y las ideas y formas importadas que han venido retardando, por su falta de realidad local, el



gobierno lógico. El continente descoyuntado durante tres siglos por un mando que negaba el derecho del hombre al ejercicio de su razón, entró, desatendiendo o desoyendo a los ignorantes que lo habían ayudado a redimirse, en un gobierno que tenía por base la razón; la razón de todos en las cosas de todos, y no la razón universitaria de unos sobre la razón campestre de otros. El problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu.

Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores. El tigre, espantado del fognazo, vuelve de noche al lugar de la presa. Muere echando llamas por los ojos y con las zarpas

al aire. No se le oye venir, sino que viene con zarpas de terciopelo. Cuando la presa despierta, tiene al tigre encima. La colonia continuó viviendo en la república; y nuestra América se está salvando de sus grandes yerros -de la soberbia de las ciudades capitales, del triunfo ciego de los campesinos desdeñados, de la importación excesiva de las ideas y fórmulas ajenas, del desdén inicuo e impolítico de la raza aborigen-, por la virtud superior, abonada con sangre necesaria, de la república que lucha contra la colonia. El tigre espera, detrás de cada árbol, acurrucado en cada esquina. Morirá, con las zarpas al aire, echando llamas por los ojos.

Pero “estos países se salvarán”, como anunció Rivadavia el argentino, el que pecó de finura en tiempos crudos; al machete no le va vaina de seda, ni en el país que se ganó con lanzón se puede echar el lanzón atrás, porque se enoja y se pone en la puerta del Congreso de Iturbide “a que le hagan emperador al rubio”. Estos países se salvarán porque, con el genio de la moderación que parece imperar, por la armonía serena de la Naturaleza, en el continente de la luz, y por el influjo de la lectura crítica que ha sucedido en Europa a la lectura de tanteo y falansterio en que se empapó la generación anterior, le está naciendo a América, en estos tiempos reales, el hombre real.

Éramos una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño. Éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España. El indio, mudo, nos daba vueltas alrededor, y se iba al monte, a la cumbre del monte, a bautizar sus hijos. El negro, oteado, cantaba en la noche la música de su corazón, solo y desconocido, entre las olas y las fieras. El campesino, el creador, se revolvió, ciego de indignación, contra la ciudad desdeñosa, contra su criatura. Éramos charreteras y togas, en países que venían al mundo con la

alpargata en los pies y la vincha en la cabeza. El genio hubiera estado en hermanar, con la caridad del corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vincha y la toga; en desestancar al indio; en ir haciendo lado al negro suficiente; en ajustar la libertad al cuerpo de los que se alzaron y vencieron por ella. Nos quedó el oidor, y el general, y el letrado, y el prebendado. La juventud angélica, como de los brazos de un pulpo, echaba al Cielo, para caer con gloria estéril, la cabeza, coronada de nubes. El pueblo natural, con el empuje del instinto, arrollaba, ciego del triunfo, los bastones de oro. Ni el libro europeo, ni el libro yanqui, daban la clave del enigma hispanoamericano. Se probó el odio, y los países venían cada año a menos. Cansados del odio inútil, de la resistencia del libro contra la lanza, de la razón contra el cirial, de la ciudad contra el campo, del imperio imposible de las castas urbanas divididas sobre la nación natural, tempestuosa o inerte, se empieza, como sin saberlo, a probar el amor. Se ponen en pie los pueblos, y se saludan. “¿Cómo somos?” se preguntan; y unos a otros se van diciendo cómo son. Cuando aparece en Cojimar un problema, no van a buscar la solución a Dantzig. Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América. Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrío, ¡es nuestro vino! Se entiende que las formas de gobierno de un país han de acomodarse a sus elementos naturales; que las ideas absolutas, para no caer por un yerro de forma, han de ponerse en formas relativas; que la libertad, para ser viable, tiene que ser sincera y plena; que si la república no abre los brazos a todos y adelanta con todos, muere la república. El tigre de adentro se entra por la hendidura, y el tigre de afuera. El general sujeta en la marcha la caballería al paso de los infantes. O si deja a la

zaga a los infantes, le envuelve el enemigo la caballería. Estrategia es política. Los pueblos han de vivir criticándose, porque la crítica es la salud; pero con un solo pecho y una sola mente. ¡Bajarse hasta los infelices y alzarlos en los brazos! ¡Con el fuego del corazón deshelar la América coagulada! ¡Echar, bullendo y rebotando, por las venas, la sangre natural del país! En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan, de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos. Surgen los estadistas naturales del estudio directo de la Naturaleza. Leen para aplicar, pero no para copiar. Los economistas estudian la dificultad en sus orígenes. Los oradores empiezan a ser sobrios. Los dramaturgos traen los caracteres nativos a la escena. Las academias discuten temas viables. La poesía se corta la melena zorrillesca y cuelga del árbol glorioso el chaleco colorado. La prosa, centelleante y cernida, va cargada de idea. Los gobernadores, en las repúblicas de indios, aprenden indio.

De todos sus peligros se va salvando América. Sobre algunas repúblicas está durmiendo el pulpo. Otras, por la ley del equilibrio, se echan a pie a la mar, a recobrar, con prisa loca y sublime, los siglos perdidos. Otras, olvidando que Juárez paseaba en un coche de mulas, ponen coche de viento y de cochero a una pompa de jabón; el lujo venenoso, enemigo de la libertad, pudre al hombre liviano y abre la puerta al extranjero. Otras acendran, con el espíritu épico de la independencia amenazada, el carácter viril. Otras crían, en la guerra rapaz contra el vecino, la soldadesca que puede devorarlas. Pero otro peligro corre, acaso, nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña. Y como los pueblos viriles, que se han hecho de sí propios, con la escopeta y la ley, aman, y sólo aman, a los pueblos viriles; como la hora del desenfreno y la ambición,

de que acaso se libre, por el predominio de lo más puro de su sangre, la América del Norte, o en que pudieran lanzarla sus masas vengativas y sórdidas, la tradición de conquista y el interés de un caudillo hábil, no está tan cercana aún a los ojos del más espantadizo, que no dé tiempo a la prueba de altivez, continua y discreta, con que se la pudiera encarar y desviarla; como su decoro de república pone a la América del Norte, ante los pueblos atentos del Universo, un freno que no le ha de quitar la provocación pueril o la arrogancia ostentosa, o la discordia parricida de nuestra América, el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante, manchada sólo con la sangre de abono que arranca a las manos la pelea con las ruinas, y la de las venas que nos dejaron picadas nuestros dueños. El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en lo mejor del hombre y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece. Los pueblos han de tener una picota para quien les azuza a odios inútiles; y otra para quien no les dice a tiempo la verdad.

No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámparas, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la Naturaleza, donde resalta en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color. Peca contra la Humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas. Pero en el amasijo de los pueblos se conden-



san, en la cercanía de otros pueblos diversos, caracteres peculiares y activos, de ideas y de hábitos, de ensanche y adquisición, de vanidad y de avaricia, que del estado latente de preocupaciones nacionales pudieran, en un período de desorden interno o de precipitación del carácter acumulado del país, trocarse en amenaza grave para las tierras vecinas, aisladas y débiles, que el país fuerte declara percederas e inferiores. Pensar es servir. Ni ha de suponerse, por antipatía de aldea, una maldad ingénita y fatal al pueblo rubio del continente, porque no habla nuestro idioma, ni ve la casa como nosotros la vemos, ni se nos parece en sus lacras políticas, que son diferentes de las nuestras; ni tiene en mucho a los hombres biliosos y trigueños, ni mira caritativo, desde su eminencia aún mal segura, a los que, con menos favor de la Historia, suben a tramos heroicos la vía de las repúblicas;

ni se han de esconder los datos patentes del problema que puede resolverse, para la paz de los siglos, con el estudio oportuno y la unión tácita y urgente del alma continental. ¡Porque ya suena el himno unánime; la generación actual lleva a cuestras, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí¹, por las naciones románticas del continente.

Notas

1. Semí: ídolo de origen taíno que representa –de acuerdo con una concepción animista– las fuerzas de la Naturaleza. El término aparece recogido por fray Ramón Pané. El Prof. José Juan Arrom al anotar el texto del fraile, aconseja se escriba *Cemí*. Martí, lo utiliza en sentido simbólico y pensando posiblemente en la figura mayor de la mitología taína, las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva!



Interpretación del pasado

Visión de Anáhuac (1519)*

Alfonso Reyes. México (1889-1959)



I

Viajero: has llegado a la región más transparente del aire.

En la era de los descubrimientos, aparecen libros llenos de noticias extraordinarias y amenas narraciones geográficas. La historia, obligada a descubrir nuevos mundos, se desborda del cauce clásico, y entonces el hecho político cede el puesto a los discursos etnográficos y a la pintura de

civilizaciones. Los historiadores del siglo XVI fijan el carácter de las tierras recién halladas, tal como éste aparecía a los ojos de Europa: acentuado por la sorpresa, exagerado a veces. El diligente Giovanni Battista Ramusio publica su peregrina recopilación *Delle Navigazioni et Viaggi* en Venecia en el año de 1550. Consta la obra de tres volúmenes in-folio, que luego fueron reimpresos aisladamente, y está ilustrada con profusión y encanto. De su utilidad no puede dudarse: los cronistas de Indias del Seiscientos (Solís al menos)

* Tomado de *Ultima Tule y otros ensayos*. Ed. Biblioteca Ayacucho. Caracas, Venezuela 1992



de la choza, siempre humeante; hombres y fieras de otros climas, minuciosos panoramas, plantas exóticas y soñadas islas. Y en las costas de la Nueva Francia, grupos de naturales entregados a los usos de la caza y la pesquería, al baile o a la edificación de ciudades. Una imaginación como la de Stevenson, capaz de soñar La isla del tesoro ante una cartografía infantil, hubiera tramado, sobre las estampas del Ramusio, mil y un regocijos para nuestros días nublados.

Finalmente, las estampas describen la vegetación de Anáhuac. Deténganse aquí nuestros ojos: he aquí un nuevo arte de naturaleza.

La mazorca de Ceres y el plátano paradisíaco, las pulpas frutales llenas de una miel desconocida; pero, sobre todo, las plantas típicas: la biznaga mexicana -imagen del tímido puerco espín-, el maguey (del cual se nos dice que sorbe sus jugos a la roca), el maguey que se abre a flor de tierra, lanzando a los aires su plumero; los “órganos” paralelos, unidos como las cañas de la flauta y útiles para señalar la linde; los discos del nopal -semejanza del candelabro-, conjugados en una superposición necesaria, grata a los ojos: todo ello nos aparece como una flora emblemática, y todo como concebido para blasonar un escudo. En los agudos contornos de la estampa, fruto y hoja, tallo y raíz, son caras abstractas, sin color que turbe su nitidez.

leyeron todavía alguna carta de Cortés en las traducciones italianas que ella contiene.

En sus estampas, finas y candorosas, según la elegancia del tiempo, se aprecia la progresiva conquista de los litorales; barcos diminutos se deslizan por una raya que cruza el mar; en pleno océano, se retuerce, como cuerno de cazador, un monstruo marino, y en el ángulo irradia picos una fabulosa estrella náutica. Desde el seno de la nube esquemática, sopla un Éolo mofletudo, indicando el rumbo de los vientos -constante cuidado de los hijos de Ulises-. Vense pasos de la vida africana, bajo la tradicional palmera y junto al cono pajizo

Esas plantas protegidas de púas nos anuncian que aquella naturaleza no es, como la del sur o las costas, abundante en jugos y vahos nutritivos. La tierra de Anáhuac apenas reviste feracidad a la vecindad de los lagos. Pero, a través de los siglos, el hombre conseguirá desecar sus aguas, trabajando como castor; y los colonos devastarán los bosques que rodean la morada humana, devolviendo al valle su carácter propio y terrible: -En la tierra salitrosa y hostil, destacadas profundamente, erizan sus garfios las garras vegetales, defendiéndose de la seca-

Abarca la desecación del valle desde el año de 1449 hasta el año de 1900. Tres razas han trabajado en ella, y casi tres civilizaciones -que poco hay de común entre el organismo virreinal y la prodigiosa ficción política que nos dio treinta años de paz augusta-. Tres regímenes monárquicos, divididos por paréntesis de anarquía, son aquí ejemplo de cómo crece y se corrige la obra del Estado, ante las mismas amenazas de la naturaleza y la misma tierra que cavar. De Netzahualcóyotl al segundo Luis de Velasco, y de éste a Porfirio Díaz, parece correr la consigna de secar la tierra. Nuestro siglo nos encontró todavía echando la última palada y abriendo la última zanja.

Es la desecación de los lagos como un pequeño drama con sus héroes y su fondo escénico. Ruiz de Alarcón lo había sentido vagamente en su comedia de *El semejante a sí mismo*. A la vista de numeroso cortejo, presidido por Virrey y Arzobispo, se abren las esclusas: las inmensas aguas entran cabalgando por los tajos.

Ése, el escenario. Y el enredo, las intrigas de Alonso Arias y los dictámenes adversos de Adrián Boot, el holandés suficiente; hasta que las rejas de la prisión se cierran tras Enrico Martín, que alza su nivel con mano segura.

Semejante al espíritu de sus desastres, el agua vengativa espía de cerca a la ciudad; turbaba los sueños de aquel pueblo gracioso y cruel, barriando sus piedras florecidas; acechaba, con ojo azul, sus torres valientes.

Cuando los creadores del desierto acaban su obra, irrumpe el espanto social.

El viajero americano está condenado a que los europeos le pregunten si hay en América muchos árboles. Les sorprenderíamos hablándoles de una Castilla americana más alta que la de ellos, más armoniosa, menos agria seguramente (por mucho que en vez de

colinas la quiebren enormes montañas), donde el aire brilla como espejo y se goza de un otoño perenne. La llanura castellana sugiere pensamientos ascéticos: el valle de México, más bien pensamientos fáciles y sobrios. Lo que una gana en lo trágico, la otra en plástica rotundidad.

Nuestra naturaleza tiene dos aspectos opuestos. Uno, la cantada selva virgen de América, apenas merece describirse. Tema obligado de admiración en el Viejo Mundo, ella inspira los entusiasmos verbales de Chateaubriand. Horno genitor donde las energías parecen

gastarse con abandonada generosidad, donde nuestro ánimo naufraga en emanaciones embriagadoras, es exaltación de la vida a la vez que imagen de la anarquía vital: los chorros de verdura por las rampas de la montaña; los nudos ciegos de las lianas; toldos de platanares; sombra engañadora de árboles que adormecen y roban las fuerzas de pensar;

bochornosa vegetación; largo y voluptuoso torpor, al zumbido de los insectos. ¡Los gritos de los papagayos, el trueno de las cascadas, los ojos de las fieras, le dard empoisonné du sauvage! En estos derroches de fuego y sueño -poesía de hamaca y de abanico- nos superan seguramente otras regiones meridionales.

Lo nuestro, lo de Anáhuac, es cosa mejor y más tónica. Al menos, para los que gusten de tener a toda hora alerta la voluntad y el pensamiento claro. La visión más propia de nuestra naturaleza está en las regiones de la mesa central: allí la vegetación arisca y heráldica, el paisaje organizado, la atmósfera



de extremada nitidez, en que los colores mismos se ahogan -compensándolo la armonía general del dibujo-; el éter luminoso en que se adelantan las cosas con un resalte individual; y, en fin, para de una vez decirlo en las palabras del modesto y sensible Fray Manuel de Navarrete:

*una luz resplandeciente
que hace brillar la cara de los cielos.*

Ya lo observaba un grande viajero, que ha sancionado con su nombre el orgullo de la Nueva España; un hombre clásico y universal como los que criaba el Renacimiento, y que resucitó en su siglo la antigua manera de adquirir la sabiduría viajando, y el hábito de escribir únicamente sobre recuerdos y meditaciones de la propia vida: en su *Ensayo político*, el barón de Humboldt notaba la extraña reverberación de los rayos solares en la masa montañosa de la altiplanicie central, donde el aire se purifica.

En aquel paisaje, no desprovisto de cierta aristocrática esterilidad, por donde los ojos yerran con discernimiento, la mente descifra cada línea y acaricia cada ondulación; bajo aquel fulgurar del aire y en su general frescura y placidez, pasaron aquellos hombres ignotos la amplia y meditabunda mirada espiritual. Extáticos ante el nopal del águila y de la serpiente -compendio feliz de nuestro campo- oyeron la voz del ave agorera que les prometía seguro asilo sobre aquellos lagos hospitalarios. Más tarde, de aquel palafito había brotado una ciudad, repoblada con las incursiones de los mitológicos caballeros que llegaban de las Siete Cuevas -cuna de las siete familias derramadas por nuestro suelo-. Más tarde, la ciudad se había dilatado en imperio, y el ruido de una civilización ciclópea, como la de Babilonia y Egipto, se prolongaba, fatigado, hasta los infaustos días de Moctezuma el doliente. Y fue entonces cuando, en envidiable hora de asombro, traspuestos los volcanes nevados, los hombres de Cortés

(“polvo, sudor y hierro”) se asomaron sobre aquel orbe de sonoridad y fulgores -espacioso circo de montañas-.

A sus pies, en un espejismo de cristales, se extendía la pintoresca ciudad, emanada toda ella del templo, por manera que sus calles radiantes prolongaban las aristas de la pirámide.

Hasta ellos, en algún oscuro rito sangriento, llegaba -ululando- la queja de la chirimía y, multiplicado en el eco, el latido del salvaje tambor.



Capricho de América

La imaginación, la loca de la casa, vale tanto como la historia para la interpretación de los hechos humanos. Todo está en saberla interrogar y en tratarla con delicadeza. El mito es un testimonio fehaciente sobre alguna operación divina. La *Odisea* puede servir de carta náutica al que, entendiéndola, frecuente los países del Mediterráneo. Dante, enamorado de las estrellas,

*... le divine fiammelle
danno per gli occhi una dolcezza al core
che intender non la può chi non la prova,*

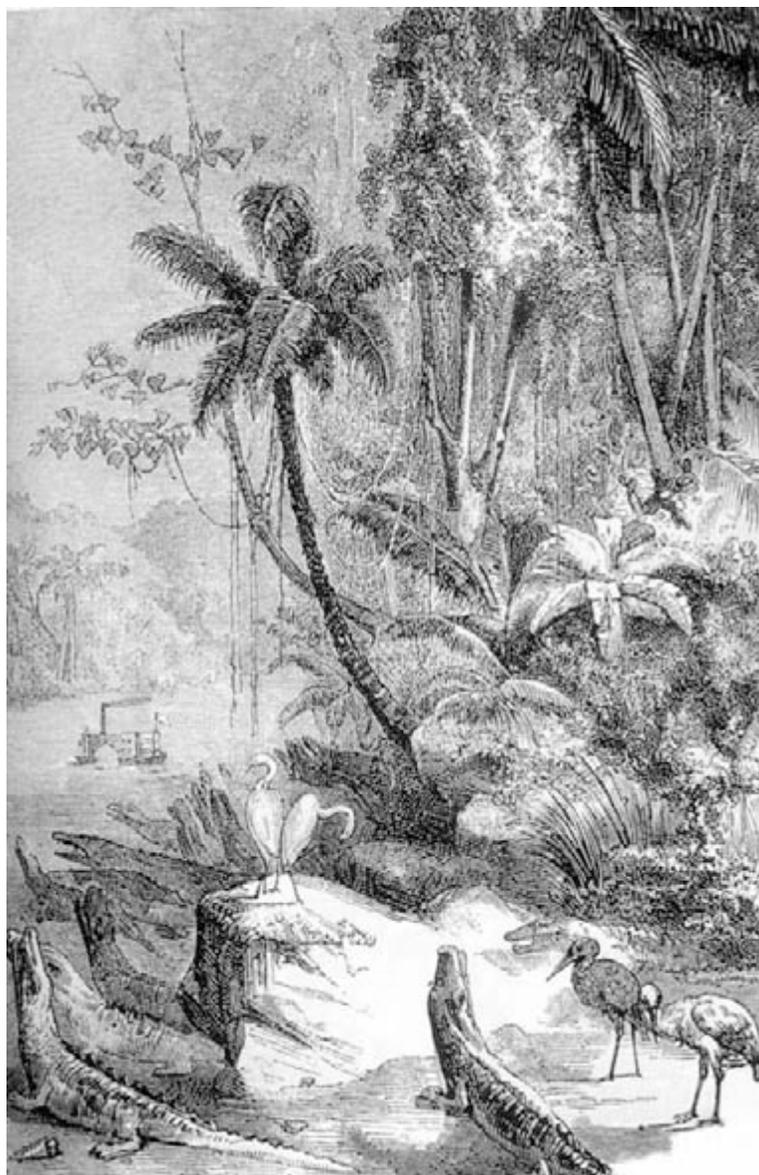
acaba por adelantarse al descubrimiento de la Cruz del Sur. Y asimismo, entre la más antigua literatura, los relatos novelescos de los egipcios (y quien sabe si también entre las memorias de la desaparecida y misteriosa era de Aknatón), encontramos ya que la fantasía se imanta hacia el Occidente, presintiendo la existencia de una tierra ignota americana. A través de los griegos Europa hereda esta inclinación de la mente y ya en el Renacimiento podemos decir que América, antes de ser encontrada por los navegantes, ha sido inventada por los humanistas y los poetas. La

imaginación, la loca de la casa, había andado haciendo de las suyas.

Préstenos la imaginación su caballo con alas y recorramos la historia del mundo en tres minutos. La masa solar, plástica y blanda -más aun: vaporosa-, solicitada un día por la vecindad de algún otro cuerpo celeste que atrae, levanta una inmensa cresta de marea. Aquella cresta se rompe en los espacios. Los fragmentos son los planetas y nuestra Tierra es uno de ellos. Desde ese remoto día los planetas giran en torno a su primitivo centro como verdaderas ánimas en pena. Porque aquel arrancamiento con que ha comenzado su aventura es el pecado original de los planetas, y si ellos pudieran se refundirían otra vez en la unidad solar de que sólo son como destrozos.

La Tierra, entregada pues a sí misma, va equilibrando como puede sus partes de mar y suelo firme. Pero aquella corteza de suelo firme se desgarró un día por las líneas de menor resistencia, ante las contracciones y encogimientos de su propia condensación. Y aquí -nueva ruptura y destroz, segundo pecado- comienzan a alejarse unos de otros los continentes flotantes, según cierta fatalidad geométrica. Uno de los resultados de este destroz es nuestra América.

Imaginemos todavía. Soñemos, para mejor entender la realidad. Soñemos que un día nuestra América constituyó, a su vez, una grande comunidad humana, cuyas vinculaciones salvaran mágicamente la inmensidad de los territorios, las murallas de montañas, la cerrazón de los bosques impracticables. A la hora en que los primeros europeos se asoman a nuestro Continente, esta unidad se ha roto ya. Quetzalcoatl, el civilizador de México, ha huido hacia el Sur, precisamente empujado por las tribus sanguinarias que venían del Norte, y ha dejado allá por Guatemala la impronta de sus plantas, haciéndose llamar Cuculcán. Semejante fenómeno de disgregación



se ha repetido en todos los focos del Nuevo Mundo. Acaso hay ya pueblos des-civilizados, recaídos en la barbarie a consecuencia de la incomunicación, del nuevo destroz o tercer pecado. Los grandes imperios americanos no son ya centros de cohesión, sino residencias de un poder militar que sólo mantiene la unión por la fuerza.

Todavía la historia hace un nuevo intento de reunificación, atando, ya que no a una sola, a dos fuertes razas europeas toda esta pedacería de naciones americanas. Sajones e iberos se dividen el Continente. Pero como todo aspira

a bastarse a sí mismo, las dos grandes familias americanas que de aquí resultan se emancipan un día. El proceso de fecundación europea sólo ha servido, como un recurso lateral, para nutrir las artificialmente, para devolverles la conciencia de sur continental, para restaurar entre ellas otra vez el sueño de una organización coherente y armónica.

Y, en efecto, cuando los padres de las independencias americanas se alzan contra las metrópolis europeas, bien puede decirse que se sienten animados de un espíritu continental. En sus proclamas de guerra se dirigen siempre a “los americanos”, de un modo general y sin distinción de pueblos, y cada uno de ellos se imagina que lucha por todo el Continente. Naturalmente, este fenómeno sólo es apreciable en los países hispanoamericanos, únicos para los cuales tiene sentido. Luminosa imagen del planeta que ronda en torno a su sol, Bolívar sueña entonces en la aparición de la Grande América. Pero el tiempo no está maduro, y la independencia procede por vías de fraccionamientos nacionales.

En las distintas etapas recorridas, asistimos, pues, a un juego cósmico de rompecabezas. Los tizeretazos de algún demiurgo caprichoso han venido tajando en fragmentos la primitiva unidad, y uno de los fragmentos en partes, y una de las partes en pedazos, y uno de los pedazos en trozos. Y la imaginación -cuyo consejo hemos convenido en seguir para ver a dónde nos llevamos está diciendo en voz baja que, aunque esa unidad primitiva nunca haya existido, el hombre ha soñado siempre con ella, y la ha situado unas veces como fuerza

impulsora y otras como fuerza tractora de la historia: si como fuerza impulsora, en el pasado, y entonces se llama la Edad de Oro; si como fuerza tractora, en el porvenir, y entonces se llama la Tierra Prometida. De tiempo en tiempo, los filósofos se divierten en esbozar los contornos de la apetecida ciudad perfecta, y estos esbozos se llaman Utopías, de que los códigos constitucionales (si me permitís una observación de actualidad) no son más que la última manifestación.

Así pues -y aquí volvemos a la realidad profunda de los niños con que he comenzado estas palabras-, hay que concebir la esperanza humana en figura de la antigua fábula de Osiris: nuestra esperanza está destrozada, y anda poco a poco juntando sus *disjecti membra* para reconstruirse algún día. Soñamos, como si nos acordáramos de ella (Edad de Oro a la vez que Tierra Prometida), en una América coherente, armoniosa, donde cada uno de los fragmentos, triángulos y trapecios encaje, sin frotamiento ni violencia, en el hueco de los demás. Como en el juego de dados de los niños, cuando cada dado esté en su sitio tendremos la verdadera imagen de América.

Pero -¡Platón nos asista!- ¿existe en algún repliegue de la realidad esta verdadera imagen de América? ¡Oh, sí: existe en nuestros corazones, y para ella estamos viviendo! Y he aquí cómo llegamos a la Idea de América, idea que tiene de paradójico el que casi se la puede ver con los ojos, como aquella *Ur-Pflanze* o planta de las plantas verdadero paradigma del reino vegetal, en la célebre conversación de Goethe y Schiller.



La utopía de América

Pedro Henríquez Ureña . Santo Domingo (1884-1946)



No vengo a hablaros en nombre de la Universidad de México, no sólo porque no me ha conferido ella su representación para actos públicos, sino porque no me atrevería a hacerla responsable de las ideas que expondré (1). Y sin embargo, debo comenzar hablando largamente de México porque aquel país, que conozco tanto como mi Santo Domingo, me servirá como caso ejemplar para mi tesis. Está México aho-

ra en uno de los momentos activos de su vida nacional, momento de crisis y de creación. Está haciendo la crítica de la vida pasada; está investigando qué corrientes de su formidable tradición lo arrastran hacia escollos al parecer insuperables y qué fuerzas serían capaces de empujarlo hacia puerto seguro. Y México está creando su vida nueva, afirmando su carácter propio, declarándose apto para fundar su tipo de civilización.

* *La utopía de América*, Ed. Estudiantina, La Plata, 1925.

Advertiréis que no os hablo de México como país joven, según es costumbre al hablar de nuestra América, sino como país de formidable tradición, porque bajo la organización española persistió la herencia indígena, aunque empobrecida. México es el único país del Nuevo Mundo donde hay tradición, larga, perdurable, nunca rota, para todas las cosas, para toda especie de actividades: para la industria minera como para los tejidos, para el cultivo de la astronomía como para el cultivo de las letras clásicas, para la pintura como para la música. Aquel de vosotros que haya visitado una de las exposiciones de arte popular que empiezan a convertirse, para México, en benéfica costumbre, aquél podrá decir qué variedad de tradiciones encontró allí representadas, por ejemplo, en cerámica: la de Puebla, donde toma carácter del Nuevo Mundo la loza de Ta1avera; la de Teotihuacán, donde figuras primitivas se dibujan en blanco sobre negro; la de Guanajuato, donde el rojo y el verde juegan sobre fondo amarillo, como en el paisaje de la región; la de Aguascalientes, de ornamentación vegetal en blanco o negro sobre rojo oscuro; la de Oaxaca, donde la mariposa azul y la flor amarilla surgen, como de entre las manchas del cacao, sobre la tierra blanca; la de Jalisco, donde el bosque tropical pone sobre el fértil barro nativo toda su riqueza de líneas y su pujanza de color. Y aquel de vosotros que haya visitado las ciudades antiguas de México, -Puebla, Querétaro, Oaxaca, Morelia, Mérida, León-, aquél podrá decir cómo parecen hermanas, no hijas, de las españolas: porque las ciudades españolas, salvo las extremadamente arcaicas, como Ávila y Toledo, no tienen aspecto medioeval, sino el aspecto que les dieron los siglos XVI a XVIII, cuando precisamente se edificaban las viejas ciudades mexicanas. La capital, en fin, la triple México -azteca, colonial, independiente-, es el símbolo de la continua lucha y de los ocasionales equilibrios entre añejas tradiciones y nuevos impulsos, conflicto y armonía que dan carácter a cien años de vida mexicana.

Y de ahí que México, a pesar de cuanto tiende a descivilizarlo, a pesar de las espantosas conmociones que lo sacuden y revuelven hasta los cimientos, en largos trechos de su historia, posea en su pasado y en su presente con qué crear o -tal vez más exactamente-con qué continuar y ensanchar una vida y una cultura que son peculiares, únicas, suyas.

Esta empresa de civilización no es, pues, absurda, como lo parecería a los ojos de aquellos que no conocen a México sino a través de la interesada difamación del cinematógrafo y del telégrafo: no es caprichosa, no es mero deseo de *Jouer a l'autochtone*, según la opinión escéptica. No: lo autóctono, en México, es una realidad; y lo autóctono no es solamente la raza indígena, con su formidable dominio sobre todas las actividades del país, la raza de Morelos y de Juárez, de Altamirano y de Ignacio Ramírez: autóctono es eso, pero lo es también el carácter peculiar que toda cosa española asume en México desde los comienzos de la era colonial, así la arquitectura barroca en manos de los artistas de Taxco o de Tepoztlán como la comedia de Lope y Tirso en manos de Don Juan Ruiz de Alarcón.

Con fundamentos tales, México sabe qué instrumentos ha de emplear para la obra en que está empeñado; y esos instrumentos son la cultura y el nacionalismo. Pero la cultura y el nacionalismo no los entiende, por dicha, a la manera del siglo XIX. No se piensa en la cultura reinante en la era del capital disfrazado de liberalismo, cultura de diletantes exclusivistas, huerto cerrado donde se cultivaban flores artificiales, torre de marfil donde se guardaba la ciencia muerta, como en los museos. Se piensa en la cultura social, ofrecida y dada realmente a todos y fundada en el trabajo: aprender no es sólo aprender a conocer sino igualmente aprender a hacer. No debe haber alta cultura, porque será falsa y efímera, donde no haya cultura popular. Y no se piensa en el nacionalismo político, cuya única justificación moral es, todavía, la

necesidad de defender el carácter genuino de cada pueblo contra la amenaza de reducirlo a la uniformidad dentro de tipos que sólo el espejismo del momento hace aparecer como superiores: se piensa en otro nacionalismo, el espiritual, el que nace de las cualidades de cada pueblo cuando se traducen en arte y pensamiento, el que humorísticamente fue llamado, en el Congreso Internacional de Estudiantes celebrado allí, el nacionalismo de las jícaras y los poemas.

El ideal nacionalista invade ahora, en México, todos los campos. Citaré el ejemplo más claro: la enseñanza del dibujo se ha convertido en cosa puramente mexicana. En vez de la mecánica copia de modelos triviales, Adolfo Best, pintor e investigador - “penetrante y sutil como una espada”-, ha creado y difundido su novísimo sistema, que consiste en dar al niño, cuando *comienza* a dibujar, solamente los siete elementos lineales de las artes mexicanas, indígenas y populares (la línea recta, la quebrada, el círculo, el semicírculo, la ondulosa, la *ese*, la espiral) y decirle que los emplee a la manera mexicana, es decir, según reglas derivadas también de las artes de México: así, no cruzar nunca dos líneas sino cuando la cosa representada requiera de modo inevitable el cruce.

Pero al hablar de México como país de cultura autóctona, no pretendo aislarlo en América: creo que, en mayor o menor grado, toda nuestra América tiene parecidos caracteres, aunque no toda ella alcance la riqueza de las tradiciones mexicanas. Cuatro siglos de vida hispánica han dado a nuestra América rasgos que la distinguen.

La unidad de su historia, la unidad de propósito en la vida política y en la intelectual, hacen de nuestra América una entidad, una *magna patria*, una agrupación de pueblos destinados a unirse cada día más y más. Si conserváramos aquella infantil audacia con que nuestros antepasados llamaban Atenas a cual-

quier ciudad de América, no vacilaría yo en compararnos con los pueblos, políticamente disgregados pero espiritualmente unidos, de la Grecia clásica y la Italia del Renacimiento. Pero si me atreveré a compararnos con ellos para que aprendamos, de su ejemplo, que la desunión es el desastre.

Nuestra América debe afirmar la fe en su destino, en el porvenir de la civilización. Para mantenerlo no me fundo, desde luego, en el desarrollo presente o futuro de las riquezas materiales, ni siquiera en esos argumentos, contundentes para los contagiados del delirio industrial, argumentos que se llaman Buenos Aires, Montevideo, Santiago, Valparaíso, Rosario. No: esas poblaciones demuestran que obligados a competir dentro de la actividad contemporánea, nuestros pueblos saben, tanto como los Estados Unidos, crear



en pocos días colmenas formidables, tipos nuevos de ciudad que difieren radicalmente del europeo, y hasta acometer, como Río de Janeiro, hazañas no previstas por las urbes norteamericanas. Ni me fundaría, para no dar margen a censuras pueriles de los pesimistas, en la obra, exigua todavía, que representa nuestra contribución espiritual al acervo de la civilización en el mundo, por más que la arquitectura colonial de México, y la poesía contemporánea de toda nuestra América, y nuestras maravillosas artes populares, sean altos valores.

Me fundo sólo en el hecho de que, en cada una de nuestras crisis de civilización, es el espíritu quien nos ha salvado, luchando contra elementos en apariencia más poderosos; el espíritu sólo, y no la fuerza militar o el poder económico. En uno de sus momentos de mayor decepción, dijo Bolívar que si fuera posible para los pueblos volver al caos, los de la América Latina volverían a él. El temor no era vano: los investigadores de la historia nos dicen hoy que el África central pasó, y en tiempos no muy remotos, de la vida social organizada, de la civilización creadora, a la disolución en que hoy la conocemos y en que ha sido presa fácil de la codicia ajena: el puente fue la guerra incesante. Y el *Facundo* de Sarmiento es la descripción del instante agudo de nuestra lucha entre la luz y el caos, entre la civilización y la barbarie. La barbarie tuvo consigo largo tiempo la fuerza de la espada; pero el espíritu la venció en empeño como de milagro. Por esos hombres magistrales como Sarmiento, como Alberdi, como Hostos, son verdaderos creadores o salvadores de pueblos, a veces más que los libertadores de la independencia. Hombres así, obligados a crear hasta sus instrumentos de trabajo, en lugares donde a veces la actividad económica estaba reducida al minimum de la vida patriarcal, son los verdaderos representantes de nuestro espíritu. Tenemos la costumbre de exigir, hasta el escritor de gabinete, la aptitud magistral: porque la tuvo, fue repre-

sentativo José Enrique Rodó. Y así se explica que la juventud de hoy, exigente como toda juventud, se ensañe contra aquellos hombres de inteligencia poco amigos de terciar en los problemas que a ella le interesan y en cuya solución pide la ayuda de los maestros.

Si el espíritu ha triunfado, en nuestra América, sobre la barbarie interior, no cabe temer que lo rinda la barbarie de afuera. No nos deslumbre el poder ajeno: el poder es siempre efímero. Ensanchemos el campo espiritual: demos el alfabeto a todos los hombres; demos a cada uno los instrumentos mejores para trabajar en bien de todos; esforcémosnos por acercarnos a la justicia social y a la libertad verdadera; avancemos, en fin, hacia nuestra utopía.

¿Hacia la utopía? Sí: hay que ennoblecer nuevamente la idea clásica. La utopía no es vano juego de imaginaciones pueriles: es una de las magnas creaciones espirituales del Mediterráneo, nuestro gran mar antecesor. El pueblo griego da al mundo occidental la inquietud del perfeccionamiento constante. Cuando descubre que el hombre puede individualmente ser mejor de lo que es y socialmente vivir mejor de corno vive, no descansa para averiguar el secreto de toda mejora, de toda perfección. Juzga y compara; busca y experimenta sin descanso; no le arredra la necesidad de tocar a la religión y a la leyenda, a la fábrica social y a los sistemas políticos. Es el pueblo que inventa la discusión; que inventa la crítica. Mira al pasado, y crea la historia; mira al futuro, y crea las utopías.

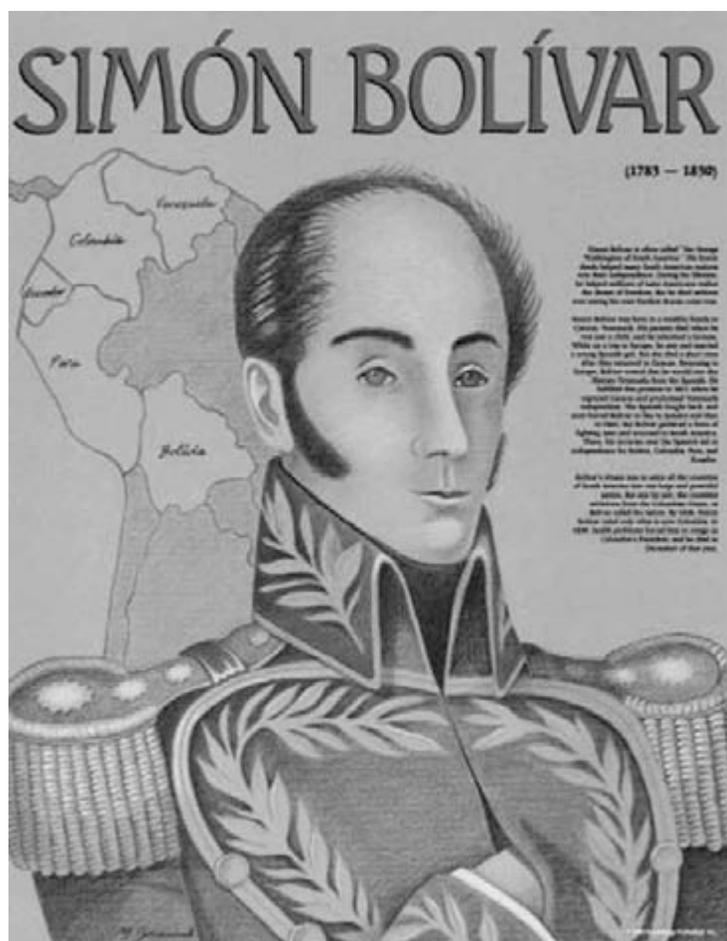
El antiguo Oriente se había conformado con la estabilidad de la organización social: la justicia se sacrificaba al orden, el progreso a la tranquilidad. Cuando alimentaron esperanzas de perfección -la victoria de Ahura Mazda entre los persas o la venida del Mesías para los hebreos- las situaron fuera del alcance del esfuerzo humano: su realización sería obra de leyes o de voluntades más altas. Grecia cree

en el perfeccionamiento de la vida humana por medio del esfuerzo humano. Atenas se dedicó a crear utopías: nadie las revela mejor que Aristófanes; el poeta que las satiriza no sólo es capaz de comprenderlas sino que hasta se diría simpatizador de ellas, tal es el esplendor con que llega a presentarlas. Poco después de los intentos que atrajeron la burla de Aristófanes, Platón crea, en *La República*, no sólo una de las obras maestras de la filosofía y de la literatura, sino también la obra maestra en el arte singular de la utopía.

Cuando el espejismo del espíritu clásico se proyecta sobre Europa, con el Renacimiento, es natural que resurja la utopía, Y desde entonces, aunque se eclipse, no muere. Hoy, en medio del formidable desconcierto en que se agita la humanidad, sólo una luz unifica a muchos espíritus: la luz de una utopía, reducida, es verdad, a simples soluciones económicas por el momento, pero utopía al fin, donde se vislumbra la única esperanza de paz entre el infierno social que atravesamos todos.

¿Cuál sería, pues, nuestro papel en estas cosas? Devolverle a la utopía sus caracteres plenamente humanos y espirituales, esforzarnos porque el intento de reforma social y justicia económica no sea el límite de las aspiraciones; procurar que la desaparición de las tiranías económicas concuerde con la libertad perfecta del hombre individual y social, cuyas normas únicas, después del *neminem laedere*, sean la razón y el sentido estético. Dentro de nuestra utopía, el hombre llegará a ser plenamente humano, dejando atrás los estorbos de la absurda organización económica en que estamos prisioneros y el lastre de los prejuicios morales y sociales que ahogan la vida espontánea; a ser, a través del franco ejercicio de la inteligencia y de la sensibilidad, el hombre libre, abierto a los cuatro vientos del espíritu.

¿Y cómo se concilia esta utopía, destinada a favorecer la definitiva aparición del hombre



universal, con el nacionalismo antes predicado, nacionalismo de jácara y poemas, es verdad, pero nacionalismo al fin? No es difícil la conciliación; antes al contrario, es natural. El hombre universal con que soñamos, a que aspira nuestra América, no será descastado: sabrá gustar de todo, apreciar todos los matices, pero será de su tierra; su tierra, y no la ajena, le dará el gusto intenso de los sabores nativos, y esa será su mejor preparación para gustar de todo lo que tenga sabor genuino, carácter propio. La universalidad no es el descastamiento: en el mundo de la utopía no deberán desaparecer las diferencias de carácter que nacen del clima, de la lengua, de las tradiciones, pero todas estas diferencias, en vez de significar división y discordancia, deberán combinarse como matices diversos de la unidad humana. Nunca la uniformidad, ideal de imperialismos estériles; sí la unidad,

como armonía de las multánimes voces de los pueblos.

Y por eso, así como esperamos que nuestra América se aproxime a la creación del hombre universal, por cuyos labios hable libremente el espíritu, libre de estorbos, libre de prejuicios, esperamos que toda América, y cada región de América, conserve y perfeccione todas sus actividades de carácter original, sobre todo en las artes; las literarias, en que nuestra originalidad se afirma cada día; las plásticas, tanto las mayores como las menores, en que poseemos el doble tesoro, variable según las regiones, de la tradición española y de la tradición indígena, fundidas

ya en corrientes nuevas; y las musicales, en que nuestra insuperable creación popular aguarda a los hombres de genio que sepan extraer de ella todo un sistema nuevo que será maravilla del futuro.

Y sobre todo, como símbolos de nuestra civilización para unir y sintetizar las dos tendencias, para conservarlas en equilibrio y armonía, esperamos que nuestra América siga produciendo lo que es acaso su mas alta característica: los hombres magistrales, héroes verdaderos de nuestra vida moderna, verbo de nuestro espíritu y creadores de vida espiritual.



La dictadura perpetua*

(Fragmento)

Juan Montalvo. Ecuador (1833-1889)

(Error del *Star and Herald*)



A los señores redactores del *Star and Herald*

Señores redactores:

¡Qué doctrinas! La republicana desecha la de los hombres necesarios, y la de los providenciales es impiedad entre nosotros, cuando no fue sino sandez en Napoleón III. La elección de Grant para un tercer período no sería admisible en los Estados Unidos, porque olería a cesarismo; la de García Moreno es necesaria en el Ecuador, porque “difieren las circunstancias”. ¿Que circunstancias? ¡Ah, señores! Este vago, hueco, fantástico vocablo no entraña muchas veces sino la nada; pero una nada malévola, nociva; vientecillo apenas sensible que causa la muerte, como esos aires disimulados que en ciertos países soplan a

modo de céfiro y matan a modo de simún. Las circunstancias no quieren que Grant se perpetúe en los Estados Unidos, Sarmiento en la República Argentina, Murillo en Colombia, y exigen que García Moreno sea eterno en el Ecuador. Estos suben por elección libre, gobiernan con rectitud, concluyen con honor, descienden con modestia, y no incurren en fatuidad y vanistorio afirmando que sólo ellos son capaces de regir sus naciones respectivas. Que García Moreno piense y aun diga que en la suya no hay sino él, aun no tan malo; que mande a sus Eutropios a pensar y decir lo mismo, es natural; ya otro de su calaña mandó que se le tenga por Cibeles, madre de los dioses; y el que tal no creía y confesaba, incurría en delito de lesa majestad. Pero que hijos de otros padres,

* Tomado del libro de Benjamín Carrión, *El pensamiento vivo de Montalvo*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1961.

escritores de luces, periodistas acreditados hagan a un pueblo todo el sumo agravio de no concederle sino un hombre, es cosa que no sufre el corazón ¿Conocen ellos a ese pueblo? ¿Conocen a esos hombres? Piensen, confiesen y sostengan que García Moreno es Cibeles, madre de los dioses; pero no cierren a palos con los que no lo confiesan porque no lo creen. Pueblo donde no hubiese más que un hombre, estaría condenado a la conquista o a la barbarie. Bien es que los dioses no mueren; y si el viejo Saturno se los iba comiendo conforme le iban naciendo, la madre Cibeles le parió tal hijo que se llamó Júpiter. Pero si no mueren se van, amigos míos; ¿no saben ustedes que los dioses se van? Se fueron de la Francia, se fueron de la España, se fueron de Roma, se fueron de Nápoles; emperadores, reyes, papas, ¡a la Edad Media! *¡vade retro!*

Del Paraguay, se fueron; de Buenos Aires, se fueron; de Bolivia, se fueron; de Guatemala, se fueron; del Salvador, se fueron; el doctor Francia, Melgarejo, Carrera, Dueñas, dioses de menor cuantía, títeres del Olimpo, ¡se fueron! y no así como quiera, sino marcados en la frente con el hierro con que los pueblos señalan a los tiranos para que sean reconocidos en las regiones infernales.

García Moreno no se va todavía, el esfinge no se mueve; su castigo está madurando en el seno de la Providencia; mas yo pienso que se ha de ir cuando menos acordemos, y sin ruido; ha de dar dos piruetas en el aire, y se ha de desvanecer, dejando un fuerte olor de azufre en torno suyo. Los jesuitas le han cortado el rabo para cuando lo hayan menester: ¿les valdrá la reliquia? Los dioses se van, amigos míos; se van también los diablos; Jesús es el que viene; Jesús nos trae la redención, la libertad, la democracia.

Volvamos a la política. Las circunstancias suenan a motivo transitorio, que no data de quince años, ni se extiende por el porvenir durante la vida de un hombre; reina ya quin-

ce años ese tiranuelo, ¿y todavía alega las circunstancias para no apearse? Pues si es de condición que en tanto tiempo no ha podido ordenar las cosas de manera que entregue honradamente el mando y sin temor, a otro ciudadano, de presumir es, seguro es que las circunstancias durarán tanto cuanto esa alma de diablo mueva ese cuerpo de bruto. Tiene en su persona todos los caracteres de la longevivencia: bien repartido, pecho espacioso, osamenta gruesa, sólida; el temperamento ígneo; las extremidades, enormes: cabeza, pies y manos de gigante. Cuando algún geólogo averiguador, rebuscando en provecho de las ciencias las ruinas de Quito, después de algunos siglos, halle sus restos fósiles, ha de componer con ellos un mastodonte. Frisa con los sesenta años nuestro hidalgo el día de hoy; por la parte que menos, se vive sus treinta más; ¿y hemos de esperar a que se muera? ¡Justicia del cielo! ¿Quién no legitimaría la usurpación, el régimen tiránico, si todo fuera alegrar las circunstancias? Fundamos la política en la filosofía, las razones en la razón, si queréis reducirnos a vuestros pensamientos: en tanto que las circunstancias vuelan con el humo, no hay qué palpar ni qué apreciar en ellas. La gran circunstancia de los pueblos es la libertad; la de los hombres, el honor: oscurantismo, tiranía, servidumbre son malas circunstancias, amigos y señores.

Si va a la hacienda, ¿quién no sabe la ruina vergonzosa del Ecuador, bien así en lo tocante a la riqueza pública como a la particular? La moneda es desconocida, el ruin papel es el símbolo de los valores; y el pueblo, el pueblo que trabaja, el pueblo que suda, el pueblo que da de comer, no come; el pueblo tiene hambre, tiene hambre el pueblo, ¡cosa horrible! ¡Cosa inaudita en Sudamérica! Los diez mil italianos de capilla, los veinte mil jesuitas, las cien mil genizaras que con nombres variados y pintorescos han importado del Viejo Mundo, se comen lo poco que alcanza a producir un pueblo aherrojado; sabido es que el trabajo libre es el productivo.

Los frailes son los únicos que tienen dinero. “Cuando lo he menester -acaba de decirme un notable comerciante-, no voy a tal ni a cual casa mercantil; voy a una celda; los padres me sacan de cualquier apuro, por mi dinero-“. La usura ha nacido y vivido en el convento; ojalá muriese en el patíbulo. Cada fraile extranjero es un ventosa pegada a las carnes de ese pueblo desdichado; todos tienen rentas cuantiosas, todos tienen industrias, todos hacen milagros, desde el enviado del Papa, y a la sombra del tiranuelo; las iglesias están saqueadas, las custodias falsificadas, las imágenes desnudas. Un tal Tavani, internuncio, hizo tanto en Quito, que de vuelta a Roma, Antonelli le suscitó tres causas criminales, y una de ellas la de simonía. Pero como había llevado medio millón de pesos, él tuvo la justicia de su parte, y hoy vive a lo cardenal en un palacio. Esos quinientos mil duros, ¿para cuántas necesidades no hubieran servido en el Ecuador? El *Star and Herald* acaba de anunciar que el reverendo Padre Potter, de la Compañía de Jesús, ha sido nombrado ministro de Instrucción Pública en el Ecuador. “Éste parece ser -añade el respetable periódico- el paraíso de los jesuitas; y está muy bien que los humildes secuaces de Jesús a quienes la civilización de nuestro siglo insiste en perseguir, hallen un lugar de descanso, aun cuando sea en las costas del Pacífico”. La ironía no puede ser más en favor nuestro; los hombres a quienes la civilización repele, hallan su paraíso en el Ecuador, que naturalmente será más civilizado que Europa y que toda América. Aquí tienen ustedes, señores del *Star and Herald*, confesada y pregonada por ustedes la barbarie de García Moreno. En su conciencia, ustedes están de acuerdo con nosotros; pues, ¿cómo sostienen lo contrario? Cuando aún no acaba de reírse el Nuevo Mundo de ver a ese ingenioso Cayo dedicar por un acto solemne la República al Sagrado Corazón de Jesús, ¿cómo se ha de maravillar de que los jesuitas compongan su Ministerio? Hombre jocoso: ha repartido su ejército en cuatro divisiones; “División del



Niño Dios”, “División del Buen Pastor”, “División de las Cinco Llagas”, “División de la Purísima”. Y donde los regimientos se llaman en otras partes “Húsares de Apure”, “Dragones a caballo”, “Granaderos de la Guardia”, “Lanceros de la muerte”, en el ejército de García Moreno se llaman “Hermanos Católicos”, “Hijos de su Santidad”, “Guardianes de la Virgen”, “Ejercitantes Voluntarios”. Pues han de saber ustedes que el ejército de García Moreno entra a ejercicios, confiesan y comulgan desde los generales. Si no estuviera tan manoseada, tan vulgarizada, tan opacada

esta palabra de Cicerón, *risum teneatis*, aquí me la decía yo, porque aquí encaja.

Parece que la clrigalla extranjera ha recogido ya el último centavo; para salir de apuros, García Moreno ha recurrido al empréstito, ese yugo tan pesado bajo del cual gimen los gobiernos poco advertidos; bajo del cual medran los de escasa probidad. ¿Cuándo llegará el día de que el mal del empréstito no sea necesario por que lo rehuyamos con el trabajo y la economía? El empréstito, molestia del presente, azote del porvenir, espectro que aterra a los gobiernos probos. García Moreno ha recurrido al empréstito: ha de ofrecer cinco por uno, y lo ha de conseguir: ¿qué le importa? Él sabe que no será él quien lo pague. El empréstito, cucaña para los pres-

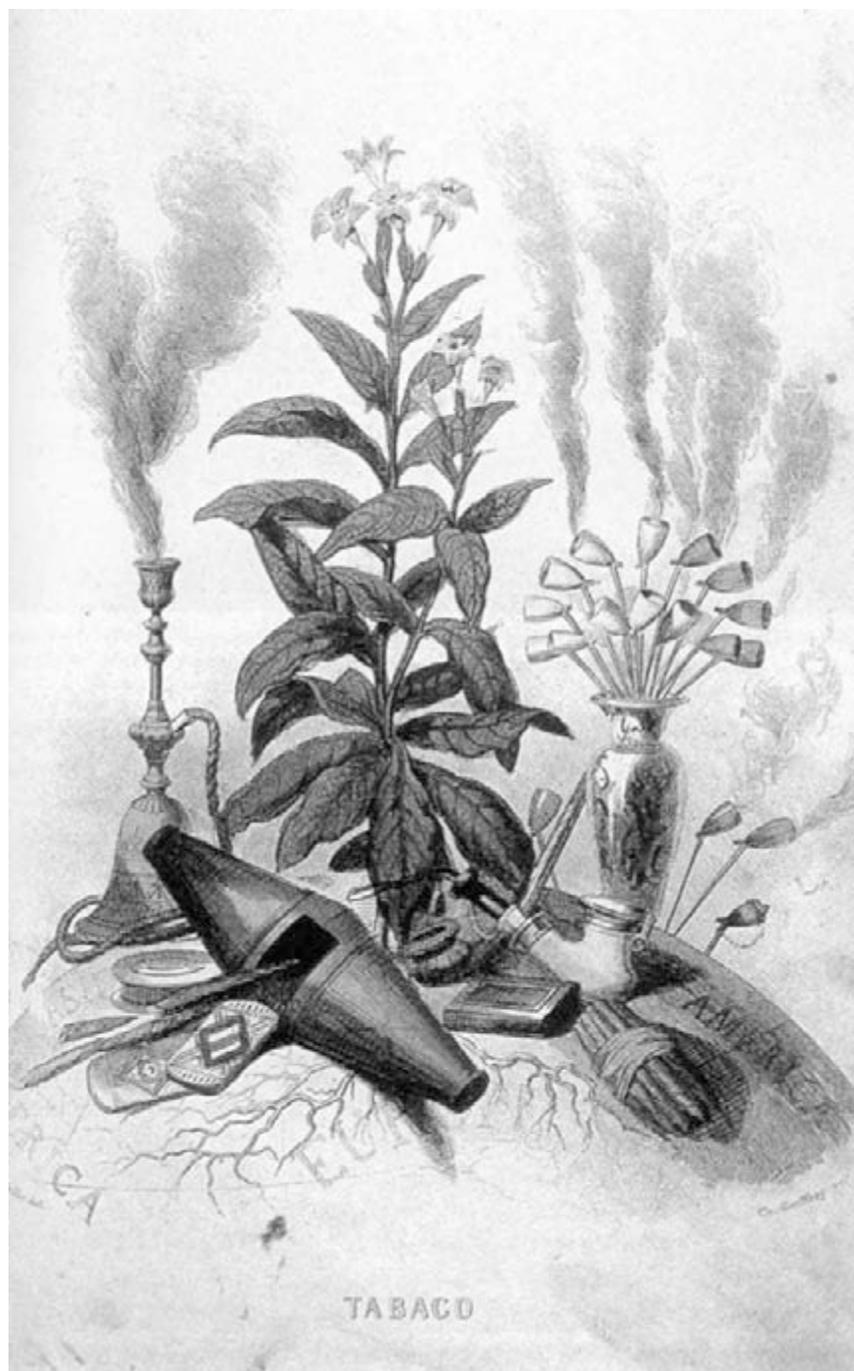
tamistas, ganga para los negociadores, boda, jolgorio para los jesuitas. Pronto, pronto esos millones: el Padre Alfaracho los exige, la madre Labrusca los reclama.

No concluiré sin suplicar a mis lectores no tomen a la letra un principio consignado en este escrito y ligeramente desenvuelto: hablo del derecho de insurrección, que sería sobrado atrevido si no se le encerrarse en los límites que piden la razón y “un derecho superior”, cual es el que tiene la República de existir; “principio que domina todo el edificio social y político”, según acaba de sentar el hombre más consumado en materias políticas y sociales de los Estados Unidos. Este hombre es el honorable Reverdy Johnson, quien acaba de decidir que McEnery no tenía derecho para derribar el gobierno del usurpador Kellogg, y que la revolución de la Luisiana ha sido un acto ilícito, aun cuando el electo legítimo hubiese sido el dicho McEnery; y que todo lo que le cumplía al pueblo luisianés era *esperar* con *paciencia*. Reverdy Johnson ha juzgado en un solo punto de vista; ni había otros en los cuales se presentase la materia: Kellogg entrampó las elecciones y se declaró gobernador de la Luisiana; McEnery reunió la mayoría de sufragios, y fue burlado por su competidor; ¿tuvo derecho para tomar por la fuerza lo que sus conciudadanos le habían concedido de su buena gracia? Un juez competente, anciano en quien concurren la experiencia, la sabiduría y la probidad, ha decidido que no, porque del principio contrario se seguiría la anarquía. Pero si a la usurpación hubiera añadido el dicho Kellogg el crimen de atentar contra las instituciones democráticas, de imponer su pura voluntad con vilipendio de las leyes, de erigir el cadalso como el altar de la patria, de ahogar a los hijos de ella bajo un sinnúmero de frailes ávidos de su sangre, de plantear el fanatismo como principio filosófico, de declarar el Sílabus la ley de la República, después de haberla vendido varias veces a las naciones europeas; y si sobre esto se añadiese la resolución de perpetuarse y aun



nombrar sus sucesor después de sus días; el sabio, el justo, el patriota Reverdy Johnson ¿hubiera decidido que el pueblo de Luisiana no había tenido derecho para derribar al usurpador? ¡No! Y si tal lo decidiera, habríamos dudado de su sabiduría.

Con harto fundamento esperamos, señores redactores del *Star and Herald* que ustedes rectifiquen los conceptos del artículo que ha motivado el presente opusculillo; y mucho más si hacen memoria de los tan contrarios que más de una vez han consignado en su periódico, obedeciendo a la ley de la justicia. Para la popularidad y el buen nombre de que goza el *Star and Herald* sobran razones: un periódico no cobra tanto crédito sino por la elevación con que trata las cosas y la rectitud con que las deslinda: ¿de dónde ha podido suceder que hoy salga a cuestras con la apología de un tiranuelo cuya extravagancia raya en locura, tiranuelo unánimemente aborrecido en las naciones sudamericanas? El escritor se atiene a los hechos públicos, y no a las adulaciones con que un hombre de escaso pudor se recomienda él mismo. ¿Qué son los papeles que él manda escribir, los informes de sus agentes, para con las traiciones a América, los azotes a generales de la independencia y otros crímenes grandes y espantosos que puestos sobre el Pichincha están gritando al mundo: juzgadle, juzgadle? Obra será del autor de su vida sacar a luz los negros secretos de esa tiranía; a un transeúnte le ha salido al paso la ocasión, y tomándola en globo, no tiene tiempo ni humor de entrar en esas particularidades que disgustan como una muchedumbre de sabandijas. Pero es un deber de todo americano señalar los traidores a la patria común; de todo republicano combatir el despotismo y la perpetuidad; de todo hombre de bien levantarse contra lo inicuo y poner la voz en lo alto de los cielos. No es tiempo perdido el que se emplea en favor de nuestros semejantes, ni el camino es malo porque se gaste una jornada en



volver por los derechos de los pueblos. No desmayar en ningún tiempo ante la muerte ni ante la calumnia, éste es el secreto por cuyo medio hemos alcanzado la venganza de la tiranía, título glorioso al respeto de los hombres libres.



El pensamiento conservador latinoamericano en el siglo XIX*

José Luis Romero. Argentina (1909-1977)



Más aun que en otras áreas, predominó en Latinoamérica después de la Independencia y a todo lo largo del siglo XIX una concepción de la ciencia histórica -muy difundida y de inequívoca estirpe iluminista- según la cual sólo parecen tener significado los procesos de cambio, y mayor significación mientras más acelerados e intensos sean. De hecho, sólo de ellos se ha ocupado la ciencia histórica habitualmente, limitada como se veía por tradición a los fenómenos de la vida política. La acción de los gobiernos, presumiblemente destinada a dar continuos y sucesivos pasos en busca del progreso, pero también las alternancias en la

transferencia pacífica del poder y las revoluciones que interferían violentamente en ese juego, parecieron monopolizar la atención de los historiadores, que sin duda supieron ahondar escrupulosamente en la busca de datos para completar las series cronológicas de los acontecimientos que componían esos procesos políticos. Una imagen vertiginosa de cambios, sucesivos y a veces alucinantes, suscita la lectura de la gran mayoría de las obras históricas latinoamericanas del siglo pasado y de buena parte de éste.

Empero, es bien sabido que la vida histórica no se compone sólo de lo que cambia ace-

* Biblioteca Ayacucho. Caracas, Venezuela 2ª edición 1986

leradamente, y ni siquiera de lo que cambia en el mediano plazo. También forma parte de ella lo que cambia lentamente y, sobre todo, lo que parece no cambiar a fuerza de ser insignificantes sus transformaciones a lo largo de extensísimos plazos. En rigor, sólo la justa percepción del juego que se produce entre esos componentes permite una exacta y rigurosa comprensión del conjunto de la vida histórica y ninguno de ellos puede ser olvidado.

Ciertamente, muchos de los cambios de hecho que registra, a veces con extremada minuciosidad, la ciencia histórica, pueden ser meramente anecdóticos y, sobre todo, superficiales, esto es, faltos de significación profunda; pudo pasar el poder de unas manos a otras sin que cambiara el sentido en que se ejercía. Pero otros cambios, y sobre todo los que se engarzaban constituyendo un proceso intencionado, solían manifestarse, precisamente, como un esfuerzo para modificar, en mayor o menor grado, aquellos estratos más estables y profundos de la vida histórica que, justamente por serlo, son los que prestan un encuadramiento a las sociedades. Esos estratos son los que, con mayor o menor precisión, solemos llamar “estructuras”, y consisten en sistemas de vínculos y normas que, en distintos aspectos, rigen las relaciones recíprocas de los miembros de las sociedades, aplicándose a cada caso particular pero de acuerdo con vigorosos principios generales cuyos fundamentos arraigan en los niveles más profundos de la conciencia colectiva y tienen caracteres análogos a los de las creencias. Como éstas, en efecto, poseen o parecen poseer cierta modalidad que los sitúan en un plano absoluto y, en consecuencia, por encima de todo cuestionamiento. Y, ciertamente, las estructuras forman parte del pacto -ideal o real- con el que se constituye -y sigue constituyéndose permanentemente- una sociedad, de modo que es inevitable que su cuestionamiento, y más aún su violación,



Santiago, Patrón de España

parezca amenazar todo el sistema estructural de la sociedad.

Ahora bien, la amenaza que ciertos cambios entrañan o parecen entrañar para las estructuras y para sus fundamentos, es percibida y acusada por los miembros de una sociedad con distinta intensidad, según el grado de arraigo y compromiso que cada uno tenga con ella. Los marginales serán indiferentes y los recién llegados serán tibios. En cambio, percibirán precozmente la amenaza que puedan entrañar ciertos cambios -y a la larga sus fundamentos, si esos cambios llegaran a prosperar-, aquellos que están indisolublemente ligados a las estructuras tradicionales y a sus fundamentos. Son aquellos a quienes los ata una consustanciada tradición, importantes intereses económicos, un modo congénito de vida, vigorosos prejuicios y, sobre todo, la convicción profunda de ser herederos históricos y mandatarios de quienes establecieron -de manera tácita o expresa- aquellos fundamentos al instituir las estructuras originarias de la sociedad. Pueden ser también los que, por un acto de voluntad, han decidido plegarse a ellos sin tener razones históricas para hacerlo. Pero todos estarán en estado

de permanente alerta frente a las amenazas que pudieran cernerse sobre las estructuras y sus fundamentos, a través de cambios que, aún incipientes, delataran sus posibles proyecciones radicales.

Estos últimos son -definidos en lo más sustancial- los auténticos y constitutivos conservadores, más allá de las etiquetas partidarias y de los enfrentamientos con otros sectores puramente políticos. Porque los conservadores, aunque se expresan a través de actitudes políticas, son, mucho más que eso, los celadores de la preservación de las estructuras básicas. De allí el enorme interés que, para el análisis histórico, tiene su acción y su pensamiento, muchas veces independientemente de cómo se manifieste y de las palabras con que se exprese. Lo que en realidad están acusando y declarando tanto la acción como las ideas conservadoras, es, por una parte, el riesgo que corre el sistema básico sobre el que está constituida la sociedad y, por otra, la necesidad de contrarrestar rápidamente toda amenaza para devolverle al sistema su integridad y su plena vigencia. Inversamente, todo proceso de cambio -casi podría decirse, simplemente, todo proceso histórico- es percibido y juzgado como sospechoso de constituir una agresión a la integridad y a la plena vigencia de esa estructura, o mejor dicho, a las formas institucionalizadas que en cada momento adopta esa estructura.

Quizá por esta profundidad y substantividad de la actitud conservadora sea tan difícil definir o caracterizar el pensamiento político que arranca de ella. Cualquiera sea el flanco por donde se lo aborde, se descubren fisuras en la conceptualización de sus contenidos y en el juego de sus relaciones tanto con la realidad política como con los demás sectores de acción y de opinión. Acaso una enunciación de las dificultades con que el observador minucioso y exigente tropieza para caracterizarlo constituya la maniobra envolvente más adecuada para conseguirlo.

Por lo demás, también la escasez de textos explícitos y la discutible especificidad de sus contenidos entorpece una definición precisa y rigurosa del pensamiento político conservador de Latinoamérica en el siglo XIX. Son muy pocos los estadistas, políticos y pensadores que se declaran explícitamente conservadores, por lo menos en relación con el número de los que, por otras consideraciones, pueden ser considerados como tales. Ese mismo hecho constituye ya un dato significativo. Y aun los que se declaran tales, matizan su pensamiento con ciertas reflexiones que contradicen el cartabón que hasta un momento antes parecía seguro para clasificarlos. Esto es también un dato significativo. Lo cierto es que el pensamiento doctrinario conservador suele aparecerse al observador como oculto o desvanecido tras la acción inequívocamente conservadora de ciertos grupos, como si no les pareciera necesario a sus miembros declararlos explícitamente. Es fácil advertir que los fundamentos doctrinarios de la acción conservadora parecen a esos grupos de tal solidez y su vigencia tan indiscutible, que abundar en su consideración sería redundante, puesto que la acción conservadora es, para



San Juan Nepomuceno

ellos, la acción legítima, la corrección forzosa y necesaria de otros comportamientos políticos que sí merecen y necesitan ser discutidos y fundamentados. Este desvanecimiento y ocultamiento del pensamiento conservador es lo que ha distraído la atención de los historiadores preocupados fundamentalmente por los procesos de cambio, para quienes aquél parecía carecer de relieve, a pesar de que sus efectos aparecían una y otra vez como si provinieran de una línea constante de comportamiento político sobre la cual los impulsos de cambio constituyeran sólo esporádicas apariciones.

En rigor era así, aun cuando esa línea constante hubiera sufrido modificaciones a veces casi imperceptibles. Pero tanto en lo que tenía de constante como en lo que había en ella de lento y casi imperceptible cambio, la línea de comportamiento político conservador se apoyó en una doctrina que apareció como imprecisa a los actores contemporáneos y luego, también, a los observadores. Quizá no en sus últimos fundamentos, pero sí en su expresión ocasional, quizá porque el comportamiento político conservador se caracterizó por su pragmatismo.



Santo Domingo de Guzmán en la Bandera de la Orden

Pero lo cierto es que había muy buenas razones para que el pensamiento político conservador se manifestara como impreciso. A diferencia de lo que genéricamente podría llamarse el pensamiento liberal, aquél no pretendió generalmente manifestarse con intención de propaganda o de docencia. Quienes lo sostenían parecían seguros de que expresaban el orden natural de las cosas, del que todos los cambios eran desviaciones ilegítimas y al que se habría de volver inexorablemente también por la fuerza natural de las cosas. Por eso el pensamiento político conservador no se expresó sino esporádicamente y, sobre todo, cuando pareció necesario salir al encuentro del adversario y responder a su desafío. Era inevitable, pues, que en cada caso adoptara las formas adecuadas al tipo de desafío, según el bagaje doctrinario que el adversario le oponía, según el grado real de peligro que la agresión tenía, según la resonancia que aquella prédica había alcanzado y según la estrategia pragmática que las circunstancias aconsejaban a sus defensores, que unas veces creían poder jugar al triunfo total y otras solamente a una transacción. De ese modo, el pensamiento conservador presentaba una fisonomía relativizada, condicionada por el estímulo que la desencadenaba. De hecho, nunca -o casi nunca- dijo todo lo que tenía que decir, o lo que creía que tenía derecho a decir, sino sólo la parte que convenía a las circunstancias del momento.

Quizá fuera porque todo lo que creía que tenía derecho a decir no podía decirse. Se necesitaba la visceral convicción conservadora y el inverosímil desparpajo del peruano Felipe Pardo y Aliaga para afirmar el derecho absoluto e inalienable -casi divino, o acaso divino- de cierto grupo a la posesión de todos los bienes y todos los privilegios (1). Para los demás, el sino estaba claro, pues eran tales

*que uso de siglos a vivir condena
eslabonados en servil cadena.*

A tales extremos no llegó nunca el pensamiento conservador político y doctrinario; pero como en el comportamiento político de algunos de los grupos que lo sostenían quedaba evidenciada esa convicción mediante hechos inocultables, quizá fuera exacto afirmar que esos extremos constituían la última retaguardia del pensamiento conservador, lo que tenía de absoluto, lo que constituía una “creencia”, en tanto que su expresión política estuvo siempre condicionada a las circunstancias y mostró su capacidad de maniobra para conservar en cada caso lo más que el juego de las fuerzas sociales y políticas permitía. Por eso esa expresión fue imprecisa, sin perjuicio de que tuviera un vigoroso respaldo tácito cuya precisión era total.

Con esas características, nada tiene de sorprendente que el pensamiento político conservador pueda parecer contradictorio cuando se lo analiza en sus textos. Ya es difícil -y contradictorio a veces- decidir qué textos lo expresan correctamente, sin que sea suficiente garantía, para un juicio histórico, el hecho de que quienes



Santo Tomas de Aquino con unos herejes a los pies

los redactaron se declaren conservadores o de que sean inequívocamente polémicos en relación con otras corrientes adversas al conservadorismo. El lector quizá se sorprenda de encontrar en esta colección algún documento que le llame la atención por parecer salido de la pluma de un liberal. Pero seguramente será alguno de los que han sido incorporados por pertenecer a alguien que, en su país, es canónicamente considerado como conservador, y precisamente para destacar el carácter contradictorio del pensamiento político de ese

sector, explicable en cada caso por razones circunstanciales.

Quizá la primera sea la equívoca relación que hay en el siglo XIX entre las actitudes políticas latinoamericanas y los rótulos que se adjudicaron -o les adjudicaron- a cada uno de los grupos en pugna. Lo puntualizaba el venezolano Pedro José Rojas en 1863, en una frase que bien pudiera aplicarse a muchos otros países: “Los partidos nunca han sido doctrinarios en tierra de Venezuela. Su fuente fueron los odios personales. El que se apellidó liberal encontró hechas por el contrario cuantas reformas liberales se han

consagrado en códigos modernos. El que se llamó oligarca luchaba por la exclusión del otro. Cuando se constituyeron gobernaron con las mismas leyes y con las mismas instituciones. La diferencia consistió en los hombres”(2). ¿Cómo llegaron, pues, a definirse unos y otros, fundamentalmente como conservadores o liberales? Eran palabras que habían sido acuñadas en Europa y que se trasladaron a Latinoamérica; cada grupo las

usó a su modo.

Quizá valga la pena detenerse brevemente en una reflexión sobre la antinomia de liberales y conservadores en Europa. No se podría aplicar la frase de Pedro José Rojas a los partidos ingleses. Conservadores -o *torys*- y liberales -o *whigs*- constituyeron dos partidos profundamente doctrinarios, con dos opiniones antitéticas bien definidas con respecto a los términos del pacto social que se tradujo en la “Declaración de derechos”, sobre la que

se asentó la nueva monarquía limitada inglesa a partir de la reina María y de Guillermo III. Y tan vigoroso era el sustento doctrinario, que unos y otros podían referir su pensamiento al de dos figuras tan eminentes como Hobbes y Locke. Los pensadores y políticos latinoamericanos conocían -mejor o peor- el pensamiento de estos grandes estudiosos de la política y también las luchas de los dos grandes partidos ingleses. Pero sin duda conocían más y entendían mejor los avatares de la política española, donde también se oponían dos grandes fuerzas políticas con el nombre de conservadores y liberales. Como secuela de la guerra carlista esos grupos se constituyeron a partir de actitudes y prejuicios y se enfrentaron con encarnizamiento. El juego recíproco de unos y otros quizá pudiera caracterizarse con las palabras que aplicó a los partidos venezolanos Pedro José Rojas. Si la regente María Cristina tomó partido por los liberales fue, sobre todo, porque el pretendiente que aspiraba a desalojar a su hijo de la sucesión al trono se declaró conservador; y lo mismo pasó con los generales, con los políticos, con los influyentes de cada región, ciudad o pueblo, y hasta con las familias de vieja rivalidad lugareña. La misma situación se mantuvo durante el reinado de Isabel II, a partir de 1843, y aun después de la revolución de 1868 que la depuso. Sin duda había también en España, detrás de la oposición de liberales y conservadores, ciertas actitudes básicas relacionadas particularmente con la influencia que debía asignársele al clero en la conducción de la vida política y hasta de la vida social y cotidiana, sin entrar a discutir por eso problemas de religión o de creencias. Hubo “herejotes” y “liberalotes”. Pero más pesaban las luchas por el poder y los intereses de las facciones, porque a nadie se le ocultaba en España hasta qué punto podía ser conservador un titulado liberal y viceversa. Contradictorio el pensamiento político conservador en España, también lo fue en Latinoamérica por razones parecidas.

Por lo demás, también fue contradictorio porque no era homogéneo. Se era conservador de varias diversas maneras, según el estrato social del cual se provenía o al cual se había prestado adhesión. Sobre todo -conviene repetirlo- según el adversario y el tipo de agresión o amenaza a la situación constituida: porque en esto consistía, en última instancia, ser conservador y en relación con esa preocupación última se elaboró un pensamiento político que argumentaba de distintas maneras sobre la misma cosa.

En el fondo, el pensamiento político conservador era esencialmente pragmático. Consideraba que la realidad -en todos sus aspectos: socioeconómico, político, ideológico, religioso- era algo dado y constituido en un pasado remoto, por obra divina o, acaso, por un pacto social, que debía mantenerse



Pío IX

inmutable o con el menor cambio posible. Y no se consideraba necesario argumentar sobre un hecho de tan inequívoca evidencia. Empero, hubo una línea de pensamiento conservador que fue principista y, en consecuencia, polémico e inclinado a deslizarse hacia la controversia y la argumentación. El caso extraño fue el del conservadorismo ultramontano, especialmente a partir del momento en que la Iglesia decidió dar la batalla frontal contra el liberalismo, iniciada en 1864 con los dos documentos fundamentales del papa Pío IX: la encíclica *Quanta Cura* y el *Syllabus*. Apoyándose en ellos, el conservadorismo ultramontano salió a la palestra y propuso un sistema político y social que, si bien es cierto que pretendía robustecer de manera férrea la estructura tradicional, parecía ignorar las modificaciones irreversibles que ese sistema había sufrido ya desde la época de la Independencia, en la que habían circulado libremente y cuajado en actos e instituciones las ideas del liberalismo. Su principismo fue, en consecuencia, no sólo polémico sino utópico, puesto que, en rigor, no pretendía conservar las estructuras reales en ese momento sino restaurar las que habían sido ya modificadas en alguna medida y gozaban de un extenso consenso. De esa peculiaridad de su enfoque derivó su impracticabilidad. En el otro extremo de la gama hubo otra línea de conservadorismo principista, caracterizada por la aceptación de ciertos principios del liberalismo, condicionada por una tendencia a moderar lo que consideraba sus excesos y, sobre todo, por la convicción de que sólo podían ser traducidos en hechos políticos o institucionales de una manera lenta y progresiva. De esta manera la línea que podría llamarse del conservadorismo liberal entró en colisión con el pensamiento constitutivamente conservador, con el ultramontano y también con el liberal, lo cual lo obligó a defender su posición en varios frentes.

En ambos casos el pensamiento conservador se mostró contradictorio. En el primero por-

que pretendía ser restaurador y no defensor de la situación real en el estado en que se hallaba, y en el segundo porque admitió el principio de cambio; esta vez se aproximó al ala conservadora del liberalismo, que realizó un proceso inverso. Este segundo caso pudo observarse nítidamente en Latinoamérica, y se manifestó a través de una marcada ambigüedad de opiniones. El conservadorismo liberal fue definitivamente conservador frente a ciertas cuestiones, especialmente relacionadas con los fundamentos del sistema social y económico, pero aceptó algunas propuestas del liberalismo referidas al plano político, sin duda porque descubría que no afectaban al sistema. Y era explicable. Conservadores y liberales solían coincidir en la defensa de los fundamentos socioeconómicos del sistema, excepto algunos grupos radicalizados de estos últimos. Con los liberales conservadores, en cambio, podían los conservadores también moderados encontrar puntos de coincidencia que revelaban que unos y otros eran, en el fondo, nada más que grupos políticos que buscaban el poder. Y la alternancia en su ejercicio -más o menos convenida- parecía a unos y otros preferible al enfrentamiento, siempre peligroso, precisamente porque polarizaba las opiniones y favorecía a las tendencias extremas de cada sector. Esta intercomunicación de los sectores moderados de ambos partidos o movimientos de opinión nutrió un pensamiento constructivo que, a veces, fue capaz de hallar soluciones estabilizadoras para sus respectivos países. Y no fue extraño



Núñez



Mosquera

ver conversiones políticas -manifestadas más en la adopción de rútilos que en un cambio de ideas-, tan sorprendentes a primera vista como la de Mosquera en Colombia o la de Monagas en Venezuela. A veces hubo también cambio gradual en ciertas ideas que habían sido banderas importantes de cada grupo. La historia de la progresiva aceptación del federalismo por los unitarios argentinos o la de la aceptación de los principios libre-cambistas en otros países, son suficiente ejemplo.

Pero más allá de toda transacción, el pensamiento conservador mantuvo su núcleo original y sus proposiciones básicas. Exponía la posición de los grupos más arraigados en la sociedad, más comprometidos con su organización originaria. En el fondo perpetuaba una concepción señorial de la vida acuñada durante la época colonial, inseparable de la tradicional posesión de la tierra por ciertos grupos. Tampoco ese rasgo resultó definitivo de manera absoluta. Cuando prosperaron las actividades mercantiles, también expresó el pensamiento conservador la actitud de quienes, con la posesión de la tierra o sin ella, habían logrado el monopolio o el control de los mecanismos de la intermediación y sólidas fortunas financieras. Entonces se vio que estos últimos trataban de entroncarse con los primeros y, como lo fueron logrando, adquirieron el mismo aire señorial, tímido e inseguro al principio, más arrogante luego y, con él, una creciente certidumbre de que a todos por igual les correspondían los viejos privilegios.

En rigor, la posesión de viejos privilegios y, sobre todo, la certidumbre total e incuestionable de que les correspondían por un decreto casi divino, era patrimonio de los sectores de más viejo arraigo, y también quedó expresado en ese pensamiento conservador que mantenía su núcleo original y sus proposiciones básicas. Aunque otros grupos sociales y políticos se fueron plegando a esa postura

y se comportaron, pública y privadamente, de acuerdo con ella, sólo los grupos de más viejo arraigo podían atreverse a proclamar la doctrina de que ellos eran privilegiados, de que lo eran con pleno derecho y de que estaban obligados a defender esos privilegios por un mandato supremo. La impertinente arrogancia del peruano Pardo y Aliaga no constituía una excepción; y si expresiones como las suyas no aparecen muchas veces en el pensamiento escrito de los conservadores a muerte, correspondían a sus ideas vivas y cotidianas, expresadas oralmente y, sobre todo, vividas y puestas de manifiesto en su comportamiento público y privado. Era explicable. El núcleo original del pensamiento conservador perpetuaba las ideas de la antigua sociedad colonial, una sociedad barroca constituida por dos grupos netamente diferenciados: los que gozaban de privilegios y los que no los tenían. Luego, a partir de la Independencia, ocurrieron muchas cosas que modificaron esa sociedad; pero los conservadores fueron precisamente los que se resistieron a ese cambio y, más aún, a consentir en la cancelación de sus fundamentos. Ellos seguían siendo, simplemente, los mejores. Sus antepasados habían sido los únicos vasallos que gozaban de privilegios reales, y sus descendientes se consideraron los únicos ciudadanos de pleno



derecho, más allá de las declaraciones igualitarias y democráticas, más allá de los nuevos principios institucionales, más allá, inclusive, de las nuevas situaciones sociales que se iban consolidando poco a poco.

Por eso formaba parte de ese núcleo original del pensamiento conservador una concepción autoritaria de la vida social y política, heredada de la estructura virreinal, sostenida por el pensamiento político de la monarquía española y de la Iglesia Católica. La república convirtió a los antiguos poseedores de tierras y minas, acostumbrados al ejercicio ilimitado de su autoridad social, en una oligarquía política cuyas tendencias autoritarias se canalizaron hacia el apoyo de un poder fuerte, aunque fuera centralizado y unipersonal, con la condición de que representara una garantía de la conservación del orden socioeconómico tradicional. Tal fue el fruto de su actitud pragmática, indisolublemente asociada al anhelo radical de no innovar ni permitir, siquiera, que se prepararan los fundamentos de un nuevo orden igualitario preñado de amenazas para el futuro.

Pero no todo el pensamiento conservador tuvo estos caracteres, propios del que se aferró a su núcleo original. A partir de él se abrió un abanico de nuevas tendencias, en las que otras actitudes igualmente pragmáticas aconsejaron el aprovechamiento y la canalización de las nuevas experiencias vividas después de la Independencia. Más aún, el pensamiento conservador básico se fue replegando y adquirió poco a poco los caracteres de una ideología nostálgica e ineficaz. Fueron, en cambio, esas otras tendencias las que pudieron afrontar el embate de las nuevas ideas y las exigencias de las nuevas situaciones. Y aunque mantuvieron siempre vivas aquellas proposiciones básicas, en parte porque constituían su fuente de inspiración y en parte porque no se descartaba la posibilidad de poder actualizarlas algún día, esas otras tendencias desplegaron entretanto un espectro de ideas

en las que se advirtió, precisamente, esos caracteres imprecisos y contradictorios a que ya se ha hecho referencia. Todas provenían de un fondo común, pero, elaboradas como respuestas a situaciones concretas y reales, se manifestaron en relación con los diversos aspectos de la política inmediata sin que sus sostenedores se preocuparan mucho de su incoherencia interna, por lo demás, más aparente que real. Eso sí, reflejaron la posición de los diversos y variados grupos que adoptaban un pensamiento conservador; y como no todos los grupos afrontaban las mismas situaciones, sus respuestas fueron diversas: sólo en términos relativos se las puede reunir en un haz y definirlas como expresiones de ese pensamiento.

Hubo una línea del pensamiento conservador que hizo hincapié en los problemas económicos; pero otras de ellas se preocuparon más -o casi exclusivamente- por los problemas sociales, políticos, ideológicos o religiosos, derivados de aquellos. En todos los casos, ocurrió según las exigencias del debate suscitado por sus adversarios o por el desafío desencadenado por las nuevas situaciones reales. Y en cada caso aparecieron como proyecciones de aquel núcleo original, adecuadas al caso concreto, versátiles y transaccionales si pareció necesario, encubiertas muchas veces para concitar el apoyo de ciertos sectores que no debían, en teoría, compartir sus proposiciones. Por eso constituye el pensamiento conservador una vasta y compleja maraña en la que resulta difícil introducir un cierto orden.

El pensamiento económico conservador mostró su ambivalencia a medida que crecieron las actividades mercantiles. Mientras una de sus ramas seguía adherida a la estructura tradicional de la Colonia, otra se mostró progresista y no vaciló en enfrentarla en nombre de un nuevo tipo de desarrollo económico. Pero cuando la dinámica del proceso pareció exceder sus previsiones y comprometer la posición de sus sostenedores, esa segunda

rama acentuó su carácter conservador. Hubo, pues, en el pensamiento económico conservador, dos napas que correspondían a diferentes situaciones y grupos sociales



M. A. Caro

que podrían caracterizarse, una como expresión del conservadorismo originario y otra como expresión del liberalismo conservador, en proceso de hacerse más conservador cada vez. Un juego semejante parece advertirse en el pensamiento social conservador, íntimamente unido al pensamiento económico. En tanto que una napa de ese pensamiento se mantenía hermética frente a

todo cambio social, apareció otra, antes progresista, que se tornó conservadora al comprobar las derivaciones que su propia dinámica había suscitado. Y en tanto que quienes sostenían la primera se cerraban como vieja aristocracia, los que defendían la segunda empezaban a estrechar filas como nueva oligarquía frente al crecimiento de las clases medias y populares.

Según las circunstancias, pudo haber aproximaciones entre lo que ahora podemos denominar directamente conservadores puros, por una parte, y liberales conservadores por otra. Sorpresivamente, hasta el conservadorismo ultramontano pudo mostrarse alguna vez -es el caso del ecuatoriano García Moreno- partidario del progreso tecnológico, y coincidir en eso con el liberalismo conservador. Sin perjuicio de que hubiera conservadores más atrabiliarios aún que los ultramontanos, capaces de oponerse a la construcción de ferrocarriles, de puentes y caminos y de obras públicas en general, la ola del progreso, impulsada desde los grandes centros económicos mundiales y prometedora de beneficios para los grandes propietarios, unió a liberales conservadores y a muchos conservadores puros. Y al compás

de las transformaciones de la infraestructura, pudieron unirse aquellas dos corrientes en el afán por desarrollar la educación pública e incluso la educación técnica.

Las diferencias se hicieron más profundas cuando se plantearon problemas ideológicos. En ese campo difícilmente coincidían conservadores puros y liberales conservadores, pues los primeros se resistían a todo proceso de secularización y a toda intensificación del proceso democrático. Pero hubo excepciones, y frente a los conservadores puros ultramontanos empezaron a aparecer conservadores liberales -tocados por el escepticismo novecentista y acaso por el cientificismo- cuyas opiniones, orales y escritas, se parecían mucho a las de los liberales conservadores. La alianza se estrechó cuando en el seno de los liberales empezaron a aparecer los liberales radicalizados, algunos de los cuales se deslizaron insensiblemente hacia opiniones socialistas. No está demás puntualizar que para los precursores del socialismo, hasta los liberales radicalizados aparecieron como conservadores y que, para los ultramontanos, hasta los conservadores liberales parecieron herejes. Estas polarizaciones de los extremos dejaban en el medio una ancha banda de coincidencias oscilantes y de oposiciones pactables.

Donde estas posiciones se vieron más claras fue en el campo de la política. Sería difícil hallar un texto del pensamiento político conservador que pueda ser considerado como un arquetipo, tan brillante como sea la enunciación de ideas que hace el colombiano Miguel Antonio Caro o tan explícita como puede ser la declaración del partido Conservador mexicano. Siempre quedan matices por descubrir y contradicciones que expurgar con respecto a otras expresiones posibles de un pensamiento que pueda reivindicar la misma orientación. Y es que la práctica política del conservadorismo fue particularmente fluida, y fue pragmática hasta cuando se revistió

de principismo. Muchas variantes ofrecían las situaciones reales en cada país y en cada momento, que no podían ser enfrentadas con actitudes intransigentes. Pero luego fue cuestión de hombres, de temperamentos, de inteligencias y de intereses. Ciertamente no era lo mismo el conservador que trataba de imitar a Disraeli o el que era incondicional admirador del general Narváez. Esa versatilidad de la práctica política se tradujo inclusive en los textos que aspiraban a tener proyecciones doctrinarias, por lo demás mucho menos abundantes que los que eran solamente documentos de circunstancias.

Como habrá podido advertirse, la variedad de la gama que encierra el pensamiento conservador latinoamericano requiere una considerable ductilidad para establecer una conceptualización rigurosa. Con esta prevención debe abordar el lector esta selección de textos, presidida, precisamente, por el deseo de mostrar todos los matices que esa gama encierra. No se juzgue imprecisa la selección y clasificación de los textos. Júzguese que

así fue el pensamiento político conservador latinoamericano: arraigado en un nivel preintelectual, impreciso, contradictorio y diverso según los aspectos de la realidad que en cada circunstancia de tiempo y país se suscitaba y llamaba a la polémica. Fue, en el fondo, el más doctrinario que pueda concebirse puesto que, en el fondo, apelaba al orden divino. Pero fue, al mismo tiempo, el más pragmático que pueda imaginarse.

Otras corrientes de pensamiento político languidecieron o vieron conmovidos sus fundamentos. En cambio hay en Latinoamérica un conservadorismo básico que perdura hasta hoy y que posee una extraordinaria fuerza: es el reflejo de la fuerza que tienen las estructuras que no han cambiado.

Notas

- 1 F. Pardo y Aliaga, *Constitución política*, 1859 (texto 17 de la selección).
- 2 P. J. Rojas, *Frutos de la dictadura*, 1863 (texto 8 de la selección).





Lo que intentó Bolívar*

Eugenio María de Hostos. Puerto Rico (1839-1903)

A *La opinión nacional*, de Caracas



I

En el patio de la casa en que me alojo, se sofoca también, entre las rejas de su jaula, un pajarillo vigilante que, en las horas concienzudas de la noche, cuando hospedados y huéspedes duermen sueño indiferente o angustiado, emite un sonido idéntico al que producen nuestros labios si queremos llamar discretamente la atención de alguien que se aleja o desatiende, o que se hace sordo al llamamiento nuestro.

Cada vez que, recogido en mí mismo, velo en la alta noche el sueño intranquilo de mi pensamiento y escucho el silencio que se oye, el pájaro desconocido articula su grito persuasivo. Y cada vez que ese grito distrae

de sí propia mi atención y aleja de sí mismo el pensamiento mío, me parece que oigo el sumiso clamor de una conciencia. Disípase el clamor, vuelve el silencio de la noche a hacerse oír, vuelven a entregarse a sí mismos mi pensamiento y mi atención, y, sólo cuando renueva el pájaro su grito, se renueva en mi ánimo la extraña sensación que en él produce.

Los que sepan lo que es tener conciencia y se hayan acostumbrado a contar con ella para todo, y a atenderla en todo y a obedecerla en todo, sabrán que, cuando por un momento, la acallan los alaridos desesperados del interés o los aullidos de las pasiones ladradoras o las solicitudes impacientes de error, basta un momento de reposo -cuando basta- para que

* Tomado de *América: La lucha por la libertad*. Ed. Siglo XXI. México 1980. pp. 56-59.

ella recupere la voz que los ruidos exteriores apagaron.

Experimentátese entonces una emoción aguda, que produce en el espíritu el efecto que el oído y la sensación que el corazón experimentan si la voz del pajarillo vigilante interrumpe el silencio de la noche.

Ningún interés, ninguna pasión, ningún error obceca ni acalla por el momento mi conciencia de hombre: veo con los ojos muy abiertos una ciudad que de antiguo anhelaba ver; observo con atención cordial una sociedad que hace tiempo creía necesario examinar para tener completas mis teorías sociológicas; sigo con afectuoso interés de hermano el movimiento diario del pueblo que con más admiración he seguido en el proceso heroico de la independencia, y ninguno de esos actos produce un estado doloroso de conciencia.

Pero, además de la de hombre, tengo yo la conciencia del patriota, y amo a la patria, y la busco en todas partes y en todo la veo. Ya hace horas, días, largos días, que he podido pedir miradas para ella, recuerdos, entusiasta admiración para sus héroes, conmiseración varonil para sus víctimas, ¡y un callo! Es verdad que yo he sido viandante que ha clamado en muchos, en muchísimos desiertos. Es verdad que ya estoy fatigado del desierto y del clamor. Es verdad que ya ha pasado la hora del clamor. Es verdad que ni Cuba desgarrada, ni Puerto Rico desesperada necesitan ya de plumas ineficaces. Es verdad que, para el patriota completo, hijo de Borinquen o de Cuba por el nacimiento, cubano o borincano por la idea, esclavo de ambas patrias por el deber, religionario de ambas por la fe, la misión está ya reducida a saber esperar hoy para saber morir mañana, a saber ser para saber no ser, a mortificarse para sacrificarse. Todo es verdad, acerba verdad, que a la vez enferma y vigoriza el alma. Pero también es verdad que tengo remordimientos de silencio, pero también es verdad que tengo dolores de con-

ciencia, cada vez que me contemplo mudo ante la patria clamorosa, y vuelvo a clamar con ella, por ella, en nombre de ella.

II

No es Venezuela el país donde un extraño puede atreverse a hablar de Bolívar. Hay cierta especie de dignidad intelectual que lo prohíbe. Cuando se entra en la mansión de un grande hombre, el tributo más digno es la reserva. Ni aun muerto desaloja un grande de espíritu el espacio que ocupó con su nombre y su gloria y sus virtudes. Patrimonio del suelo en que brilló y de la historia patria que sus hechos imperecederos abultaron, historia y suelo se lastiman de toda ofrenda que sea indigna del altar, se abochornan de toda propiciación de adulador.

El digno llega, medita, aumenta su caudal de virtuosa admiración, y calla. Otras tierras ignorantes del beneficio que debe la humanidad a todo hombre que la ha enaltecido, otras tierras habrá en donde fructifique la admiración que se calla y en donde la justicia y la verdad cosechen el juicio que se supo reservar. Reservo el mío. Si llega la hora en que los desatendidos de hoy podamos atender al deber halagüeño de hacer justicia a los buenos que sintieron con nosotros y a los magnánimos que se adelantaron a nosotros, los antillanos esculpiremos en el granito perdurable de nuestras Antillas la idea que tenemos de Bolívar.

El hombre-legión fue el primero que interrumpió el sueño de nuestra vida colonial para redimirnos. El hombre-idea fue el primero en concebir la patria inmensa y el que en su cerebro ecuatorial nos hizo coeficiente de esa patria malograda. El hombre-humanidad fue el primero que, sin Cuba y sin Borinquen, declaró incompleto el continente y quiso abrazarnos en su fuego redentor e intentó abrazarnos con su brazo salvador: éramos para él pedazo de la humanidad que redimía.



El manantial de sangre inagotable que brota de las entrañas de Cuba, señala el reguero que, entre su cuna y su patíbulo, dejaron los ansiosos precursores de la independencia: no hay una página de la historia de Borinquen en donde la libertad no proteste contra nuestra vida de colonos. Hombre o idea, consagrado está por la gratitud de ambas Antillas el recuerdo de todos los hombres y todos los sucesos que claman en ellas contra nuestra servidumbre colonial. Pero hay un precursor más memorable que otro alguno: fue Bolívar. Hay un hecho más memorable que ninguno: fue la intención libertadora de Bolívar. Ese hombre y ese hecho son la raíz de la independencia en las dos islas. Si ellas lo hubieran

olvidado, desgracia para ellas. Pero tenemos memoria y si no la tuviéramos en el cerebro para recordar, la tendríamos en el corazón para agradecer. Hoy más que nunca, cuando todos los horizontes se nos cierran, cuando tenemos llagados los pies de tanto andar, laceradas las manos de llamar tan en vano a tantas puertas, mortalmente herida la conciencia de ver tan digna y tan desamparada a Cuba, hondamente afligidos de ver abandonado a Puerto Rico, hoy más que nunca queremos recordar que hubo un hombre cuyo genio fue la lógica, cuya radiosa voluntad fue el bien, en cuyo regazo cupimos cuantos debíamos caber, que no se detuvo en los linderos de los territorios devueltos por él a sus propietarios

naturales, que no retrocedió ante el mar, que -a no morir tan temprano para nosotros- ni aun ante la obstrucción diplomática se hubiera detenido.

Hoy, en el momento mismo en que yo clamo, llena está de hombres eminentes nuestra América Latina: saben que las Antillas son complemento político y geográfico del continente que quieren para el progreso y para la libertad, y no bien han pagado en prosa o en verso su deuda de Demóstenes o Byron a la isla heroica, a las islas infortunadas, se olvidan de sí mismos y enmudecen. Hoy, más que nunca, es consciente del porvenir glorioso que le espera a este pueblo vehemente de la América Latina: siente que son sus hermanos los que pelean o los que se aprestan a pelear; siente que la naturaleza misma lo llama a prestar su brazo en la contienda, y cuando apenas han formado en las filas de los libertadores de Cuba los no muchos emisarios que ha mandado, el pueblo latinoamericano olvida la grande obra, para desgarrarse en sus guerras de despecho.

Hoy, casi todas las presidencias de los estados latinoamericanos están ocupadas por hombres dignos del periodo de reflexión en que está entrando la patria continental. Si tienen la ambición sacrosanta del bien, pasto de esa ambición puede ser el problema de vida o muerte que está resolviendo Cuba: si tienen el generoso afán de gloria que a tantos buscadores de infinito agujonea, nunca gloria militar más pura, nunca gloria política más noble, nunca gloria histórica más virtuosa que la pronta a exaltar en las Antillas al gobierno hermano que ponga su inteligencia al lado del derecho. Todavía hay horizontes más vastos para gobernantes de propósitos no efímeros: una de las causas del temperamento levantisco de casi todos estos pueblos hispanoamericanos, es una virtud mal dirigida: el valor que sólo es inquieto por lo estar la actividad

viril de donde emana. ¿Quién que conozca la urgente necesidad de paz en nuestras sociedades no vería con deleite convertida en gloria racional la impaciencia revolucionaria que fuera a calmarse en las Antillas? Horizonte más extenso todavía, el designio culminante de Bolívar -la unión latinoamericana-, tiene una forma accesible en nuestro tiempo. Esta forma es la liga diplomática de todos los gobiernos de esta América, en una personalidad internacional. Por falta de esa personalidad carece de fuerza ante el mundo nuestra América Latina. Por falta de esa personalidad le desaira el consejo de las naciones. Por falta de esa personalidad, han sido posibles la invasión de México, la tentativa de reanexión de Santo Domingo, la catástrofe todavía no bastante llorada del infortunado Paraguay. De todos los obstáculos que dificultan la institución de esa personalidad internacional, la falta de un interés común es la mayor. Ni gobiernos, ni pueblos, nadie hay en los pueblos latinoamericanos que no sepa, que no presenta que es interés común de todos ellos la independencia de las Antillas. Ligarse con el fin concreto de conseguirla, equivaldría a hacer el ensayo de una fuerza. Conseguirlo, sería afirmar esa fuerza. Una vez afirmada, ya quedaría de hecho constituida la personalidad internacional de América Latina, no solamente ante el Viejo Continente, sino ante la sólida potencia de Norteamérica.

Bolívar acogería con deleite la ocasión. ¿No habrá ningún gobierno que la acoja? ¿No hay quien pueda seguir las huellas del coloso? ¿No es Venezuela la tierra que, con el cuerpo ha heredado el espíritu de aquel para quien la soledad no fue un impedimento, para quien el espacio no fue obstáculo, para quien los Andes no fueron valladar, para quien el mar no fue un lindero, para quien el tiempo no fue una venda, y a través de la niebla del futuro descubrió que el núcleo vital del continente estaba en el Mar de las Antillas?

Ariel*
A la juventud de América
(Fragmento)

José Enrique Rodó. Uruguay (1871-1917)



VI

La concepción utilitaria, como idea del destino humano, y la igualdad en lo mediocre, como norma de la proporción social, componen, íntimamente relacionadas, la fórmula de lo que ha solido llamarse, en Europa, el espíritu de *americanismo*. Es imposible meditar sobre ambas inspiraciones de la conducta y la sociabilidad, y compararlas con las que le son opuestas, sin que la asociación traiga, con insistencia, a la mente, la imagen de esa democracia formidable y fecunda, que, allá en el norte, ostenta las manifestaciones de su prosperidad y su poder como una deslumbradora prueba

que abona a favor de la eficacia de sus instituciones y de la dirección de sus ideas. Si ha podido decirse del utilitarismo que es el verbo del espíritu inglés, los Estados Unidos pueden ser considerados la encarnación del verbo utilitario. Y el Evangelio de este verbo se difunde por todas partes a favor de los milagros materiales del triunfo. Hispano-América ya no es enteramente calificable, con relación a él, de tierra de gentiles. La poderosa federación va realizando entre nosotros una suerte de conquista moral. La admiración por su grandeza y por su fuerza es un sentimiento que avanza a grandes pasos en el espíritu de nuestros hombres dirigentes y, aún más quizá, en el de las muchedumbres,

* Tomado de *Ariel. Motivos de Protea*. Fundación Biblioteca Ayacucho. Caracas 1985. pp 33-35

fascinables por la impresión de la victoria. -Y, de admirarla, se pasa, por una transición facilísima, a imitarla. La admiración y la creencia son ya modos pasivos de imitación para el psicólogo. “La tendencia imitativa de nuestra naturaleza moral -decía Bagehot- tiene su asiento en aquella parte del alma en que reside la credibilidad”. El sentido y la experiencia vulgares serían suficientes para establecer por sí solos esa sencilla relación. Se imita a aquel en cuya superioridad o cuyo prestigio se cree. Es así como la visión de una América *deslatinizada* por propia voluntad, sin la extorsión de la conquista, y regenerada luego a imagen y semejanza del arquetipo del Norte, flota ya sobre los sueños de muchos sinceros interesados por nuestro porvenir, inspira la fruición con que ellos formulan a cada paso los más sugestivos paralelos, y se manifiesta por constantes propósitos de innovación y de reforma. Tenemos nuestra *nordomanía*. Es necesario oponerle los límites que la razón y el sentimiento señalan de consumo.

No doy yo a tales límites el sentido de una absoluta negación. Comprendo bien que se adquieran inspiraciones, luces, enseñanzas, en el ejemplo de los fuertes; y no desconozco que una inteligente atención fijada en lo exterior para reflejar de todas partes la imagen de lo beneficioso y de lo útil es singularmente fecunda cuando se trata de pueblos que aún forman y modelan su entidad nacional. Comprendo bien que se aspire a rectificar, por la educación perseverante, aquellos trazos del carácter de una sociedad humana que necesiten concordar con nuevas exigencias de la civilización y nuevas oportunidades de la vida, equilibrando así, por medio de una influencia innovadora, las fuerzas de la herencia y la costumbre. Pero no veo la gloria, ni en el propósito de desnaturalizar el carácter de los pueblos, -su genio *personal*- para imponerles la identificación con un modelo extraño al que aquellos sacrifiquen la originalidad irremplazable de su espíritu; ni en la creencia ingenua de que eso pueda obtenerse alguna vez por

procedimientos artificiales e improvisados de imitación. Ese irreflexivo traslado de lo que es natural y espontáneo en una sociedad al seno de otra, donde no tenga raíces ni en la naturaleza ni en la historia, equivalía para Michelet a la tentativa de incorporar, por simple agregación, una cosa muerta a un organismo vivo. En sociabilidad, como en literatura, como en arte, la imitación inconsulta no hará nunca sino deformar las líneas del modelo. El engaño de los que piensan haber reproducido en lo esencial el carácter de una colectividad humana, las fuerzas vivas de su espíritu, y, con ellos, el secreto de sus triunfos y su prosperidad, reproduciendo exactamente el mecanismo de sus instituciones y las formas exteriores de sus costumbres, hace pensar en la ilusión de los principiantes candorosos que se imaginan haberse apoderado del genio del maestro cuando han copiado las formas de su estilo o sus procedimientos de composición.

En ese esfuerzo vano hay, además, no sé qué cosa innoble. Género de *snobismo* político podría llamarse al famoso remedo de cuanto hacen los preponderantes y los fuertes, los vencedores y los afortunados; género de abdicación servil, como en la que en algunos de los *snobs* encadenados para siempre a la tortura de la sátira por el libro de Thackeray, hace consumirse tristemente las energías de los ánimos no ayudados por la naturaleza o la fortuna, en la imitación impotente de los caprichos y las volubilidades de los encumbrados de la sociedad. El cuidado de la independencia *interior* -la de la personalidad, la del criterio- es una principalísima forma del respeto propio. Suele, en los tratados de ética, comentarse un precepto moral de Cicerón, según el cual forma parte de los deberes humanos el que cada uno de nosotros cuide y mantenga celosamente la originalidad de su carácter personal, lo que haya en él que lo diferencie y determine, respetando, en todo cuanto no sea inadecuado para el bien, el impulso primario de la Naturaleza, que ha

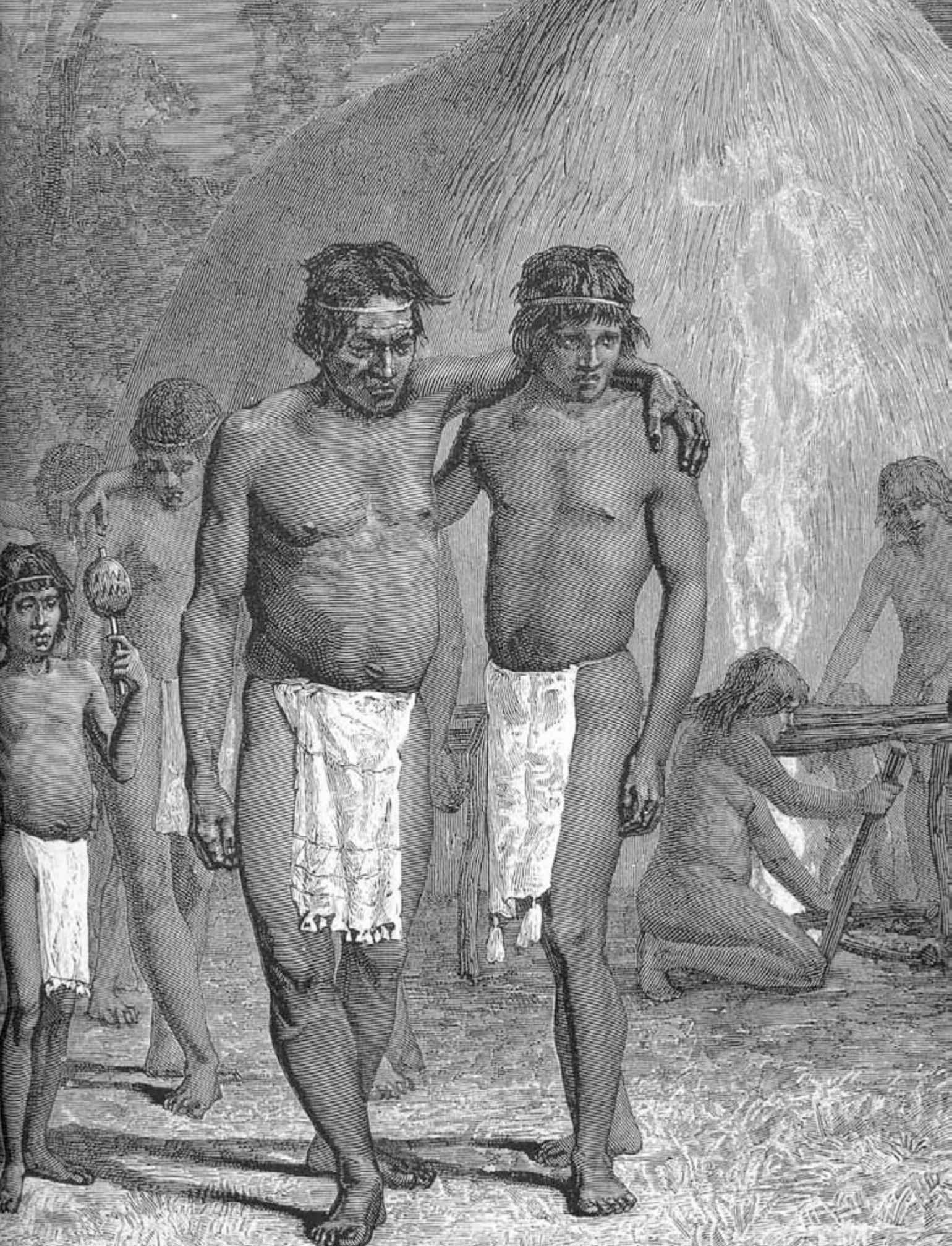
fundado en la varia distribución de sus dones el orden y el concierto del mundo. -Y aun me parecería mayor el imperio del precepto si se le aplicase, colectivamente, al carácter de las sociedades humanas. -Acaso oiréis decir que no hay un sello propio y definido, por cuya permanencia, por cuya integridad deba pugnarse, en la organización actual de nuestros pueblos. Falta tal vez, en nuestro carácter colectivo, el contorno seguro de la "personalidad". Pero en ausencia de esa índole perfectamente diferenciada y autonómica, tenemos -los americanos latinos- una

herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia, confiando a nuestro honor su continuación en lo futuro. El cosmopolitismo, que hemos de acatar como una irresistible necesidad de nuestra formación, no excluye, ni ese sentimiento de fidelidad a lo pasado, ni la fuerza directriz y plasmante con que debe el genio de la raza imponerse en la refundición de los elementos que constituirán al americano definitivo del futuro...



The Tempest, Act v. sc. 1.

Ariel



La raza cósmica*

José Vasconcelos. México (1882-1959)



Cada raza que se levanta necesita constituir su propia filosofía, el *deus ex machina* de su éxito. Nosotros nos hemos educado bajo la influencia humillante de una filosofía ideada por nuestros enemigos, si se quiere de una manera sincera, pero con el propósito de exaltar sus propios fines y anular los nuestros. De esta suerte nosotros mismos hemos llegado a creer en la inferioridad del mestizo, en la irredención del indio, en la condenación del negro, en la decadencia irreparable del oriental. La rebelión de las armas no fue seguida de la rebelión

de las conciencias. Nos rebelamos contra el poder político de España, y no advertimos que, junto con España, caímos en la dominación económica y moral de la raza que ha sido señora del mundo desde que terminó la grandeza de España. Sacudimos un yugo para caer bajo otro nuevo. El movimiento de desplazamiento de que fuimos víctimas no se hubiese podido evitar aunque lo hubiésemos comprendido a tiempo. Hay cierta fatalidad en el destino de los pueblos lo mismo que en el destino de los individuos; pero ahora que se inicia una nueva fase de la Historia, se hace

* Vasconcelos, José. *La raza cósmica*. 3ª ed. México, Espasa-Calpe Mexicana, S. A., 207 pp. (Austral-802), pp. 45-53.



ha sido simplemente un recurso de combate común a todos los pueblos batalladores; pero la batalla que nosotros debemos de librar es tan importante que no admite ningún ardid falso. Nosotros no sostenemos que somos ni que llegaremos a ser la primera raza del mundo, la más ilustrada, la más fuerte y la más hermosa. Nuestro propósito es todavía más alto y más difícil que lograr una selección temporal. Nuestros valores están en potencia a tal punto, que nada somos aún. Sin embargo, la raza hebrea no era para los egipcios arrogantes otra cosa que una ruin casta de esclavos y de ella nació Jesucristo, el autor del mayor movimiento de la Historia; el que anunció el amor de todos los hombres. Este amor será uno de los dogmas fundamentales de la quinta raza, que ha de producirse en América. El cristianismo liberta y engendra vida, porque contiene revelación universal, no nacional; por eso tuvieron que rechazarlo los propios judíos, que no se decidieron a comulgar con gentiles. Pero la América es la patria de la gentilidad, la verdadera tierra de promisión cristiana. Si nuestra raza se muestra indigna de este suelo consagrado, si llega a faltarle el amor, se verá suplantada por pueblos más capaces de realizar la misión fatal de aquellas tierras; la misión de servir de asiento a una humanidad hecha de todas las naciones y todas las estirpes. La biótica que el progreso del mundo impone a la América de origen hispánico no es un credo rival que, frente al adversario, dice: te supero, o me basto, sino una ansia infinita de integración y de totalidad que por lo mismo invoca al Universo. La infinitud de su anhelo le asegura fuerza para combatir el credo exclusivista del bando enemigo y confianza en la victoria que siempre corresponde a los gentiles. El peligro más bien está en que nos ocurra a nosotros lo que a la mayoría de los hebreos, que por no hacerse gentiles perdieron la gracia originada en su seno. Así ocurriría si no sabemos ofrecer hogar y fraternidad a todos los hombres; entonces otro pueblo servirá de eje, alguna otra lengua será el vehículo; pero ya nadie

necesario reconstituir nuestra ideología y organizar conforme a una nueva doctrina étnica toda nuestra vida continental. Comencemos entonces haciendo vida propia y ciencia propia. Si no se liberta primero el espíritu, jamás lograremos redimir la materia.

Tenemos el deber de formular las bases de una nueva civilización; y por eso mismo es menester que tengamos presente que las civilizaciones no se repiten ni en la forma ni en el fondo. La teoría de la superioridad étnica

puede contener la fusión de las gentes, la aparición de la quinta era del mundo, la era de la universalidad y el sentimiento cósmico.

La doctrina de formación sociológica, de formación biológica que en estas páginas enunciamos, no es un simple esfuerzo ideológico para levantar el ánimo de una raza deprimida, ofreciéndole una tesis que contradice la doctrina con que habían querido condenarla sus rivales. Lo que sucede es que a medida que se descubre la falsedad de la premisa científica en que descansa la dominación de las potencias contemporáneas, se vislumbran también, en la ciencia experimental misma, orientaciones que señalan un camino ya no para el triunfo de una raza sola, sino para la redención de todos los hombres. Sucede como si la palingenesia anunciada por el cristianismo con una anticipación de millares de años, se viera confirmada actualmente en las distintas ramas del conocimiento científico. El cristianismo predicó el amor como base de las relaciones humanas, y ahora comienza a verse que sólo el amor es capaz de producir una Humanidad excelsa. La política de los Estados y la ciencia de los positivistas, influenciada de una manera directa por esa política, dijeron que no era el amor la ley, sino el antagonismo, la lucha y el triunfo del apto, sin otro criterio para juzgar la aptitud que la curiosa petición de principio contenida en la misma tesis, puesto que el apto es el que triunfa, y sólo triunfa el apto. Y así, a fórmulas verbales y viciosas de esta índole se va reduciendo todo el saber pequeño que quiso desentenderse de las revelaciones geniales para sustituirlas con generalizaciones fundadas en la mera suma de los detalles.

El descrédito de semejantes doctrinas se agrava con los descubrimientos y observaciones que hoy revolucionan las ciencias. No era posible combatir la teoría de la Historia como un proceso de frivolidades, cuando se creía que la vida individual estaba también desprovista de fin metafísico y de plan providencial. Pero si la matemática vacila y reforma sus conclusiones para darnos el concepto de un mundo movible cuyo misterio cambia, de acuerdo con nuestra posición relativa, y la naturaleza de nuestros conceptos; si la física y la química no se atreven ya a declarar que en los procesos del átomo no hay otra cosa que acción de masas y fuerzas; si la biología también en sus nuevas hipótesis afirma, por ejemplo con Uexkull que en el curso de la vida “las células se mueven como si obrasen dentro de un organismo acabado cuyos órganos armonizan conforme a plan y trabajan en común, esto es, posee un plan de función”, “habiendo un engrane de factores vitales en la rueda motriz físico-química” -lo que contraría el darwinismo, por lo menos, en la interpretación de los darwinistas que niegan que la Naturaleza obedezca a un plan-; si también el mendelismo demuestra, conforme a las palabras de Uexkull, que el protoplasma es una mezcla de sustancias de las cuales puede ser hecho todo, sobre poco más o menos; delante de todos estos cambios de conceptos de la ciencia, es preciso reconocer que se ha derrumbando también el edificio teórico de la dominación de una sola raza. Esto a la vez es presagio de que no tardará en caer también el poderío material de quienes han constituido toda esa falsa ciencia de ocasión y de conquista.



La ley de Mendel, particularmente cuando confirma “la intervención de factores vitales en la rueda motriz físico-química”, debe formar parte de nuestro nuevo patriotismo. Pues de su texto puede derivarse la conclusión de que las distintas facultades del espíritu toman parte en los procesos del destino.

¿Qué importa que el materialismo spenceriano nos tuviese condenados, si hoy resulta que podemos juzgarnos como una especie de reserva de la Humanidad, como una promesa de un futuro que sobrepujara a todo tiempo anterior? Nos hallamos entonces en una de esas épocas de palingenesia, y en el centro del maelstréon universal, y urge llamar a conciencia todas nuestras facultades, para que, alertas y activas, intervengan desde ya, como dicen los argentinos, en los procesos de la redención colectiva. Esplende la aurora de una época sin par. Se diría que es el cristianismo el que va a consumarse, pero ya no sólo en las almas, sino en la raíz de los seres. Como instrumento de la trascendental transformación se ha ido formando en el continente ibérico una raza llena de vicios y defectos, pero dotada de maleabilidad, comprensión rápida y emoción fácil, fecundos elementos para el plasma germinal de la especie futura. Reunidos están ya en abundancia los materiales biológicos, las predisposiciones, los caracteres, los *genes* de que hablan los mendelistas, y sólo ha estado faltando el impulso organizador, el plan de formación de la especie nueva. ¿Cuáles deberán ser los rasgos de ese impulso creador?

Si procediésemos conforme a la ley de pura energía confusa del primer periodo, conforme al primitivo darwinismo biológico, entonces, la fuerza ciega, por imposición casi mecánica de los elementos más vigorosos, decidiría de una manera sencilla y brutal, exterminando a los débiles, más bien dicho, a los que no se acomodan al plan de la raza nueva. Pero en el nuevo orden, por su misma ley, los elementos perdurables no se apoyarán en la violencia,

sino en el gusto, y, por lo mismo, la selección se hará espontánea, como lo hace el pintor cuando de todos los colores toma sólo los que convienen a su obra.

Si para constituir la quinta raza se procediese conforme a la ley del segundo periodo, entonces vendría una pugna de astucias, en la cual los listos y faltos de escrúpulos ganarían la partida a los soñadores y a los bondadosos. Probablemente entonces la nueva Humanidad sería predominantemente malaya, pues de asegura que nadie les gana en cautela y habilidad, y aun, si es necesario, en perfidia. Por el camino de la inteligencia se podría llegar, aun si se quiere a una Humanidad de estoicos, que adoptara como norma suprema el deber. El mundo se volvería como un vasto pueblo de cuáqueros, en donde el plan del espíritu acabaría por sentirse estrangulado y contrahecho por la regla. Pues la razón, la pura razón, puede reconocer las ventajas de la ley moral, pero no es capaz de imprimir la acción del ardor combativo que la vuelve fecunda. En cambio, la verdadera potencia creadora de júbilo está contenida en la ley del tercer periodo, que es emoción de belleza y un amor tan acendrado que se confunde con la revelación divina. Propiedad de antiguo señalada a la belleza, por ejemplo, en el Fedro, es la de ser patética; su dinamismo contagia y mueve los ánimos, transforma las cosas y el mismo destino. La raza más apta para adivinar y para imponer semejante ley en la vida y en las cosas, ésa será la raza matriz de la nueva era de civilización. Por fortuna, tal don, necesario a la quinta raza, lo posee en grado subido la gente mestiza del continente iberoamericano; gente para quien la belleza es la razón mayor de toda cosa. Una fina sensibilidad estética y un amor de belleza profunda, ajenos a todo interés bastardo y libre de trabas formales, todo eso es necesario al tercer periodo impregnado de esteticismo cristiano que sobre la misma fealdad pone el toque redentor de



la piedad que enciende un halo alrededor de todo lo creado.

Tenemos, pues, en el continente todos los elementos de la nueva Humanidad; una ley que irá seleccionando factores para la creación de tipos predominantes, ley que operará no conforme a criterio nacional, como tendría que hacerlo una sola raza conquistadora, sino con criterio de universalidad y belleza; y tenemos también el territorio y los recursos naturales. Ningún pueblo de Europa podría reemplazar al iberoamericano en esta misión, por bien dotado que esté, pues todos tienen su cultura ya hecha y una tradición que para obras semejantes constituye un peso. No podría sustituirnos una raza conquistadora, porque fatalmente impondría sus propios rasgos,

aunque sólo sea por la necesidad de ejercer la violencia para mantener su conquista. No pueden llenar esta misión universal tampoco los pueblos del Asia, que están exhaustos o, por lo menos, faltos del arrojo necesario a las empresas nuevas.

La gente que está formando la América hispánica, un poco desbaratada, pero libre de espíritu y con el anhelo en tensión a causa de las grandes regiones inexploradas, puede todavía repetir las proezas de los conquistadores castellanos y portugueses. La raza hispana en general tiene todavía por delante esta misión de descubrir nuevas zonas en el espíritu ahora que todas las tierras están exploradas.

Solamente la parte ibérica del continente dispone de los factores espirituales, raza y el territorio que son necesarios para la gran empresa de iniciar la era universal de la Humanidad. Están allí todas las razas que han de ir dando su aporte; el hombre nórdico, que hoy es maestro de acción, pero que tuvo comienzos humildes y parecía inferior, en una época en que ya habían aparecido y decaído varias grandes culturas; el negro, como una reserva de potencialidades que arrancan de los días remotos de la Lemuria; el indio, que vio perecer la Atlántida, pero guarda un quieto misterio en la conciencia; tenemos todos los pueblos y todas las aptitudes, y sólo hace falta que el amor verdadero organice y ponga en marcha la ley de la Historia.

Muchos obstáculos se oponen al plan del espíritu, pero son obstáculos comunes a todo progreso. Desde luego ocurre objetar que ¿cómo se van a unir en concordia las distintas razas si ni siquiera los hijos de una misma estirpe pueden vivir en paz y alegría dentro del régimen económico y social que hoy oprime a los hombres? Pero tal estado de los ánimos tendrá que cambiar rápidamente. Las tendencias todas del futuro se entrelazan en la actualidad: mendelismo en biología, so-

cialismo en el gobierno, simpatía creciente en las almas, progreso generalizado y aparición de la quinta raza que llenará el planeta, con los triunfos de la primera cultura verdaderamente universal, verdaderamente cósmica.

Si contemplamos el proceso en panorama, nos encontraremos con las tres etapas de la ley de los tres estados de la sociedad vivificadas, cada una, con el aporte de las cuatro razas fundamentales que consuman su misión, y en seguida desaparecen para crear un quinto tipo étnico superior. Lo que da cinco razas y tres estados, o sea el número ocho, que en la gnosis pitagórica representa el ideal de la igualdad de todos los hombres. Semejantes coincidencias o aciertos sorprenden cuando de les descubre, aunque después parezcan triviales.

Para expresar todas estas ideas que hoy procuro exponer en rápida síntesis, hace algunos años, cuando todavía no se hallaban bien definidas, procuré darles signos en el nuevo Palacio de la Educación Pública de México.

Sin elementos bastantes para hacer exactamente lo que deseaba, tuve que conformarme con una construcción renacentista española, de dos patios, con arquerías y pasarelas, que tienen algo de la impresión de un ala. En los tableros de los cuatro ángulos del patio anterior hice labrar alegorías de España, de México, Grecia y la India, las cuatro civilizaciones particulares que más tienen que contribuir a la formación de la América Latina. En seguida, debajo de estas cuatro alegorías, debieron levantarse cuatro grandes estatuas de piedra de las cuatro grandes razas contemporáneas: la Blanca, la Roja, la Negra y la Amarilla, para indicar que la América es hogar de todas, y de todas necesita. Finalmente, en el centro debía erigirse un monumento que en alguna forma simbolizara la ley de los tres estados: el material, el intelectual y el estético. Todo para indicar que, mediante el ejercicio de la triple ley, llegaremos en América, antes que en parte alguna del globo, a la creación de una raza hecha con el tesoro de todas las anteriores, la raza final, la raza cósmica.



La creación de Panamá*

Diego Montaña Cuellar. Colombia (1910-1991)



En 1850 se firmó en Washington el Tratado de Clayton-Bulwer entre el gobierno inglés y los Estados Unidos, en el que Inglaterra renuncia al protectorado de Mosquitos y las dos potencias garantizan la neutralidad de cualquiera ruta interoceánica, mencionando especialmente el istmo de Panamá.

Colombia tuvo importante participación diplomática en esta Convención que ponía el contrapeso inglés a la influencia exclusiva de los EE.UU., y establecía el equilibrio en las vías interoceánicas.

Pero no se dio cuenta de que ya no podía participar directamente en las negociaciones sobre el istmo de Panamá.

El Tratado de 1846, por medio del cual Estados Unidos se comprometía a garantizar la neutralidad del istmo, era desde el punto de vista de Colombia un deber del gobierno americano de salir en nuestra defensa respecto de Inglaterra, pero los norteamericanos lo consideraban como un derecho: el ministro de Estado Frelinghuysen declaró que ese Tratado era “un protectorado sobre Colombia”.

El Tratado de Clayton-Bulwer era la única garantía contra ese protectorado, pero era una precaria e ilusoria garantía pues dependía de que Inglaterra quisiera defender la soberanía de Colombia contra Estados Unidos.

Entre las dos alternativas de caer bajo el

* Montaña Cuellar, Diego. *Colombia, país formal y país real*. Buenos Aires, Platina, 1963, 286 pp. (Problemas de América), pp. 100-105.

dominio inglés o someterse a la dominación norteamericana se desarrolló la diplomacia colombiana durante medio siglo. Más tarde, la realidad histórica comprobó que en Europa ninguna potencia estaba interesada en hacer contrapeso a los Estados Unidos en su propósito de construir el canal entre el Atlántico y el Pacífico. En efecto, el 5 de febrero de 1900, fue firmado en Washington entre el embajador inglés, Lord Pauncefote y el secretario de Estado de los EE. UU. John Hay, un tratado que modificó el Tratado de Clayton-Bulwer, en el que se estipuló:

El canal puede ser construido bajo los auspicios del gobierno de los Estados Unidos, sea directamente a sus propias expensas, sea por subvención o préstamos de dinero a particulares o a sociedades, o por suscripción o compra de acciones o títulos y que con la reserva de las estipulaciones del mismo Tratado, tendrá la posesión y el goce de todos los derechos que se refieren a dicha construcción, así como el derecho exclusivo de reglamentación o de manejo del canal.

Los imperialismos inglés y americano dispusieron de esta manera, entre ellos, de la soberanía de Colombia y los demás países americanos sobre los territorios aptos para la apertura del canal interoceánico. La diplomacia colombiana del equilibrio y los contrapesos para salvaguardar sus derechos soberanos sobre el istmo quedó fuera de juego.

Sobre el Canal de Panamá ya no se pactaba con Colombia sino entre Inglaterra y EE. UU. Colombia había contratado la obra del canal con una compañía francesa que fundó Lesseps, el constructor del canal de Suez, y que después de haber estafado a los accionistas fracasó en la obra.

Con los poderes que le daba el tratado con el imperialismo inglés, el Congreso de EE. UU. Expidió una ley autorizando al Gobierno para adquirir los derechos, concesiones y tierras, obras inconclusas, instalaciones y estudios de la Compañía Francesa del Canal de Panamá. Se autorizó la compra de las acciones de la Compañía del Ferrocarril de Panamá y la compra al gobierno de Colombia de una zona de terreno en territorio colombiano, de 10 millas de ancho desde el mar Caribe hasta el Océano Pacífico.

En cumplimiento de esta ley, el gobierno americano entabló negociaciones con Colombia:

La compañía francesa, después de resultar impotente para concluir la obra, tenía interés en ceder sus derechos al gobierno de los EE. UU. por la suma de 40 millones de dólares.



Tales negociaciones se concretaron en el Tratado Herrán-Hay, celebrado entre Tomás Herrán en representación de Colombia y el señor Hay, secretario de Estado de los EE. UU. El Tratado estipulaba:

La venta y traspaso a los EE. UU. de todos los derechos, privilegios, propiedades y concesiones de la Compañía Nueva del Canal y del Ferrocarril de Panamá por la suma de 10 millones de dólares y una anualidad de 250 mil dólares a partir de la inauguración del canal por el término de duración del contrato, o sea por 100 años (art. 1°).

El uso y dirección para Estados Unidos de una zona de 5 Km. de ancho a todo lo largo del canal y a cada lado de la vía, con derecho de establecer fortificaciones y mantener fuerzas militares, establecer tribunales judiciales

con jurisdicción según las leyes de los EE. UU. (art. 13).

La república de Colombia concedía a EE. UU. el uso de todos los puertos de la República abiertos al comercio, como lugar de refugio para cualesquiera buques empleados en la obra del Canal y para todos aquellos que hallándose en las mismas circunstancias de arribada forzosa, vayan destinados a atravesar el Canal y necesiten anclar en dichos puertos (art. 15).

El pacto fue aprobado por el Senado americano sin enmiendas.

El Senado colombiano lo discutió largamente.

La mayoría se mostraba partidaria de aceptar el Tratado con modificaciones encaminadas a suprimir las cláusulas lesivas de la Soberanía Nacional, y una minoría, de rechazarlo totalmente.

El ministro yanqui en Bogotá hizo saber que el gobierno americano no admitía modificaciones al Tratado y amenazó en forma insolente con la ruptura de relaciones si el Tratado era modificado:

“El Gobierno y el Congreso colombianos deberían convencerse del gran peligro que corren de arruinar la negociación por modificaciones imprudentes”.

El Congreso de Colombia, capitaneado por don Miguel Antonio Caro, rechazó indignado y por unanimidad el chantaje, improbando de plano la proyectada convención por considerar que con ella, “quedaría establecida la coexistencia de dos poderes públicos, uno nacional y otro extranjero... y forzosamente limitada la jurisdicción colombiana dentro de su propio territorio, situación incompatible con las leyes constitucionales y con la tradicional organización de la República”.

La independencia de Panamá

El 12 de agosto de 1903 el Senado de Colombia rechazó el Tratado Herrán-Hay, en un acto de reafirmación de la Independencia Nacional.

Desde meses antes se maduraba la separación de Panamá organizada y financiada por el gobierno yanqui para obtener de un gobierno *ad-hoc* la aceptación del Tratado que Colombia se negaba a aceptar.

En 1885, el presidente Núñez había solicitado la intervención de los EE. UU. para derrotar una revolución liberal. Tropas americanas desembarcaron para “garantizar el libre tránsito y la protección de vidas y propiedades americanas”. Sobre tales antecedentes el presidente Teodoro Roosevelt había dicho: “I took Panamá”, y con sus asesores y los abogados de la Compañía del Canal, organizó la compra de autoridades panameñas para la secesión.

El gobierno de Colombia, informado de las actividades separatistas, envió al general Tobar al mando de unas tropas, que no pudieron



Roosevelt: *I took Panama*

desembarcar porque se les negó el transporte en el Ferrocarril. El general Tobar dejó sus tropas en Colón y se dirigió a Panamá. El general Huertas, a cuyo mando estaban las tropas del istmo, lo recibió en la estación del Ferrocarril. Durante su visita a la guarnición ordenó su arresto.

Sólo un pequeño número de colombianos leales protestó por la prisión del general Tobar. Entre ellos, el patriota oficial colombiano Jorge Martínez Landínez quien tomó el cañonero *Bogotá* y envió un ultimátum exigiendo su libertad y la de su ayudante.

Pasado el plazo, el cañonero disparó sus cañones hasta que agotó las municiones y ante la evidencia de que el *21 de Noviembre*, otro barco de guerra colombiano, no lo secundaba tomó rumbo hacia Buenaventura.

Poco después apareció el barco de guerra norteamericano Warblehead, que era la señal del alzamiento. El traidor Esteban Huertas, al frente del Batallón Colombia tomó el Palacio de la Gobernación, depuso al gobernado Obaldía, arrió la bandera colombiana, colocó en su lugar la nueva bandera y organizó el gobierno de Panamá que necesitaban los Estados Unidos.

El 3 de noviembre de 1903, el jefe del gobierno insurgente daba informes a su amo de Washington en los siguientes términos: “Proclamada la Independencia del istmo, salvado el Tratado del Canal”.

El capitán Torres y el general Pompilio Gutiérrez, que habían quedado al mando del ejército de Colombia en reemplazo del general Tobar, no hicieron nada. Las tropas del gobierno de Colombia, fueron reembarcadas hacia Cartagena.

El comandante del barco americano Nashville afirmó posteriormente que el regreso de las fuerzas colombianas a Cartagena se

debió al soborno del capitán Torres y de otros oficiales a quienes el cajero de la Compañía del Ferrocarril había pagado varios miles de dólares.

El pueblo de Colombia se lanzó a las calles a exigir la declaratoria de guerra a los EE. UU. Destacamentos de voluntarios comenzaron a marchar desde el Chocó. Pero el gobierno de Colombia no estaba dispuesto a luchar. Sus ejércitos como los de todos los países latinoamericanos semidependientes sólo servían para aplastar las insurrecciones populares. La más grande revolución liberal acababa de ser vencida después de tres años de lucha, por un formidable ejército del Gobierno financiado con emisiones clandestinas de papel moneda. El jefe liberal Benjamín Herrera, que poco antes había depuesto las armas para evitar la intervención de los EE. UU., al saber los sucesos de Panamá, ofreció sus servicios al Gobierno para restablecer la soberanía en el istmo. Sus servicios no fueron aceptados, como no se aceptó a los 100 mil voluntarios inscritos.

Todo fue en vano: el ejército regular de Colombia que había contribuido a dar la libertad a cinco Repúblicas, bajo los regímenes oligárquicos sólo servía para reprimir las libertades democráticas y no para defender la soberanía nacional.

El pueblo de Panamá que había permanecido olvidado de Colombia y soportaba el atraso común a los colombianos, creyó que al separarse de Colombia alcanzaría el desarrollo económico, sin darse cuenta, inicialmente, de que bajo la dependencia yanqui jamás alcanzaría la liberación económica y perdía, en cambio, el derecho y señorío sobre su territorio patrio.

Sin embargo fue el presidente Teodoro Roosevelt, y no el pueblo de Panamá, quien creó y estableció el hecho de la separación, apoyando a los insurgentes y estorbando por la fuerza el ejercicio de la soberanía de

la República de Colombia. El gobierno de Washington no dio tiempo siquiera para que Panamá dirigiese el manifiesto de su independencia a las naciones, sino que él mismo forjó por su cuenta un resumen de cargos contra Colombia, asegurando que una revolución liberal amenazaba la neutralidad del tránsito interoceánico y calificando como enemigo del género humano y la civilización al gobierno colombiano, por su oposición a la apertura del Canal de Panamá.

La razón del “destino manifiesto” de los EE. UU. para dominar la América Latina, era superior a la autonomía formal laboriosamente construida por Colombia que se consignó solamente en los tratados públicos

sobre “garantía de los Estados Unidos a la soberanía territorial del Estado colombiano sobre el Istmo de Panamá”.

Con el drama de Panamá termina la independencia formal de Colombia que no pudo convertir en realidad la burguesía mercantil en trance frustrado hacia el capitalismo. Lo que llega al clímax del fracaso, no es el pueblo colombiano, sino sus minorías dirigentes, enriquecidas en el comercio extranjero, orientadas hacia la dependencia, e ineptas para crear la autonomía real de la Nación. Una soberanía que descansa, no sobre el respaldo del pueblo, sino sobre la garantía de potencias extranjeras, no es soberanía.

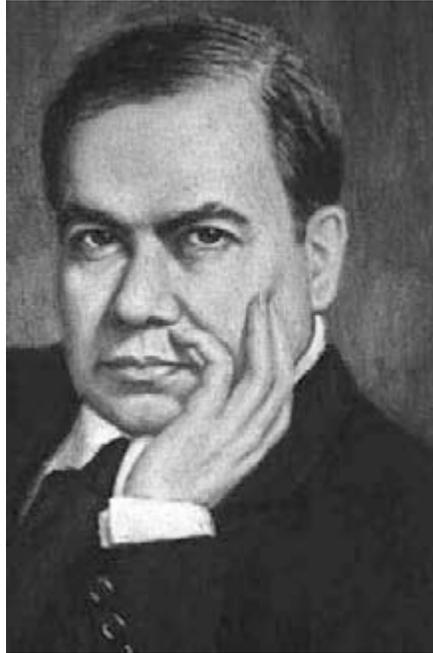


Aquí hace falta un gallo. Ricardo Rendón, 1928



El fin de Nicaragua*

Rubén Darío.- Nicaragua (1867-1916)



Cuando el yanqui William Walker llevó a Nicaragua sus rifleros de ojos azules, se hallaban los Estados Unidos hartos preocupados con sus asuntos de esclavistas y antiesclavistas, y el futuro imperialismo estaba en ciernes. Si no, ha tiempo que Nicaragua ¡qué digo! Las cinco repúblicas de la América Central serían una estrella o parte de una estrella del pabellón norteamericano.

Los manes de William Walker deben estar hoy regocijados. Era aquel filibustero culto y valiente, y de ideas dominadoras y de largas vistas tiránicas, según puede verse por sus *Me-*

morías, ya en el original inglés, muy raro, ya en la traducción castellana de Favio Carnevallini, también difícil de encontrar. En tiempo de Walker era el tránsito por Nicaragua de aventureros que iban a California con la fiebre del oro. Y con unos vaporcitos en el Gran Lago, o lago de Granada, comenzó la base de su fortuna el abuelo Vanderbilt, tronco de tanto archimillonario que hoy lleva su nombre. William Walker era ambicioso; mas el conquistador nórdico no llegó solamente por su propio esfuerzo, sino que fue llamado y apoyado por uno de los partidos en que se dividía el país. Luego habrían de arrepentirse los que creyeron apoyarse en las armas del

* Tomado de *Rubén Darío. Prosas políticas*. Publicación del Ministerio de Cultura. Managua 1982.

extranjero peligroso. Walker se comió el mandado, como suele decirse. Se impuso por el terror, con sus bien pertrechadas gentes. Sembró el espanto en Granada. Sus tiradores cazaban nicaragüenses como quien caza venados o conejos. Fusiló notables, incendió, arrasó. Y aún he alcanzado a oír cantar ciertas viejas coplas populares:

La pobre doña Sabina (?)
 un gran chasco le pasó,
 que por andar tras los yanques
 el diablo se la llevó.

No se decía yanquis, sino “yanques”.

Por allá vienen los yanques
 con cotona colorada,
 gritando ¡hurra! ¡hurra! ¡hurra!
 En Granada ya no hay nada.

Y llegó Walker a imperar en Granada, y tuvo partidarios nicaragüenses, y hasta algún cura le celebró en un sermón, con citas bíblicas y todo, en la parroquia. Pero el resto de Centro América acudió en ayuda de Nicaragua, y con apoyo de todos, y muy especialmente de Costa Rica, concluyó la guerra nacional echando fuera al intruso. El bucanero volvió a las andadas. Desembarcó en Honduras. Fue tomado prisionero en Trujillo, y, para evitar nuevas invasiones, se le fusiló. Y la defensa contra el famoso yanqui ha quedado como una de las páginas más brillantes de la historia de las cinco repúblicas centroamericanas.

Y es allí en esa misma ciudad de Granada de que habla la copla vieja, en donde, por odio al gobierno de Zelaya -a quien hoy echan de menos los nicaragüenses como los mejicanos a Porfirio Díaz-, se formó una agrupación yanquista, que envió a Washington actas en que se pedía la anexión, que paseó por las calles entre músicas y vítores el pabellón de las bandas y estrellas, clamando por depender de la patria de Walker, dando vivas al presidente de la Casa Blanca; y se buscó a cada

paso la ocasión de la llegada de un ministro, de un cónsul, de un enviado cualquiera de los Estados Unidos, para manifestar las ansias del yugo washingtoniano, el masochismo del *big estick*, el deseo del puntapié de la bota de New York, de New Orleans o de Chicago. Y entretanto de New Orleans y de New York iban los fondos para sustraer la revuelta después que se hubo logrado la traición de Estrada -quien hoy de seguro lamentará su error trascendente-; y compañías como la



United Fruit no escatimaban los dólares para la sangrienta fiesta de la muerte de que tan buen provecho se proponían sacar. Zelaya hizo bien en mandar ejecutar -después de juzgados militarmente, se entiende- a dos yanquis que fueron tomados en momentos en que ponían minas para hacer volar dos barcos llenos de soldados del gobierno, allá en la costa norte, que era el punto de la insurrección. Mas esa doble ejecución le costó la presidencia y le

valió el destierro. Y el apoyo y la simpatía que a Zelaya prestara y demostrara el viejo presidente mejicano, fue una de las causas de que los Estados Unidos, es decir, mister Knox, viese con buenos ojos la revolución de Madero; y Porfirio Díaz también cayó, al soplar el vendaval del lado del norte.

Cuando Zelaya entregó el poder a Madriz se creyó la revuelta develada; y ya iba el gobierno



a deshacer a los revolucionarios de Bluefields, cuando desembarcaron tropas yanquis que apoyaron a Estrada, Chamorro y demás sublevados. Cayó Madriz y se constituyó un nuevo gobierno; el Partido Conservador, que antes de Zelaya había mandado treinta años, y que con Zelaya estuviera aplastado diecisiete años, renació, pero para cometer peores cosas que aquellas de que acusaban al gobierno liberal. Se tomó todo lo que se pudo

del tesoro exhausto, se ordenó pagar enormes sumas a los prohombres conservadores. Y el país miserable, arruinado, hambriento, con el cambio al dos mil, veía llegada su última hora. Los yanquis ofrecieron dinero; y enviaron una comisión para encargarse del cobro de los impuestos de aduana, después de la llegada de cierto famoso Mr. Dawson, perito en tales entenderes por su práctica en Panamá y en la República Dominicana. Y se iba a realizar la venta del país, con un ruinosísimo empréstito, negociado en Washington por el ministro Castrillo, cuando, felizmente, algunas voces cuerdas y humanas se oyeron en el Congreso de los Estados Unidos, y a pesar de los senadores interesados y de los deseos del gobierno, el empréstito no fue aprobado. Mas, de hecho, el imperio norteamericano se extendía sobre el territorio nicaragüense, y la pérdida implícita de la soberanía era una triste realidad aunque no hubiese ninguna clara declaración al respecto. Hombres de cierto influjo, como los Arellanos, de Granada, habían fomentado los designios del grupo anexionista. ¿No se ha contado por la prensa nicaragüense un detalle indigno? Dícese que estando reunido el Congreso de Nicaragua para tratar de la reforma de la Constitución se recibió un cablegrama de la Casa Blanca en el cual se ordenaba -esa es la palabra-, que no se tratase la reforma de la Constitución hasta que llegase un comisionado del gobierno de los Estados Unidos... Si esto no es ya perder completamente la nacionalidad que venga Washington y lo diga, porque ya sería tarde para preguntárselo a San Martín o a Bolívar.

Entretanto en el Partido Conservador surge un cisma, una disgregación mortal. Unos quieren que sea presidente el que por de pronto ocupa el puesto, Adolfo Díaz, hombre civil, hijo del poeta Carmen Díaz, de honesta memoria; otros que sea el rústico y tremendo general Mena, hombre de machete y popular boga en los departamentos de Oriente; otros que sea el general Chamorro, simpático en

la capital; otros que sea el alejado Estrada, el hombre del primer golpe, después venido a menos y que partió a Norte América; y aún creo que hay otros candidatos más. Y así el partido se dividió; quedó en la presidencia Díaz, pero Mena, ministro de la Guerra, tenía las armas y dominaba el ejército; y Díaz no podía disponer nada, ni emprender nada sin la anuencia y aprobación de Mena; presidía pero no gobernaba, con la amenaza de un golpe militar. Y llegó el momento en que instigado por sus partidarios, pensó en deshacerse de la tutela de su ministro de la Guerra; más éste paró el golpe, y, como supiese que para los Estados Unidos no era “persona grata”, no aguardó las elecciones y se rebeló contra el gobierno de Díaz. Díaz entonces pide apoyo a los prohombres de la Casa Blanca, y la ocasión para repetir lo de Cuba y lo de Panamá no pudo ser más propicia a Knox y compañía. De los barcos de guerra anclados en los puertos de Corinto y de Bluefields desembarcaron tropas para imponer el orden, para “proteger las legaciones”, como si se tratase de contener hordas

chinas. En el interior se renuevan los odios entre Granada y León, y en las escenas de guerra se retrocede cincuenta años; odios de campanario, odios de bandería, odios odiosos de grotescos Montescos y absurdos Capuletos. Vuelven a verse el incendio y la matanza entre las dos ciudades rivales; incendios como el que destruyera a Granada antaño, matanzas como aquella en que fue arrastrado a la cola de un caballo el cuerpo de mi tío abuelo “el indio Darío”.

Y los Estados Unidos con la aprobación de las naciones de Europa -y quizá de algunas de América...-, ocuparán el territorio nicaragüense, territorio que les conviene, tanto por la vecindad de Panamá, como porque entra en la posibilidad de realizar el otro paso interoceánico por Nicaragua, por las necesidades comerciales, u otras, y así se aprovecharán los estudios ya hechos por ingenieros de la marina norteamericana, como el cubano Menocal. Y la soberanía nicaragüense será un recuerdo en la historia de las repúblicas americanas.



La deslealtad del panamericanismo*

José Ingenieros. Argentina (1877-1925)



Por sobre otros motivos de simpatía intelectual y social, nos acercan a todos los latinoamericanos, razones graves de orden sociológico y político.

Sería necio callarlas, como si ocultándolas dejaran de existir: poder pronunciar ciertas verdades es, por cierto, un privilegio, y hasta una compensación, para los que reunimos voluntariamente las posiciones oficiales que suelen andar apareadas con la política banderiza.

Decimos, debemos imperativamente decir, que en los pocos años de este siglo, han ocurrido en la América Latina sucesos que nos obligan a reflexionar con sombría seriedad. Y desearíamos que las palabras pronunciadas en este ágape fraternal de escritores argenti-

nos, en honor de un compañero mexicano, tuvieran eco en los intelectuales del continente, para que en todos se avivara la inquieta preocupación del porvenir. No somos, no queremos ser más, no podríamos seguir siendo panamericanistas. La famosa doctrina de Monroe, que pudo parecernos durante un siglo la garantía de nuestra independencia política contra el peligro de conquistas europeas, se ha revelado gradualmente como una reserva del derecho norteamericano a protegernos e intervenirlos. El poderoso vecino y oficioso amigo ha desenvuelto hasta su más alto grado el régimen de la producción capitalista y ha alcanzado en la última guerra la hegemonía financiera del mundo; con la potencia económica ha crecido la voracidad de su casta privilegiada, presionando más y más la política en sentido imperialista, hasta convertir al go-

* Citado por Cuadernos Americanos. Hispanoamérica en lucha por su independencia, México, Cuadernos Americanos, 1962, xv-351 pp., pp. 217-221.



bierno en instrumento de sus sindicatos sin otros principios que captar fuentes de riqueza y especular sobre el trabajo de la humanidad, esclavizada ya por una férrea bancocracia sin patria y sin moral. En las clases dirigentes del gran Estado ha crecido, al mismo tiempo, el sentimiento de expansión y de conquista, a punto de que el clásico “América para los americanos” no significa ya otra cosa que reserva de “América -nuestra América Latina- para los norteamericanos”.

Adviértase bien que consignamos hechos, sin calificar despectivamente a sus autores. No es burlándose de los norteamericanos, ni injuriándolos, ni mofándose de ellos, como se pueden platear y resolver los problemas que hoy son vitales para la América Latina. El peligro de Estados Unidos no proviene de su inferioridad sino de su superioridad; es temible porque es grande, rico y emprendedor. Lo que nos interesa saber es si hay posibilidad de equilibrar su poderío, en la medida necesaria para salvar nuestra independencia política y soberanía de nuestras nacionalidades.

La hora nos parece grave. Ha llegado el momento de resolver si debemos dar un ¡no! decisivo al panamericanismo y a la doctrina

de Monroe, que al desprenderse de su primitiva ambigüedad se nos presenta hoy como instrumentos de engaño esgrimidos por el partido imperialista que sirve en el gobierno los intereses del capitalismo.

Si durante el siglo pasado pudo parecer la doctrina de Monroe una garantía para el “principio de las nacionalidades” contra el “derecho de intervención”, hoy advertimos que esa doctrina, en su interpretación actual, expresa el “derecho de intervención” de los Estados Unidos contra el “principio de las nacionalidades” latinoamericanas. De hipotética garantía se ha convertido en peligro efectivo.

Llamamos hipotética su garantía en el pasado; los hechos lo prueban. ¿Impusieron los norteamericanos la doctrina de Monroe, en 1833, cuando Inglaterra ocupó las islas Malvinas, pertenecientes a la Argentina? ¿La impusieron en 1838 cuando la escuadra francesa bombardeó el castillo de San Juan de Ulúa? ¿La impusieron en los siguientes años, cuando el almirante Leblanca bloqueó los puertos del Río de la Plata? ¿Y en 1861, cuando España reconquistó a Santo Domingo? ¿Y en 1864, cuando Napoleón III fundó en México el imperio de Maximiliano de

Austria? ¿Y en 1866, cuando España bloqueó los puertos del Pacífico? ¿Y cien veces más, cuando con el pretexto de cobrar deudas o proteger súbditos las naciones europeas cometían compulsiones y violencias sobre nuestras repúblicas, como en el caso, justamente notorio a los argentinos, de Venezuela?

Esa equívoca doctrina, que nunca logró imponerse contra las intervenciones europeas, ha tenido al fin por función asegurar la exclusividad de las intervenciones norteamericanas. Parecía la llave de nuestra pasada independencia y resultó la ganzúa de nuestra futura conquista; el hábil llavero fingió cuidarnos cien años, lo mejor que pudo, pero no para nosotros, sino para él.

Así nos los sugiere la reciente política imperialista norteamericana, que ha seguido una trayectoria alarmante para toda la América Latina. Desde la guerra con España se posesionó de Puerto Rico e impulsó a la independencia de Cuba las condiciones vejatorias de la vergonzosa enmienda Platt. No tardó mucho en amputar a Colombia el istmo que le permitiría unir por Panamá sus costas del Atlántico y del Pacífico. Intervino luego en Nicaragua para asegurarse la posible vía de otro canal interoceánico. Atentó contra la

soberanía de México, con la infeliz aventura de Veracruz. Se posesionó militarmente de Haití, con pretextos pueriles. Poco después realizó la ocupación vergonzosa de Santo Domingo, alegando el habitual pretexto de pacificar el país y arreglar sus finanzas.

Desde ese momento la locura del partido imperialista parece desatarse. La injerencia norteamericana en la política de México, Cuba y Centroamérica tórnase descarada. Quiere ejercitar el derecho de intervención y lo aplica de hecho, unas veces corrompiendo a los políticos con el oro de los empréstitos, otras, injuriando a los pueblos con el impudor de las expediciones militares.

Ayer no más, hoy mismo, obstruye y disuelve la Federación Centroamericana, sabiendo que todas las presas son fáciles de devorar si se dividen en bocados pequeños. Ayer no más, hoy mismo, se niega a reconocer el gobierno constitucional de México, si antes no le firma tratados que implican privilegios para un capitalismo extranjero en detrimento de los intereses nacionales.

Ayer no más, hoy mismo, inflige a Cuba la nueva afrenta de imponerle como interventor titular al general Crowder.



Leo, señores, la consabida objeción en muchos rostros: Panamá es el límite natural de la expansión y allí se detendrá el imperialismo capitalista. Muchos en verdad, lo hemos creído así hasta hace pocos años; debemos confesarlo, aunque este sentimiento de egoísmo colectivo no sea muy honroso para nosotros. Las naciones más distantes, el Brasil, el Uruguay, la Argentina y Chile, creíanse a cubierto de las garras del águila, confiando en que la zona tórrida sería un freno a su vuelo.

Algunos, últimamente, hemos advertido que estábamos equivocados. Sabemos ya que voraces tentáculos se extienden por el Pacífico y por el Atlántico, con miras a asegurar el control financiero, directo o indirecto, sobre varias naciones del sur. Sabemos también -pese a la diplomacia secreta- de vagas negociaciones sobre las Guayanas. Sabemos que algunos gobiernos -que no nombramos para no lastimar susceptibilidades- viven bajo una tutoría de hecho, muy próxima a la ignominia sancionada de derecho en la Enmienda Platt. Sabemos que ciertos empréstitos recientes contienen cláusulas que aseguran un control financiero e implican en alguna medida el derecho de intervención. Y, en fin, sabemos que en los últimos años la filtración norteameri-

cana se hace sentir con intensidad creciente en todos los engranajes políticos, económicos y sociales de la América del Sur.

¿Dudaremos todavía? ¿Seguiremos creyendo ingenuamente que la ambición imperialista terminará en Panamá? Ciegos, seríamos si no advirtiéramos que los países del sur estamos en la primera fase de la conquista, tal como antes se produjo en los países del norte, que sienten ya el talón de la segunda.

Hace pocas semanas, un ilustre amigo dominicano, Max Henríquez Ureña, fijó en pocas líneas el "sistema" general de la conquista. "El capitalismo norteamericano, amo y señor de su país, y director de las conciencias de los más altos políticos en aquella nación envilecida por el mucho oro que posee, quiere especular con menos riesgo o con más seguridades en la fértil zona tropical; quiere garantizar, sin dudas y sin temor, la inversión de su dinero; quiere adquirir, protegido por el poder público, tierras baratas con títulos dudosos; quiere llevar peones baratos donde no los haya, aunque representen un peligro en el orden de la inmigración y perjudiquen al trabajador nativo. Para conseguirlo azuza a su gobierno que es su esclavo; y el plan, tantas veces puesto





en práctica, es el ofrecer, con vivas protestas de amistad, un empréstito al pueblo pequeño que se ha entrampado por la inexperiencia o la torpeza de sus gobernantes; y puesto ese primer eslabón de la cadena, cuando, por causa de esa hipoteca del porvenir nacional, reaparece el estado de insolvencia del tesoro público, se ofrece otro empréstito, pero se exigen mayores garantías, y empréstito tras empréstito, en el momento de crisis más aguda, se toman en prenda las aduanas de la nación endeudada. Tras esa garantía, viene la fiscalización económica de todos los resortes de producción que tiene el gobierno deudor; y tras la dirección plena y absoluta de la vida económica, o simultáneamente con ella, surge la injerencia política directa y dictatorial, y la medida final es el control del ejército nacional, o el establecimiento de tropas norteamericanas en el territorio de esa suerte dominado y explotado. Ésa es la obra codiciosa del capitalismo expansionista que tiene alquiladas, para obedecer sus designios, la conciencia y la voluntad de los estadistas que preconizan “la diplomacia del dólar”.

Estas palabras contienen una advertencia seria: el peligro no comienza en la anexión, como en Puerto Rico, ni en la intervención,

como en Cuba, ni en la expedición militar, como en México, ni en el pupilaje, como en Nicaragua, ni en la secesión territorial, como en Colombia, ni en la ocupación armada, como en Haití, ni en la compra, como en las Guayanas. El peligro, en su primera fase, comienza en la hipoteca progresiva de la independencia nacional mediante empréstitos destinados a renovarse y aumentar sin cesar, en condiciones cada vez más deprimentes para la soberanía de los aceptantes. El apóstol cubano José Martí advirtió hace tiempo lo que hoy repite con voz conmovida el eminente Enrique José Varona: guardémonos de que la cooperación de amigos poderosos pueda transformarse en un protectorado que sea un puente hacia la servidumbre.

¿No dijo Wilson, para conquistar nuestras simpatías, durante la guerra, que se respetaría el derecho de las pequeñas nacionalidades y que todos los pueblos serían libres de darse el gobierno que mejor les pareciera? ¿Dónde están sus principios? ¿Cómo los ha aplicado en su propio país? ¿En Cuba, interviniendo su política? ¿En México, desconociendo el gobierno que los mexicanos creen mejor? ¿En Santo Domingo, sustituyendo el gobierno propio por comisionados militares,

y ofreciendo retirarse de la Isla a condición de imponer antes tratados indecorosos? ¿Y dónde irá a parar nuestra independencia nacional -la de todos- si cada nuevo empréstito contiene cláusulas que aumentan el control financiero y político del prestamista?

Y bien, señores: sea cual fuere la ideología que profesemos en materia política, sean cuales fueren nuestras concepciones sobre el régimen económico más conveniente para aumentar la justicia social en nuestros pueblos, sentimos vigoroso y pujante el amor a la libre nacionalidad cuando pensamos en el peligro de perderla, ante la amenaza de un imperialismo extranjero. Aun los idealistas más radicales saben exaltar sus corazones y armar su brazo cuando ejércitos de extraños y bandas de mercenarios golpean a las puertas del hogar común, como con bella heroicidad lo ha mostrado ayer el pueblo de Rusia contra las intervenciones armadas por los prestamistas franceses, como acaba de mostrarlo el pueblo de Turquía contra las intervenciones

armadas por el capitalismo imperialista inglés, y ¿por qué no decirlo? Como estuvo dispuesto a mostrarlo el pueblo de México cuando la insensata ocupación de Veracruz.

Se trata, para los pueblos de América Latina, de un caso de verdadera y simple defensa nacional, aunque a menudo lo ignoren u oculten muchos de sus gobernantes. El capitalismo norteamericano quiere captar las fuentes de nuestras riquezas nacionales y asegurarse su control, con derecho de intervención para proteger los capitales que radica y garantizar los intereses de los prestamistas. Es ilusorio que, entretanto, nos dejen una independencia política cada vez más nominal. Mientras un Estado extranjero tenga, expresa o subrepticamente, el derecho de intervención, la independencia política no es efectiva; mientras se niegue a reconocer todo gobierno que no secunde su política de privilegio y de absorción, atenta contra la soberanía nacional; mientras no demuestre con hechos que renuncia a semejante política, no puede ser mirado como un país amigo.



¿Existe un pensamiento hispanoamericano?*

José Carlos Mariátegui. Perú (1894-1930)



I

Hace cuatro meses, en un artículo sobre la idea de un congreso de intelectuales iberoamericanos, formulé esta interrogación¹.

La idea del congreso ha hecho, en cuatro meses mucho camino. Aparece ahora como una idea que, vaga pero simultáneamente, latía en varios núcleos intelectuales de la América indo-íbera. Como una idea que germinaba al mismo tiempo en diversos centros nerviosos del continente. Esquemática y embrionaria todavía, empieza hoy a adquirir desarrollo y corporeidad.

En la Argentina, un grupo enérgico y volitivo se propone asumir la función de animarla y realizarla. La labor de este grupo tiende a eslabonarse con la de los demás grupos ibero-americanos afines. Circulan entre estos grupos algunos cuestionarios que plantean o insinúan los temas que debe discutir el congreso. El grupo argentino ha bosquejado el programa de una “Unión Latino-Americana”. Existen, en suma, los elementos preparatorios de un debate, en el discurso del cual se elaborarán y se precisarán los fines y las bases de este movimiento de coordinación o de organización del pensamiento hispanoamericano como, un poco abstractamente aún, suelen definirlo sus iniciadores.

* Tomado de Literatura y estética Ed. Biblioteca Ayacucho. Colección Claves de América. Caracas, Venezuela 2006 pp 82.



II

Me parece, por ende, que es tiempo de considerar y esclarecer la cuestión planteada en mi mencionado artículo. ¿Existe ya un pensamiento característicamente hispanoamericano? Creo que, a este respecto, las afirma-

ciones de los fautores de su organización van demasiado lejos. Ciertos conceptos de un mensaje de Alfredo Palacios a la juventud universitaria de Íbero-América han inducido, a algunos temperamentos excesivos y tropicales, a una estimación exorbitante del valor y de la potencia del pensamiento hispanoamericano.

El mensaje de Palacios, entusiasta y optimista en sus aserciones y en sus frases, como convenía a su carácter de arenga o de proclama, ha engendrado una serie de exageraciones. Es indispensable, por ende, una rectificación de esos conceptos demasiado categóricos. “Nuestra América -escribe Palacios- hasta hoy ha vivido de Europa y teniéndola por guía. Su cultura la ha nutrido y orientado. Pero la última guerra ha hecho evidente lo

que ya se adivinaba: que en el corazón de esa cultura iban los gérmenes de su propia disolución”. No es posible sorprenderse de que estas frases hayan estimulado una interpretación equivocada de la tesis de la decadencia de Occidente. Palacios parece anunciar una radical independización de nuestra América de la cultura europea. El tiempo del verbo se presta al equívoco.

El juicio del lector simplista deduce de la frase de Palacios que “hasta ahora la cultura europea ha nutrido y orientado” a América; pero que desde hoy no la nutre ni orienta más. Resuelve, al menos, que desde hoy Europa ha perdido el derecho y la capacidad de influir espiritual e intelectualmente en nuestra joven América. Y este juicio se acentúa y se exagera, inevitablemente, cuando, algunas líneas después, Palacios agrega que “no nos sirven los caminos de Europa ni las viejas culturas” y quiere que nos emancipemos del pasado y del ejemplo europeos. Nuestra América, según Palacios, se siente en la inminencia de dar a luz una cultura nueva. Extremando esta opinión o este augurio, la revista *Valoraciones* habla de que “liquidemos cuentas con los tópicos al uso, expresiones agónicas del alma decrepita de Europa”. ¿Debemos ver en este optimismo un signo y un dato del espíritu afirmativo y de la voluntad creadora de la nueva generación hispanoamericana? Yo creo reconocer, ante todo, un rasgo de la vieja e incurable exaltación verbal de nuestra América. La fe de América en su porvenir no necesita alimentarse de una artificiosa y retórica exageración de su presente. Está bien que América se crea predestinada a ser el hogar de la futura civilización. Está bien que diga:

Por mi raza hablará el espíritu².

Está bien que se considere elegida para enseñar al mundo una verdad nueva.

La civilización occidental se encuentra en cri-

sis; pero ningún indicio existe de que resulte próxima a caer en definitivo colapso.

Pero no que se suponga en vísperas de reemplazar a Europa ni que declare ya fenecida y tramontada la hegemonía intelectual de la gente europea.

Europa no está, como absurdamente se dice, agotada y paralítica. Malgrado la guerra y la postguerra conserva su poder de creación. Nuestra América continúa importando de Europa ideas, libros, máquinas, modas. Lo que acaba, lo que declina, es el ciclo de la civilización capitalista. La nueva forma social, el nuevo orden político, se están plasmando en el seno de Europa. La teoría de la decadencia de Occidente, producto del laboratorio occidental, no prevé la muerte de Europa sino de la cultura que ahí tiene sede. Esta cultura europea, que Spengler juzga en decadencia, sin pronosticarle por esto un deceso inmediato, sucedió a la cultura grecoromana, europea también. Nadie descarta, nadie excluye la posibilidad de que Europa renueve y se transforme una vez más. En el panorama histórico que nuestra mirada domina, Europa se presenta como el continente de las máximas palíngenesias. Los mayores artistas, los mayores pensadores contemporáneos, ¿no son todavía europeos? Europa se nutre de la savia universal. El pensamiento europeo se sumerge en los más lejanos misterios, en las más viejas civilizaciones. Pero esto mismo demuestra su posibilidad de convalecer y renacer.

III

Tornemos a nuestra cuestión. ¿Existe un pensamiento característicamente hispanoamericano? Me parece evidente la existencia de un pensamiento francés, de un pensamiento alemán, etc., en la cultura de Occidente. No me parece igualmente evidente, en el mismo sentido, la existencia de un pensamiento hispanoamericano. Todos los pensadores

de nuestra América se han educado en una escuela europea. No se siente en su obra el espíritu de la raza. La producción intelectual del continente carece de rasgos propios. No tiene contornos originales. El pensamiento hispanoamericano no es generalmente sino una rapsodia compuesta con motivos y elementos del pensamiento europeo. Para comprobarlo basta revistar la obra de los más altos representantes de la inteligencia indo-íbera.

El espíritu hispano-americano está en elaboración. El continente, la raza, están en formación también. Los aluviones occidentales en los cuales se desarrollan los embriones de la cultura hispano o latino-americana, -en la Argentina, en el Uruguay, se puede hablar de latinidad- no han conseguido consustanciarse ni solidarizarse con el suelo sobre el cual la colonización de América los ha depositado. En gran parte de Nuestra América constituyen un estrato superficial e independiente al cual no aflora el alma indígena, deprimida y huraña, a causa de la brutalidad de una conquista que en algunos pueblos hispanoamericanos no ha cambiado hasta ahora de métodos. Palacios dice: "Somos pueblos



nacientes, libres de ligaduras y atavismos, con inmensas posibilidades y vastos horizontes ante nosotros. El cruzamiento de razas nos ha dado un alma nueva.

Dentro de nuestras fronteras acampa la humanidad. Nosotros y nuestros hijos somos síntesis de razas”. En la Argentina es posible pensar así; en el Perú y otros pueblos de Hispano-América, no. Aquí la síntesis no existe todavía. Los elementos de la nacionalidad en elaboración no han podido aún fundirse o soldarse. La densa capa indígena se mantiene casi totalmente extraña al proceso de formación de esa peruanidad que suelen exaltar e inflar nuestros sedicentes nacionalistas, predicadores de un nacionalismo sin raíces en el suelo peruano, aprendido en los evangelios imperialistas de Europa, y que, como ya he tenido oportunidad de remarcar, es el sentimiento más extranjero y postizo que en el Perú existe.

IV

El debate que comienza debe, precisamente, esclarecer todas estas cuestiones. No debe preferir la cómoda ficción de declararlas resueltas. La idea de un congreso de intelectuales ibero-americanos será válida y eficaz,

ante todo, en la medida en que logre plantearlas. El valor de la idea está casi íntegramente en el debate que suscita. El programa de la sección Argentina de la bosquejada Unión Latino-Americana, el cuestionario de la revista *Repertorio Americano* de Costa Rica y el cuestionario del grupo que aquí trabaja por el congreso, invitan a los intelectuales de nuestra América a meditar y opinar sobre muchos problemas fundamentales de este continente en formación. El programa de la sección Argentina tiene el tono de una declaración de principios. Resulta prematuro indudablemente. Por el momento, no se trata sino de trazar un plan de trabajo, un plan de discusión. Pero en los trabajos de la sección Argentina alienta un espíritu moderno y una voluntad renovadora. Este espíritu, esta voluntad, le confieren el derecho de dirigir el movimiento. Porque el congreso, si no representa y organiza la nueva generación hispano-americana, no representará ni organizará absolutamente nada.

Notas

- 1 El artículo lo titulé “Un congreso de escritores hispano-americanos” y también se incluyó en *Mundial*, (Lima), (1° de enero de 1925)
- 2 Lema creado por José Vasconcelos para la Universidad Nacional de México



Manifiesto Político*

Augusto César Sandino. Nicaragua ((1895-1934)



El hombre que de su patria no exige un palmo de tierra para su sepultura, merece ser oído, y no sólo ser oído sino también creído. Soy nicaragüense y me siento orgulloso de que en mis venas circule, más que cualquiera, la sangre india americana, que por atavismo encierra el misterio de ser patriota leal y sincero; el vínculo de nacionalidad me da derecho a asumir la responsabilidad de mis actos en las cuestiones de Nicaragua y, por ende, de la América Central y de todo el Continente de nuestra habla, sin importarme que los pesimistas y los cobardes me den el título que a su calidad de eunucos

más les acomode. Soy trabajador de la ciudad, artesano como se dice en este país, pero mi ideal campea en un amplio horizonte de internacionalismo, en el derecho de ser libre y de exigir justicia, aunque para alcanzar ese estado de perfección sea necesario derramar la propia y la ajena sangre. Que soy plebeyo, dirán los oligarcas o sean los ocas del cenegal. No importa: mi mayor honra es surgir del seno de los oprimidos, que son el alma y el nervio de la raza, los que hemos vivido postergados y a merced de los desvergonzados sicarios que ayudaron a incubar el delito de alta traición: los conservadores de Nicaragua,

* Tomado de Cuadernos Americanos, pp. 229-231. México 1º de julio de 1927.



que hirieron el corazón libre de la Patria y que nos perseguían encarnizadamente, como si no fuéramos hijos de una misma nación.

Hace diecisiete años Adolfo Díaz y Emiliano Chamorro dejaron de ser nicaragüenses, porque la ambición mató el derecho de su nacionalidad, pues ellos arrancaron del asta la bandera que nos cubría a todos los nicaragüenses. Hoy esa bandera ondea perezosa y humillada por la ingratitud e indiferencia de sus hijos, que no hacen esfuerzo sobrehumano para libertarla de las garras de la monstruosa águila de pico encorvado que se alimenta con la sangre de este pueblo, mientras en el Campo de Marte de Managua flota la bandera que representa el asesinato de pueblos débiles y la enemistad de nuestra raza.

¿Quiénes son los que ataron a mi patria al poste de la ignominia? Díaz y Chamorro y sus secuaces, que aún quieren tener derecho a gobernar esta desventurada Patria, apoyados por las bayonetas y las Springfield del invasor. ¡No! ¡Mil veces no! La revolución liberal está en pie. Hay quienes no han traicionado, quienes no claudicaron ni vendieron sus rifles para satisfacer la ambición de Moncada. Está en pie y hoy más que nunca fortalecida, por-

que sólo quedan en ella elementos de valor y de abnegación.

Moncada el traidor faltó naturalmente a sus deberes de militar y patriota. No eran analfabetos quienes le seguían y tampoco él era un emperador, para que nos impusiera su desenfundada ambición. Yo emplazo ante los contemporáneos y ante la historia a ese Moncada desertor, que se pasó al enemigo extranjero con todo y cartuchera. ¡Crimen imperdonable que reclama vindicta!

Los grandes dirán que soy muy pequeño para la obra que tengo emprendida; pero mi insignificancia está sobrepujada por la altivez de mi corazón de patriota, y así juro ante la Patria y ante la historia, que mi espada defenderá el decoro nacional y que será redención para los oprimidos. Acepto la invitación a la lucha y yo mismo la provoqué, y al reto del invasor cobarde y de los traidores a mi Patria, contesté con mi grito de combate, y mi pecho y el de mis soldados formarán murallas donde se lleguen a estrellar las legiones de los enemigos de Nicaragua. Podrá morir el último de mis soldados que son los soldados de la libertad de Nicaragua, pero antes, más de un batallón de los vuestros, invasor rubio, habrá mordido el polvo de mis agrestes montañas.

No seré Magdalena de rodillas que implore el perdón de mis enemigos, que son los enemigos de Nicaragua, porque creo que nadie tiene derecho en la tierra a ser semidiós. Quiero convencer a los nicaragüenses fríos, a los centroamericanos indiferentes y a la raza indohispana, que en una estribación de la cordillera andina hay un grupo de patriotas que sabrán luchar y morir como hombres.

Venid, gleba de morfinómanos; venid a asesinaros a nuestra propia tierra que yo os espero a pie firme al frente de mis patriotas soldados, sin importarme el número de vosotros; pero tened presente que cuando esto suceda, la destrucción de vuestra grandeza trepidará en el Capitolio de Washington, enrojeciendo con vuestra sangre la esfera blanca que corona vuestra famosa White House, antro donde maquináis vuestros crímenes.

Yo quiero justificar a los gobiernos de Centro América, mayormente al de Honduras, que mi actitud no debe preocuparles, creyendo que porque tengo elementos más que suficientes, invadiría su territorio en actitud bélica para derrocarlo. No. No soy un mercenario

sino un patriota que no permite un ultraje a nuestra soberanía.

Deseo que, ya que la naturaleza ha dotado a nuestra patria de riquezas envidiables y nos ha puesto como el punto de reunión del mundo y que ese privilegio natural es el que ha dado lugar a que seamos codiciados hasta el extremo de querernos esclavizar, por lo mismo anhelo romper la ligadura con que nos ha atado el nefasto chamorristismo.

Nuestra joven patria, esa morena tropical, debe ser la que ostente en su cabeza el gorro frigio con el bellísimo lema que simboliza nuestra divisa “Rojo y Negro” y no la violada por aventureros morfinómanos yanquis traídos por cuatro esperpentos que dicen haber nacido aquí en mi patria.

El mundo sería un desequilibrado permitiendo que sólo los Estados Unidos de Norte América sean dueños de nuestro Canal, pues sería tanto como quedar a merced de las decisiones del Coloso del Norte, de quien tendría que ser tributario, los absorbentes de mala fe, que quieren aparecer como dueños sin que justifiquen tal pretensión.



La civilización exige que se abra el Canal de Nicaragua, pero que se haga con capital de todo el mundo y no sea exclusivamente de Norte América, pues por lo menos la mitad del valor de la construcción deberá ser con capital de la América Latina y la otra mitad de los demás países del mundo que desean tener acciones en dicha empresa, y que los Estados Unidos de Norte América sólo pueden tener los tres millones que les dieron a los traidores Chamorro, Díaz y Cuadra Pasos, y Nicaragua, mi Patria, recibirá los impuestos que en derecho y justicia le corresponden, con lo cual tendríamos suficientes ingresos para cruzar de ferrocarriles todo nuestro territorio y educar a nuestro pueblo en el verdadero ambiente de democracia efectiva, y asimismo

seamos respetados y no nos miren con el sangriento desprecio que hoy sufrimos.

Pueblo hermano: al dejar expuestos mis ardientes deseos por la defensa de nuestra Patria, os acojo en mis filas sin distinción de color político, siempre que vuestros componentes vengan bien intencionados, pues tened presente que a todos se puede engañar con el tiempo, pero con el tiempo no se puede engañar a todos.

Mineral de San Albino, Nueva Segovia, Nicaragua. Patria y Libertad.

Augusto César Sandino



Ante los bárbaros*
(Los Estados Unidos y la guerra)

El yanqui: he ahí el enemigo

José María Vargas Vila. Colombia (1860-1933)



Hora de las desolaciones, y, de las lamentaciones;...
ellas, llenan el Mundo, como gritos de profetas, sepultados bajo las ruinas de los templos, sobre cuyas murallas profetizaban...
murallas que se derrumbaron, como para aplastar con ellos, el horror de sus propias profecías;
ese gemido llena el mundo, con el rumor

lamentable de un huracán, que solloza en el corazón de una vieja selva;
sordos están los cielos y la Tierra, para oír ese gemido formidable;
sordos y ciegos;
las manos de la Muerte, les tapan por igual los oídos y, los ojos;
y, hacen de ellos unos cadáveres más, entre los millones de cadáveres que empestan la atmósfera con un olor de entrañas en des-

* Vargas Vila, *Ante los bárbaros*. Introducción. Editores Asociados Bogotá 1968.pp 5-22



composición;
el Templo de la Justicia, está cerrado, y, la
imagen de la Diosa, yace, rota de pedazos, al
pie de sus altares;
el carro de la Misericordia, se ha volcado,
aplastando en su caída, las últimas ilusiones
generosas de los hombres;
montones de muertos, limitan los horizontes,
como si la Eternidad no pudiera recibir en sus
dominios, esta invasión inesperada;
nubes de cuervos velan las nubes de los cielos,
ocultándolas a los ojos de aquellos que los
ven morir...
la hora es de los grandes carniceros...
los unos se encargan de devorar, a aquellos

que los otros empujan brutalmente al sacri-
ficio;
ellos se alimentan de cadáveres;
cadáveres de hombres, y, cadáveres de pue-
blos;
es la hora de su festín;
¿quién consolará al Hombre sobre la Tierra,
en esta hora de Dolor, en que todo, hasta las
lágrimas, ha perdido su prestigio?
¡llorar!...
Y, ¿Para qué?
en ninguna hora de la Vida del Mundo, la
inutilidad, y, la esterilidad de las lágrimas,
fueron puestas más de manifiesto...
llorar, es, envilecer su dolor, y, el dolor de

los otros;
hoy se llora tanto, que permanecer sin llorar,
es una excepción;
el Dolor, ha envilecido al Mundo;
el Dolor y, la Muerte, son los únicos soberanos de esta hora...
llorar...
y, morir...
esos son los únicos gestos que cumple el Mundo...
y, de ellos, solo el de morir, es fecundo;
la Muerte, es inexorable, en su grandiosa misión de fecundar y renovar la Vida;
los hombres mueren, para que el Hombre viva;
el Patriotismo, mata al patriota, para salvar la Patria;
¡cómo la Vida es absurda!...
Absurda y fatal;
durante medio siglo, el Mundo, no engendró hombres sino para el Sacrificio, y, las entrañas de las madres, no los parieron, sino para la Muerte;
Dios, ha desertado del Cielo, y, los hombres, no lo encuentran en ninguna parte, para pedirle Justicia;
espantado del Crimen de los otros, que es su propio Crimen, ha huido muy lejos, donde sus ojos no vean este campo de las desolaciones, y, sus oídos no oigan este gemido formidable que se alza del corazón de la Tierra, castigada por él...
él, puso de nuevo la carraca del asno, en las manos de Caín, y volvió el rostro, para no ver el sacrificio de Abel;
huérfano de la Divinidad, el Hombre se halla solo;
en manos de la Fatalidad...
solo, frente a su Destino...
y, el Destino, se obedece; no se vence;
morir, es, el Decreto Inexorable del Destino, en este momento histórico, en que los dioses mismos parecen ebrios de sangre;
el Horror, es uno como ser vivo, que ha tomado formas y, mutila los hombres y, decapita los pueblos;
el Mundo agoniza con las venas abiertas,

sobre sus campos ardidados, al pie de sus dioses inútiles, incapaces de protegerlo, y de vengarlo;
en esta fosca Tragedia, como en los poemas de Homero, los dioses han bajado a combatir sobre la Tierra;
y, son vendedores;
y, son vencidos; como los hombres;
el viejo Dios, semita, salvaje e inveterado;
el Dios del Asesinato, del Exterminio y de la Guerra; **Jehová**, el Dios de Moisés, que cubre con sus alas empapadas en sangre, todas las páginas del Pentateuco, ese Moloch, embriionario y retrospectivo, que llenó de espanto, el Alma de los hombres, en los primeros días de la Historia, guía hoy, como ayer, las hordas de la barbarie a través de las ciudades destruidas y de los campos incendiados;
es el dios de los teutones, el dios bárbaro que empuja sus hordas migratorias, por los campos del Asesinato y de la Devastación...
el fantasma de Atila les hace compañía;
el Dios, misericordioso, desarmado de rayos y, de castigos; el Dios del Perdón y, el Sacrificio, aquel del cual los hombres hicieron un símbolo de Humildad, para crucificarlo en el Gólgota, ese Dios, en cuyo nombre se han cometido tantos crímenes, sin haber él, cometido ninguno, el Dios cristiano, aquel de las catacumbas y de los eremitas, se ha refugiado con su mortaja blanca, desplegada en forma de bandera, entre las legiones del Derecho y de la Libertad, entre los soldados de Francia y de Italia, y, en las procesiones de mártires que tiemblan bajo el azote en los campos talados, y, entre las ruinas humeantes de Bélgica;
estos dioses combaten al frente de sus ejércitos;
el uno, es la Barbarie;
el otro, es la Civilización;
el uno, se encarna en el Amo coronado, que lleva a la batalla su tropel de esclavos enfurecidos, que al morir, se vuelven hacia él, gritándole, como los otros en el circo: **César, los que van a morir te saludan;**
los otros, no tienen Amo;

los hombres libres, no son rebaños de siervos;
 ellos, son pueblos; no son tribus encadenadas;
 cabalgan el Hipógrifo de fuego de su propia inspiración, no obedecen a la espuela del Amo coronado, que les rompe los hijares;
 los esclavos imperiales del Rhin, han obtenido, es verdad, grandes victorias, pero, se han apresurado a deshonrarlas;
 en la punta de sus lanzas, la Victoria se ha hecho: el Crimen;
 ellos, no han obtenido el honor del Triunfo, sino haciendo en cada uno de los suyos, un triunfo contra el Honor;
 los otros, los libres, han sorprendido al Mundo por sus virtudes tanto como por sus victorias, encargándose de probar, que ellos tienen derecho al Triunfo, porque son el triunfo del Derecho;
 la Libertad está con ellos, porque ellos son la Libertad;
 en esa marea de pueblos, que se lanzan los unos contra los otros, para morir en un solo montón de ruinas y de escombros...

¿quién osará hablar de algo que no sea la Muerte?

ahora, que los fantasmas de Tiro, de Babilonia, de Nínive, se alzan en el horizonte, humeantes y crepitantes, llenos de la profunda voz del trueno y del fulgor espeluznante de la llama;

ahora, que Lovaina, Reims, Amiens, resucitan el horror de los lejanos incendios prendidos por los bárbaros en los lejanos límites de la Historia;

ahora, que los pensadores y los solitarios, profetas de los tiempos modernos, dicen mirando hacia las torres y, los palacios de Berlín y de Postdam:

Troya, también verá su último día...

ahora, que ante la quiebra estrepitosa de la Civilización, el Mundo no sabe sino lamentarse y morir entre sus ruinas;



ahora, que las tinieblas de la Muerte, ciegan los ojos de la Humanidad y, le impiden mirar hacia la Vida;

¿quién dirá a la Europa en fuego, los dolores y, la agonía de la América Latina, asaltada y violada por un tropel de bárbaros no menos codiciosos, ni menos crueles, que aquellos, que a la voz implacable del Destino, salieron de los silencios de la Selva Negra, con el designio de pillar y degollar el Mundo?

¿quién contará a la Civilización Latina, amenazada de morir, en Europa, el Calvario de la Raza Latina, pronta a desaparecer en América?

también allí, la Odisea de la Barbarie, avanzada amenazante;

allí, la Conquista avanza;... pero traidora y, silenciosa, como las aguas de una inundación en la Noche;

avanza, con los mismos caracteres de violencia implacable y de cólera asesina, que la que



devasta los llanos de Picardía y los campos de Flandes y del Brabante;
también allí se degüella a los pueblos, sobre los altares de sus dioses y, las cenizas de sus hogares;
también allí la Justicia es violada, y el Derecho no tiene otro refugio que los brazos de la Muerte;
también allí, el Dios de los vencedores parece ser más fuerte, que el Dios de los vencidos;
en aquella zona, donde hay una confluencia de razas antagónicas, enemigas desde el vientre de su madre, como los gemelos de la Escritura, se lidia la espantosa tragedia de Eto cle y Polinice, y, en el silencio de las selvas, la carraca del asno hace en las manos de Caín, el mismo estrépito que en los bosques del Paraíso, en los primeros días del Génesis; allí, los corceles del Despojo, piafan sobre campos vírgenes, que no son los suyos, y, el mundo no siente el tropel de las hordas de

Alarico, marchando redivivas en las montañas latinas, ni ve el rumbo de las naves de los piratas del Norte, que navegan fijos sus ojos en las estrellas del Sur;

Washington, apuñalea a Bolívar por la espalda; y roba sus tesoros;

los yanquis, se entregan al reparto y, al despojo de la América Latina y, el mundo ignora este reparto hecho por los piratas de Cartago, creyendo en la derrota de Roma;

y, allí, la raza vencida, es la misma que resiste al vencimiento en las orillas del Somme, y en los desfiladeros del Carso;

y, sus hermanos de Europa, ignoran ese desastre, que no podrían por ahora, evitar si lo supieran...

el yanqui, ha escogido bien la hora...

esta hora trágica y, crepuscular, en que nadie puede ir en ayuda de los pueblos que devoran;

el yanqui, ha explotado la guerra europea, como si fuera un mina...

ha engordado con la sangre que fecunda la Tierra;

pueblo sin corazón, él, no tiene sino vientre;

él ha amonedado la sangre y las lágrimas de Europa, y, ha hecho de ese Infortunio, su Fortuna;

pero, ese crimen de judíos, avaros, no es el solo crimen, perpetrado por ese pueblo a la sombra de la guerra;

los mercaderes, se han hecho, merodeadores, y, aprovechando que los pueblos de Europa, combaten, ellos, roban;

el monroísmo, es, la consigna de ellos;

atracar, más que atacar, los pueblos débiles;

esa es la consigna de su cobardía;

mientras los pueblos de Europa mueren, ellos roban;

ellos, prendieron la guerra en México, creyendo poder pillar entre las llamas de ese incendio;

retrocedieron asustados, cuando las hordas de Zapata y Pancho Villa, tan bárbaras como ellos, les salieron al encuentro, y, los obligaron a buscar la Vida, más allá de las fronteras



violadas;
 su Cobardía, fue igual a su Osadía;
 para vengarse de esa derrota de su codicia, cayeron sobre Haití;
 la Isla, verde y oro, los sedujo, como una joya caída de los cielos;
 desembarcaron allí, se declararon amos de esa democracia turbulenta de negros retardatarios, los fusilaron en las plazas públicas, los asesinaron, en los campos, se apoderaron de sus aduanas, y, se declararon, amos suyos, aprovechando que Francia, su antigua Metrópoli, no podía ayudar a la Isla inerme caída bajo el escudo de Kir;
 los merodeadores, meditando sobre el carro de sus conquistas, vieron que la mitad de esa isla no era bastante a su codicia, y miraron desde la frontera, la faja esmeraldina y luminosa, de valles y de montañas, la tierra pródiga que se extiende hacia el mar: Santo Domingo;
 vieron que ella, era tierra de promisión y de riqueza; y, cayeron sobre ella;
 ¿quién podrá defender la Isla gloriosa?...
 la mano del bárbaro, la agarrota, y, la hace temblar bajo su peso;
 la Europa, ahogada en sangre, no tiene tiempo, sino para llevar las manos a su herida;
 la espada de Odin, le ha atravesado el corazón;
 Francia, la madre de la Libertad;
 Italia, la madre del Derecho;
 ambas combaten por el derecho de la Libertad;
 ellas son las dos grandes hermanas de estas repúblicas adolescentes, que los hipopótamos del Hudson, aplastan bajo sus pezuñas insatisfechas;
 ¿España?
 ¡amada y gloriosa España!...
 ella es nuestra madre, pero, no puede ya, ser nuestro apoyo...
 le faltan fuerzas para ello...
 solo una nación, o un grupo de naciones jóvenes y fuertes, podrían salvarnos;

las naciones del extremo sur de América;
 eso, que ha dado en llamarse, el: A B C;
 solo esa constelación de estrellas, podría iluminar la noche del Continente;
 es el tropel de los corceles de sus pampas, y, las naves que cruzan sus mares, los únicos que pueden detener el carro de los bárbaros, y desviar la ruta de sus naves aventureras;
 ¿por qué permanecen ellos sordos al grito de la Raza, que muere?
 ¿no les importa nada de la Raza, nada la Libertad, nada la República?...
 en la reciente cuestión de México, dio la Diplomacia de esos pueblos, en los Estados Unidos, pruebas de una debilidad y de una ineptitud, rayanas en el prodigio;
 muertos Julio Roca y, Sáenz Peña, que vivos vieron el peligro, y soñaron con afrontarlo y combatirlo, ¿no queda en la gran República pampera, un Político de talla, un Estadista eminente, un Hombre de Estado auténtico, capaz de abarcar la magnitud del problema, americano, y, buscar una solución victoriosa, a este alarmante y vergonzoso desaparecimiento de pueblos?
 no quiero creerlo;
 aun hay almas de héroes y de pensadores bajo aquellos cielos diáfanos, de una azulidad difusa y transparente y, en aquellas praderas verdes, que proclaman a gritos su fecundidad, para producir algo más que ganados y pastajes...
 aun hay algo más que rebaños en esas pampas;
 aun hay hombres;
 el alma de la América, vive aún en el gaucho;
 y, yo, gozo en evocar la visión de un Héroe, surgido de aquellos campos, para contener la ola de los bárbaros, que casqueados de oro, avanzan en oleaje, sobre el Serapeum de la Raza y de la Historia...
 y, un día, llegarán hasta la pampa... si el tiempo no se encarga de probar, que San Martín,



murió sin herederos, y, que su mano, fue la sola capaz de manejar una espada en aquellas latitudes, para la libertad de los pueblos;
¿y, Chile?

su plutocracia autoritaria, no ha dado hasta hoy el Hombre de Estado, bastante perspicaz, para adivinar la trayectoria, reservada al destino de su país, más allá de los mares y de los montes que le sirven de frontera, y bastante audaz para ensayar un gesto trascendental, fuera de los diminutos y, asfixiantes gestos de la política parroquial;

el Brasil, amenazado directamente por la colonización alemana, apenas tiene tiempo de mirar con asombro, este cáncer que crece en sus entrañas, y, no ve o no quiere ver, la lenta invasión de búfalos, que viene de las riberas del Hudson, ese río paternal del Despojo y, del Pillaje, los dos gemelos nacidos de su seno;

el Hombre o el Pueblo, llamado a salvar la América en estos días aciagos de turbación y de perplejidad, no aparece por ninguna parte...

ni hombres, ni pueblos trascendentales...

La Mediocridad, sin ojos para mirar, el mañana extenso y dominador, que naufraga tan cerca de ella...

esto llena de estupor y de incredulidad;...

esto llena el alma de pesimismo, sobre un tal conjunto de pueblos;

esta visión de caos, tiene los lineamientos insensatos de una alucinación;

es extraño;

parece increíble;

pero es evidente...

tierras apenas desfloradas y ya infecundas para producir un Grande Hombre, o un Gran Pueblo...

fíjese bien, que de grandeza moral y trascendental, hablo, que de grandeza material, yo, nada dije...

tales cosas, bastante son, para hacer palidecer a un Hombre, sobre el cielo de sus visiones, y meditar con tristeza, sobre el abismo de las tinieblas, ante esta fuga de almas de pueblos y, de hombres que huyen de la gloria...

¿dónde encontrar la Fuerza para defendernos, en este torbellino de fuerzas que nos rodea?...

*

En esos pueblos de América, que tal vez mañana no serán, sino una vaga nomenclatura en la Cronología de la Historia, hay un grado de inconsciencia estupefaciente, que sirve a explicar, ya que no a disculpar, su abominable indolencia, ante el peligro real que los circuye...

¿es el fermento de la raza aborigen inerte y fatalista, el que los sume en este síncope de sueño en la Eternidad, que semeja una muerte real?...

yo, no sé lo que pase en el corazón inculto de esas selvas de hombres, sobre los cuales, la palabra, no tiene ya poder, y, nada, ni el recuerdo de la Muerte puede despertarlos a la Vida;

y, sin embargo, lo único que hay heroico, lo único que hay grande allí, es la Muerte;

casi podría decirse, que es lo único que hay vivo;

toda grandeza se ha refugiado en el Pasado...

sólo los muertos viven...

sólo ellos hablan, con sonidos que los vivos no oyen, pero que eclipsan por su elocuencia, todos los gritos sin trascendencia lanzados desde las tribunas de la Venalidad, e feria de pueblos...

la América, no está guardada sino por las tumbas de sus héroes...

y, ¡ay! ellos desambulan también, por sus tumbas no son libres...

ellas son rehenes de la Conquista

la de Bolívar, yace en tierra esclava

del yanqui, vendida, miserablemente

vendida por un cacique bárbaro, por un Pretor analfabeta,

que no sabe siquiera deletrear el nombre de su Crimen;

la de Santander, el "Hombre de las Leyes" yace entre h



bres sin ley, en una patria mutilada por el yanki; su piedra tumular hendida fue por la espada de la Traición, coronada de laureles; la de Morazán, yace en ese campo atrinchera-do de la Traición, que la hiena guatemalteca, cubre con su sombra fétida y, feral... campo de yankis es; las de Hidalgo y de Morelos, altas, como tumbas de águilas, no han sido aún profanadas... grupos de héroes, montan la guardia en torno de ellas... y, el yanki, retrocede ante estas tumbas in-conquistables... ese pueblo, tiene aún el recuerdo de sus Hé- roes, el recuerdo de su Obra magnificante, de Independencia y, Libertad, que otros pueblos, en el colmo de la Degradación, no queriendo defenderla, se conformaron con venderla; ¿vendrá de México el Héroe, todo de Ideali- dad y de Verdad, que aprisionando el rayo de Damasco, incendie con él, el ramaje virgen de nuestro bosques, y, a la luz de ese incendio, no tan grande como la suya propia, baje hasta nuestros pueblos ayuntados y descoyuntados, y, amarre como Bolívar, su caballo vencedor, a las columnas de los más lejanos Capitolios de América, profanados por el yanqui, o los pretores que reinan en su nombre? ¿será México el Pueblo Libertador?... dejadme soñar a la sombra de mis banderas, vencidas...

*

Es esta hora trágica y sin ejemplo, la que escojo para la publicación de este libro... él, sintetiza y, condensa, veinticinco años de batallas verbales, al pie de un mimo Ideal... veinticinco años de profetización estéril, so- bre esas mismas murallas, ya medio derruidas y, en parte ocupadas... por los bárbaros; inútil, estéril, como todo Verbo de Profeta, que anuncia el castigo y no lo evita... relámpago que alumbra la boca del Abismo y, no impide al ciego caer en él... inútiles fueron mis palabras, ante los pueblos

ciegos, que no supieron sino insultarlas... en plena guerra, hispano-yanqui, yo dije la inutilidad del sacrificio, y anuncié que de la bella Isla disputada, no se haría nunca una nacionalidad independiente... y, la Isla Heroica, no hizo sino cambiar de Amo... la fatal Elena, cambió de lecho... no dejando a sus defensores, sino el triste derecho de cambiar de idioma... el sacrificio de Martí, estéril fue, y, no tuvo el Héroe Soñador, otro triunfo, que la suprema derrota de verse convertido en piedra... y, dicen que en las noches, su estatua llora, sobre la tierra esclava... yo, anuncié la separación de panamá, cuando la inútil crueldad de José Manuel Marroquín, asesinando a Victoriano Lorenzo, estranguló en lo alto de la horca, la paciencia de aquel Pueblo... un puñado de colombianos, arrancó después a Colombia esa estrella de su escudo... y, esa estrella ha sido atraída fatalmente, hacia el sistema de las constelaciones del Norte... yo, anuncié la Conquista de Nicaragua, y, la conquista fue... y, como todos los profetas, fui lapidado a causa de mis profecías... y, ellas perdidas fueron, como tragadas por la mar profunda o devoradas por la selva inmensa... de esas profecías vencidas hago este li- bro... es un tropel de gritos en la Noche; de gritos encadenados... voces vencidas... los hombres y, los acontecimientos me ven- cieron... estoy tristemente orgulloso de ese venci- miento; mis derrotas, valen más que esas victo- rias... ser vencido con la Libertad, eso es la Glo- ria... vencer la Libertad, eso es el Crimen... y, yo, caí, vencido con la Libertad...

los gritos de ese combate forman este libro;
permanezco fiel a ellos...
fiel a ese Ideal, de mi juventud y de mi edad madura;
entro en la vejez abrazado a él...
espero el triunfo lejano de ese Ideal;
creo en ese triunfo lejano de ese Ideal; creo en ese triunfo, que mis ojos mortales no han de ver...
esperar es la forma más bella de creer...

yo, he matado en mí la Fe, pero no he matado la Esperanza;
ella canta en mi corazón...

Yo espero;
arrojo la semilla en el surco, y, espero el nacimiento del Sol, sobre los cielos remotos;
desde el fondo de mi Soledad, yo saludo el levantar lejano de esa Aurora...

Vargas Vila

1917





La juventud argentina de Córdoba a los hombres libres de Sudamérica

Argentina, 1918

Hombres de una república libre, acabamos de romper la última cadena que, en pleno siglo XX, nos ataba a la antigua dominación monárquica y monástica. Hemos resuelto llamar a todas las cosas por el nombre que tienen. Córdoba se redime. Desde hoy contamos para el país una vergüenza menos y una libertad más. Los dolores que quedan son las libertades que faltan. Creemos no equivocarnos, las resonancias del corazón nos lo advierten: estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana.

La rebeldía estalla ahora en Córdoba y es violenta porque aquí los tiranos se habían ensoberbecido y era necesario borrar para siempre el recuerdo de los contrarrevolucionarios de Mayo. Las universidades han sido hasta aquí el refugio secular de los mediocres, la renta de los ignorantes, la hospitalización segura de los inválidos y -lo que es peor aún- el lugar en donde todas las formas de tiranizar y de insensibilizar hallaron la cátedra que las dictara. Las universidades han llegado a ser así el reflejo de estas sociedades decadentes, que se empeñan en ofrecer el triste espectáculo de una inmovilidad senil. Por eso es que la ciencia frente a estas casas mudas y cerradas, pasa silenciosa o entra mutilada y grotesca al servicio burocrático. Cuando en un rapto fugaz abre sus puertas a los altos espíritus es para arrepentirse luego y hacerles

imposible la vida en su recinto. Por eso es que, dentro de semejante régimen, las fuerzas naturales llevan a mediocrizar la enseñanza, y el ensanchamiento vital de los organismos universitarios no es el fruto del desarrollo orgánico, sino el aliento de la periodicidad revolucionaria.

Nuestro régimen universitario -aun el más reciente- es anacrónico. Está fundado sobre una especie de derecho divino: el derecho divino del profesorado universitario. Se crea a sí mismo. En él nace y en él muere. Mantiene un alejamiento olímpico. La Federación Universitaria de Córdoba se alza para luchar contra este régimen y entiende que en ello le va la vida. Reclama un gobierno estrictamente democrático y sostiene que el *demos* universitario, la soberanía, el derecho de darse el gobierno propio radica principalmente en los estudiantes. El concepto de autoridad que corresponde y acompaña a un director o a un maestro en un hogar de estudiantes universitarios no puede apoyarse en la fuerza de disciplinas extrañas a la sustancia misma de los estudios. La autoridad, en un hogar de estudiantes, no se ejercita mandando, sino sugiriendo y amando: *enseñando*.

Si no existe una vinculación espiritual entre el que enseña y el que aprende, toda enseñanza es hostil y de consiguiente infecunda. Toda la educación es una larga obra de amor a



los que aprenden. Fundar la garantía de una paz fecunda en el artículo conminatorio de un reglamento o de un estatuto es, en todo caso, amparar un régimen cuartelario, pero no una labor de ciencia. Mantener la actual relación de gobernantes a gobernados es agitar el fermento de futuros trastornos. Las almas de los jóvenes deben ser movidas por fuerzas espirituales. Los gastados resortes de la autoridad que emana de la fuerza no se avienen con lo que reclaman el sentimiento y el concepto moderno de las universidades. El chasquido del látigo sólo puede rubricar el silencio de los inconscientes o de los cobardes. La única actitud silenciosa, que cabe en un instituto de ciencia es la del que escucha una verdad o la del que experimenta para crearla o comprobarla.

Por eso queremos arrancar de raíz en el organismo universitario el arcaico y bárbaro concepto de autoridad que en estas casas de estudio es un baluarte de absurda tiranía y sólo sirve para proteger criminalmente la falsa dignidad y la falsa competencia. Ahora advertimos, que la reciente reforma, sinceramente liberal, aportada a la Universidad de Córdoba por el doctor José Nicolás Matienzo, sólo ha venido a probar que el mal era más afligente de lo que imaginábamos y que

los antiguos privilegios disimulaban un estado de avanzada descomposición. La reforma Matienzo no ha inaugurado una democracia universitaria, ha sancionado el predominio de una casta de profesores. Los intereses creados en torno de los mediocres han encontrado en ella un inesperado apoyo. Se nos acusa ahora de insurrectos en nombre de un orden que no discutimos, pero que nada tiene que hacer con nosotros. Si ello es así, si en nombre del orden se nos quiere seguir burlando y embruteciendo, proclamamos bien alto el derecho sagrado a la insurrección. Entonces la única puerta que nos queda abierta a la esperanza es el destino heroico de la juventud. El sacrificio es nuestro mejor estímulo; la redención espiritual de las juventudes americanas nuestra única recompensa, pues sabemos que nuestras verdades lo son -y dolorosas- de todo el continente. ¿Que en nuestro país una ley, -se dice- la ley de Avellaneda, se opone a nuestros anhelos? Pues a reformar la ley, que nuestra salud moral lo está exigiendo.

La juventud vive siempre en trance de heroísmo. Es desinteresada, es pura. No ha tenido tiempo aún de contaminarse. No se equivoca nunca en la elección de sus propios maestros. Ante los jóvenes no se hace méritos adulando o comprando. Hay que dejar que ellos mismos elijan sus maestros y directores, seguros de que el acierto ha de coronar sus determinaciones.

En adelante, sólo podrán ser maestros en la futura república universitaria los verdaderos constructores de almas, los creadores de verdad, de belleza y de bien.

La juventud universitaria de Córdoba cree que ha llegado la hora de plantear este grave problema a la consideración del país y de sus hombres representativos.

Los sucesos acaecidos recientemente en la Universidad de Córdoba, con motivo de la elección rectoral, aclaran singularmente nues-

tra razón en la manera de apreciar el conflicto universitario. La federación universitaria de Córdoba cree que debe hacer conocer al país y a América las circunstancias de orden moral y jurídico que invalidan el acto electoral verificado el 15 de junio. Al confesar los ideales y principios que mueven a la juventud en esta hora única de su vida, quiere referir los aspectos locales del conflicto y levantar bien alta la llama que está quemando el viejo reducto de la opresión clerical. En la Universidad Nacional de Córdoba y en esta ciudad no se han presenciado desórdenes; se ha contemplado y se contempla el nacimiento de una verdadera revolución que ha de agrupar bien pronto bajo su bandera a todos los hombres libres del continente. Referiremos los sucesos para que se vea cuánta razón nos asistía y cuánta vergüenza nos sacó a la cara la cobardía y la perfidia de los reaccionarios. Los actos de violencia, de los cuales nos responsabilizamos íntegramente, se cumplían como en el ejercicio de puras ideas. Volteamos lo que representaba un alzamiento anacrónico y lo hicimos para poder levantar siquiera el corazón sobre esas ruinas. Aquéllos representan también la medida de nuestra indignación en presencia de 1ª miseria moral, de la simulación y del engaño artero que pretendía filtrarse con las apariencias de la legalidad. El sentido moral estaba oscurecido en las clases dirigentes por un fariseísmo tradicional y por una pavorosa indigencia de ideales.

El espectáculo que ofrecía la asamblea universitaria era repugnante. Grupos amorales deseosos de captarse la buena voluntad del futuro rector exploraban los contornos en el primer escrutinio, para inclinarse luego al bando que parecía asegurar el triunfo, sin recordar la adhesión públicamente empeñada, el compromiso de honor contraído por los intereses de la Universidad. Otros -los más- en nombre del sentimiento religioso y bajo la advocación de la Compañía de Jesús, exhortaban a la traición y al pronunciamien-

to subalterno. (¡Curiosa religión que enseña a menospreciar el honor y a deprimir la personalidad!; ¡religión para vencidos o para esclavos!). Se había obtenido una reforma liberal mediante el sacrificio heroico de una juventud. Se creía haber conquistado una garantía y de la garantía se apoderaban los únicos enemigos de la reforma. En la sombra los jesuitas habían preparado el triunfo de una profunda inmoralidad. Consentirla habría comportado otra traición. A la burla respondimos con la revolución. La mayoría expresaba la suma de la regresión, de la ignorancia y del vicio. Entonces dimos la única lección que cumplía y espantamos para siempre la amenaza del dominio clerical.

La sanción moral es nuestra. El derecho también. Aquéllos pudieron obtener la sanción jurídica, empotrarse en la ley. No se lo permitimos. Antes de que la iniquidad fuera un acto jurídico irrevocable y completo, nos apoderamos del salón de actos y arrojamos a la canalla, sólo entonces amedrentada, a la vera de los claustros. Que esto es cierto, lo patentiza el hecho de haber, a continuación, sesionado en el propio salón de actos la federación universitaria y de haber firmado mil estudiantes, sobre el mismo pupitre rectoral, la declaración de huelga indefinida.

En efecto, los estatutos reformados disponen que la elección de rector terminará en una sola sesión, proclamándose inmediatamente el resultado, previa lectura de cada una de las boletas y aprobación del acta respectiva. Afirmamos sin temor de ser rectificadas, que las boletas no fueron leídas, que el acta no fue aprobada, que el rector no fue proclamado y que, por consiguiente, para la ley, aún no existe rector de esta Universidad.

La juventud universitaria de Córdoba afirma que jamás hizo cuestión de nombres ni de empleos. Se levantó contra un régimen administrativo, contra un método docente, contra un concepto de autoridad. Las fun-

ciones públicas se ejercitaban en beneficio de determinadas camarillas. No se reformaban ni planes ni reglamentos por temor de que alguien en los cambios pudiera perder su empleo. La consigna de “hoy para ti, mañana para mí” corría de boca en boca y asumía la preeminencia de estatuto universitario. Los métodos docentes estaban viciados de un estrecho dogmatismo, contribuyendo a mantener a la Universidad apartada de la ciencia y de las disciplinas modernas. Las lecciones, encerradas en la repetición interminable de

Creímos honradamente que nuestro esfuerzo había creado algo nuevo, que por lo menos la elevación de nuestros ideales merecía algún respeto. Asombrados, contemplamos entonces cómo se coaligaban para arrebatar nuestra conquista los más crudos reaccionarios.

No podemos dejar librada nuestra suerte a la tiranía de una secta religiosa, ni al juego de intereses egoístas. A ellos se nos quiere sacrificar. El que se titula rector de la Universidad de San Carlos ha dicho su primera palabra: “Prefiero antes de renunciar que quede el tendal de cadáveres de los estudiantes”. Palabras llenas de piedad y de amor, de respeto reverencioso a la disciplina; palabras dignas del jefe de una casa de altos estudios. No invoca ideales ni propósitos de acción cultural. Se siente custodiado por la fuerza y se alza soberbio y amenazador. ¡Armoniosa lección que acaba de dar a la juventud el primer ciudadano de una democracia universitaria! Recojamos la lección, compañeros de toda América; acaso tenga el sentido de un presagio glorioso, la virtud de un llamamiento a la lucha suprema por la libertad; ella nos muestra el verdadero carácter de la autoridad universitaria, tiránica y obcecada, que ve en cada petición un agravio y en cada pensamiento una semilla de rebelión.

La juventud ya no pide. Exige que se le reconozca el derecho a exteriorizar ese pensamiento propio en los cuerpos universitarios por medio de sus representantes. Está cansada de soportar a los tiranos. Si ha sido capaz de realizar una revolución en las conciencias, no puede desconocérsele la capacidad de intervenir en el gobierno de su propia casa.

La juventud universitaria de Córdoba, por intermedio de su federación, saluda a los compañeros de la América toda y les incita a colaborar en la obra de libertad que inicia.



viejos textos, amparaban el espíritu de rutina y de sumisión. Los cuerpos universitarios, celosos guardianes de los dogmas, trataban de mantener en clausura a la juventud, creyendo que la conspiración del silencio puede ser ejercitada en contra de la ciencia. Fue entonces cuando la oscura universidad mediterránea cerró sus puertas a Ferri, a Ferrero, a Palacios y a tantos otros, ante el temor de que fuera perturbada su plácida ignorancia. Hicimos entonces una santa revolución y el régimen cayó a nuestros golpes.

El año 1918 y América Latina*

Aníbal Ponce. Argentina (1898-1938)



Córdoba 1918

Para los hombres jóvenes que entrábamos a la vida entre el horror de la tragedia europea, la guerra fue, como decía Guesde, la gran *liberatrix*, en su sentido más amplio. Todo lo que de nosotros quedaba atrás de ella, eran adquisiciones pasivas de la infancia, hábitos dóciles de la educación; todo lo que habría de seguirle, serían conquistas dolorosas de la adolescencia, asombro y entusiasmo de los tiempos nuevos.

Gracias a ella tuvimos, desde muy temprano, la desconfianza del pasado. Se nos había enseñado, entre muchas otras cosas de las cuales en breve renegaríamos, el desprecio de la política y la indiferencia por las cosas públicas. Y he ahí que entonces, a pesar de la neutralidad aparente de la república, la guerra vivía entre

nosotros, en las calles, en las escuelas, en los hogares. Rompía amistades, desataba vínculos, enardecía pasiones. ¿Cómo permanecer extraños a aquel turbión que nos arrastraba y exigía una actitud? La tradición liberal de nuestra patria, el viejo amor casi filial hacia la Francia, el aparente idealismo del presidente Wilson, decidieron, muy pronto, nuestra adhesión y nuestra simpatía. Creíamos ver en los aliados los defensores de principios que suponíamos mejores; los cruzados de las mismas ideas que habían presidido el advenimiento de nuestra revolución.

Con el oído tenso a los rumores lejanos pasábamos los días y los días, junto a la urgencia inmediata de los libros de estudio, la preocupación indecible de lo que ocurría por

* Aníbal Ponce prologó con este texto, el libro *La Reforma Universitaria* (dos tomos, 1924) de Julio V. González



el mundo. Voces extrañas nos llegaron muy pronto: Rolland, Barbusse, Russell... Con la palabra empañada de la emoción, los “precursores” nos revelaban todo el horror de la mentira inicua: nada de guerra por el derecho, nada de guerra por la justicia. Mercaderes de un lado, mercaderes del otro; hierro y carbón, hulla y petróleo... Nadie podrá contar jamás la indignación y el asco de nuestros corazones: una cólera sorda nos estremecía, y sólo la evidencia de una gran catástrofe aquietaba, un tanto, la sed ardorosa del castigo.

Habíamos aprendido a deletrear declamándonos los unos a los otros, desde los bancos del colegio, los primeros sermones laicos de Ingenieros, y el fervor idealista en que nos inflamara encontraba, por fin, la realidad propicia. Teníamos la seguridad absoluta de asistir al derrumbe de un viejo edificio carcomido y fuerza era, por lo tanto, empuñar el pico para preparar sobre la limpieza de las explanadas, las construcciones futuras.

El colegio había quedado a nuestra espalda; vivíamos ahora, en la Facultad. Para nuestros ojos, ya avisados, la casa universitaria debía parecer hostil y oscura. Extraña a la vida que en torno suyo rumoreaba; dócil instrumento de una clase que por ella pasaba para llegar al poder más fácilmente; tribuna poco sonora

de profesores envejecidos, incapaces de auscultar las voces de su tiempo, -la Universidad se alzaba desafiante como un baluarte de ese mismo pasado contra el cual nos revelábamos en la angustia de la guerra-. De Rusia llegaba, mientras tanto, un sordo rumor confuso; enorme y vago como el pensamiento de las muchedumbres. La negra humareda anunciaría, en breve, la magnitud del incendio, y todos los hombres libres saludaron en ella a esa misma hoguera que, trece años atrás, había puesto una chispa de luz en los ojos moribundos de Reclus.

Las llamas que enrojecían a oriente incendiarían, con nosotros, la vieja universidad. Mil novecientos dieciocho, es, para América Latina, el aniversario de las revoluciones

Lo que ocurrió después en la Universidad es casi historia de hoy. A las sesiones tumultuosas de los primeros días sucedieron, en breve, los triunfos parciales, las victorias, en apariencia, decisivas: los seminarios, la extensión universitaria, la representación estudiantil. Con sospechosa unanimidad, decanos, consejeros y profesores se dijeron, muy pronto, “reformistas”. En los discursos académicos, en las discusiones del consejo, en las asambleas de estudiantes, no se oían más que profesiones de fe en la Reforma.

Cinco años después, en 1923, la Reforma estaba casi moribunda entre las manos de la reacción conservadora. Para los que seguían, con ojo atento, la marcha dramática de la reforma, la restauración no fue ni siquiera una sorpresa. Un vicio originario había venido con aquélla, y ese vicio malograba sus frutos más hermosos. Porque si estaba de modo tan comprometida era porque había empezado siendo un movimiento a ciegas, un gesto de rebeldía casi inconsciente, un cambio de postura casi reflejo. Las revoluciones no se imponen en la imprecisión o en la incertidumbre, aunque puedan comenzar en el desasosiego o la inquietud. Pero para triunfar y convertirse en hechos, es necesario que cristalicen en las formas definidas de la idea directriz.

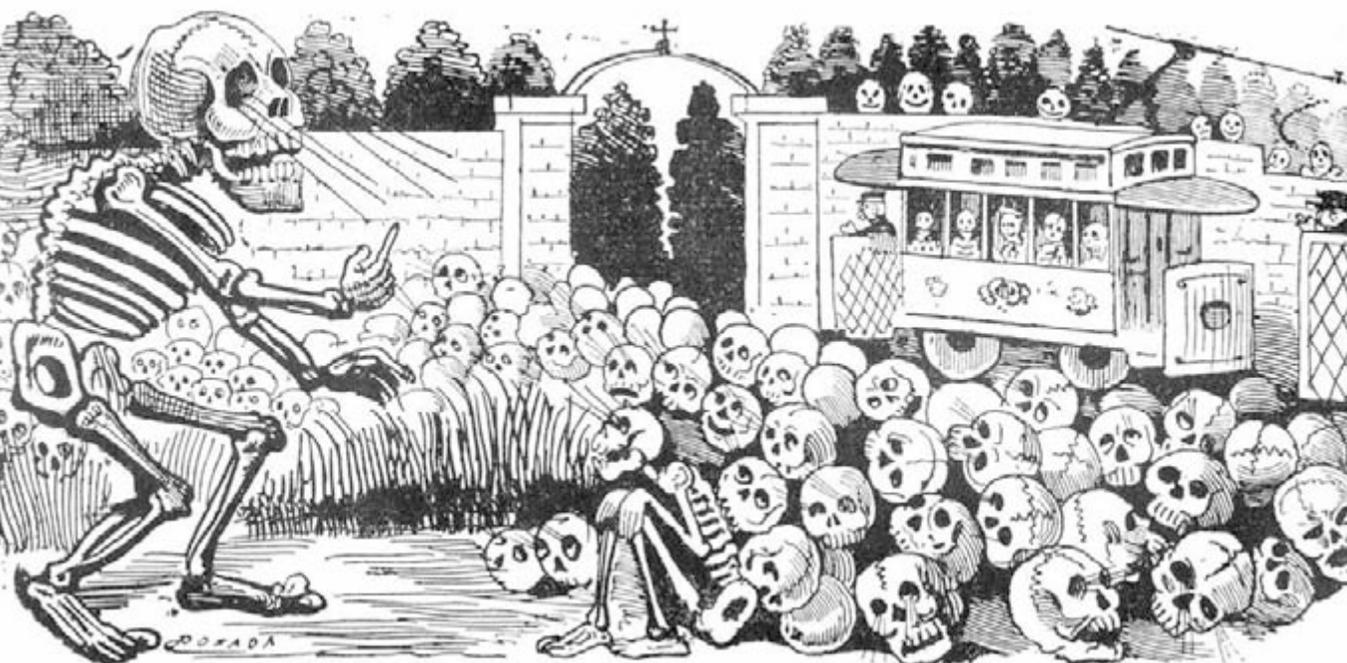
Las masas estudiantiles que tomaron por asalto la vieja universidad no carecían sin duda, de banderas; pero las enseñanzas del “novecentismo”, la “nueva sensibilidad”, la “ruptura de las generaciones”, no eran más que vaguedades que lo mismo podían servir -como quedó demostrado- a un liberalismo discreto que a una derecha complaciente. El estudiante argentino que acometió la Reforma sabía arrastrado por el presentimiento de las grandes obras, mas no acertó a definir la calidad de la fuerza que lo impul-

saba. Gustábale, sin duda, fraternizar con el obrero, participar en el mitin de la huelga, colaborar desde las hojas de vanguardia. No se sentía, sin embargo, proletario; restos de la vieja educación teníanlo apesadado todavía y aunque a veces se le escuchaba el lenguaje de la izquierda, reconocíase muy bien que era aprendido.

El obrero, por eso, lo miró con simpatía, pero sin fe; la burguesía, con desconfianza, pero sin temor. Con una clara conciencia de sus intereses, la masa conservadora de la universidad lo sedujo con su política, lo conquistó con sus prebendas, lo corrompió con sus vicios. Clamorosos paladines de la reforma fueron, así, llamándose a silencio; pasáronse otros a las filas enemigas con increíble impudicia, y la sana minoría de estudiantes que había puesto en la reforma toda la ilusión de los veinte años, la vio de esa manera convertida en un fácil trampolín de oportunidades y adulones.

La dura lección habrá de serle provechosa. La guerra europea, que aceleró la decadencia de la sociedad capitalista, ha planteado los problemas actuales en términos extremos: o burgués o proletario. La nueva generación, que se forma en la calle tanto como en la escuela, y que sabe, por lo mismo, adaptarse





mejor al ritmo de la vida, sólo conseguirá el triunfo de la reforma en la inequívoca definición de sus propósitos.

la Reforma dentro de la universidad no puede ser más que un aspecto de esa otra transformación que está echando abajo las columnas de la sociedad en que vivimos. Toda otra interpretación le haría malograr, una vez más el generoso impulso que la alienta.

Los hombres jóvenes que consagraron a la Reforma sus entusiasmos mejores, conocen ya cuáles son sus enemigos y cuáles sus aliados, y saben también que las menudas conquistas del reglamento o del estatuto no son más que instrumentos subalternos ante la soberana belleza del propósito: preparar, desde la cátedra el advenimiento triunfante de la democracia proletaria.

Julio V. González, que nos contara en un libro anterior las peripecias de la revolución

universitaria, entrega hoy al público este su nuevo libro sobre la Reforma. Pocos hombres en mejores condiciones para hacerlo: actor prestigioso y teorizador elocuente desde las primeras horas, no sólo ha dado a la Reforma su labor y su esfuerzo, sino, tal vez, lo que hay en él más respetable: la rectitud de la conducta.

Los estudiantes latinoamericanos aprenderán en esta obra -tan conceptuosa en su primer volumen, tan vivaz y dramática en el segundo- cómo la Reforma Universitaria tuvo orígenes lejanos y profundos, y cómo para servirla con eficacia y con lealtad, es menester entremezclarse a las disputas de la plaza pública. Y ya que he tenido la honra de ser el primero de sus lectores, permítaseme subrayar la ofrenda de este libro a la memoria de José Ingenieros, el gran espíritu que supo plasmar entre sus manos la generación de la Reforma y que, cuando la vio tendida en línea de batalla, la saludó jubiloso con su palabra augural.

La obra continental de la reforma juvenil*

Manuel Ugarte. Argentina (1875-1951)



El movimiento de la juventud latinoamericana en estos últimos años es síntoma seguro de que se acercan tiempos nuevos. Nunca se vio en nuestras repúblicas el entusiasmo, la rebeldía, la fe en destinos mejores que hoy vibra en todas las capitales, de Norte a Sur de la América Hispánica, como si se encendiera el porvenir.

Cuando inicié hace un cuarto de siglo, mi prédica en favor de la coordinación de los pueblos del Sur para detener el avance del imperialismo norteamericano, y en contra de las oligarquías que nada intentaron para

oponerse a él, nuestras repúblicas dormían y fueron pocas las veces que se hicieron eco de mis inquietudes. Hoy arde el Continente en un solo fervor, Los raros intelectuales que se recluyen en el arte por el arte, los escasos escritores que se solidarizan con las dictaduras, se van quedando al margen de la opinión, solos en la playa de donde se retira el mar. Atados a un estado de cosas que la razón condena, hacen esfuerzos inútiles para conservar contacto con las nuevas generaciones. Por no haber sido sinceros, serán sacrificados. Y de la justa sanción saldrán lecciones para el porvenir.

* Es un texto de 1930.



El programa de todas las Uniones, Alianzas, Asociaciones y Ligas antiimperialistas de la América Latina es sensiblemente el mismo, puesto que todas aconsejan, en lo exterior, una resistencia a los avances del imperialismo y en lo interior una renovación que nos liberte de los cómplices que tal influencia tiene entre nosotros. La actividad de los partidos y de los núcleos de izquierda responde a una ineludible necesidad renovadora.

Es admirable la labor de los hombres que dirigen o aspiran esas entidades, cuya acción resulta cada día más eficaz. Hay que saber lo que cuesta en nuestra América levantarse contra lo existente. Los imperialismos de afuera y nuestros propios gobiernos, hacen difícil la vida a cuantos defienden la libertad. Hostilizados por los que dominan, se hallan los disidentes desterrados dentro de las propias fronteras. Por oponerse a la injusticia y a la influencia invasora, resultan inutilizables dentro de la vida nacional.

Contra este ambiente que nos humilla reacciona hoy vigorosamente la juventud. La Universidad en ebullición defiende la Reforma, abandonando viejas rémoras, que tienen que desmoronarse al soplo del ideal. Un ímpetu generoso augura la redención del indígena y la igualdad para todos los hombres. A las oligarquías ensimismadas, a los dictadores jactanciosos, sucederán los gobiernos populares que traducirán el ansia de renovación de nuestras repúblicas y harán la patria total.

Todo anuncia que se avecinan acontecimientos memorables. Ha empezado en las conciencias la metamorfosis que es posible transportar a los hechos, pese a cuanto sostienen los políticos y los especuladores que incubaron los conflictos actuales.

Los malos gobiernos que fomentaron la corrupción y la indiferencia para medrar a la sombra de banderas extrañas, como los rajahs de la India o los sultanes de Marruecos, los políticos de cortos alcances que sólo concibieron la sujeción alternada al imperialismo de los Estados Unidos o al imperialismo de Inglaterra, no contaron con la energía de la generación que sube. Al margen de las mistificaciones que un instante la desorientaron, ha llegado esa juventud a comprender los destinos del Continente y las exigencias de la hora.

La voluntad de perdurar prepara la utilización inteligente de las fuerzas nativas, ansiosas de desembarazarse de los parásitos, de acercarse por la identidad de situación, de reorganizarse ante la urgencia de la crisis. La salvación sólo puede venir de los hombres nuevos y de los métodos nuevos. La construcción futura surge ya en la mente de una generación que se siente predestinada al esfuerzo histórico. De un extremo a otro del Continente cunde el anuncio del glorioso incendio que se avecina.

La poesía no habrá cantado en vano

Recepción del Premio Nobel de Literatura

Suecia, 21 de octubre de 1971

Pablo Neruda. Chile (1904-1973)



Mi discurso será una larga travesía, un viaje mío por regiones, lejanas y antípodas, no por eso menos semejantes al paisaje y a las soledades del norte. Hablo del extremo sur de mi país. Tanto y tanto nos alejamos los chilenos hasta tocar con nuestros límites el Polo Sur, que nos parecemos a la geografía de Suecia, que roza con su cabeza el norte nevado del planeta.

Por allí, por aquellas extensiones de mi patria adonde me condujeron acontecimientos ya olvidados en sí mismos, hay que atravesar, tuve que atravesar los Andes buscando la frontera de mi país con Argentina. Grandes bosques cubren como un túnel las regiones inaccesibles y como nuestro camino era

oculto y vedado, aceptábamos tan sólo los signos más débiles de la orientación. No había huellas, no existían senderos y con mis cuatro compañeros a caballo buscábamos en ondulante cabalgata -eliminando los obstáculos de poderosos árboles, imposibles ríos, roqueríos inmensos, desoladas nieves, adivinando mas bien el derrotero de mi propia libertad. Los que me acompañaban conocían la orientación, la posibilidad entre los grandes follajes, pero para saberse más seguros montados en sus caballos marcaban de un machetazo aquí y allá las cortezas de los grandes árboles dejando huellas que los guiarían en el regreso, cuando me dejaran solo con mi destino. Cada uno avanzaba embargado en aquella soledad sin márgenes, en aquel silencio verde y blanco,



los árboles, las grandes enredaderas, el humus depositado por centenares de años, los troncos semi-derrribados que de pronto eran una barrera más en nuestra marcha. Todo era a la vez una naturaleza deslumbradora y secreta y a la vez una creciente amenaza de frío, nieve, persecución. Todo se mezclaba: la soledad, el peligro, el silencio y la urgencia de mi misión. A veces seguíamos una huella delgadísima, dejada quizás por contrabandistas o delincuentes comunes fugitivos, e ignorábamos si muchos de ellos habían perecido, sorprendidos de repente por las glaciales manos del invierno, por las tormentas tremendas de nieve que, cuando en los Andes se descargan, envuelven al viajero, lo hunden bajo siete pisos de blancura.

A cada lado de la huella contemplé, en aquella salvaje desolación, algo como una construcción humana. Eran trozos de ramas acumulados que habían soportado muchos inviernos, vegetal ofrenda de centenares de viajeros, altos cúmulos de madera para recordar a los caídos, para hacer pensar en los que no pudieron seguir y quedaron allí para siempre debajo de las nieves. También mis compañeros cortaron con sus machetes las ramas que nos tocaban las cabezas y que descendían sobre nosotros desde la altura de las coníferas inmensas, desde los robles cuyo último follaje palpitaba antes de las tempestades del invierno. Y también yo fui dejando en cada túmulo un recuerdo, una tarjeta de madera, una rama cortada del bosque para adornar las tumbas de uno y otro de los viajeros desconocidos.

Teníamos que cruzar un río. Esas pequeñas vertientes nacidas en las cumbres de los Andes se precipitan, descargan su fuerza vertiginosa y atropelladora, se tornan en cascadas, rompen tierras y rocas con la energía y la velocidad que trajeron de las alturas insignes: pero esa vez encontramos un remanso, un gran espejo de agua, un vado. Los caballos entraron, perdieron pie y nadaron hacia la otra ribera. Pronto mi caballo fue sobrepasado casi totalmente por las aguas, yo comencé a

mecerme sin sostén, mis pies se afanaban al garette mientras la bestia pugnaba por mantener la cabeza al aire libre. Así cruzamos. Y apenas llegados a la otra orilla, los baqueanos, los campesinos que me acompañaban me preguntaron con cierta sonrisa:

-¿Tuvo mucho miedo?

-Mucho. Creí que había llegado mi última hora, dije.

Íbamos detrás de usted con el lazo en la mano me respondieron. Ahí mismo -agregó uno de ellos- cayó mi padre y lo arrastró la corriente. No iba a pasar lo mismo con usted. Seguimos hasta entrar en un túnel natural que tal vez abrió en las rocas imponentes un caudaloso río perdido, o un estremecimiento del planeta que dispuso en las alturas aquella obra, aquel canal rupestre de piedra socavada, de granito, en el cual penetramos. A los pocos pasos las cabalgaduras resbalaban, trataban de afincarse en los desniveles de piedra, se doblegaban sus patas, estallaban chispas en las herraduras: más de una vez me vi arrojado del caballo y tendido sobre las rocas. La cabalgadura sangraba de narices y patas, pero proseguimos empecinados el vasto, el espléndido, el difícil camino.

Algo nos esperaba en medio de aquella selva salvaje. Súbitamente, como singular visión, llegamos a una pequeña y esmerada pradera acurrucada en el regazo de las montañas: agua clara, prado verde, flores silvestres, rumor de ríos y el cielo azul arriba, generosa luz ininterrumpida por ningún follaje.

Allí nos detuvimos como dentro de un círculo mágico, como huéspedes de un recinto sagrado: y mayor condición de sagrada tuvo aun la ceremonia en la que participé. Los vaqueros bajaron de sus cabalgaduras. En el centro del recinto estaba colocada, como en un rito, una calavera de buey. Mis compañeros se acercaron silenciosamente, uno por uno, para dejar unas monedas y algunos alimentos en los

agujeros de hueso. Me uní a ellos en aquella ofrenda destinada a toscos Ulises extraviados, a fugitivos de todas las raleas que encontrarían pan y auxilio en las órbitas del toro muerto. Pero no se detuvo en este punto la inolvidable ceremonia. Mis rústicos amigos se despojaron de sus sombreros e iniciaron una extraña danza, saltando sobre un solo pie alrededor de la calavera abandonada, repasando la huella circular dejada por tantos bailes de otros que por allí cruzaron antes. Comprendí entonces de una manera imprecisa, al lado de mis impenetrables compañeros, que existía una comunicación de desconocido a desconocido, que había una solicitud, una petición y una respuesta aún en las más lejanas y apartadas soledades de este mundo.

Más lejos, ya a punto de cruzar las fronteras que me alejarían por muchos años de mi patria, llegamos de noche a las últimas gargantas de las montañas. Vimos de pronto una luz encendida que era indicio cierto de habitación humana y, al acercarnos, hallamos unas desvencijadas construcciones, unos destartados galpones al parecer vacíos. Entramos a uno de ellos y vimos, al calor de la lumbre, grandes troncos encendidos en el centro de la habitación, cuerpos de árboles gigantes que allí ardían de día y de noche y que dejaban escapar por las hendiduras del techo un humo que vagaba en medio de las tinieblas como un profundo velo azul. Vimos montones de





quesos acumulados por quienes los cuajaron a aquellas alturas. Cerca del fuego, agrupados como sacos, yacían algunos hombres. Distinguimos en el silencio las cuerdas de una guitarra y las palabras de una canción que, naciendo de las brasas y la oscuridad, nos traía la primera voz humana que habíamos topado en el camino. Era una canción de amor y de distancia, un lamento de amor y de nostalgia dirigido hacia la primavera lejana, hacia las ciudades de donde veníamos, hacia la infinita extensión de la vida.

Ellos ignoraban quienes éramos, ellos nada sabían del fugitivo, ellos no conocían mi poesía ni mi nombre. ¿O lo conocían, nos conocían? El hecho real fue que junto a aquel fuego cantamos y comimos, y luego caminamos dentro de la oscuridad hacia unos cuartos elementales. A través de ellos pasaba una corriente termal, agua volcánica donde nos sumergimos, calor que se desprendía de las cordilleras y nos acogió en su seno.

Chapoteamos gozosos, cavándonos, limpiándonos el peso de la inmensa cabalgata. Nos sentimos frescos, renacidos, bautizados, cuando al amanecer emprendimos

los últimos kilómetros de jornadas que me separarían de aquel eclipse de mi patria. Nos alejamos cantando sobre nuestras cabalgaduras, plenos de un aire nuevo, de un aliento que nos empujaba al gran camino del mundo que me estaba esperando. Cuando quisimos dar (lo recuerdo vivamente) a los montañeses algunas monedas de recompensa por las canciones, por los alimentos, por las aguas termales, por el techo y los lechos, vale decir, por el inesperado amparo que nos salió al encuentro, ellos rechazaron nuestro ofrecimiento sin un ademán. Nos habían servido y nada más. Y en ese nada más en ese silencioso nada más había muchas cosas subentendidas, tal vez el reconocimiento, tal vez los mismos sueños.

Señoras y Señores:

Yo no aprendí en los libros ninguna receta para la composición de un poema: y no dejaré impreso a mi vez ni siquiera un consejo, modo o estilo para que los nuevos poetas reciban de mí alguna gota de supuesta sabiduría. Si he narrado en este discurso ciertos sucesos del pasado, si he revivido un nunca olvidado relato en esta ocasión y en este sitio tan diferentes a lo acontecido, es porque en el curso de mi vida he encontrado siempre en alguna parte la aseveración necesaria, la fórmula que me aguardaba, no para endurecerse en mis palabras sino para explicarme a mí mismo.

En aquella larga jornada encontré las dosis necesarias a la formación del poema. Allí me fueron dadas las aportaciones de la tierra y del alma. Y pienso que la poesía es una acción pasajera o solemne en que entran por parejas medidas la soledad y la solidaridad, el sentimiento y la acción, la intimidad de uno mismo, la intimidad del hombre y la secreta revelación de la naturaleza. Y pienso con no menor fe que todo esta sostenido -el hombre y su sombra, el hombre y su actitud, el hombre y su poesía en una comunidad cada

vez más extensa, en un ejercicio que integrará para siempre en nosotros la realidad y los sueños, porque de tal manera los une y los confunde. Y digo de igual modo que no sé, después de tantos años, si aquellas lecciones que recibí al cruzar un vertiginoso río, al bailar alrededor del cráneo de una vaca, al bañar mi piel en el agua purificadora de las más altas regiones, digo que no sé si aquello salía de mí mismo para comunicarse después con muchos otros seres, o era el mensaje que los demás hombres me enviaban como exigencia o emplazamiento. No sé si aquello lo viví o lo escribí, no sé si fueron verdad o poesía, transición o eternidad los versos que experimenté en aquel momento, las experiencias que canté más tarde.

De todo ello, amigos, surge una enseñanza que el poeta debe aprender de los demás hombres. No hay soledad inexpugnable. Todos los caminos llevan al mismo punto: a la comunicación de lo que somos. Y es preciso atravesar la soledad y la aspereza, la incomunicación y el silencio para llegar al recinto mágico en que podemos danzar torpemente o cantar con melancolía; mas en esa danza o en esa canción están consumados los más antiguos ritos de la conciencia: de la conciencia de ser hombres y de creer en un destino común.

En verdad, si bien alguna o mucha gente me consideró un sectario, sin posible participación en la mesa común de la amistad y de la responsabilidad, no quiero justificarme, no creo que las acusaciones ni las justificaciones tengan cabida entre los deberes del poeta. Después de todo, ningún poeta administró la poesía, y si alguno de ellos se detuvo a acusar a sus semejantes, o si otro pensó que podría gastarse la vida defendiéndose de recriminaciones razonables o absurdas, mi convicción es que sólo la vanidad es capaz de desviarnos hasta tales extremos. Digo que los enemigos de la poesía no están entre quienes la profesan o resguardan, sino en la falta de concordancia del poeta. De ahí que

ningún poeta tenga más enemigo esencial que su propia incapacidad para entenderse con los más ignorados y explotados de sus contemporáneos; y esto rige para todas las épocas y para todas las tierras.

El poeta no es un pequeño dios. No, no es un pequeño dios. No está signado por un destino cabalístico superior al de quienes ejercen otros menesteres y oficios. A menudo expresé que el mejor poeta es el hombre que nos entrega el pan de cada día: el panadero más próximo, que no se cree dios. Él cumple su majestuosa y humilde faena de amasar, meter al horno, dorar y entregar el pan de cada día, con una obligación comunitaria. Y si el poeta llega a alcanzar esa sencilla conciencia, podrá también la sencilla conciencia convertirse en parte de una colosal artesanía, de una construcción simple o complicada, que es la construcción de la sociedad, la transformación de las condiciones que rodean al hombre, la entrega de la mercadería: pan, verdad, vino, sueños. Si el poeta se incorpora a esa nunca gastada lucha por consignar cada uno en manos de los otros su ración de compromiso, su dedicación y su ternura al trabajo común de cada día y de todos los hombres, el poeta tomará parte en el sudor, en el pan, en el vino, en el sueño de la humanidad entera. Sólo por ese camino inalienable de ser hombres comunes llegaremos a restituírle a la poesía el anchuroso espacio que le van recortando en cada época, que le vamos recortando en cada época nosotros mismos.

Los errores que me llevaron a una relativa verdad, y las verdades que repetidas veces me condujeron al error, unos y otras no me permitieron -ni yo lo pretendí nunca- orientar, dirigir, enseñar lo que se llama el proceso creador, los vericuetos de la literatura. Pero sí me di cuenta de una cosa: de que nosotros mismos vamos creando los fantasmas de nuestra propia mitificación. De la argamasa de lo que hacemos, o queremos hacer, surgen más tarde los impedimentos

de nuestro propio y futuro desarrollo. Nos vemos indefectiblemente conducidos a la realidad y al realismo, es decir, a tomar una conciencia directa de lo que nos rodea y de los caminos de la transformación, y luego comprendemos, cuando parece tarde, que hemos construido una limitación tan exagerada que matamos lo vivo en vez de conducir la vida a desenvolverse y florecer. Nos imponemos un realismo que posteriormente nos resulta más pesado que el ladrillo de las construcciones, sin que por ello hayamos erigido el edificio que contemplábamos como parte integral de nuestro deber. Y en sentido contrario, si alcanzamos a crear el fetiche de lo incomprensible (o de lo comprensible para unos pocos), el fetiche de lo selecto y de lo secreto, si suprimimos la realidad y sus degeneraciones realistas, nos veremos de pronto rodeados de un terreno imposible, de un tembladeral de hojas, de barro, de libros, en que se hundan nuestros pies y nos ahoga una incomunicación opresiva.

En cuanto a nosotros en particular, escritores de la vasta extensión americana, escuchamos sin tregua el llamado para llenar ese espacio enorme con seres de carne y hueso. Somos conscientes de nuestra obligación de pobladores y -al mismo tiempo que nos resulta esencial el deber de una comunicación crítica en un mundo deshabitado y, no por deshabitado menos lleno de injusticias, castigos y dolores, sentimos también el compromiso de recobrar los antiguos sueños que duermen en las estatuas de piedra, en los antiguos monumentos destruidos, en los anchos silencios de pampas planetarias, de selvas espesas, de ríos que cantan como sueños. Necesitamos colmar de palabras los confines de un continente mudo y nos embriaga esta tarea de fabular y de nombrar. Tal vez ésa sea la razón determinante de mi humilde caso individual: y en esa circunstancia mis excesos, o mi abundancia, o mi retórica, no vendrían a ser sino actos, los más simples, del menester americano de cada día. Cada uno de mis versos quiso instalarse

como un objeto palpable: cada uno de mis poemas pretendió ser un instrumento útil de trabajo: cada uno de mis cantos aspiró a servir en el espacio como signos de reunión donde se cruzaron los caminos, o como fragmento de piedra o de madera con que alguien, otros que vendrán, pudieran depositar los nuevos signos.

Extendiendo estos deberes del poeta, en la verdad o en el error, hasta sus últimas consecuencias, decidí que mi actitud dentro de la sociedad y ante la vida debía ser también humildemente partidaria. Lo decidí viendo gloriosos fracasos, solitarias victorias, derrotas deslumbrantes. Comprendí, metido en el escenario de las luchas de América, que mi misión humana no era otra sino agregarme a la extensa fuerza del pueblo organizado, agregarme con sangre y alma, con pasión y esperanza, porque sólo de esa henchida torrentera pueden nacer los cambios necesarios a los escritores y a los pueblos. Y aunque mi posición levantara o levante objeciones amargas o amables, lo cierto es que no hallo otro camino para el escritor de nuestros anchos y crueles países, si queremos que florezca la oscuridad, si pretendemos que los millones de hombres que aún no han aprendido a leer ni a escribir, que todavía no saben escribir ni escribirnos, se establezcan en el terreno de la dignidad sin la cual no es posible ser hombres integrales.

Heredamos la vida lacerada de los pueblos que arrastran un castigo de siglos, pueblos los más edénicos, los más puros, los que construyeron con piedras y metales torres milagrosas, alhajas de fulgor deslumbrante: pueblos que de pronto fueron arrasados y enmudecidos por las épocas terribles del colonialismo que aún existe.

Nuestras estrellas primordiales son la lucha y la esperanza. Pero no hay lucha ni esperanza solitarias. En todo hombre se juntan las épocas remotas, la inercia, los errores, las

pasiones, las urgencias de nuestro tiempo, la velocidad de la historia. Pero, ¿Qué sería de mí si yo, por ejemplo, hubiera contribuido en cualquiera forma al pasado feudal del gran continente americano? ¿Cómo podría yo levantar la frente, iluminada por el honor que Suecia me ha otorgado, si no me sintiera orgulloso de haber tomado una mínima parte en la transformación actual de mi país? Hay que mirar el mapa de América, enfrentarse a la grandiosa diversidad, a la generosidad cósmica del espacio que nos rodea, para entender que muchos escritores se niegan a compartir el pasado de oprobio y de saqueo que oscuros dioses destinaron a los pueblos americanos.

Yo escogí el difícil camino de una responsabilidad compartida y, antes de reiterar la adoración hacia el individuo como sol central del sistema, preferí entregar con humildad mi servicio a un considerable ejército que a trechos puede equivocarse, pero que camina sin descanso y avanza cada día enfrentándose tanto a los anacrónicos recalcitrantes como a los infatuados impacientes. Porque creo que mis deberes de poeta no sólo me indicaban la fraternidad con la rosa y la simetría, con el exaltado amor y con la nostalgia infinita,

sino también con las ásperas tareas humanas que incorporé a mi poesía.

Hace hoy cien años exactos, un pobre y espléndido poeta, el más atroz de los desesperados, escribió esta profecía: A l'aurore, armés d'une ardente patience, nous entrerons aux splendides villes. (Al amanecer, armados de una ardiente paciencia entraremos en las espléndidas ciudades.)

Yo creo en esa profecía de Rimbaud, el vidente. Yo vengo de una oscura provincia, de un país separado de todos los otros por la tajante geografía. Fui el más abandonado de los poetas y mi poesía fue regional, dolorosa y lluviosa. Pero tuve siempre confianza en el hombre. No perdí jamás la esperanza. Por eso tal vez he llegado hasta aquí con mi poesía, y también con mi bandera.

En conclusión, debo decir a los hombres de buena voluntad, a los trabajadores, a los poetas, que el entero porvenir fue expresado en esa frase de Rimbaud: solo con una ardiente paciencia conquistaremos la espléndida ciudad que dará luz, justicia y dignidad a todos los hombres.

Así la poesía no habrá cantado en vano.

A large, stylized handwritten signature in black ink that reads "Pablo Neruda". The letters are fluid and interconnected, with a prominent 'P' and 'N'.



América como conciencia*

Leopoldo Zea. México (1912-2004)



VI

El mundo colonial americano

29. América, fruto demoníaco

Descubierta y conquistada América, se ofrece a los ojos del europeo un mundo extraño, ajeno a sus puntos de vista. Ante él aparecían hombres y pueblos con otras costumbres y otra concepción del mundo y de la vida. Éstas no cabían dentro de los cuadros de comprensión que le eran familiares. Al no poder comprenderlos de acuerdo con sus puntos de vista empezó por negar a estos pueblos y a estos hombres la calidad de humanos. La medida para esta calificación lo fueron los propios puntos de vista teñidos por su manera de concebir el mundo y la vida que eran distintos a los del mundo indígena. La cultura de estos pueblos será vista, ante sus cristianos ojos, como fruto “demoníaco”. Dios no parecía haber podido

crear un mundo cuyos hábitos y costumbres venían a ser como negación permanente de una moral que él mismo había dictado. Este mundo debería ser obra del “demonio”. Una gran masa de hombres, toda una cultura, es rebajada y negada como humanidad. (1).

Una vez vencidos estos pueblos su conquistador no se preocupó tanto por comprenderlos como por absorberlos, poniéndolos a su servicio. Es cierto que los misioneros cristianos se entregaron al estudio de la vida, costumbres y cultura indígenas; son numerosos los libros que se escriben en este sentido; pero en todos ellos lo que se hace patente es la intención evangelizadora. Se estudia todo eso, no para comprender los puntos de vista del indígena, sino para cambiarlos, para imponerles la concepción del mundo y de la vida propio de sus conquistadores. Se quiere occidentalizar, cristianizar, el mundo conquistado, mediante un supuesto conocimiento de lo que sea esa falsa cultura que sólo pudo haber

* México: UNAM, 1972. 133 pp. (Primera edición: México: Cuadernos Americanos, 1953.)

inspirado el “diablo”. Algunos misioneros más misericordiosos, buscan en esta cultura algún índice de que el cristianismo ha llegado a ella en alguna forma. Pero todo lo que no cabe dentro de la concepción cristiana de la vida tiene que ser destruido y arrasado.

Se destruyen y arrasan todos los templos e ídolos aztecas e incas; todo ese mundo en el cual pueda esconderse el “demonio” que lo ha inspirado. Sobre el mundo arrasado se superponen templos e imágenes cristianos. Sobre cada teocalli azteca se levanta una iglesia cristiana. Y sobre pueblos enteros, como el del Cuzco en Perú, se levantan otros pueblos; apoyándose en las piedras incaicas los palacios de los nuevos señores de occidente. Dos mundos parecen unirse, pero sólo quedan superpuestos.

El hombre occidental no puede comprender la existencia de una cultura que escape a sus puntos de vista que considera universales. No cabe en su mente que pueblo alguno haya escapado a la moral y modo de vida de su providencia. El “demonio”, otras de sus creaciones, deberá estar detrás de este supuesto desvío. Sólo el “demonio” y un designio secreto de la providencia puede justificar la existencia de mundos como el americano. Ella, por así convenir a sus ocultos fines, ha entregado a estos pueblos al “demonio”. Se trata de pueblos en “pecado”, dejados de la mano de Dios, destinados a ser un día rescatados por los cristianos paladines de occidente.

América se presenta, ante los ojos europeos que lo han descubierto y conquistado, como “reo” ante Dios. Pero más que reo ante Dios, lo es ante una cultura con una concepción del mundo y de la vida que le es ajena. Ante esta cultura tendrá que responder del delito o “pecado” de tener otros puntos de vista, otra concepción del mundo y de la vida. Su pecado es haber escapado, por quién sabe cuántos siglos a la acción cosificadora del mundo

occidental. Ahora este mundo le enjuicia y condena. En adelante, si ha de salvarse, si ha de justificarse como trozo de humanidad, tendrá que serlo de acuerdo con los juicios de su vencedor.

En este enjuiciamiento no cabrá apelación. El hombre que se encuentra en esta América, el indígena, no habla, carece de una voz que pueda ser comprendida. Su voz, cuando la tiene, pasa a través de la parcial interpretación que hace de ella el europeo, a través de categorías de comprensión que no son ya las propias. Las historias y relaciones, que sobre la vida y costumbres de este hombre se escriben, van cubriendo su auténtica realidad en vez de explicarla. El sentido que se da a estas historias y relaciones es un sentido siempre subordinado a la interpretación que de su propia cultura tiene el hombre occidental. En esta interpretación la cultura indígena de América pasa a ocupar un papel subordinado a la marcha de la cultura europea. La historia de América se inicia con su descubrimiento y conquista, todo lo anterior no cuenta, es algo “exótico”, sin sentido para la interpretación que le da existencia. La cultura indígena al ser analizada e interpretada con categorías que no le corresponden, pierde su fuerza expresiva y se oculta detrás de ese mundo que le ha sido superpuesto. Detrás de cada cruz, símbolo del dominio occidental, se ocultará el “demonio” de esos pueblos haciéndose reconocer por sus hijos e influyendo secreta, pero poderosamente, en sus conquistadores. Una fuerza muda y sorda, pero terriblemente influyente, se dejará sentir llenando de inquietud al hombre que en ella va a seguir como síntesis de dos mundos superpuestos.

30. América, conquista conquistadora

La interpretación europea sobre la cultura indígena americana justificaba el segundo paso una vez hecho el descubrimiento, el de la Conquista. El Descubrimiento de América tenía un carácter providencial. Era Dios, la



providencia, el que, de acuerdo con sus secretos fines, había permitido el descubrimiento de una tierra que había sido abandonada al “demonio” por espacio de varios siglos. Los motivos que habían movido a la providencia a ocultar este mundo habían cesado al permitir su descubrimiento. Ahora Europa tenía que cumplir su parte: someter a estos pueblos para cristianizarlos; hacerlos entrar en el redil de la cultura universal. Ahora iniciaba América su historia, su conquista era su punto de partida. Todo lo anterior no era historia, había sido una simple pausa de espera. Una espera de redención.

El primer paso de la Conquista sería un enjuiciamiento sobre el hombre conquistado. ¿Quién era este hombre que había permanecido fuera de los lineamientos de la cultura universal? ¿Era un hombre? ¿Era un bruto? ¿Qué clase de hombre es? Con estas preguntas surgen las grandes polémicas en torno a la naturaleza de los indígenas. Allí estaba, americano, en torno a la naturaleza de los indígenas. Allí estaba, entre otros el Padre Las Casas luchando por la humanidad de estos indígenas y Sepúlveda negándoles tal humanidad. En este enjuiciamiento el indígena quedará absuelto al someterse a las

condiciones del mundo occidental; pero todo su pasado, su cultura, será condenado. En el pasado sólo estaba el pecado, su presente y su futuro deberían quedar subordinados a los módulos de la cultura de sus conquistadores. El americano quedó, a partir de este momento, amputado en una de las dimensiones de lo humano.

Sin embargo, este hombre con todo un mundo a cuestas del que no podría arrancar condena alguna, actuará secretamente. Su cultura se dejará sentir ocultamente, por debajo de ese mundo que sobre sus ruinas empieza a ser construido. Sus conquistadores empiezan a sentirse en falso, la seguridad de que hacían gala empiezan a fallarles; ya no le satisface sentirse representantes herederos de una cultura que consideraban ecuménica. Algo hay en la tierra conquistada que les arraiga y les hace ver ese mundo que les era propio como algo que se va convirtiendo en extraño. Se inicia en ellos esa lucha que habrá de continuarse y caracterizar el ser del hombre de este Nuevo Mundo. Ya no se sienten europeos, pero se resisten a ser semejantes a los hombres de estas tierras. Se sienten alejados del hombre de la metrópoli sin sentirse semejantes al de la Colonia. Hay



en esta tierra algo que les seduce, un demonio interior que empieza a dominarlos; pero algo que no aciertan a explicar ni comprender con sus categorías. Desde un punto de vista objetivo han conquistado a estos pueblos imponiéndoles su lengua, religión y todas las formas de su cultura; pero en su interior sienten que todo esto, lejos de imponerse, va siendo transformado, se puede decir, conquistado; al tocar estas tierras se transforma, ya no semeja a lo que es equivalente en el mundo de que provienen. El mundo cultural europeo se va cambiando al tocar el mundo que parece haber conquistado; más que imponerse se va transformando y semejando a ese mundo que ha tratado vanamente de cubrir. Lo americano va imponiendo su sello subterráneamente. Desde un punto de vista formal sigue siendo expresión de la cultura dominante; pero su contenido es ya otro.

El europeo que ha conquistado a América, que ha impuesto a sus indígenas sus hábitos y costumbres, siente ya que todo esto se encuentra simplemente superpuesto. Frente a él desfilan otros hombres que sabe y siente distintos. Estos hombres no tienen ya voz alguna, permanecen frente a él mudos y callados; pero en sus ojos parece, a veces, asomarse ese “demonio” que se creía vencido. A veces estos hombres hablan, pero lo hacen en la lengua que les ha sido impuesta o interpretados por ella. Sin embargo ya las palabras van tomando otro sentido; no dicen lo mismo que dicen en su lugar de origen. Estos hombres practican también una religión que ya no es la de sus mayores; sin embargo, la devoción que ponen es esta religión que les ha sido impuesta y sus ritos parecen más bien propios de ese mundo enterrado que no del mundo que creía haberlos conquistado. El cristiano difícilmente podrá reconocer como propia la interpretación que dan a esa religión los indígenas.

El mundo indígena que había sido arrasado y destruido empieza a surgir subterráneamente. Los ídolos e idolillos que, junto con los templos, habían sido enterrados, surgen sonrientes y burlones en los adornos de los nuevos templos cristianos. En los frisos, columnas y cornisas dejan ver sus diabólicas carillas. Penetran en los templos disfrazados con las figuras angelicales que adornan sus cúpulas y techos. Sus muecas se dejan sentir debajo del oro de los extraños retablos. Aparecen en los cristos y santos a los cuales se rinde una no menos extraña devoción. En las fiestas religiosas, el mundo “demoníaco” condenado por el europeo, vuelve a resurgir. La misma muerte cambia de signo: ya no es la muerte del cristiano en cuya preparación debe entregar toda su vida. Ahora la muerte toma caracteres, como lo toma especialmente en el mexicano, incomprensibles para el europeo. La muerte no es ya la vencedora, la vencida parece ser ella al convertirse en algo cotidiano, tan cotidiano como la juguetería

con la cual los niños pueden divertirse sin temer a sus descarnadas muecas. Todo esto lo ve y siente el europeo que ha conquistado un mundo que siente empieza a conquistarle. Se siente atraído por este mundo, envuelto, como hipnotizado por él. Al sentir esto, siente también que se pierde; siente que abandona o es abandonado por esa cultura que hasta ayer consideraba como la única y a nombre de la cual condenaba a otras que no se le semejaban. Se inicia con el conquistador ese forcejeo que habrán de heredar sus hijos y los hijos de sus hijos.

El conquistador, como más tarde sus hijos, empieza a sentirse inferior por sentirse distinto del mundo en cuyas formas había sido formado. Se siente inferior porque teme quedar fuera del mundo que hasta ahora ha considerado como lo universal por excelencia. Su obra no es ya semejante a la realizada por esta cultura, algo interno e inevitable hace que sea distinta. Pero no se atreve a intentar una auténtica comprensión de este hecho, sino que enjuicia estos hechos de acuerdo con los módulos de comprensión que trae consigo y hace que tomen sus hijos. En estos juicios esa cultura propia del nuevo hombre americano es siempre reducida y negada por encontrársela inferior a lo que se empeñe sea siempre su modelo.

31. Conquista de llanura y conquista de altiplano

Las formas de colonización en América van a derivarse, en una buena parte, de las formas de contacto entre los conquistadores y los pueblos conquistados. En este aspecto cabe hacer una distinción entre las formas de dominación realizadas por el europeo que conquistó el Norte de América y una parte del Sur y el que conquistó la parte que forma el altiplano americano. Tanto el europeo que conquistó Norteamérica como el que conquistó las llanuras de la América del Sur, tropezaron con pueblos indígenas

nómadas y, por lo mismo, con una cultura rudimentaria. En cambio el que conquistó la altiplanicie americana, formada en la actualidad por naciones como México, Perú, Colombia, Ecuador y Bolivia, se encontró con grupos indígenas sedentarios con un alto grado de cultura. Los pueblos con los cuales se encontró el europeo en las alturas americanas eran dueños de una cultura muy avanzada. Su organización social alcanzaba un grado tan elevado que causó no poca sorpresa a sus conquistadores.

La diversa situación de dos pueblos indígenas con los cuales se tropezó el europeo originó también una diversa forma de dominio sobre estos pueblos. El conquistador de las llanuras, de los territorios que ahora forman los Estados Unidos de Norteamérica y parte de la Argentina y el Uruguay, tuvieron que ir desalojando a sus nómadas pobladores indígenas palmo a palmo, hasta su casi completo exterminio. Mientras los conquistadores del altiplano no hicieron otra cosa que adaptar su dominio a las formas culturales y sociales con las cuales se encontraron. Estas formas sociales no fueron destruidas como lo fueron otras expresiones de la cultura indígena, todo lo contrario, se adaptaron a ellas poniéndolas al servicio de sus intereses. Simplemente cambiaron los signos de estas formas. Los señores indígenas fueron cambiados por señores blancos. Se realizó la superposición de que aquí se ha hablado. Sobre el indígena se colocó el español estableciendo servidumbre. No necesitó exterminarlo, lo puso a su servicio. Una gran masa de hombres quedó así convertida en instrumento de explotación.

En la llanura no sucedió lo mismo, aquí el europeo se vio obligado a valerse de sus propias fuerzas, de sus propias manos, para explotar su medio. En el altiplano el trabajo físico, material, se convirtió en trabajo para siervos; lo realizó el indígena. En la llanura no, en ella su conquistador se vio obligado, al faltarle brazos ajenos, a servirse de los

propios. En una parte de América el trabajo material se convirtió en motivo de afrenta, “cosa de indios”; mientras en otra fue motivo de orgullo; un símbolo de ésta lo fue el self made man norteamericano, así como los altivos forjadores de la nación Argentina que, en nombre de la “civilización” se enfrentaron a la “barbarie” en la que se expresaban esas formas de organización propias del conquistador del altiplano. De estas dos formas de enfrentarse al mundo conquistado habrán de derivarse dos modos de ser y de sentir la vida en el americano.

32. La América como baluarte del mundo en ocaso

América, se ha dicho ya, fue descubierta en el momento en que la cultura occidental sufría una de sus más grandes crisis. Un nuevo tipo de hombre se enfrenta a viejas concepciones del mundo y de la vida, las que hemos simbolizado con el nombre de Cristiandad (2). Modernidad contra Cristiandad, son los contendientes. A la América que se ha llamado hispana llegarán los representantes de ese mundo que en Europa se encuentra en retirada. Algo hay en ellos de cruzados, además de aventureros. En el Norte, por el contrario, irán llegando los perseguidos por sus nuevas ideas, los representantes del Mundo Moderno que terminará por triunfar. Surgen así dos Américas, una de las cuales, la nuestra, la hispana encerrará en su conciencia toda serie de conflictos de que ya hemos hablado, y que no podrían ser igualmente señalados en el americano del Norte.

El pueblo europeo encargado de colonizar esta parte de América fue España. Pero una España que había llegado a su máximo apogeo como campeona de una causa y que empezaba su decadencia. En Europa era el pueblo paladín de la causa que está siendo vencida en todos los campos de la lucha que se ha entablado entre la Cristiandad y la Modernidad. España, que tiene en sus manos un

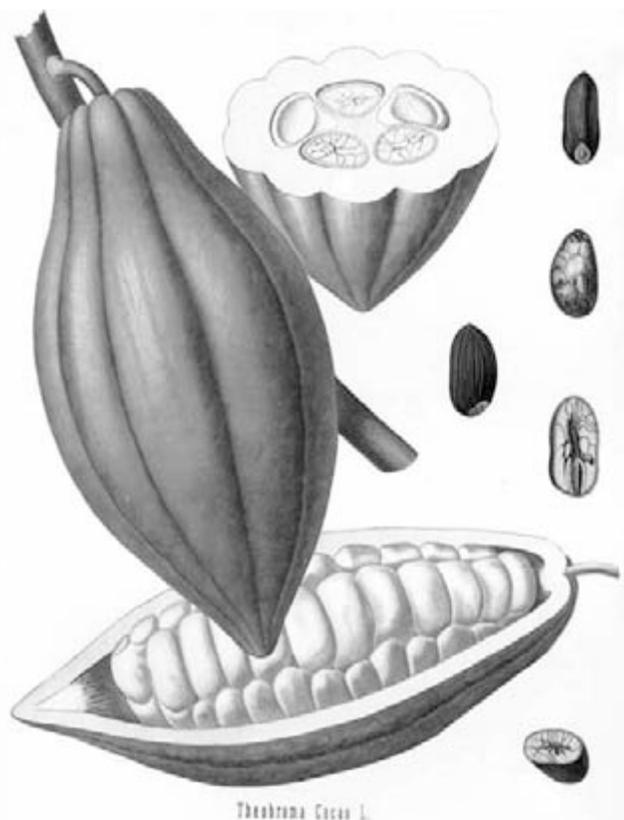
inmenso imperio por colonizar, ha perdido la batalla en Europa. Otra nación, Inglaterra, campeona de la nueva causa de Europa, la ha vencido. Nuevas formas de vida y concepción del mundo conquistan toda Europa. España, no pudiendo reconquistar a Europa para la causa católica cerrará sus fronteras culturales y, dentro de ellas, queda encerrada la América que el destino le ha deparado para su colonización.



La América hispana queda así convertida en uno de los últimos baluartes del mundo que en Europa ha entrado en el ocaso. España hace de ella un baluarte bien cerrado y defendido para que no entre en él la semilla destructora del Modernismo que ha invadido y corrompido el Viejo Mundo. La construcción de este baluarte es obra de la Colonia. España impone a la América un cerco político y social y la Iglesia católica un cerco mental. Lógica será la correlación entre ambos cercos.

España y la Iglesia católica saben que todo orden social que se establezca en la América dependerá, en todo caso, de la mentalidad de sus asociados. Para que un orden social y político pueda ser estable será menester educar, ante todo, a sus individuos en el respeto de este orden. El orden de la Colonia depende, así, de un orden mental previo.

En el campo cultural España impone a la



América una filosofía que es propia del mundo que ha sido puesto en crisis: la escolástica. Pero no es ya la filosofía escolástica creadora de un Tomás de Aquino, ni tan siquiera la renovada filosofía de un Suárez. La filosofía que se impone oficialmente en estas tierras de América es una filosofía anquilosada, endurecida en la defensa de los intereses y fines del Mundo Medieval en pugna con el Modernismo. Ya no es la filosofía creadora de un orden ecuménico, sino la defensora de

un orden que se derrumba en torno suyo. Ya no afirma creando, simplemente se conforma con decir “no” a todo lo contrario al orden de que es una expresión.

La idea de orden medieval creada por la escolástica será impuesta en la mente de los americanos de esta parte de América bajo su dominio. Con esta idea se impuso también el respeto y sumisión al orden teocrático representado por España. Se estableció un modo de pensar de acuerdo con el cual se formaron súbditos fieles de la teocracia española y creyentes, no menos fieles, del credo que la justificaba. El Santo Oficio cuidaba muy bien de que el orden mental impuesto no fuese alterado. De esta tutela habrán de surgir también muchos de los complejos que aquejarán al americano.

33. El mundo colonial de la América Hispana

Debido a estas circunstancias muchas de las fuerzas creadoras del americano quedaron inéditas, subordinándose a los intereses defendidos por la metrópoli española y a los intereses personales que dentro de la Colonia fueron creados. El cerco mental, establecido en defensa de la concepción católica del mundo representada por España, frustrará todo esfuerzo creador en el campo de la alta cultura, anulando todo lo que pudiera parecer audacia por salirse de los cuadros de la ortodoxia impuesta por la Iglesia. La pintura, la poesía, la literatura y todas las formas de las llamadas bellas artes, así como la filosofía, permanecen dentro de las fronteras marcadas por la ortodoxia establecida.

El barroquismo vino a ser la única salida del espíritu creador de esta América. Mediante el barroco, el espíritu creador del americano de estas latitudes, escapó a una realidad que le había sido impuesta. El barroco le permitió negar este mundo impuesto burlándose de él y despreciándolo. Creó, pero negando,

eludiendo. No podía afirmar porque sabía que toda afirmación era inmediatamente sometida a la prueba de la ortodoxia.

Pero también la escolástica impidió al americano la salida creadora de la ciencia. La de esa ciencia que había triunfado en el campo de lo experimental. Este tipo de ciencia era ajeno a la escolástica que seguía sosteniendo la idea aristotélica y tomista sobre la misma. La nueva ciencia se encuentra en contradicción con la religión, tal es lo que establecerán los escolásticos de la Colonia. La revelación predomina siempre sobre la explicación. La fe sobre la razón. Es más, la misma situación social de la Colonia hace innecesario este tipo de ciencia. El individuo no tiene por qué esforzarse en arrancar a la naturaleza sus secretos. No tiene necesidad de técnicas que hagan más productivo su trabajo. Este tipo de trabajo es realizado por el indígena. Para vivir como gran señor bastan los frutos de la tierra y el oro y la plata que los brazos del indígena pueden hacer brotar. Cualquier otra ambición será caer en la soberbia incontenible y satánica que contamina a los pueblos de Europa corrompidos por la nueva filosofía.

El hombre de esta América, que se forma dentro de esta situación, lo encuentra, así,

todo hecho: religión, política, sociedad, arte, filosofía, etcétera. Sus impulsos creadores tendrán que buscar otra salida. Tendrán que desviarse por el campo de la imaginación, por el campo de la utopía. El futuro, el mañana, le sirve para escapar a una realidad en la que nada tiene que ser, esa realidad de la cual, más tarde, no estará dispuesto a responder. El mundo cultural con el cual se encuentra lo siente superpuesto, como una gruesa capa que algún día tendrá que romper, como un muro que será menester taladrar. La oportunidad para realizar esto se le dará el futuro. Español, hasta los huesos, sentirá la cultura española como algo ajeno y buscará la mejor oportunidad para poder negarla. Todo ese mundo en el cual se ha formado se le presentará como lo accidental por excelencia. Como lo que no puede ser porque nunca ha querido serlo; como algo accidental y, por lo mismo, innecesario e insubstancial.

Notas

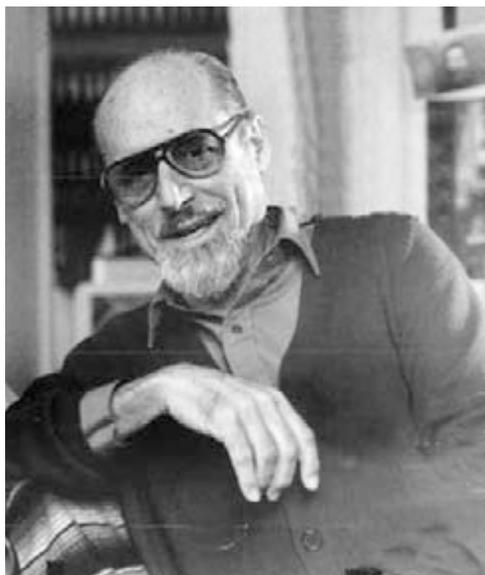
- (1) Véase el libro de Luis Villoro, en que se hace esta interpretación, *Los grandes momentos del indigenismo en México*. México: El Colegio de México, 1950.
- (2) Ver mi libro titulado *La conciencia del hombre en la filosofía*. México: Imprenta Universitaria, 1952.



Calibán

Apuntes sobre la cultura de nuestra América*

Roberto Fernández Retamar. La Habana, 1930



Una pregunta

Un periodista europeo, de izquierda, por más señas, me ha preguntado hace unos días: “¿Existe una cultura latinoamericana?” Conversábamos, como es natural, sobre la reciente polémica en torno a Cuba, que acabó por enfrentar, por una parte, a algunos intelectuales burgueses europeos (o aspirantes a serlo), con visible nostalgia colonialista; y por otra, a la plana mayor de los escritores y artistas latinoamericanos que rechazan las formas abiertas o veladas de coloniaje cultural y político. La pregunta me pareció revelar una de las raíces de la polémica, y podría

enunciarse también de esta otra manera: “¿Existen ustedes?” Pues poner en duda nuestra cultura es poner en duda nuestra propia existencia, nuestra realidad humana misma, y por tanto estar dispuestos a tomar partido en favor de nuestra irremediable condición colonial, ya que se sospecha que no seríamos sino eco desfigurado de lo que sucede en otra parte. Esa otra parte son, por supuesto, las metrópolis, los centros colonizadores, cuyas “derechas” nos esquilmaron, y cuyas supuestas “izquierdas” han pretendido y pretenden orientarnos con piadosa actitud. Ambas cosas, con el auxilio de intermediarios locales de variado pelaje.

* Roberto Fernández Retamar. *Caliban. Apuntes sobre la cultura en nuestra América*. Editorial Anteo. Bogotá 1972



Miranda, Próspero y Calibán

Si bien este hecho, de alguna manera, es padecido por todos los países que emergen del colonialismo -esos países nuestros a los que esforzados intelectuales metropolitanos han llamado torpe y sucesivamente barbarie, pueblos de color, países subdesarrollados, tercer mundo-, creo que el fenómeno alcanza una crudeza singular al tratarse de la que Martí llamó “nuestra América mestiza”. Aunque puede fácilmente defenderse la indiscutible tesis de que todo hombre es un mestizo, e incluso toda cultura; aunque esto parece especialmente válido en el caso de las colonias, sin embargo, tanto en el aspecto étnico como en el cultural es evidente que los países capitalistas alcanzaron hace tiempo una relativa homogeneidad en este orden. Casi ante nuestros ojos se han realizado algunos reajustes: la población blanca de los Estados Unidos (diversa, pero de común origen europeo) exterminó a la población aborigen y echó a

un lado a la población negra, para darse por encima de divergencias esa homogeneidad, ofreciendo así el modelo coherente que sus discípulos, los nazis, pretendieron aplicar incluso a otros conglomerados europeos, pecado imperdonable que llevó a algunos burgueses a estigmatizar en Hitler, lo que aplaudían como sana diversión dominical en westerns y películas de Tarzán. Esos filmes proponían al mundo -incluso a quienes estamos emparentados con esas comunidades agredidas y nos regocijábamos con la evocación de nuestro exterminio- el monstruoso criterio racial que acompaña a los Estados Unidos desde su arrancada hasta el genocidio en Indochina. Menos a la vista el proceso (y quizás, en algunos casos, menos cruel), los otros países capitalistas también se han dado una relativa homogeneidad racial y cultural, por encima de divergencias internas.

Tampoco puede establecerse un acercamiento necesario entre mestizaje y mundo colonial. Este último es sumamente complejo,[1] a pesar de básicas afinidades estructurales, y ha incluido países de culturas definidas y milenarias, algunos de los cuales padecieron (o padecen) la ocupación directa -la India, Vietnam- y otros la indirecta -China-; países de ricas culturas menos homogéneos políticamente, y que han sufrido formas muy diversas de colonialismo -el mundo árabe-; países, en fin, cuyas osamentas fueron salvajemente desarticuladas por la espantosa acción de los europeos -pueblos del África negra-, a pesar de lo cual conservan también cierta homogeneidad étnica y cultural: hecho este último, por cierto, que los colonialistas trataron de negar criminal y vanamente. En estos pueblos, en grado mayor o menor, hay mestizaje, por supuesto, pero es siempre accidental, siempre al margen de su línea central de desarrollo.

Pero existe en el mundo colonial, en el planeta, un caso especial: una vasta zona para la cual el mestizaje no es el accidente, sino la esencia, la línea central: nosotros, *nuestra América Mestiza*. Martí, que tan admirablemente conocía el idioma, empleó este adjetivo preciso como la señal distintiva de nuestra cultura, una cultura de descendientes de aborígenes, de africanos, de europeos -étnica y culturalmente hablando-. En su “Carta de Jamaica” (1815), el Libertador Simón Bolívar había proclamado: “Nosotros somos un pequeño género humano: poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias”; y en su mensaje al Congreso de Angostura (1819), añadió:

Tengamos en cuenta que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del norte, que más bien es un compuesto de África y de América que una emanación de Europa; pues que hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter. Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos.

La mayor parte del indígena se ha aniquilado; el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres, diferentes en origen y en sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis; esta desemejanza, trae un reato de la mayor transcendencia.

Ya en este siglo, en un libro confuso como suyo, pero lleno de intuiciones (*La raza cósmica*, 1925), el mexicano José Vasconcelos señaló que en la América latina se estaba forjando una nueva raza, “hecha con el tesoro de todas las anteriores, la raza final, la raza cósmica”. [2] Este hecho único está en la raíz de incontables malentendidos. A un euronorteamericano podrán entusiasmarlo, dejarlo indiferente o deprimirlo las culturas china o vietnamita o coreana o árabe o africanas, pero no se le ocurriría confundir a un chino con un noruego, ni a un bantú con un italiano; ni se le ocurriría preguntarles si existen. Y en cambio, a veces a algunos latinoamericanos se los toma como aprendices, como borradores o como desvaídas copias de europeos, incluyendo entre éstos a los blancos de lo que Martí llamó “la América europea”; así como a nuestra cultura toda se la toma como un aprendizaje, un borrador o una copia de la cultura burguesa europea (“una emanación de Europa”, como decía Bolívar): este último error es más frecuente que el primero, ya que confundir a un cubano con un inglés o a un guatemalteco con un alemán suele estar estorbado por ciertas tenacidades étnicas; parece que los rioplatenses andan en esto menos diferenciados étnica aunque no culturalmente. Y es que en la raíz misma está la confusión, porque descendientes de numerosas comunidades indígenas, africanas, europeas, tenemos, para entendernos, unas pocas lenguas: las de los colonizadores. Mientras otros coloniales o ex coloniales, en medio de metropolitanos, se ponen a hablar entre sí en su lengua, nosotros, los latinoamericanos, seguimos con

nuestros idiomas de colonizadores. Son las lenguas francas capaces de ir más allá de las fronteras que no logran atravesar las lenguas aborígenes ni los créoles. Ahora mismo, que estamos discutiendo, que estoy discutiendo con esos colonizadores, ¿de qué otra manera puedo hacerlo sino en una de sus lenguas, que es ya también nuestra lengua, y con tanteos de sus instrumentos conceptuales, que también son ya nuestros instrumentos conceptuales? No es otro el grito extraordinario que leímos en una obra del que acaso sea el más extraordinario escritor de ficción que haya existido. En *La tempestad*, la obra última de William Shakespeare, el deforme Calibán, a quien Próspero robara su isla, esclavizara y enseñara el lenguaje, lo increpa: “Me enseñaste el lenguaje, y de ello obtengo / El saber maldecir. ¡La roja plaga / Caiga en ti, por habérmelo enseñado!” (You taught me language, and my profit on't / Is I know

how to curse. The red plague rid you / For learning me your language!) (*La Tempestad*, acto 1, escena 2).

Notas

- [1] Cf. Ives Lacoste: *Les pays sous-développés*, París, 1959. esp. p. 82-4.
- [2] Un resumen sueco de lo que se sabe sobre esta materia se encontrará en el estudio de Magnus Morner *La mezcla de razas en la historia de América Latina*, trad., revisada por el autor, de Jorge Piatigorsky, Buenos Aires, 1969. Allí se reconoce que “ninguna parte del mundo ha presenciado un cruzamiento de razas tan gigantesco como el que ha estado ocurriendo en América Latina y en el Caribe (¿por qué esta división?) desde 1492”, p. 15. Por supuesto, lo que me interesa en estas notas no es el irrelevante hecho biológico de las “razas”, sino el hecho histórico de las “culturas”: v. Claude LéviStrauss: *Race et histoire* (1952), París, 1968, *passim*.



Calibán

Ni derechos ni humanos*

Eduardo Galeano. Uruguay 1940



Si la maquinaria militar no mata, se oxida. El presidente del planeta anda paseando el dedo por los mapas, a ver sobre qué país caerán las próximas bombas. Ha sido un éxito la guerra de Afganistán, que castigó a los castigados y mató a los muertos; y ya se necesitan enemigos nuevos.

Pero nada tienen de nuevo las banderas: la voluntad de Dios, la amenaza terrorista y los derechos humanos. Tengo la impresión de que George W. Bush no es exactamente el tipo de traductor que Dios elegiría, si tuviera algo que decirnos; y el peligro terrorista resulta cada vez menos convincente como coartada del terrorismo militar. ¿Y los dere-

chos humanos? ¿Seguirán siendo pretextos útiles para quienes los hacen puré?

Hace más de medio siglo que las Naciones Unidas aprobaron la Declaración Universal de los Derechos Humanos, y no hay documento internacional más citado y elogiado.

No es por criticar, pero a esta altura me parece evidente que a la Declaración le falta mucho más que lo que tiene. Por ejemplo, allí no figura el más elemental de los derechos, el derecho a respirar, que se ha hecho impracticable en este mundo donde los pájaros tosen. Ni figura el derecho a caminar, que ya ha pasado a la categoría de hazaña ahora

* Palabras pronunciadas por el escritor uruguayo al recibir el Doctorado Honoris Causa de la Universidad del Comahue por su contribución a los derechos humanos y a la identidad cultural.

que solo quedan dos clases de peatones, los rápidos y los muertos. Y tampoco figura el derecho a la indignación, que es lo menos que la dignidad humana puede exigir cuando se la condena a ser indigna, ni el derecho a luchar por otro mundo posible cuando se ha hecho imposible el mundo tal cual es.

En los 30 artículos de la Declaración, la palabra libertad es la que más se repite. La libertad de trabajar, ganar un salario justo y fundar sindicatos, pongamos por caso, está garantizada en el artículo 23. Pero son cada vez más los trabajadores que no tienen, hoy por hoy, ni siquiera la libertad de elegir la salsa con la que serán comidos. Los empleos duran menos que un suspiro, y el miedo obliga a callar y obedecer: salarios más bajos, horarios más largos, y a olvidarse de las vacaciones pagas, la jubilación y la asistencia social y demás derechos que todos tenemos, según aseguran los artículos 22, 24 y 25. Las instituciones financieras internacionales, las Chicas Superpoderosas del mundo contemporáneo, imponen la *flexibilidad laboral*, eufemismo que designa el entierro de dos siglos de conquistas obreras. Y las grandes empresas multinacionales exigen acuerdos *union free*, libres de sindicatos, en los países que entre sí compiten ofreciendo mano de obra más sumisa y barata. 'Nadie será sometido a esclavitud ni a servidumbre en cualquier forma', advierte el artículo 4. Menos mal.

No figura en la lista el derecho humano a disfrutar de los bienes naturales, tierra, agua, aire, y a defenderlos ante cualquier amenaza. Tampoco figura el suicida derecho al exterminio de la naturaleza, que por cierto ejercitan, y con entusiasmo, los países que se han comprado el planeta y lo están devorando.

Los demás países pagan la cuenta. Los años noventa fueron bautizados por las Naciones Unidas con un nombre dictado por el humor negro: *Década Internacional para la Reducción de los Desastres Naturales*. Nunca el mundo ha

sufrido tantas calamidades, inundaciones, sequías, huracanes, clima enloquecido, en tan poco tiempo. ¿Desastres 'naturales'? En un mundo que tiene la costumbre de condenar a las víctimas, la naturaleza tiene la culpa de los crímenes que contra ella se cometen.

'Todos tenemos derecho a transitar libremente', afirma el artículo 13. Entrar, es otra cosa. Las puertas de los países ricos se cierran en las narices de los millones de fugitivos que peregrinan del Sur al Norte, y del Este al Oeste, huyendo de los cultivos aniquilados, los ríos envenenados, los bosques arrasados, los precios arruinados, los salarios enanizados. Unos cuantos mueren en el intento, pero otros consiguen colarse por debajo de la puerta. Una vez adentro, en el paraíso prometido, ellos son los menos libres y los menos iguales.

'Todos los hombres nacen libres e iguales en dignidad y derechos', dice el artículo 1. Que nacen, puede ser; pero a los pocos minutos se hace el aparte. El artículo 28 establece que 'todos tenemos derecho a un justo orden social e internacional'. Las mismas Naciones Unidas nos informan, en sus estadísticas, que cuanto más progresa el progreso, menos justo resulta. El reparto de los panes y los peces es mucho más injusto en Estados Unidos o en Gran Bretaña que en Bangla Desh o Ruanda. Y en el orden internacional, también los numeritos de las Naciones Unidas revelan que diez personas poseen más riqueza que toda la riqueza que producen 54 países sumados. Las dos terceras partes de la humanidad sobreviven con menos de dos dólares diarios, y la brecha entre los que tienen y los que necesitan se ha triplicado desde que se firmó la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Crece la desigualdad, y para salvaguardarla crecen los gastos militares. Obscenas fortunas alimentan la fiebre guerrera y promueven la invención de demonios destinados a jus-



tificarla. El artículo 11 nos cuenta que `toda persona es inocente mientras no se pruebe lo contrario`. Tal como marchan las cosas, de aquí a poco será culpable de terrorismo toda persona que no camine de rodillas, aunque se pruebe lo contrario.

La economía de guerra multiplica la prosperidad de los prósperos y cumple funciones de intimidación y castigo. Y a la vez irradia sobre el mundo una cultura militar que sacraliza la

violencia ejercida contra la gente `diferente`, que el racismo reduce a la categoría de sub-gente. `Nadie podrá ser discriminado por su sexo, raza, religión o cualquier otra condición`, advierte el artículo 2, pero las nuevas superproducciones de Hollywood, dictadas por el Pentágono para glorificar las aventuras imperiales, predicán un racismo clamoroso que hereda las peores tradiciones del cine. Y no solo del cine. En estos días, por pura casualidad, cayó en mis manos una

revista de las Naciones Unidas de noviembre del 86, edición en inglés del Correo de la UNESCO. Allí me enteré de que un antiguo cosmógrafo había escrito que los indígenas de las Américas tenían la piel azul y la cabeza cuadrada. Se llamaba, créase o no, John of Hollywood.

La Declaración proclama, la realidad traiciona. `Nadie podrá suprimir ninguno de estos derechos`, asegura el artículo 30, pero hay alguien que bien podría comentar: `¿No ve que puedo?` Alguien, o sea: el sistema universal de poder, siempre acompañado

por el miedo que difunde y la resignación que impone.

Según el presidente Bush, los enemigos de la humanidad son Irak, Irán y Corea del Norte, principales candidatos para sus próximos ejercicios de tiro al blanco. Supongo que él ha llegado a esa conclusión al cabo de profundas meditaciones, pero su certeza absoluta me parece, por lo menos, digna de duda. Y el derecho a la duda es también un derecho humano, al fin y al cabo, aunque no lo mencione la Declaración de las Naciones Unidas.



Memoria e identidad: algunas notas histórico-culturales*

(Fragmento)

Elena Poniatowska. México 1933



Nuestra percepción del mundo tiene poco que ver con la europea o con la norteamericana, compuesta, antes que nada con emigraciones de Europa, y sólo ahora, cuando empiezan a ser tomados en cuenta culturalmente los chicanos, los antiguos mexicanos antes dueños del territorio al norte del río Bravo, y todos aquellos espaldamojadas del continente que arrieros son y en el camino van, llegan a los Estados Unidos para quedarse y no regresan a su país de origen, los *hispanics*, los *wetbacks*, los latinos, es cuando se analiza este fenómeno que está por darnos su propia definición de latinidad. Otro fenómeno latinoamericano es el exilio,

los escritores que se han visto obligados a salir por las dictaduras en su país, Onetti, Benedetti, Galeano, Cristina Peri Rossi, David Viñas, han vivido en España, José Donoso el chileno, también. Uruguay quien cuenta con tres millones de habitantes y ha perdido a 600 mil, 700 mil argentinos fuera de Buenos Aires (México ha recibido a miles de refugiados, fue el primero en abrirle la puerta a los chilenos después de Allende: Argentinos, uruguayos, salvadoreños, guatemaltecos, encuentran trabajo y sustento aquí, y, hace años que vive entre nosotros el poeta y crítico de arte Luis Cardoza y Aragón que no puede regresar a Guatemala porque lo matarían como mataron

* Tomado de *Nuestra América frente al V Centenario*. Editorial El Búho. Bogotá 1992

a Alaide Foppa), en fin, todo ello configura un perfil de la latinidad; el de aquellos que se ven obligados a abandonar su país por las circunstancias políticas, como muchos lo abandonan por lo que llaman “la necesidad”, la necesidad sinónimo de hambre y también del fracaso de la política porque en última instancia son emigrados políticos porque su gobierno no les ha ofrecido nada, ni la Reforma Agraria, ni empleos, ni derechos civiles. ¿En qué consiste, entonces, nuestro latinoamericanismo? Obviamente en donde mejor se hace visible es en la mirada de los otros, la europea primero, que nos diferenció, y a cuya familia aspiramos a pertenecer durante la primera mitad del siglo -me refero naturalmente a la literatura- y de la cual venturosamente nos independizamos, y hoy por hoy, en la mirada propia, la que nosotros lanzamos sobre nuestra propia hambre, represión y miseria, el militarismo, la ideología, y esa nueva forma de tortura que es propiamente latinoamericana, la desaparición que nos borra de la faz de la tierra como borró a los argentinos Haroldo Conti y Rodolfo Walsh.

De la importancia totalizadora de los escritores, ya sea en términos de lo real maravilloso o de lo real espantoso, da fe también el hecho de que a los grandes escritores se les llame para ocupar puestos públicos. Han sido presidentes de su país Rómulo Gallegos y Juan Bosh. Ernesto Cardenal fue Ministro de Cultura de Nicaragua. A Gabriel García Márquez se le ha propuesto la presidencia de su país en varias ocasiones y ha declinado con la misma guayabera con que recibió el Nobel. Varias veces nuestros gobiernos consecutivos le han ofrecido a Octavio Paz puestos oficiales y se ha mencionado su nombre así como el de Carlos Fuentes al frente de la Secretaría de Relaciones Exteriores, siguiendo la tradición de escritores diplomáticos a lo largo de la historia de América Latina, Alfonso Reyes, Pablo Neruda, Enrique González Martínez, Miguel Ángel Asturias. Hoy mismo Mario Vargas Llosa quiere ser

candidato a la presidencia de la República del Perú, y si ahora triunfara el cardenismo en México seguramente Carlos Monsiváis sería nombrado Secretario del Interior o Jefe de la Policía. Uno se pregunta: “¿real maravilloso o real espantoso?”.

Por la palabra se ha unificado a América Latina desde el Río Bravo hasta Tierra de Fuego, por la palabra guardamos memoria y la palabra ha sido instrumento de lucha, la palabra nos ha hecho reír, y la palabra se ha levantado en contra del silencio y en contra del sufrimiento. Lo más entrañable que se de América Latina lo se por sus escritores, sus cineastas, sus fotógrafos, sus pintores, sus escultores, sus músicos, sus coreógrafos, sus bailarines. Lo más deprimente lo se por sus políticos y sus presidentes.

Para empezar a cantar pido permiso primero y ruego que me perdonen por estos apuntes que a imagen de América Latina, lanzo al azar, como ella lanza sus penas al viento (al menos así dice la canción). Aun no formamos un bloque sólido de pensamiento, pero creo que vamos hacia una literatura en América Latina en la que ya no será Enrique Molina el que cuente la vida de Camila O’Gorman y su amante el sacerdote Ladislao Gutiérrez fusilado por orden del dictador Rosas, sino la historia contada por las mismas monjas, los mismos sacerdotes de la Teología de la Liberación, ya no será José María Arguedas quien integre a los indios en su relato sino que hablarán los indios mismos sin necesidad de Ricardo Pozas, a través de Juan Pérez Jolote. No será Manuel Scorza quien los vengue sino ellos mismos al ponerse a nombrar las cosas de América Latina, pero no para que Europa las reconozca sino para establecer nuestro propio inventario. Sábato, Galeano, lanzan los puentes. A Marta Traba en su *Homérica Latina* la posee la multitud y a través de su boca habla todo un pueblo, la masa informe y desgarrada sobre la que recaen todas las desgracias y todas las bendiciones papales, la

carne de cañón. Por eso tiene hoy, al menos en México, más fuerza la crónica porque en ella, Carlos Monsiváis, José Joaquín Blanco, Saborit y Bellinghausen, Zaid, Krause, Pérez Gay y Héctor Aguilar Camín se ponen a recoger la voz de todos. La sustancia narrativa está en todas las voces y al hacerlo no sólo documentan nuestro país sino construyen nuestra memoria, porque un pueblo sin memoria, es un pueblo que no ha aprendido lección alguna y vuelve sin remedio a cometer los errores del pasado.

Finalmente, a pesar de que en sus mapas ya no son los de los cosmógrafos de España, en América Latina aguardan aun muchas zonas por descubrir. Esas las podemos nombrar nosotros, identificarlas nosotros, cultivarlas nosotros, sacarlas de su soledad nosotros, integrarlas nosotros. Hemos tenido grandes pioneros, Artigas, Gallegos, José Eustasio Rivera que cabalgaron sobre llanuras incommensurables, pero también fueron descubridores los ensayistas Henríquez, Ureña, Ángel Rama, Jean Franco.

En América Latina, hoy por hoy, millones y millones de latinoamericanos -sujetos a la violencia dominadora que se apropió de sus

recursos naturales- buscan juntos un nuevo camino; el de su unión. Unirse para no desaparecer, para no seguir siendo explotados, para apoyarse en sí mismo y en sus grandes potencialidades, para explotar solos sus enormes recursos naturales y manufacturar sus propios bienes de consumo. Y la liberación es común a todos, no queremos ser pueblos sin memoria, unirnos no nos invalida, no atenúa los rasgos de carácter de cada uno, al contrario, resuelta nuestra economía y nuestro retraso tecnológico, abonaremos nuestro jardín, el jardín común, el enorme jardín continental y entonces floreceremos.

La literatura ha dado la muestra ya de que a través de García Márquez y su *Macondo*, nuestros pueblos se ponen a hablar por boca de uno sólo y los amores, las venganzas, las infidelidades, los nacimientos, la muerte se vuelven epopeya, y todos somos protagonista de ella, las mujeres que en armonía vuelan por los aires asidas a una sábana, y los hombres que tallan pescaditos de oro antes de salir a la batalla. Juntos tejemos nuestra integración, el gigantesco manto sobre los hombros de Bolívar, el manto sobre nuestros propios hombros.





Conciencia e identidad de América*

Alejo Carpentier. Cuba (1904-1980)



Los latinoamericanos de mi generación conocieron un raro destino que bastaría por sí solo, para diferenciarlos de los hombres de Europa: nacieron, crecieron, maduraron, en función del concreto armado... Mientras el hombre de Europa nacía, crecía, maduraba, entre piedras seculares, edificaciones viejas, apenas acrecidas o anacronizadas por alguna tímida innovación arquitectónica, el latinoamericano nacido en los albores de este siglo de prodigiosos inventos, mutaciones, revoluciones, abrió los ojos en el ámbito de ciudades que, casi totalmente inmovilizadas desde los siglos XVII o XVIII, con un lentísimo aumento de población, empezaban a agigantarse, a extenderse, a alargarse, a elevarse, al ritmo de las mezcladoras de concreto. Parecida a la Habana de Humboldt era todavía la que

transité en mi infancia; el México que visité en 1926 era, todavía, el de Porfirio Díaz; muy semejante aún a la Caracas que describió José Martí, fue la Caracas que conocí en 1945.

Y, de repente, he aquí que las amodorradas capitales nuestras se hacen ciudades de verdad (anárquicas en su desarrollo repentino, anárquicas en su trazado, excesivas, irrespetuosas, en su afán de demoler para reemplazar) y el hombre nuestro, consustanciado con la urbe, se nos hace hombre-ciudad, hombre-ciudad-del-siglo-XX valga decir: hombre-Historia-del-siglo-XX, dentro de poblaciones que rompen con sus viejos marcos tradicionales, pasan, en pocos años, por las más tremendas crisis de adolescencia y comienzan a afirmarse con características propias, aunque en atmósfera caótica y desahogada.

* Discurso pronunciado por Alejo Carpentier en la Universidad Central de Venezuela el 15 de mayo de 1975.

El latinoamericano vio surgir una nueva realidad en esta época, realidad en la que fue juez y parte, animador y protagonista, espectador atónito y actor de primer plano, testigo y cronista, denunciante o denunciado. “Nada de lo circundante me es ajeno”, hubiese podido decir, parafraseando al humanista renacentista. “Esto lo hice yo, aquello, lo vi construir; lo de más allá, lo padecí o lo maldije. Pero formé parte del espectáculo -bien como primera figura, bien como corista o comparsa”... Pero, plantado el decorado, puestas las bambalinas, colgados los telones, hay que ver, ahora, lo que habrá de representarse -comedia, drama o tragedia- en el vasto teatro de concreto armado.

Y ahí es donde se plantea el verdadero problema. ¿Con qué actores habremos de contar? ¿Quiénes serán esos actores?... Y para empezar... ¿*quién soy yo*, que papel seré capaz de desempeñar, y, más que nada... qué papel me toca desempeñar?... Eterna revivencia del

“conócete a ti mismo”. Pero, de un “conócete a ti mismo” que se formula, por primera dificultad, en un mundo -el que circunda nuestras ambiciosas e irreverentes ciudades modernas- que, para decirlo francamente, conocíamos muy mal hasta ahora, y que sólo ahora (de pocos años a esta parte: medio siglo apenas) estamos empezando a calar en profundidad. Lejos quedaron los días en que los famosos y engreídos “científicos” de Porfirio Díaz, en fechas de conmemoración del centenario de la independencia mexicana, proclamaban intrépidamente que estaban despejados todos los enigmas de nuestro pasado precolombino. Lejos quedaron los días en que contemplábamos nuestros grandes hombres de ayer desde el mirador único de una devoción que excluía todo enfoque crítico, todo intento de relacionarlos, por encima del tiempo, con lo inmediato y contingente... Lejos quedaron los tiempos en que veíamos nuestra historia como una mera crónica de acciones militares, cuadros de batallas, intrigas palaciegas,



Yucatán

encumbramientos y derrocamientos, en textos ignorantes del factor económico, étnico, telúrico -de todas aquellas realidades subyacentes, de todas aquellas pulsiones soterradas, de todas las presiones y apetencias foráneas -imperialistas, por decirlo todo- que hacían de nuestra historia *una historia distinta a las demás historias del mundo*. Historia distinta, desde un principio, puesto que este suelo americano fue teatro del más sensacional encuentro étnico que registran los anales de nuestro planeta: encuentro del indio, del negro, y del europeo de tez más o menos clara, destinados, en lo adelante, a mezclarse, entremezclarse, establecer simbiosis de culturas, de creencias, de artes populares, en el más tremendo mestizaje que haya podido contemplarse nunca... “Tenemos que ser originales” solía decir Simón Rodríguez, maestro del Libertador... Pero, cuando tales palabras pronunciaba, no había que hacer ya el menor esfuerzo por ser *originales* pues éramos ya, *originales*, de hecho y de derecho, mucho antes de que el concepto de *originalidad* se nos hubiese ofrecido como meta.

No incurre en vana jactancia americanista quien puede afirmar hoy, en perfecto conocimiento de causa que, antes de que lo contemplaran los conquistadores españoles sin entenderlo, se nos ofrecía en el Templo de Mitla, en México, la perfecta culminación de un arte abstracto largamente madurado -arte abstracto que no se debía a un mero intento de ornamentación geométrica, simétrica y reiterada, sino a la disposición perfectamente deliberada de composiciones abstractas, de idéntico tamaño, jamás repetidas, vistas, cada una, *como un valor plástico* completo, independiente y cerrado. No es necesario ser guiado por un excesivo amor a nuestra América, para reconocer que en las pinturas que adornan el templo de Bonampak, en Yucatán, se nos presentan figuras humanas en escorzos de una audacia desconocida por la pintura europea de la misma época -escorzos que se aparean, con muchos años de anterioridad, con el de

un Cristo de Mantegna, por ejemplo. Y eso no es todo: sólo ahora estamos empezando a ahondar en la maravillosa poesía nahuatl y estamos comenzando a percibir el singular y profundo trasfondo filosófico de las grandes cosmogonías y mitos originales de América.

Y eso no es todo. Sin demorarnos en ejemplos que podrían multiplicarse al infinito, desde los días de la Conquista y de la Colonia, vemos afirmarse, de cien maneras, la originalidad y audacia del hombre americano en obras de muy distinto carácter. Es aquí, en este continente nuestro, donde jamás entraron el romántico ni el gótico, donde la arquitectura barroca halló sus expresiones más diversas y completas -en México, a todo lo largo del espinazo andino- con el empleo de materiales policromos, el uso de técnicas perfeccionadas por el artesano indio, que desconocieron los arquitectos europeos. Es aquí, en este suelo, donde, con las ininterrumpidas sublevaciones de indios y de negros (desde los tempranos días del siglo XVI), con los Comuneros de la Nueva Granada, con la gesta de un Tupac Amaru, hasta alcanzarse los tiempos de nuestras grandes luchas por la independencia, se asistió a las primeras guerras anticoloniales -pues fueron fundamentalmente guerras anticoloniales- de la historia moderna... Y, por andar a saltos, sin detenerme en tal o cual muestra de nuestra originalidad, cabría recordar, en este año que se ha denominado “Año de la Mujer”, que el primer documento enérgicamente feminista, resueltamente feminista (documento en que para la mujer se reclama el derecho de acceso a las ciencias, a la enseñanza, a la política, a una igualdad de condición social y cultural opuesta al “machismo” que harto se contempla en nuestro continente...) ese documento se debe (en 1695) a la portentosa mexicana Sor Juana Inés de la Cruz autora, sea dicho de paso de poemas “negros” que, por el acento, se anticipan de modo increíble a ciertos poemas de Nicolás Guillén, el gran

poeta a quien escucharon ustedes, hace poco, en este mismo paraninfo.

Mucho, mucho, mucho, podría hablarse de todo esto. Sobran ejemplos gratos de citar. Nuestros libertadores, nuestros maestros en el pensamiento, nos han legado millares de páginas colmadas de observaciones, de análisis, de consideraciones, de advertencias, que nos dejan atónitos por su actualidad, por su vigencia, por lo que de aplicable tienen para el presente... Y ahora que, desde algo más de un siglo, se nos ha abierto cabalmente, con la obra de Marx, el vasto continente de una historia que apenas si habíamos entrevisto anteriormente; ahora que, disponiendo de un instrumental analítico que ha transformado la historia de una ciencia, podemos considerar el pasado desde nuevos ángulos, comprobando verdades que habían pasado inadvertidas para nuestros mayores, es cuando el *hombre-ciudad-siglo-XX*, el hombre nacido; crecido, formado, en nuestras proliferantes ciudades de concreto armado, ciudades de América Latina, tiene el deber ineludible de conocer a sus clásicos americanos, de releerlos, de meditarlos, para hallar sus raíces, sus árboles genealógicos de palmera, de apamate o de ceiba, para tratar de saber *quién es, qué es*, y qué papel habrá de desempeñar, en absoluta identificación consigo mismo, en los vastos y turbulentos escenarios donde, en la actualidad, se están representando las comedias, dramas, tragedias -sangrientas y multitudinarias tragedias- de nuestro continente.

Hombre que ha crecido con La Habana del siglo XX, hombre que ha visto crecer la Caracas del siglo XX, hombre que ha visto crecer esta Universidad, que ha visto construir el *stáble* de Calder que se abre perennemente sobre nuestras cabezas en este anfiteatro, no sabría agradecer con palabras de mero protocolo la muestra de afecto y estimación que en este lugar se me ofrece esta noche. Decir que estoy emocionado es poco. Mejor y más valedero es decir que esta noche quedará inscrita en cifras

capitales en la cronología de mi existencia, ahora que acabo de doblar el temible cabo de los setenta años en el reino de este mundo... E inútil resulta decir que agradezco profundamente a mi amigo Alexis Márquez Rodríguez las palabras que acerca de mi persona, trayectoria y obra, acaba de pronunciar.

Y se las agradezco tanto más, si se tiene en cuenta que ha dicho cosas, acerca de mí, que pertenecen a la categoría de aquellas que no puede pronunciar un escritor, acerca de sí mismo, habiendo de esperar que la sagacidad crítica de otros subrayen ciertos hechos que tienen una enorme importancia para la persona, objeto de la crítica. Señaló Alexis Márquez Rodríguez, para satisfacción mía, lo confieso, que en mis escritos -desde los de mi primera juventud- se observa una cierta unidad de propósitos y de anhelos. Valga decir que poco me aparté de una trayectoria ideológica y política que ya se había afirmado en mí cuando, allá por el año 1925, escribí un artículo sobre la admirable novela soviética *El tren blindado 14-69*, de Vsevolod Ivanov, donde decía lo que podría repetir ahora si hubiese de expresar mi pensamiento, mis convicciones, ante el proceso y las contingencias de la época que ahora estamos viviendo... Es cierto -me enorgullezco de ello- que tuve una temprana visión de América y del porvenir de América (me refiero, desde luego, a aquella América que José Martí llamara "nuestra América")... Pero... ¿en eso tenía yo acaso mucho mérito?... No lo creo. Tuve suerte, eso sí. La maravillosa suerte de haberme topado, al llegar a La Habana, lleno de juveniles ambiciones, luego de una infancia campesina, con hombres a quienes pude considerar en el acto -a pesar de su juventud- como maestros verdaderos. Y esos maestros fueron Julio Antonio Mella, el admirable, que, tempranamente madurado por las agitaciones universitarias de la época, fundó, en 1925 con Carlos Baliño, el Partido Comunista de Cuba; Rubén Martínez Villena, magnífico poeta que, un buen día, renunció a todo halago literario para

consagrarse a un lucha que fue determinante en el proceso revolucionario que condujo al derrocamiento y fuga del dictador Gerardo Machado, en 1933; Juan Marinello, hoy más activo y enérgico que nunca, a pesar de haber doblado, hace tiempo, el cabo de los setenta años -entregado totalmente al servicio de la Revolución con la que siempre había soñado- y que me reveló la grandeza y la profundidad de la obra martiana que (triste es reconocerlo) era bastante poco conocida en la Cuba de los años 20, por no existir aún, de esa obra, ediciones satisfactorias ni completas... Con tales maestros anduve, y junto a ellos aprendí a pensar. Y resulta interesante recordar que ya, en 1927, podía yo firmar con tales hombres un manifiesto premonitorio, donde nos comprometíamos a laborar:



Carpentier y Guillén

Por la revisión de los valores falsos y gastados.

- ▶ Por el arte vernáculo y, en general, por el arte nuevo en sus diversas manifestaciones.
- ▶ Por la reforma de la enseñanza pública.
- ▶ Por la independencia económica de Cuba, y contra el imperialismo yanqui.
- ▶ Contra las dictaduras políticas unipersonales en el mundo, en América, en Cuba.
- ▶ Por la cordialidad y la unión latinoamericana.

Al firmar ese documento no nos atrevíamos a soñar con que, estando todavía en vida, veríamos realizados tales anhelos que se nos mostraban sumamente lejanos, remotos, contrariado de antemano -lo creían muchos- por una fatalidad geográfica, y que veríamos cumplidos, en el alba del año 1959, con el triunfo de la Revolución Cubana, y la reafirmación de ese triunfo en la decisiva y trascendental Batalla de Playa Girón, primera gran victoria de una nación de nuestra América Mestiza (como la llamara más de una vez, con orgullo, José Martí) contra el más temible de los imperialismos... (“El del gigante con botas

de siete leguas que nos desprecia”... y vuelvo a citar a José Martí).

Algunos se sorprendieron, lo sé, de que en los comienzos del año 1959, hallándome tan feliz entre vosotros, estando tan incorporado a la vida venezolana, habiendo aprendido tanto de vuestra naturaleza, de vuestra historia, de vuestras tradiciones tan profundamente latinoamericanas, haya roto bruscamente con una trayectoria venezolana de catorce años, para regresar repentinamente a mi país... pero, había voces que me llamaban. Voces que habían vuelto a alzarse sobre la tierra que las había sepultado. Eran las voces de Julio Antonio Mella, de Rubén Martínez Villena, de Pablo de la Torriente Brau, de tantos otros que habían caído en una larga, tenaz y cruenta lucha. Y eran las voces, vivas aún, y bien vivas, de Juan Marinello, de Nicolás Guillén, de Raúl Roa, y de tantos más que habían entregado su energía, su experiencia, sus conocimientos, su entusiasmo, a la gran obra revolucionaria que se había venido gestando desde la histórica y trascendental jornada del 26 de julio de 1953, con el asalto al Cuartel Moncada, mandado por quien,

interrogado meses después acerca de los móviles inspiradores de su acción, habría de responder sencillamente: “Fuimos guiados por el pensamiento de José Martí”. Oí las voces que habían vuelto a sonar, devolviéndome a mi adolescencia; escuché las voces nuevas que ahora sonaban, y creí que era mi deber poner mis energías, mis capacidades -si es que las tenía- al servicio del gran quehacer histórico latinoamericano que en mi país se estaba llevando adelante.

Y ese quehacer esta profundamente enraizado en la historia misma de Cuba, en su pasado, en el pensamiento ecuménicamente latinoamericano de José Martí, para quien nada que fuese latinoamericano hubiese sido nunca ajeno. Respondía a una tradición que se remontaba a los días en que un primer intento de liberación de Cuba, mediante una guerra anticolonial contra el poderío español se hubiese gestado en el seno de una sociedad secreta que no por mera casualidad ostentaba el nombre de “Los Rayos y Soles de Bolívar”... De ahí que, ante la elocuente imagen de un pasado cristalizado en acción presente, en realidad actual y tangible, se hubiese intensificado de tal modo, en la Cuba de hoy, no sólo el estudio de la historia de la patria, sino la historia toda del continente, convencidos como lo estamos de que nada latinoamericano puede sernos indiferente, y que las luchas, los logros, los dramas, las caídas y los triunfos, de las naciones hermanas del continente, son acontecimientos de que nos conciernen directamente, y promueven nuestro júbilo o nuestra congoja, según se ofrezcan al mundo para motivo de gozo o de momentáneo desconsuelo.

No sé hasta qué punto los jóvenes latinoamericanos de hoy se complacen en el estudio sistemático, científico, de su propia historia. Es probable que la estudien muy bien y sepan sacar fecundas enseñanzas de un pasado *mucho más presente de lo que suele creerse*, en este continente, donde ciertos hechos lamentables suelen repetirse, más al norte, más al sur,

con cíclica insistencia. Pero, piensen siempre -tengan siempre presente- que, en nuestro mundo, no basta con conocer a fondo la historia patria para cobrar una verdadera y auténtica conciencia latinoamericana. Nuestros destinos están ligados ante los mismos enemigos internos y externos, ante iguales contingencias. Víctimas podemos ser de un mismo adversario. De ahí que la historia de nuestra América haya de ser estudiada como una gran unidad, como la de un conjunto de células inseparables unas de otras, para acabar de entender realmente *lo que somos, quiénes somos, y qué papel es el que habremos de desempeñar en la realidad que nos circunda y da un sentido a nuestros destinos*. Decía José Martí en 1893, dos años antes de su muerte: “Ni el libro europeo, ni el libro yanqui, nos darán la clave del enigma hispanoamericano”, añadiendo más adelante: “Es preciso ser a la vez el hombre de su época y el de su pueblo, pero hay que ser ante todo el hombre de su pueblo”. Y para entender ese pueblo -esos pueblos- es preciso conocer su historia a fondo, añadiría yo.

En cuanto a mí, a modo de resumen de mis aspiraciones presentes, citaré una frase de Montaigne que siempre me ha impresionado por su sencilla belleza: “No hay mejor destino para el hombre que el de desempeñar cabalmente su oficio de Hombre”.

Ese *oficio de hombre*, he tratado de desempeñarlo lo mejor posible. En eso estoy, y en eso seguiré, en el seno de una revolución que me hizo encontrarme a mí mismo en el contexto de un pueblo. Para mí terminaron los tiempos de la *soledad*. Empezaron los tiempos de la *solidaridad*.

Porque, como bien lo dijo un clásico: “Hay sociedades que trabajan para el *individuo*. Y hay sociedades que trabajan para *el hombre*”. Hombre soy, y sólo me siento hombre cuando mi palpito, mi pulsión profunda, se sincronizan con el palpito, la pulsión, de todos los hombres que me rodean.

Cartas de despedida*

Ernesto "Che" Guevara. Argentina (1928-1967)



A los padres...

Queridos viejos:

Otra vez siento bajo mis talones el costillar de Rocinante, vuelvo al camino con mi adarga al brazo.

Hace de esto casi diez años, les escribí otra carta de despedida. Según recuerdo, me lamentaba de no ser mejor soldado y mejor médico; lo segundo ya no me interesa, soldado no soy tan malo.

Nada ha cambiado en esencia, salvo que soy mucho más consiente, mi marxismo está enraizado y depurado. Creo en la lucha armada como única solución para los pueblos que luchan por liberarse y soy consecuente con mis creencias. Muchos me dirán aventurero, y lo soy, sólo que de un tipo diferente y de los que ponen el pellejo para demostrar sus verdades.

Puede ser que ésta sea la definitiva. No lo busco pero está dentro del cálculo lógico

* Las dos primeras cartas (a los padres y a los hijos), que no tienen fecha, fueron entregadas a Fidel Castro, según su versión, el 1° de abril de 1965

de probabilidades. Si es así, va un último abrazo.

Los he querido mucho, sólo que no he sabido expresar mi cariño, soy extremadamente rígido en mis acciones y creo que a veces no me entendieron. No era fácil entenderme, por otra parte, créanme, solamente, hoy. Ahora, una voluntad que he pulido con delectación

de artista, sostendrá unas piernas flácidas y unos pulmones cansados. Lo haré.

Acuérdense de vez en cuando de este pequeño condotiero del siglo XX. Un beso a Celia, a Roberto, Juan Martín y Patotín, a Beatriz, a todos. Un gran abrazo de hijo pródigo y recalcitrante para ustedes.

Ernesto



A los hijos...

Queridos Hildita, Aleidita, Camilo, Celia y Ernesto:

Si alguna vez tienen que leer esta carta será porque yo ya no esté entre ustedes.

Casi no se acordarán de mí y los más chiquititos no recordarán nada.

Su padre ha sido un hombre que actúa como piensa y, seguro, ha sido leal a sus convicciones.

Crezcan como buenos revolucionarios. Estudien mucho para poder dominar la técnica que permite dominar la naturaleza. Acuérdense que la revolución es lo impor-

tante y que cada uno de nosotros, solo, no vale nada.

Sobre todo, sean siempre capaces de sentir en lo más hondo cualquier injusticia cometida contra cualquiera en cualquier parte

del mundo. Es la cualidad más linda de un revolucionario.

Hasta siempre hijitos, espero verlos todavía. Un beso grandote y un abrazo de

Papá

A Fidel Castro...

Año de la agricultura. Habana, 1º de abril de 1965.

Fidel:

Me recuerdo en esta hora de muchas cosas, de cuando te conocí en casa de María Antonia, cuando me propusiste venir, de toda la tensión de los preparativos. Un día pasaron preguntando a quién se debía avisar en caso de muerte y la posibilidad real del hecho nos golpeó a todos. Después supimos que era cierto, que en una revolución se triunfa o se muere (si es verdadera). Muchos compañeros quedaron a lo largo del camino hacia la victoria.

Hoy todo tiene un tono menos dramático porque somos más maduros, pero el hecho se repite. Siento que he cumplido la parte de mi deber que me ataba a la Revolución Cubana en su territorio y me despido de ti, de los compañeros, de tu pueblo que ya es mío.

Hago formal renuncia de mis cargos en la Dirección del Partido, de mi puesto de Ministro, de mi grado de Comandante, de mi condición de cubano. Nada legal me ata a Cuba, sólo lazos de otra clase que no se pueden romper como los nombramientos.

Haciendo un recuento de mi vida pasada creo haber trabajado con suficiente honradez y dedicación para consolidar el triunfo revolucionario.

Mi única falta de alguna gravedad es no haber confiado más en ti desde los primeros momentos de la Sierra Maestra y no haber comprendido con suficiente celeridad tus cualidades de conductor y de revolucionario.

He vivido días magníficos y sentí a tu lado el orgullo de pertenecer a nuestro pueblo en los días luminosos y tristes de la Crisis del Caribe.

Pocas veces brilló más alto un estadista que en esos días, me enorgullezco también de haberte seguido sin vacilaciones, identificado con tu manera de pensar y de ver y apreciar los peligros y los principios.

Otras tierras del mundo reclaman el concurso de mis modestos esfuerzos. Yo puedo hacer lo que te está negado por tu responsabilidad al frente de Cuba y llegó la hora de separarnos.

Sébase que lo hago con una mezcla de alegría y dolor, aquí dejo lo más puro de mis esperanzas de constructor y lo más querido entre mis seres queridos... y dejo un pueblo que me admitió como su hijo; eso lacera una parte de mi espíritu. En los nuevos campos de batalla llevaré la fe que me inculcaste, el espíritu revolucionario de mi pueblo, la sensación de cumplir con el más sagrado de los deberes; luchar contra el imperialismo donde



quiera que esté; esto reconforta y cura con creces cualquier desgarradura.

Digo una vez más que libero a Cuba de cualquier responsabilidad, salvo la que emane de su ejemplo. Que si me llega la hora definitiva bajo otros cielos, mi último pensamiento será para con este pueblo y especialmente para ti. Que te doy las gracias por tus enseñanzas y tu ejemplo al que trataré de ser fiel hasta las últimas consecuencias de mis actos. Que he estado identificado siempre con la política exterior de nuestra Revolución y lo sigo estando. Que en donde quiera que me pare sentiré la responsabilidad de ser revolucionario cubano, y como tal actuaré. Que no dejo a mis hijos y a mi mujer nada material y

no me apena: me alegra que así sea. Que no pido nada para ellos pues el Estado les dará lo suficiente para vivir y educarse.

Tendría muchas cosas que decirte a ti y a nuestro pueblo, pero siento que son innecesarias, las palabras no pueden expresar lo que yo quisiera, y no vale la pena emborronar cuartillas.

Hasta la victoria siempre.

¡Patria o muerte!

Te abraza con todo fervor revolucionario,

“Che”

Me he entregado a la Revolución por amor al prójimo*

Camilo Torres Restrepo. Colombia (1929-1966)

Las convulsiones producidas por los acontecimientos políticos, religiosos y sociales de los últimos tiempos, posiblemente han llevado a los cristianos de Colombia a mucha confusión. Es necesario que en este momento decisivo para nuestra historia, los cristianos estemos firmes alrededor de las bases esenciales de nuestra religión.

Lo principal en el catolicismo es el amor al prójimo. *El que ama a su prójimo cumple con la ley* (S. Pablo, Rom. XIII, 8). Este amor para que sea verdadero tiene que buscar la eficacia. Si la beneficencia, la limosna, las pocas escuelas gratuitas, los pocos planes de vivienda, lo que se ha llamado *la caridad*, no alcanzan a dar de comer a la mayoría de los desnudos ni a enseñar a la mayoría de los que no saben, tenemos que buscar medios eficaces para el bienestar de las mayorías. Esos medios no los van a buscar las minorías privilegiadas que tienen dinero y tienen el poder, nunca van a prohibir la exportación de dinero, porque exportándolo se libran de la devaluación.

Es necesario, entonces, quitarles el poder a las minorías privilegiadas para dárselo a las mayorías pobres. Esto, si se hace rápidamente, es lo esencial de una revolución. La revolución puede ser pacífica si las minorías no hacen



resistencia violenta. La revolución, por lo tanto, es la forma de lograr un gobierno que dé de comer al hambriento, que vista al desnudo, que enseñe al que no sabe, que cumpla con las obras de caridad, de amor al prójimo no solamente en forma ocasional y

* Mensaje enviado el 26 de agosto de 1965, a los cristianos de todo el mundo, en particular a los cristianos colombianos

transitoria, no solamente para unos pocos, sino para la mayoría de nuestros prójimos. Por eso la revolución no solamente es permitida sino obligatoria para los cristianos que vean en ella la única manera eficaz y amplia de realizar el amor para todos. Es cierto que *no hay autoridad sino de parte de Dios* (S. Pablo, Rom. XIII, 1). Pero Santo Tomás dice que la atribución concreta de la autoridad la hace el pueblo.

Cuando hay una autoridad en contra del pueblo, esa autoridad no es legítima y se llama tiranía. Los cristianos podemos y debemos luchar contra la tiranía. El gobierno actual es tiránico porque no lo respalda sino el veinte por ciento de los electores y porque sus decisiones salen de las minorías privilegiadas.

Los defectos temporales de la Iglesia no nos deben escandalizar. La Iglesia es humana. Lo importante es creer que también es divina y que si nosotros los cristianos cumplimos

con nuestra obligación de amar al prójimo, estamos fortaleciendo a la Iglesia.

Yo he dejado los deberes y privilegios del clero, pero no he dejado de ser sacerdote. Creo que me he entregado a la revolución por amor al prójimo. He dejado de decir misa para realizar ese amor al prójimo en el terreno temporal, económico y social. Cuando mi prójimo no tenga nada contra mí, cuando haya realizado la revolución volveré a ofrecer la misa si Dios me lo permite. Creo que así sigo el mandato de Cristo: *Si traes tu ofrenda al altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano y entonces ven y presenta tu ofrenda* (S. Mateo V, 23-24).

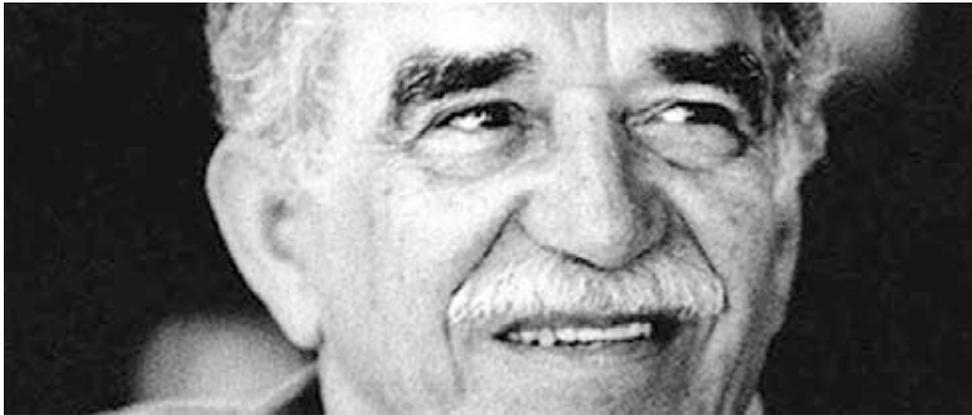
Después de la revolución los cristianos tendremos la conciencia de que establecimos un sistema que está orientado sobre el amor al prójimo.

La lucha es larga, comencemos ya...



La soledad de América Latina Discurso de aceptación del Premio Nobel 1982

Gabriel García Márquez. Colombia, 1927



Antonio Pigafetta, un navegante florentino que acompañó a Magallanes en el primer viaje alrededor del mundo, escribió a su paso por nuestra América meridional una crónica rigurosa que sin embargo parece una aventura de la imaginación. Contó que había visto cerdos con el ombligo en el lomo, y unos pájaros sin patas cuyas hembras empollaban en las espaldas del macho, y otros como alcatraces sin lengua cuyos picos parecían una cuchara. Contó que había visto un engendro animal con cabeza y orejas de mula, cuerpo de camello, patas de ciervo y relincho de caballo. Contó que al primer nativo que encontraron en la Patagonia le pusieron enfrente un espejo, y que aquel gigante enardecido perdió el uso de la razón por el pavor de su propia imagen.

Este libro breve y fascinante, en el cual ya se vislumbran los gérmenes de nuestras novelas de hoy, no es ni mucho menos el testimonio

más asombroso de nuestra realidad de aquellos tiempos. Los Cronistas de Indias nos legaron otros incontables. Eldorado, nuestro país ilusorio tan codiciado, figuró en mapas numerosos durante largos años, cambiando de lugar y de forma según la fantasía de los cartógrafos. En busca de la fuente de la Eterna Juventud, el mítico Alvar Núñez Cabeza de Vaca exploró durante ocho años el norte de México, en una expedición vesática cuyos miembros se comieron unos a otros y sólo llegaron cinco de los 600 que la emprendieron. Uno de los tantos misterios que nunca fueron descifrados, es el de las once mil mulas cargadas con cien libras de oro cada una, que un día salieron del Cuzco para pagar el rescate de Atahualpa y nunca llegaron a su destino. Más tarde, durante la colonia, se vendían en Cartagena de Indias unas gallinas criadas en tierras de aluvión, en cuyas mollejas se encontraban piedrecitas de oro. Este delirio áureo de nuestros fundadores nos persiguió hasta

hace poco tiempo. Apenas en el siglo pasado la misión alemana de estudiar la construcción de un ferrocarril interoceánico en el istmo de Panamá, concluyó que el proyecto era viable con la condición de que los rieles no se hicieran de hierro, que era un metal escaso en la región, sino que se hicieran de oro.

La independencia del dominio español no nos puso a salvo de la demencia. El general Antonio López de Santana, que fue tres veces dictador de México, hizo enterrar con funerales magníficos la pierna derecha que había perdido en la llamada Guerra de los Pasteles. El general García Moreno gobernó al Ecuador durante 16 años como un monarca absoluto, y su cadáver fue velado con su uniforme de gala y su coraza de condecoraciones sentado en la silla presidencial. El general Maximiliano Hernández Martínez, el déspota teósofo de El Salvador que hizo exterminar en una matanza bárbara a 30 mil campesinos, había inventado un péndulo para averiguar si los alimentos estaban envenenados, e hizo cubrir con papel rojo el alumbrado público para combatir una epidemia de escarlatina. El monumento al general Francisco Morazán, erigido en la plaza mayor de Tegucigalpa, es en realidad una estatua del mariscal Ney comprada en París en un depósito de esculturas usadas.

Hace once años, uno de los poetas insignes de nuestro tiempo, el chileno Pablo Neruda, iluminó este ámbito con su palabra. En las buenas conciencias de Europa, y a veces también en las malas, han irrumpido desde entonces con más ímpetu que nunca las noticias fantasmales de la América Latina, esa patria inmensa de hombres alucinados y mujeres históricas, cuya terquedad sin fin se confunde con la leyenda. No hemos tenido un instante de sosiego. Un presidente prometeico atrincherado en su palacio en llamas murió peleando solo contra todo un ejército, y dos desastres aéreos sospechosos y nunca esclarecidos segaron la vida de otro de cora-

zón generoso, y la de un militar demócrata que había restaurado la dignidad de su pueblo. En este lapso ha habido 5 guerras y 17 golpes de estado, y surgió un dictador luciferino que en el nombre de Dios lleva a cabo el primer etnocidio de América Latina en nuestro tiempo. Mientras tanto 20 millones de niños latinoamericanos morían antes de cumplir dos años, que son más de cuantos han nacido en Europa occidental desde 1970. Los desaparecidos por motivos de la represión son casi los 120 mil, que es como si hoy no se supiera dónde están todos los habitantes de la ciudad de Upsala. Numerosas mujeres arrestadas encinta dieron a luz en cárceles argentinas, pero aún se ignora el paradero y la identidad de sus hijos, que fueron dados en adopción clandestina o internados en orfanatos por las autoridades militares. Por no querer que las cosas siguieran así han muerto cerca de 200 mil mujeres y hombres en todo el continente, y más de 100 mil perecieron en tres pequeños y voluntariosos países de la América Central, Nicaragua, El Salvador y Guatemala. Si esto fuera en los Estados Unidos, la cifra proporcional sería de un millón 600 mil muertes violentas en cuatro años.

De Chile, país de tradiciones hospitalarias, ha huido un millón de personas: el 10 por ciento de su población. El Uruguay, una nación minúscula de dos y medio millones de habitantes que se consideraba como el país más civilizado del continente, ha perdido en el destierro a uno de cada cinco ciudadanos. La guerra civil en El Salvador ha causado desde 1979 casi un refugiado cada 20 minutos. El país que se pudiera hacer con todos los exiliados y emigrados forzosos de América latina, tendría una población más numerosa que Noruega.

Me atrevo a pensar que es esta realidad descomunal, y no sólo su expresión literaria, la que este año ha merecido la atención de la Academia Sueca de la Letras. Una realidad que no es la del papel, sino que vive con



Cartagena de Indias

nosotros y determina cada instante de nuestras incontables muertes cotidianas, y que sustenta un manantial de creación insaciable, pleno de desdicha y de belleza, del cual éste colombiano errante y nostálgico no es más que una cifra más señalada por la suerte. Poetas y mendigos, músicos y profetas, guerreros y malandrines, todas las criaturas de aquella realidad desaforada hemos tenido que pedirle muy poco a la imaginación, porque el desafío mayor para nosotros ha sido la insuficiencia de los recursos convencionales para hacer creíble nuestra vida. Este es, amigos, el nudo de nuestra soledad.

Pues si estas dificultades nos entorpecen a nosotros, que somos de su esencia, no es difícil entender que los talentos racionales de este lado del mundo, extasiados en la contemplación de sus propias culturas, se hayan quedado sin un método válido para interpretarnos. Es comprensible que insistan en medirnos con la misma vara con que se miden a sí mismos, sin recordar que los estragos de la vida no son iguales para todos, y que la búsqueda de la identidad propia es tan ardua y sangrienta para nosotros como

lo fue para ellos. La interpretación de nuestra realidad con esquemas ajenos sólo contribuye a hacernos cada vez más desconocidos, cada vez menos libres, cada vez más solitarios. Tal vez la Europa venerable sería más comprensiva si tratara de vernos en su propio pasado. Si recordara que Londres necesitó 300 años para construir su primera muralla y otros 300 para tener un obispo, que Roma se debatió en las tinieblas de incertidumbre durante 20 siglos antes de que un rey etrusco la implantara en la historia, y que aún en el siglo XVI los pacíficos suizos de hoy, que nos deleitan con sus quesos mansos y sus relojes impávidos, ensangrentaron a Europa con soldados de fortuna. Aún en el apogeo del Renacimiento, 12 mil lansquenets a sueldo de los ejércitos imperiales saquearon y devastaron a Roma, y pasaron a cuchillo a ocho mil de sus habitantes.

No pretendo encarnar las ilusiones de Tonio Kröger, cuyos sueños de unión entre un norte casto y un sur apasionado exaltaba Thomas Mann hace 53 años en este lugar. Pero creo que los europeos de espíritu clarificador, los que luchan también aquí por una patria

grande más humana y más justa, podrían ayudarnos mejor si revisaran a fondo su manera de vernos. La solidaridad con nuestros sueños no nos haría sentir menos solos, mientras no se concrete con actos de respaldo legítimo a los pueblos que asuman la ilusión de tener una vida propia en el reparto del mundo.

América Latina no quiere ni tiene por qué ser un alfil sin albedrío, ni tiene nada de quimérico que sus designios de independencia y originalidad se conviertan en una aspiración occidental.

No obstante, los progresos de la navegación que han reducido tantas distancias entre nuestras Américas y Europa, parecen haber aumentado en cambio nuestra distancia cultural. ¿Por qué la originalidad que se nos admite sin reservas en la literatura se nos niega con toda clase de suspicacias en nuestras tentativas tan difíciles de cambio social? ¿Por qué pensar que la justicia social que los europeos de avanzada tratan de imponer en sus países no puede ser también un objetivo latinoamericano con métodos distintos en condiciones diferentes? No: la violencia y el dolor desmesurados de nuestra historia son el resultado de injusticias seculares y amarguras sin cuento, y no una confabulación urdida a 3 mil leguas de nuestra casa. Pero muchos dirigentes y pensadores europeos lo han creído, con el infantilismo de los abuelos que olvidaron las locuras fructíferas de su juventud, como si no fuera posible otro destino que vivir a merced de los dos grandes dueños del mundo. Este es, amigos, el tamaño de nuestra soledad.

Sin embargo, frente a la opresión, el saqueo y el abandono, nuestra respuesta es la vida. Ni los diluvios ni las pestes, ni las hambrunas ni los cataclismos, ni siquiera las guerras eternas a través de los siglos y los siglos han conseguido reducir la ventaja tenaz de la vida sobre la muerte. Una ventaja que aumenta y se acelera: cada año hay 74 millones más de

nacimientos que de defunciones, una cantidad de vivos nuevos como para aumentar siete veces cada año la población de Nueva York. La mayoría de ellos nacen en los países con menos recursos, y entre éstos, por supuesto, los de América Latina. En cambio, los países más prósperos han logrado acumular suficiente poder de destrucción como para aniquilar cien veces no sólo a todos los seres humanos que han existido hasta hoy, sino la totalidad de los seres vivos que han pasado por este planeta de infortunios.

Un día como el de hoy, mi maestro William Faulkner dijo en este lugar: “Me niego a admitir el fin del hombre”. No me sentiría digno de ocupar este sitio que fue suyo si no tuviera la conciencia plena de que por primera vez desde los orígenes de la humanidad, el desastre colosal que él se negaba a admitir hace 32 años es ahora nada más que una simple posibilidad científica. Ante esta realidad sobrecogedora que a través de todo el tiempo humano debió de parecer una utopía, los inventores de fábulas que todo lo creemos, nos sentimos con el derecho de creer que todavía no es demasiado tarde para emprender la creación de la utopía contraria. Una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra.

Agradezco a la Academia de Letras de Suecia el que me haya distinguido con un premio que me coloca junto a muchos de quienes orientaron y enriquecieron mis años de lector y de cotidiano celebrante de ese delirio sin apelación que es el oficio de escribir. Sus nombres y sus obras se me presentan hoy como sombras tutelares, pero también como el compromiso, a menudo agobiante, que se adquiere con este honor. Un duro honor que en ellos me pareció de simple justicia, pero

que en mí entiendo como una más de esas lecciones con las que suele sorprendernos el destino, y que hacen más evidente nuestra condición de juguetes de un azar indescifrable, cuya única y desoladora recompensa, suelen ser, la mayoría de las veces, la incompreensión y el olvido.

Es por ello apenas natural que me interrogara, allá en ese trasfondo secreto en donde solemos trasegar con las verdades más esenciales que conforman nuestra identidad, cuál ha sido el sustento constante de mi obra, qué pudo haber llamado la atención de una manera tan comprometedora a este tribunal de árbitros tan severos. Confieso sin falsas modestias que no me ha sido fácil encontrar la razón, pero quiero creer que ha sido la misma que yo hubiera deseado. Quiero creer, amigos, que este es, una vez más, un homenaje que se rinde a la poesía. A la poesía por cuya virtud el inventario abrumador de las naves que numeró en su *Iliada* el viejo Homero está visitado por un viento que las empuja a navegar con su presteza intemporal y alucinada. La poesía que sostiene, en el delgado andamiaje de los tercetos del

Dante, toda la fábrica densa y colosal de la Edad Media. La poesía que con tan milagrosa totalidad rescata a nuestra América en las *Alturas de Machu Pichu* de Pablo Neruda el grande, el más grande, y donde destilan su tristeza milenaria nuestros mejores sueños sin salida. La poesía, en fin, esa energía secreta de la vida cotidiana, que cuece los garbanzos en la cocina, y contagia el amor y repite las imágenes en los espejos.

En cada línea que escribo trato siempre, con mayor o menor fortuna, de invocar los espíritus esquivos de la poesía, y trato de dejar en cada palabra el testimonio de mi devoción por sus virtudes de adivinación, y por su permanente victoria contra los sordos poderes de la muerte. El premio que acabo de recibir lo entiendo, con toda humildad, como la consoladora revelación de que mi intento no ha sido en vano. Es por eso que invito a todos ustedes a brindar por lo que un gran poeta de nuestras Américas, Luis Cardoza y Aragón, ha definido como la única prueba concreta de la existencia del hombre: la poesía.

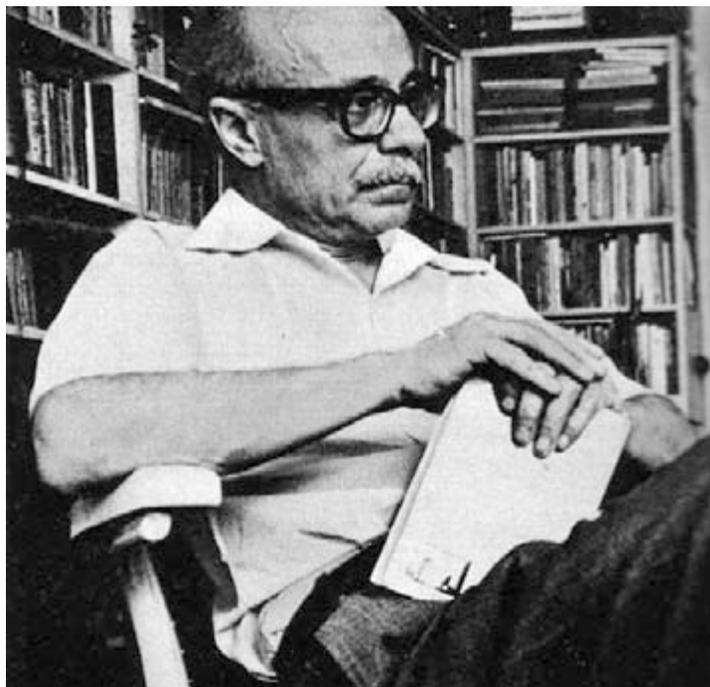
Muchas gracias.





El consumo no es un sustituto del paraíso*

Ernesto Sábato. Argentina, 1911



He querido venir hasta acá, a mis 91 años, porque al igual que todos ustedes vivo angustiado por el destino del mundo. El amargo presente al que nos enfrentamos, exige que nuestras palabras, nuestros gestos, nuestra obra, se consagren, como verdadero cumplimiento de nuestra vocación, a expresar la angustia, el peligro, la incertidumbre, pero también la esperanza, el coraje y la abnegación de la sufriente y heroica humanidad.

En medio de esta tremenda situación, cada hombre y cada mujer están llamados a encarnar un compromiso ético, que lo lleve a

expresar el desgarro de miles y miles de seres humanos, cuyas vidas han sido reducidas al silencio a través de las armas, la violencia y la exclusión.

Tener una historia, poderla contar y en torno a ella reunirnos, es encontrar un hilo conductor con el que hilvanar los pedazos de la vida que, sin ella, son fragmentos sin contexto, partes de ningún todo.

Occidente, desde la Biblia, desde su mito fundacional del paraíso perdido, ubicó el problema ético, el problema del bien y del mal como origen y centro de su historia. Desde

* Conferencia de Paz en la Paz, Agosto 14, 2002, San Juan, Puerto Rico

allí el hombre parte hacia la historia que estamos aún recorriendo. La que guarda en la memoria el bien perdido, y la esperanza del bien a recobrar. Para la Biblia, en el principio era la Ética. Pero Occidente se expandió por el mundo, conquistó cuanto halló a su paso, dominado por el principio fáustico, que designa el ansia europea de expansión, de conquista, de colonización de la realidad.

Cuando Fausto en la obra de Goethe, busca traducir el comienzo del Evangelio de San Juan, donde se lee “En el principio era la Palabra”, después de mucho pensar, termina encontrando la traducción que considera la correcta para los tiempos que se inician, y escribe “En el principio era la Acción”. Desde entonces la moral intrínseca a ser hombres, lo que genuinamente nos constituye como tales, la pulsión hacia el bien y el mal, esa invitación sagrada expresada como origen de nuestra vida, fue dejada de lado para llevar adelante la acción. Entendiendo por tal, la conveniente a nuestros fines. Y así, con la Biblia en la mano, pero el espíritu fáustico en nuestro corazón y en nuestro obrar, llegamos a todas las regiones del mundo.

Hoy, frente a la tragedia que vive la humanidad, debemos unirnos para recobrar, creándola, una narración que nos incluya como pueblos hermanos del mundo. Ya que si el origen del comportamiento ético está en mí, su cumplimiento no soy yo, la ética es el otro. Y ésta no es una opción entre otras. Como dijo el sublime Hölderlin, “ Cuando abunda el peligro, crece lo que salva”. Con estas palabras quiero nombrar a este tiempo aciago en que vivimos, y también a la magnitud de la utopía a la que creo que estamos llamados a encarnar.

Como ustedes saben vengo de un país que pertenece a esta misma tierra americana y que ha caído de la situación de país rico, riquísimo, que yo en mi juventud conocí como la séptima potencia del mundo, a ser hoy una nación

arrasada por los explotadores y los corruptos, los de adentro y los de afuera. Como la mayoría de nuestro continente, hundido en la miseria, sin plata para cubrir las más urgentes necesidades de salud y educación, exigido por las entidades internacionales a reducir más y más el gasto público, siendo que no hay ya ni gasas ni los remedios más elementales en los hospitales, cuando no se cuenta ni con tizas ni con un pobre mapa en los colegios. Y pareciera que no tenemos salida porque debemos a esas instituciones internacionales cifras impagables que contrajeron quienes nos gobernaron con impunidad. Nos hemos convertido en un país pobre y una deuda externa extenuante pesa sobre nuestro pueblo. Sufrimos una sensación de impotencia que parece comprometer la vida de nuestros hijos. No sabemos adónde nos llevarán los años decisivos que estamos viviendo, pero si podemos afirmar que una concepción nueva de la vida está creciendo entre nosotros. En medio del caos, la pobreza y el desempleo todos nos estamos sintiendo hermanados quizá como nunca antes.

II

Que estamos frente a la más grave encrucijada de la historia es un hecho tan evidente que hace prescindible toda constatación. Ya no se puede avanzar por el mismo camino. Basta ver las noticias para advertir que es inadmisibles abandonarse tranquilamente a la idea de que nuestros países y el mundo superarán sin más la crisis que atraviesan. Como dijo María Zambrano: “Las crisis muestran las entrañas de la vida humana, el desamparo del hombre que se ha quedado sin asidero, sin punto de referencia de una vida que no fluye hacia meta alguna y que no encuentra justificación. Entonces, en medio de tanta desdicha surgen los espíritus profundos y visionarios como Buber, Pascal, Schopenhauer, Berdiaev, Unamuno”. Todos ellos habían tenido la visión del Apocalipsis que se estaba gestando en medio del optimismo

tecnológico. Pero la Gran Maquinaria siguió adelante, hasta que el hombre comenzó a sentirse en un universo incomprensible, cuyos objetivos desconocía y cuyos amos, invisibles lo trituraban. Entonces escribí: “Esta paradoja, cuyas últimas y más trágicas consecuencias padecemos en la actualidad fue el resultado de dos fuerzas dinámicas y amorales: el dinero y la razón. Con ellas, el hombre conquista el poder secular. Pero -y ahí está la raíz de la paradoja esa, conquista se hace mediante la abstracción: desde el lingote de oro hasta el clearing, desde la palanca hasta el logaritmo, la historia del creciente dominio del hombre sobre el universo ha sido también la historia de las sucesivas abstracciones. El capitalismo moderno y la ciencia positiva son las dos caras de una misma realidad desposeída de atributos concretos, de una abstracta fantasmagoría de la que también forma parte el hombre, pero no ya el hombre concreto e individual sino el hombre masa, ese extraño ser con aspecto todavía humano, con ojos y llanto, voz y emociones, pero en verdad engranaje de una gigantesca maquinaria anónima.

Este es el destino contradictorio de aquel semidiós renacentista que reivindicó su individualidad, que orgullosamente se levantó contra Dios, proclamando su voluntad de dominio y transformación de las cosas. Ignoraba que también llegaría a convertirse en cosa.”

Han pasado cincuenta años de la publicación de este ensayo, ahora, con espantoso patetismo, muchos advierten el cumplimiento de aquella intuición que tanta amargura me trajo.

III

Estamos en la fase final de una cultura y un estilo de vida que durante siglos dio a los hombres amparo y orientación. Hemos recorrido hasta el abismo las sendas del



humanismo. Y aquel hombre que en el Renacimiento entró en la historia moderna lleno de confianza en sí mismo y en sus potencialidades creadoras, ahora sale de ella con su fe hecha jirones.

Bajo el firmamento de estos tiempos modernos, los seres humanos atravesaron con euforia momentos de esplendor y sufrieron con entereza guerras y miserias atroces. Hoy con angustia presenciamos su fin, su inevitable invierno, sabiendo que ha sido construida con los afanes de millones de hombres que han dedicado su vida, sus años, sus estudios, la totalidad de sus horas de trabajo, y la sangre de todos los que cayeron, con sentido o inútilmente, durante siglos. La fe en el hombre y en las fuerzas autónomas que lo sostenían se ha conmovido hasta el fondo.

Demasiadas esperanzas se han quebrado; el hombre se siente exiliado de su propia existencia, extraviado en un universo kafkiano. Camus decía que cada generación se cree destinada a rehacer el mundo, pero que la nuestra tiene una misión mayor. Consiste en impedir que el mundo se deshaga; porque es heredera de una historia corrupta en la que se mezclan las revoluciones fracasadas, las técnicas enloquecidas, los dioses muertos y las ideologías extenuadas; en la que poderes

mediocres, pueden destruirlo todo; en que la inteligencia se ha humillado hasta ponerse al servicio del odio y la opresión. Es imposible no corroborar a diario las palabras de Camus. Ante la visión de las antiguas torres derruidas, la vida se ha vuelto una inmensa cuesta en alto, Y aunque la fuerza del espíritu nos impulsa a seguir luchando, hay días en que el desaliento nos hace dudar si seremos capaces de rescatar al mundo de tanto desamparo. Sufrimos el quiebre total de una concepción de la vida y del ser humano bajo cuyos valores e ideales surgieron las sociedades modernas. Una concepción de la vida que desplegó su ánimo en la conquista. No solo lo hizo en las ciencias, descartando antiguas sabidurías y a sus mitos sino también conquistando todas las regiones del mundo. Ahora, las terribles consecuencias están a la vista. El sufrimiento de millones de seres humanos está permanentemente delante de nuestros ojos, por más esfuerzo que hagamos por cerrar los párpados. Veinte o treinta empresas internacionales tienen el dominio del planeta en sus garras. Continentes enteros en la miseria junto a altos niveles tecnológicos, posibilidades de vida asombrosas a la par de millones de hombres desocupados, sin hogar, sin asistencia médica. Diariamente es amputada la vida de miles de hombres y mujeres; de innumerable cantidad de adolescentes que no tendrán ocasión de comenzar siquiera a entrever el contenido de sus sueños. En nuestros países, ya la gente tiene temor que por tomar decisiones que hagan más humana su vida, pierdan el trabajo, sean expulsados y pasen a pertenecer a esas

multitudes que corren acongojadas en busca de un empleo que les impida caer en la miseria. Son los excluidos, esta categoría nueva que habla tanto de la explosión demográfica como de la incapacidad de la economía de regir, sin más, el destino de los pueblos. Son los excluidos de las necesidades mínimas de la comida, la salud, la educación y la justicia; de las ciudades como de sus tierras.

IV

Debemos volver a dar espacio en el alma de los pueblos, a una utopía que pueda albergar valores como el amor por la criatura humana, la justicia, el sentido del honor y de la vergüenza, la honestidad, el respeto por los demás, la búsqueda del sentido sagrado de la vida. Nuestra sociedad se ha visto hasta tal punto golpeada por el materialismo su espíritu ha sido corroído de tal manera por la injusticia y la frivolidad, que se vuelve casi imposible la transmisión de valores a las nuevas generaciones. ¿Cómo vamos a poder transmitir los grandes valores a nuestros hijos, si en el grosero cambalache en que vivimos, ya no se distingue si alguien es reconocido por héroe o por criminal? Y no piensen que exagero.

La verdadera obscenidad es que los chicos vean, a través de la televisión, de que manera honrosa se trata a sujetos que han contribuido a la miseria de sus semejantes. Y no me refiero sólo a los chicos de los países pobres, sino a todo Hijo de hombre. ¿Cómo vamos



a poder educar a los chicos que crecen en la abundancia, mirando las caritas de las criaturas con hambre? Para educarlos habrá que ponerles orejeras, hacerles olvidar los valores que hacen a la fraternidad de los hombres, y llenarles el alma con toneladas de informática y actividades, o simulacros de luchas por el bien común. Cuando éste existe únicamente cuando a todo hombre se lo llama hermano. La persona se humaniza consintiendo a su impulso moral. Y nada podremos ofrecer a nuestra juventud si los privamos de poder entregar su vida por amor, especialmente hacia el otro que sufre, ya que es esta la raíz de la grandeza humana. Con este pensamiento, hace unos meses, he creado una Fundación que lleva mi nombre, destinada a los jóvenes para que encuentren en el trabajo social hacia los más pequeños y desamparados, una grave y sagrada alternativa frente al desempleo.

V

Como centinelas, cada hombre ha de permanecer en vela. Porque todo cambio exige creación, novedad respecto de lo que estamos viviendo, y para ello hemos de quitarle a este modelo neoliberal la pretensión de ser la única manera de vivir posible para la humanidad. Si confesamos que todos tenemos una responsabilidad en lo que está sufriendo la humanidad, esto significa que en un momento no hicimos lo que pudimos haber hecho. Hoy habremos de comprometernos tan hondo como para que lleguemos a expresar la frase de Kafka que dice: “Hay momento, del camino desde el que ya no se puede volver atrás lo importante es llegar a ese momento”

A pesar de las desilusiones y frustraciones acumuladas, no hay motivo para descreer del valor de las gestas cotidianas. Aunque simples y modestas, son las que están generando una nueva narración de la historia, abriendo así un nuevo curso al torrente de la vida. Basta con leer la historia, para ver cuantos caminos

ha podido abrir el hombre con sus brazos, cuanto el ser humano ha modificado el curso de los hechos. Con esfuerzo, con amor, con fanatismo. La posibilidad de comenzar a revertir esta situación está basada en la mirada que cada uno dirige a los demás. Este es el lugar del peligro y es también la oportunidad que nos ofrece la historia. Porque esta crisis, que tanta desolación está ocasionando, tiene también su contrapartida, porque ya no hay posibilidades para los pueblos ni para las personas de jugarse por sí mismos. El “sálvese quien pueda” no sólo es inmoral, sino que tampoco alcanza.

Esta es una hora decisiva. Sobre nuestra generación pesa el destino, y es ésta nuestra responsabilidad histórica. Y no me refiero a un país en particular, es el mundo el que reclama ser expresado para que el martirio de tantos hombres no se pierda en el tumulto y en el caos, sino que pueda alcanzar el corazón de otros hombres, para repararlos y salvarlos. La falta de gestos humanos genera una violencia a la que no podremos revertir con el uso de armas; únicamente un sentido de la vida más fraterno lo podrá sanar. Debo confesar que durante mucho tiempo creí y afirmé que éste era un tiempo final. Por hechos que suceden o por estados de ánimo, a veces vuelvo a pensamientos catastróficos que no dan más lugar a la existencia humana sobre la tierra. Pero infatigablemente gana la vida, es como esas plantas que asoman entre los ladrillos, lejos del agua y del sol, mostrándonos aquella raíz primordial, capaz de nutrirse del manantial oculto del que surge el coraje para seguir luchando.

Como afirma Jünger: “En los grandes peligros se buscará a lo que salva a mayor profundidad. Nuestra esperanza, a hoy se apoya en que al menos una de estas raíces vuelva a ponernos en contacto con aquel reino telúrico del que se nutre la vida de los pueblos y de los hombres.”

VI

Y así, en medio del miedo y la depresión que prevalece en este tiempo, irá surgiendo, por debajo, imperceptiblemente atisbos de otra manera de vivir que busque, en medio del abismo, la recuperación de una humanidad que se siente a sí misma desfallecer. La fe que me posee se apoya en la esperanza de que el hombre, a la vera de un gran salto, vuelva a encarnar los valores trascendentes, eligiéndolos con una libertad a la que este tiempo, providencialmente, lo está enfrentando.

Aunque todos, por distintas razones, alguna vez nos doblegamos, hay algo que no falla y es la convicción de que, únicamente, los valores del espíritu pueden salvarnos de este gran terremoto que amenaza a la humanidad entera. Necesitamos ese coraje que nos sitúa en la verdadera dimensión del hombre.

Sin duda lo que hoy nos toca atravesar es un pasaje. Este pasaje significa un paso atrás. Para que una nueva concepción del universo vaya tomando lugar del mismo modo que en el campo se levantan los rastrojos para que la tierra desnuda pueda recibir la nueva siembra. La vida del mundo ha de abrazarse como la tarea más propia y salir a defenderla, con la gravedad de los momentos decisivos, esa es nuestra misión. Porque el mundo del que somos responsables es éste: el único que nos hiere con el dolor y la desdicha, pero también el único que nos da la plenitud de la existencia; el que nos ofrece un jardín en el crepúsculo, el roce de la mano que amamos; esta sangre, este fuego, este amor, esta espera de la muerte. Este deseo de convertir la vida en un terruño humano.

Tenemos que abrimos al mundo, porque es la vida y nuestra tierra la que está en peligro. No hay ningún lugar del mundo que pueda considerar que el desastre ocurre afuera. Y no podemos hundirnos en la depresión,

porque es de alguna manera un lujo que no pueden darse los padres de los chiquitos que padecen el hambre. En cambio cuando nos hagamos responsables del dolor del otro, nuestro compromiso nos dará un sentido que nos colocará por encima de la fatalidad de la historia.

Muchos ya lo están haciendo. Son hombres y mujeres que, anónimamente, sostienen la condición humana en medio de la mayor precariedad. Unidos en la entrega a los demás y en el deseo absoluto de un mundo más humano, son ellos los que ya han comenzado a generar un cambio, arriesgándose en experiencias hondas como son el amor y la solidaridad. Y la tierra, así, va quedando preñada de su empeño. Pero antes habremos de aceptar que hemos fracasado. De lo contrario volveremos a ser arrastrados por los profetas de la televisión, por los que buscan la salvación en la panacea del hiperdesarrollo. El consumo no es un sustituto del Paraíso.

La situación es muy grave y nos afecta a todos. Pero aún así, nos multitudes los que se esfuerzan por no traicionar los valores nobles, y ellos representan la gran mayoría del planeta, también en los países más desarrollados, quienes tienen hambre y sed de un mundo diferente; y en grandes continentes, millones de seres en el mundo sobreviven heroicamente en la miseria. Entre ellos los más vulnerables, inocentes, sagrados: hay millones de niños y niñas cuyas primeras imágenes de la vida son las del abandono y el horror. El tremendo estado de desprotección en que se halla arrojada la infancia nos muestra un tiempo de inmoralidad irreparable. Para todo hombre es una vergüenza, un verdadero crimen, que existan doscientos cincuenta millones de niños explotados en el mundo. Quiera Dios que sean ellos, estos pequeños chicos abandonados que nos pertenecen tanto como nuestros propios hijos, quienes nos abran a una vida humana que los incluya.

La Carta de Jamaica* -ideología del Libertador-

Francisco Pividal. Cuba

Cuando el Libertador escribe este documento (6 de septiembre de 1815) se encuentra desterrado en Kingston y vive uno de sus más angustiosos momentos: vencido por los españoles; expulsado al segundo destierro por las discordias e insubordinaciones de sus propios generales; injuriado por su criada a quien “no puedo pagarle porque no tengo un maravedí” -moneda de entonces- y, salvado milagrosamente del puñal asesino del negro Pío -su antiguo sirviente- cuando éste acuchilló la hamaca donde le suponía durmiendo, la noche que visitó en su casa a Luisa Crober la bella dominicana.

No obstante, Bolívar se crece frente al infortunio y con energía y confianza soslaya su presente adverso para vislumbrar el futuro y personificar con lenguaje visionario el espíritu nacional de “nuestra América”.

El documento se intituló: “Contestación de un americano meridional a un caballero de esta Isla”, pero ha pasado a la posteridad como la *Carta de Jamaica*. Fue dada a la publicidad en Caracas (1833) en la imprenta de Damián y Dupuy. El original estuvo perdido por espacio de 18 años. Su hallazgo se debió al cubano, Francisco Javier Yanés.

Hasta entonces, Bolívar se había manifestado



esporádicamente acerca de la indispensable integración de los países de América para hacer frente al colonialismo español y obtener la independencia. Defensor consecuente de las concepciones de Viscardo y Guzmán y de lo mejor de la obra de Miranda, pero no expositor preciso de su ideal unionista como

* Tomado del libro *Bolívar: pensamiento Precursor del Antimperialismo* Premio Casa de las Américas 1977. ed. los Comuneros. Bogotá 1983



destilan los pronunciamientos de esta “carta profética”.

Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menor por su extensión y riqueza que por su libertad y gloria...

Es profética, porque sin haber transitado aún por los caminos de América, intuye, con visión anticipada, el futuro hemisférico, emitiendo juicios tan exactos que jamás han sido igualados: *Seguramente la unión es la que nos falta para completar la obra de nuestra regeneración... mas esta unión no nos vendrá por prodigios divinos sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos.*

En cuanto a los partidos en pugna, sentencia:

Los primeros {conservadores} son, por lo común, más numerosos, porque el imperio de la costumbre produce el efecto de la obediencia... los últimos {reformadores} son siempre menos numerosos aunque más vehementes e ilustrados. De este modo la masa física se equilibra con la fuerza moral...

Y concluye:

Por fortuna, entre nosotros, la masa ha seguido a la inteligencia.

Después de haber descrito con genialidad visionaria la saturación del hombre americano, pudiéramos preguntarnos hoy si la misma ha cambiado:

Los americanos, en el sistema español que está en vigor, y quizá con mayor fuerza que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo, y cuando más, el de *simples consumidores...*

Más adelante explica que aun la parte de “simples consumidores” estaba “coartada con restricciones chocantes”. Y entre esas restricciones relaciona:

...el estanco de las producciones que el Rey monopoliza, el impedimento de las fábricas que la misma Península no posee, los privilegios exclusivos del comercio hasta de los objetos de primera necesidad, las

trabas entre provincias y provincias americanas, para que no se traten, entiendan, ni negocien...

También deja esclarecido por qué éramos “siervos propios para el trabajo”:

...¿quiere usted saber cuál era nuestro destino?, los campos para cultivar el añil, la grana, el café, la caña, el cacao y el algodón, las llanuras solitarias para criar ganados, los desiertos para cazar las bestias feroces, las entrañas de la tierra para excavar el oro que no puede saciar a esa nación avarienta.

¡Ya no es la misma, la nación avarienta! José Martí denunció a la nueva:

Jamás hubo en América asunto que requiera más sensatez... ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los *Estados Unidos* potentes, repletos de productos invendibles, y *determinados a extender* sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder... De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora..., urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la *hora de declarar su segunda independencia*.

¡Ya no son los monopolios del Rey como apuntaba Bolívar! Ahora son los del imperia-
lismo norteamericano como señala Martí.

En la *Carta de Jamaica*, el Libertador descri-
be:

- ▶ el estado de América, antes y después de las primeras luchas
- ▶ denuncia los vicios sociales y políticos de aquellos países e indica los remedios aplicables al mal
- ▶ combate la forma monárquica de go-
bierno
- ▶ y, con una perspicacia que asombra pre-
sagia la suerte del Continente:

“Esta nación se llamaría Colombia como un tributo de justicia y gratitud al creador de nuestro hemisferio”.

Cuatro años después (17 de diciembre de 1819) se cumplía esta profecía.

...en Buenos Aires habrá un gobierno central, en que los militares se lleven la primada...



Mantiene plena vigencia, a pesar de más de siglo y medio transcurrido.

Puerto Rico y Cuba... son las que más tranquilamente poseen los españoles, porque están fuera del contacto con los independientes. Mas ¿no son americanos estos insulares?, ¿no son vejados?, ¿no desean su bienestar?

Para Cuba la separación de España demoró ochenta y tres años después del vaticinio del Libertador. La independencia total, ciento cuarenta y cuatro.

En una parte triunfan los independientes mientras que los tiranos en lugares diferentes obtienen sus ventajas, y ¿cuál es el resultado final?, ¿no está el Nuevo Mundo entero, conmovido y armado para su defensa? Echemos una ojeada y observaremos una lucha

simultánea en la inmensa extensión de este hemisferio.

La lucha hemisférica mantiene plena vigencia: de una parte, la esclavitud, la barbarie y la guerra; de la otra, y al mismo tiempo: la liberación de los pueblos, el progreso social y la paz.

En la *Carta de Jamaica* -trascendental documento que explica las razones de la guerra revolucionaria, concibe la Gran Colombia y conviene en la celebración del Congreso de Panamá- el Libertador critica, por primera vez, la “neutralidad” de los Estados Unidos: *...hasta nuestros hermanos del norte se han mantenido inmóviles espectadores de esta contienda, que por su esencia es la más justa, y por sus resultados la más bella e importante de cuantas se han suscitado en los siglos antiguos y modernos...*



Rescate histórico del general Simón Bolívar

Antonio García Nossa. Colombia (1912-1982)



El problema de la revolución consiste en destruir un orden viejo para construir un orden nuevo. Si no se sabe, no se puede o no se quiere construir un orden nuevo, renace—inevitablemente, por ley de gravedad—el orden viejo: porque sólo construyendo es posible destruir auténticamente, ya que la historia no conoce el arrasamiento puro y simple, sino la substitución.

Cuándo el último soldado español se embarca de regreso a la Península, lo que queda en pie no es un nuevo orden, sino el orden colonial — su cuerpo, sus instituciones, sus clases, su economía, su cultura, su espíritu — administrado

por un nuevo cuadro de personas. Las leyes que elabora la incipiente república son leyes de papel, inocuas y artificiales, sin fuerza para remover o neutralizar las verdaderas leyes de hierro: las que regulan una vida social fraguada en tres siglos largos de conquista. Por eso no operan los caudillos iletrados como el guerrillero Páez, ni tampoco los caudillos letrados como el General Santander, que propagando el respeto supersticioso a las leyes y a los derechos creados, no hacen sino conservar jurídicamente el viejo orden de privilegios.

La república quedó en manos de quienes la conquistaron con el hierro, pero que no sabían sino

gobernala por medio del hierro. Los guerrilleros y los hombres fraguados en la conducción de la lucha, no podían gobernar sino como entendían y sabían. ¿Qué Estado impersonal, qué sistema representativo, qué juego sometido a reglas, qué hacienda pública, qué sistema de convivencia y de paz podía construirse con ellos? El olmo no da peras: toda la historia humana no puede contra semejante principio.

Páez guerrillero del llano.
Antonio García

Cada revolución o guerra civil no es más que un nuevo combate armado entre la Colonia que resiste y quiere vivir, como la hiedra en los escombros, y la democracia, que avanza, cobra bríos y espera sin cesar. Las luchas no acabarán sino el día en que la Colonia haya sido arrancada de raíz y pulverizada desapareciendo el dualismo de tendencias enemigas. Entre tanto, cada lucha, por funesta que sea transitoriamente, será una ventaja para los intereses permanentes, cuya base no puede ser otra que el Derecho en su más completo desarrollo.

José María Samper

(Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las Repúblicas Colombianas.)

Rescate histórico del general Simón Bolívar

Proyección histórica del general Bolívar

Las guerras de independencia y la revolución social inconclusa

Apenas ahora tenemos una perspectiva universal para medir las proporciones de las guerras Hispano-Americanas de la Independencia y la estatura de los valores ecuménicos que escapan a las medidas locales y domésticas de nuestra propia historia. Una de las razones de que

se haya carecido de piso para juzgar la obra revolucionaria del general Simón Bolívar y su proyección histórica universal es la de que la hemos sometido al más grosero y deformante enfoque partidista: todavía nuestros *santanderistas* de hoy están dominados por el compromiso de mostrarnos un Bolívar decadente y bonapartista -el que instauró la dictadura y dejó obrar las fuerzas de inercia de la sociedad colonial que se mantuvo intacta por debajo de la casta republicana- y todavía los *bolivistas* nos exhiben una figura sublimada y mítica cuya vida se desenvuelve en la manera de los héroes de Carlyle. Ambas posturas localistas y estrechas o convencionalmente mitificadas, no hacen sino darnos un Bolívar a la imagen y semejanza de sus propias limitaciones o exaltaciones partidistas, bien que se tome la versión negra o la versión rosa.

El general Bolívar -como los hombres universales- no necesita detractores y cortesanos, sino historiadores y analistas con una perspectiva humana. Pero el general que transformó políticamente las guerras de independencia en su insurrección popular y que dio un contenido revolucionario a los alzamientos político-militares contra el Estado español, no ha tenido con los historiadores tanta fortuna como las empresas de guerra. Ni desde fuera ni desde adentro de América ha surgido aún el historiador de Bolívar. Sería extravagante afirmar que no existe la historia documental, el acervo de elementos de juicio, ya que bastaría citar el nombre de un investigador tan concienzudo como Vicente Lecuna para demostrar lo contrario. Pero la historia como filosofía e interpretación profunda y coherente de los hechos y de la persona, aún no existe.

Los historiadores del siglo XIX estaban singularmente dotados para rendir un testimonio, pero estaban demasiado metidos entre los árboles para tener una perspectiva del bosque. Podían moverse *dentro* de los hechos de la revolución nacional de independencia,

pero desconocían la totalidad de su significado y no alcanzaban a insertarla válidamente en la compleja dinámica de la historia universal. Ni siquiera se ha determinado el papel de las Guerras de Independencia en el desarrollo del capitalismo norteamericano y europeo. En el siglo XX los historiadores grancolombianos se han limitado a la tarea de elaboración documental o de interpretación partidista: liberales o conservadores tienen su perspectiva recortada y casera, su versión de un general Bolívar hecho a la medida de sus intereses. Lo mismo podemos decir de las disputas “nacionalistas” de Colombia y de Venezuela. ¿No funciona acaso en nuestro país un partido santanderista que ha transmitido hereditariamente la tesis de que Bolívar no fue hijo de *nuestra revolución* sino un general extranjero? ¿No está cobrando aún el doctor Rafael Sañudo -con una firmeza de *cometividad* digna de mejor causa- las cuentas que sus antepasados pastusos tenían pendientes con el Libertador?

No se crea que esta *falta de perspectiva histórica* es solo un problema de nuestros historiadores, parcializados frente a todas las contiendas. Es también un problema de quienes -desde fuera, por encima de los árboles y del bosque- han intentado juzgar las corrientes de nuestra historia, se han limitado a elaborar un arquetipo sin sustancia histórica -como ocurrió con un analista tan genial como Carlos Marx- lo han hecho, como Salvador de Madariaga, un alegato contra el insurgente americano en un examen puramente judicial de la historia. Si nos atenemos a la versión indocumentada de Marx, el general Bolívar fue solo un inescrupuloso líder de la aristocracia mantuana de Caracas y un agente del imperialismo inglés. Si nos atenemos a la visión documentada pero deformante de Madariaga, Bolívar fue un político sagaz y oportunista, pero *no* la figura genial de la independencia americana.

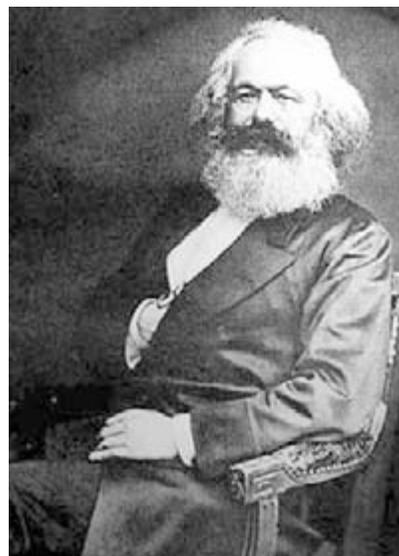
Lo cierto es que ninguna de las revoluciones

anticolonialistas de América, de Asia o de África, tiene las proporciones de la llevada a término por el general Simón Bolívar. Ni aún las guerras norteamericanas de Independencia pueden comparársele, ya que Washington movilizó pueblos que vivían y pensaban democráticamente y no las masas desposeídas, analfabetas, supersticiosas, ciegas y sordas que dejó la colonia española.

Un juicio equivocado sobre las guerras hispanoamericanas y sobre el general Simón Bolívar

Hace algunos años la Gran Enciclopedia Soviética en vez de rectificar el equivocado juicio de Carlos Marx sobre las guerras hispanoamericanas de independencia y sobre el general Simón Bolívar, lo ratifico simple y llanamente. Esta insistencia en un enorme error histórico no tiene otra explicación que la manera ortodoxa como se mantiene congelada la obra dogmática del gran maestro. La equivocación pudo explicarse hace un siglo cuando aún no se disponía de elementos documentales suficientes

para juzgar políticamente las guerras de independencia, pero hoy sólo puede considerarse como una aberración voluntaria y como una tremenda demostración de que la veneración por la letra de la doctrina ha llevado a la falsificación escolástica de la doctrina misma. Si lo que hoy se afirma por los historiadores soviéticos -tal como está consignado en una Historia de los Países Coloniales y Dependientes y en la Gran Enciclopedia- no tiene otra fuente de información que el análisis acre y panfletario de Marx, quiere decir que se ha preferido a su criterio dialéctico, a su capaci-



dad enorme de desmontar y comprender las leyes que rigen la realidad cambiante de la historia, sus afirmaciones improvisadas, sus dogmas, sus rencillas y sus fobias.

A Bolívar le corresponde, en consecuencia, participar del execrable infierno en el que Marx situó a los anti-héroes, es decir a los que cometen la mas alta traición que es la traición de la historia. Pero no necesita uno ahondar mucho en la “formulación” de Marx para darse cuenta de que dialécticamente no hay análisis: intento de comprensión de una realidad y de un contrapunto de clases, balance crítico de luz y sombra. Lo dicho por Marx sobre Bolívar es una crasa negación del propio marxismo, porque es sólo un cuadro de sombra -rígido y simplista- sin atmósfera en la que puede respirar la historia. En él aparece Bolívar como un pequeño Bonaparte, simple instrumento de una insurrección antiespañola de aristocracias feudales, pérfido, traidor, canalla y sin genio político. Más o menos aquella versión negra que hace años publicara el eximio pastuso Rafael Sañudo, aun cuando en este caso se trata de un nutrido alegato antibolivariano, construido sobre una meticulosa base documental. Obviamente, entre la versión negra y la versión rosa circula la verdadera historia del general Bolívar: su vida contradictoria y llena de altibajos, su ímpetu revolucionario o su engreimiento cesarista, la revolución y la contra-revolución. Entre el Bolívar que desata el alud revolucionario del pueblo -negros, indios, mulatos, mestizos- y el que intenta meter ese alud entre unos pequeños tabiques de hierro, en la época dominada por el signo de la conspiración septembrina, media una enorme distancia histórica; pero entre ambas vertientes está la substancia humana de Bolívar. El querer convertirlo todo en un pedazo de barro imperfecto o en un camino fulgurante, ascensional y perfecto, es reducir la historia a polvo y ceniza.

Nada tiene de extraño el que Marx no haya sido siempre un afortunado marxista. Mien-

tras en el “El Capital” hace un formidable despliegue de conocimientos universales para analizar, exhaustivamente, el proceso del capitalismo contemporáneo, en el juicio sobre Bolívar no hay base documental, sino burda y esquemática aplicación de la teoría de la lucha de clases.

Por adivinación, no por investigación rigurosa, llegó a su deforme Simón Bolívar, que apenas es un corcho flotando en la marea de las clases altas hispanoamericanas. Marx ni siquiera quiso enterarse de qué pasta estaba constituido el hombre, ni cuál era su verdadero y complejo escenario social: le bastó saber que había entregado al general Miranda en Puerto Cabello y que había salido de la aristocracia mantuana de Caracas. En rigor de verdad, éste no es un juicio histórico sino la acerba explosión de un prejuicio. El que sea Carlos Marx no le quita ni le pone nada, ya que el prejuicio es el mismo lente deformante en el ojo marxista o en el ojo escolástico.

Cómo se transforma un alzamiento político de la aristocracia en una guerra de liberación social

La historia de Bolívar -como la historia de las Guerras de Independencia- está dividida en tres partes: una de insurgencia de las aristocracias letradas a partir de 1810; otra de transformación de las guerras en una Revolución Social y una tercera de frustración de esa revolución, cuando la República está obligada a edificarse sobre la propia herencia yaciente y las propias bases de sustentación de la Colonia Española. Las Guerras Libertadoras se inician en 1810 cuando los Cabildos asumen el ejercicio de la soberanía popular, pero sólo se convierten en una revolución cuando hay un general que entiende los problemas militares y políticos de la Independencia; es entonces cuando la revolución cambia la naturaleza de la guerra, transformándola de alzamiento aristócrata en insurrección popular.

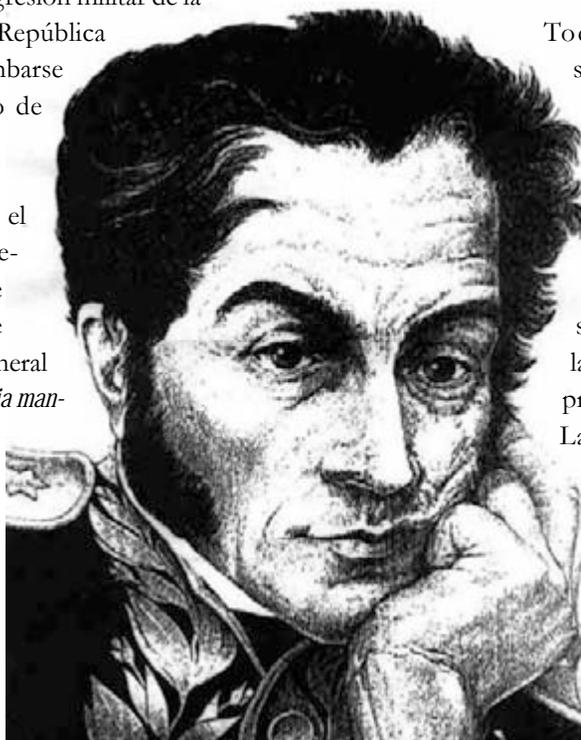
La primera república -hecha a imagen y semejanza del patriciado criollo- no podía hacerle frente a la reconquista del general Pablo Morillo (aplastada militarmente por las tropas libertadoras, pero que alcanzó a lograr parcialmente sus objetivos al dejar una república decapitada; el crimen político de la reconquista española consistió en haber llevado la inteligencia republicana a los patíbulos), era una república débil, bizantina, romántica, construida sobre el aparato local de los cabildos, sin fuertes y profundas raíces populares. Enfrentada a la agresión militar de la reconquista esa República tenía que derrumbarse como un castillo de arena.

Es probable que el movimiento independentista de 1810 se hubiese frustrado si un general salido de *aristocracia mantuana* de Caracas, Simón Bolívar, no hubiese transformado el alzamiento político de la aristocracia en una guerra de liberación social, llevando a

la masa de campesinos, mitayos, obrajeros, menestrales, artesanos, siervos, peones y esclavos, *un mensaje comprensible y suyo*: el de la abolición de la esclavitud y de las obligaciones serviles, de las alcabalas y la tributación personal sobre los indios, de los estancos y el absolutismo fiscal; el de la distribución de tierras y la consagración de la libertad de siembras y comercio. La genial operación política consistió en insertar la línea ideológica de las insurrecciones populares del siglo XVIII, como la encarnada por José Niño... en 1985 y en los levantamientos del siglo

XIX. Esta maniobra estratégica desdobló la revolución política en una revolución social, transformando radicalmente el contenido social y el carácter ideológico de la guerra; pero aún antes de iniciarse la vida formal de la Primera República, se había rehecho el poder de las antiguas clases terratenientes y se había frustrado el proceso de la revolución social.

Una estrategia política: desdoblamiento de una guerra convencional en una revolución social



Todo este proceso se transforma con el advenimiento del general Bolívar: porque es él quien liga la guerra al pueblo convirtiéndola en su propia lucha y en la expresión de sus propias aspiraciones. Las Guerras de Independencia no habrían logrado su *objetivo militar y político* si no se hubiesen desdoblado en una revolución social. Y la estrategia política para lo-

grar ese desdoblamiento fue precisamente la que adoptó el genio revolucionario de las Guerras de Independencia, el general Bolívar: la de dar libertad a los esclavos y siervos que tomasen las armas de la república, la de abolir el arbitrario y despótico sistema fiscal, la de desconocer los privilegios originados en la sangre o en el poder económico, la de crear la esperanza en la repartición de las tierras y la de abrir la primera escuela democrática en los cuarteles, permitiendo que cada persona -sin consideración exclusiva de su sangre, de su color o de su riqueza- pudiese

conquistar un rango. Esa era una estrategia revolucionaria. La liberación de los esclavos no adoptó inicialmente la forma jurídica de ser compensada por medio de una equitativa indemnización; la posición legalista se había amarrado a la tesis de la “invulnerabilidad de un derecho adquirido con justo título”: la posición revolucionaria se limitaba a negar la existencia de un derecho inicuo, constituido sobre una injusticia.

Antes de terminar las Guerras de Independencia se habían restablecido casi todos los impuestos coloniales, incluyendo la tributación *per cápita* sobre los indios, pero el primer



impulso revolucionario tuvo un principio tan simple como el de abolir las alcabalas, los estancos, los impuestos personales, los peajes; lo que constituía el pesado tren de cargas fiscales de la colonia.

La republica no aportó nada nuevo a la América Latina

Se ha partido del supuesto de que América Latina empezó a vivir como constelación de sociedades nacionales a partir de las Guerras de Independencia, por el sólo hecho de que los Virreyes Españoles fueron sustituidos en las Reales Audiencias por los generales americanos. Este error histórico -que no hace sino transmitir, sin retoques, los mitos que fra-

guaron las guerras de Independencia- oculta el hecho fundamental de que la República no aportó nada nuevo a la América Latina, desde el punto de vista de la constitución social: la aristocracia terrateniente conservó su status de privilegio y su condición de *centro de gravedad en las nueva sociedad*; la clase media letrada, la burguesía de comerciantes, los funcionarios, los artesanos, los menestrales, los peones, todos los grupos sociales conservaron su colocación, su papel, su ordenación tradicional. Lo único nuevo que salió de la Guerra, como es obvio, fue una enorme burocracia militar, en la que las jerarquizaciones tenían una cierta apariencia de *democracia de cuartel*, de movilidad vertical asentada sobre los actos personales y no sobre el antiguo sistema social de jerarquías. Pero esta es una verdad a medias, ya que si la Guerra abrió las puertas de ascenso a “gentes de color quebrado” -negros, mulatos, indios, mestizos, desprendidos de las clases humildes- este ascenso no supuso una fractura del antiguo esquema, una alteración revolucionaria de semejante ordenamiento, sino una simple re-clasificación y una inserción en el viejo tronco de la sociedad tradicional, de los *grupos sociales de sustitución*: los militares, la burguesía, la clase media letrada. Los militares “republicanos” sustituyeron a los españoles; la burguesía colonial a los comerciantes peninsulares que ejercían el monopolio de las relaciones con el mundo exterior, por dentro o por fuera de la Casa de Contratación de Sevilla; los letrados de la República a los letrados del Rey. Pero fundamental es que la estructura -la social, la agraria, la comercial- permaneció intacta; y medio siglo después de ganadas militarmente las Guerras Libertadoras, los letrados, la burguesía de comerciantes, habían sido asimilados por las fuerzas sustentadoras de la sociedad hispano colonial. El punto clave de esta asimilación consistía en la incorporación de estos *grupos sociales* al mundo típico de la vieja sociedad, a sus normas de comportamiento y a su riqueza. Los nuevos *rangos* se montaron como los del siglo XVIII o los del

siglo XVI, sobre los dos elementos claves del sistema colonial español: la tierra y las minas de oro y de plata. El suelo y el subsuelo de metales preciosos, continuaron siendo los factores condicionantes del rango social. No debe olvidarse que sobre esta base se formó la *aristocracia hispano- americana*, de los títulos territoriales de los Beneméritos de las Indias o de los títulos de nobleza comprados con el oro de las minas de la Nueva España, Nueva Granada o el Perú”.

El modelo hispanoamericano de la república señorial

La *vida colonial* en suma, no entró en decadencia sino que llegó a su apogeo al frustrarse las guerras de independencia como revolución social, asentándose la república sobre las mismas estructuras, jerarquías y valores de la sociedad tradicional. “Cuando la Revolución hizo aparecer la República -escribió a mediados del siglo XIX una de las más lúcidas inteligencias colombianas- ésta fue un monstruo que tenía una soberbia cabeza, pero que carecía de brazos y pies. Y más tarde, cuando la democracia llamó a la puerta de la república revolucionaria -república de abogados, clérigos y militares, las multitudes se hallaron en presencia de sus primeros jefes exactamente en la misma situación de antagonismo en que se habían hallado antes de la revolución, los criollos ilustrados pero excluidos del poder, en presencia de los españoles privilegiados”. El modelo hispanoamericano de república señorial -esto es, la república constituida de acuerdo a los esquemas tradicionales de una aristocracia de la tierra, una burguesía nutrida de los privilegios comerciales, una inteligencia letrada y una mesa de “color quebrado”, sin rango ni estatus ciudadano- se definió políticamente al adoptarse las reglas institucionales del juego de la sociedad colonial. La norma ideológica que amparó ese empalme histórico entre la Colonia y la República, fue la teoría liberal del “respeto al derecho adquirido con justo título”.

Por esta sorprendente vía de tránsito quedó constituido el sistema de *legalidad* de la Colonia, su organización social y económica, sus anclajes y sus instituciones. Medio siglo después de ganadas las Guerras de Independencia, se constituían Cajas Públicas de Desamortización para indemnizar a los propietarios de esclavos, amparados con un “justo título”. La revolución había muerto con la independencia y con la constitución de la república señorial. Pese a la retórica revolucionaria de las Constituciones, la “representación popular” solo podía ser un juego de patriciado y de sus clientelas intelectuales, militares y burócratas. El secreto de la estructura política consistía en que no admitía a los pueblos negros, mestizos e indios en este juego institucional y en que absorbía e incorporaba a sus engranajes sociales a los grupos letrados, militares y políticos, que lograban escalar los muros de la fortaleza”.

La América Latina tiene su propia tradición revolucionaria

Sin embargo, con excepciones como las de Bolívar, nadie entendió esa historia y esa experiencia. Había filósofos como Antonio Nariño -el mismo oficial que había alcanzado a alistarse en las tropas que iban a desbaratar las hordas comuneras en 1781- que conocían los Derechos del Hombre y del Ciudadano, y no sabían filosofar cuando el pueblo se levantaba en armas instintivamente para conquistar esos derechos.

La dinámica revolucionaria de las Guerras de Independencia es la misma dinámica de las insurrecciones populares del siglo XVIII; pero quien asegura esa continuidad, quien es capaz de asegurar ese empalme, es el genio político de Simón Bolívar. No debe olvidarse que América Latina tiene su propia tradición revolucionaria: antes de la Revolución Francesa de 1789 y antes del conocimiento teórico de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, en el Virreinato de La Nueva Granada los

Comuneros afirmaron revolucionariamente la soberanía popular en 1781, como antes lo habían hecho los levantamientos indígenas de Tupac – Amaru y Tupac – Atari en el Virreinato del Perú. En la Guerra de Independencia termina la onda insurreccional que sacude a la América Española del siglo XVIII y en Simón Bolívar remata el ciclo de los grandes caudillos anticolonialistas, iniciado con el comunero José Antonio Galán -el verdadero precursor- y continuado con Francisco Miranda, el general girondino que sirvió de puente entre las viejas y las nuevas generaciones revolucionarias, entre el estilo europeo y el estilo americano de revolución.

El gran error de *Bolivaristas* y *Santanderistas* ha consistido en querer juzgar a Bolívar por partes. Y los hombres -héroes o villanos- no son susceptibles de parcelación o recorte. El hombre histórico es una unidad y un proceso y todo lo que hagamos por descubrirlo tendrá que conformarse a este juicio. Si a Bolívar queremos juzgarlo por una batalla, por una acción aislada, por una política, encontraríamos posiblemente mejores conductores en la administración y en la guerra. Sucre pudo dar mejores batallas -desde el punto de vista del arte militar- y Santander pudo resolver mejor los problemas de los abastecimientos en la guerra, pero esto no prueba que Santander o Sucre hayan superado a Bolívar en el cuadro general de las guerras libertadoras, sino que *en su papel* podían desempeñarse mejor que Bolívar.

El Libertador fue el genio político de las Guerras de Independencia, lo que no quiere decir que hubiese podido realizar eficazmente todos los papeles de la guerra o de la conducción política. Bolívar hubiese sido un mal intendente o un mediocre general reducido a la misión de cumplir pequeñas tareas tácticas: esto no quiere decir sino que los genios operan como conductores, no como conducidos. Al Libertador hay que juzgarlo a través del total del proceso de las

Guerras Libertadoras y a través del drama de la República salida de los cuarteles y que de la noche a la mañana quiere borrar el cesarismo, eliminar por derecho de fuerza y vivir como en la antigua república romana o en la primera república francesa.

Bolívar está ligado a esta historia partida en fracciones y que, en consecuencia, siempre ha adoptado ángulos partidistas para enfocarla. El genio político de Bolívar no puede ni debe juzgarse por el proyecto de Constitución Bolivariana ni por la dictadura de 1828, ni por la proscripción de Bentham -el gran filósofo del derecho-, ni siquiera por el arsenal de cartas y documentos que revelan la más aguda perspicacia y el más insinuado empuje de un espíritu humano: el genio se revela en la capacidad de transformar las guerras de independencia en una revolución social, canalizando las fuerzas subterráneas que venían desatándose desde la Insurrección Comunera de 1781. El hecho de que la revolución se hubiese frustrado -aun cuando la República señorial no pudo removerse en el suelo dejado por la Colonia Española, ni quebrantar su estructura y sus leyes de inercia- no desvirtúa la naturaleza de ese hecho, sin el cual no comprenderíamos la dinámica, el espíritu, la fuerza expansiva de



Manuel María Madieto

las guerras libertadoras. Sin esa transformación revolucionaria de la guerra, el pueblo habría podido seguir detrás de las banderas españolas de Tomás Boves, aceptar los caminos eclesiásticos que mostraban al Rey como “soberano y señor natural” y continuar rodeando silenciosamente los patíbulos en los que vertieron su sangre las aristocracias letradas de 1810.

Esta es la única perspectiva justa para determinar y comprender la estructura histórica del general Simón Bolívar. Los grandes capitanes de la historia son de este mismo corte: hombres de Estado y conductores como César, como Washington o como Napoleón. Para Bolívar, la guerra no es solo un problema de choque de fuerzas armadas, sino un *problema de política*. Nadie como él intuía el manoseado principio de Clausewitz: “La guerra es la política por otros medios”. En esto consiste su absoluta singularidad.

La guerra: un camino de descubrimiento del pueblo

La guerra, para Bolívar, no es solo una escuela de aprendizaje y aplicación del arte militar, sino el camino de descubrimiento del pueblo. Este es el hallazgo político que conforma su vida y su pensamiento. En la guerra el general Bolívar entra en contacto con ese pueblo beligerante que estaba conquistando sus derechos y su liberación con las armas en la mano y con el costo de su sangre. Desde la época russoniana de Don Simón Rodríguez, el Libertador había conocido teóricamente la importancia de ese pueblo en la construcción de los nuevos conceptos de soberanía republicana representativa: ahora se incorporaba a él, en el justo momento de la prueba. A través de la guerra efectuaba la extraordinaria aventura de ir del pueblo como noción nacionalista -tal como transitaba por los textos de Rousseau y Montesquieu- al

pueblo como realidad viva, cambiante, empujada por las más diversas presiones. Es típicamente revolucionario el concepto bolivariano de que el ejército es el pueblo en armas. Este punto de vista explica *la alergia* de Bolívar, su hostilidad, su desprecio por los “letrados” que hablaban a nombre del pueblo fuera del duro campo de sus sacrificios y que se enfrentaban demagógicamente a todo lo que saliese del cuartel ¿Y qué era el cuartel -en los primeros días de la República- si no el único intento serio de poner a funcionar una democracia de carne y hueso y de romper el sistema de valoración social por medio de medidas de riqueza o de sangre?

Este es uno de los planteamientos más originales de Manuel María Madieto en su ensayo *Ideas Fundamentales de los Partidos Políticos en la Nueva Granada*: en el cual se fraguaba una democracia bárbara y primitiva, pero no era la única democracia en una sociedad basada en las desigualdades de clase o de raza. En carta al general Santander, el 13 de junio de 1821, escribía el Libertador: “por fin, han de hacer tanto los letrados, que se proscriban de la república de Colombia, como hizo Platón con los poetas en la suya. Esos señores piensan, que la voluntad del pueblo es la opinión de ellos, sin saber que en Colombia el pueblo está en el ejército, porque realmente está y realmente ha conquistado este pueblo de manos de los tiranos; porque además es el pueblo que quiere, el pueblo que obra, y el pueblo que puede... Piensan esos caballeros que Colombia está cubierta de lanudos arropados en las chimeneas de Bogotá, Tunja y Pamplona. No han echado sus miradas sobre los caribes de Orinoco, sobre los pastores de Apure, sobre los marineros de Maracaibo, sobre los bogas del Magdalena, sobre los bandidos del Patía, sobre los indómitos pastusos, sobre los guajiros de Casanare y sobre todas las hordas salvajes de África y América que como gamos recorren las soledades de Colombia”.

La formación de la moderna estructura oligárquica

La formación de la moderna estructura oligárquica (a partir de la Segunda Guerra Mundial), originó una transformación cualitativa de los partidos tradicionales y una identificación ideológica con sus sistemas de mando. Dentro de este nuevo contexto, Alfonso López -el más sagaz reformador de la burguesía liberal- anunció el hecho de que “se habían borrado las fronteras ideológicas entre los partidos”.

Para conservar esta estructura (cuyo poder se articula con el del Estado y con el de los centros Metropolitanos de decisión), ha sido necesario instaurar una dictadura contra-revolucionaria (encargada de la desarticulación violenta del movimiento popular y de la eliminación física de Jorge Eliécer Gaitán y de sus cuadros políticos), derrocar un gobierno militar orientado hacia la redistribución del poder y el desencadenamiento de un proceso de reformas populistas, instalar un sistema de hegemonía bipartidista sobre todos los mecanismos representativos del Estado y anular políticamente todos los efectos de la movilización popular contra el sistema, el 19 de abril de 1970. La proyectada “refor-

ma corporativa” de Laureano Gómez o las reformas constitucionales de 1958 y 1968, se han orientado en el sentido de obturar las vías institucionales del cambio estructural, en respuesta a las presiones desatadas por una oligarquía tan absolutista como dependiente. La contra-reforma de 1958 eliminó la posibilidad de que las nuevas fuerzas sociales se organizaran en partidos y entrasen a operar en los órganos de conducción del Estado; y la contra-reforma de 1968 despojó al Congreso de todas sus iniciativas fundamentales y centró las facultades legislativas en la Presidencia de la República (por medio de los mecanismos tradicionales del Estado de Sitio y los nuevos mecanismos del Estado de Emergencia Económica), configurando el fenómeno del *Cesarismo Presidencial*.

En este punto de la historia colombiana, se han identificado los objetivos estratégicos de la *movilización popular* y de la *revolución nacional* ¿Cómo conquistar esos objetivos sin destruir la estructura oligárquica y el sistema de dependencia a que se articula? ¿Y cómo destruir esa estructura sin una movilización revolucionaria del pueblo y sin una sustitución del Estado tradicional por un nuevo tipo de Estado -el Estado Nacional Popular- y un nuevo tipo de sociedad?





Extracción de la piedra de la locura

Van Hemesen



Centro Cultural
Universidad del Tolima

20 AÑOS

1988

2008